

ATLAS DE LAS CULTURAS DE LOS PUEBLOS DE MORELOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



CONTENIDO

19

Pueblos indígenas de Morelos

Ricardo Ma. Garibay

35

Tejidos sociales regionales de los pueblos indígenas

Miguel Morayta Mendoza

43

Vida ritual

Víctor Hugo Sánchez Reséndiz

59

Lengua madre

Fernando Vela López

69

Fiestas populares e indígenas

Fernando Hidalgo

81

Calendario de fiestas populares

Yolanda Rivas Avella/Fernando Hidalgo

103

Arte popular

Fernando Hidalgo

119

Teatro y danzas tradicionales

Francisco Suástegui

135

Teatro-danza tradicional de los tecuanes

Óscar Cortés Palma



143
Panorama de la música popular
Jesús Peredo

161
Bandas de viento
Norma Zamarrón

175
Gastronomía popular de recolección
Fernando Hidalgo

183
Guisos y gustos
Patricia Jiménez Pons

191
Medicina tradicional
Lizandra Salazar Goroztieta

203
Arquitectura vernácula
Juan Antonio Siller

217
Arte y cultura emergentes
Gustavo Garibay







PRESENTACIÓN

LA DEFENSA Y DIFUSIÓN del patrimonio de las culturas de los pueblos son valores que debemos fomentar permanentemente, dentro y fuera de la universidad. La paz está ligada de manera estrecha a la cultura. En las manifestaciones artísticas populares se generan vínculos de identidad, de comunicación y de convivencia, no sólo con el otro, sino también con el contexto en el que se desarrollan. Una comunidad que se nutre de creatividad está destinada a la armonía, pues busca el equilibrio de su totalidad para coexistir, y lo halla en la transmisión de una serie de conocimientos ancestrales mediante la oralidad; es decir, te doy lo que yo sé, seamos iguales, hagamos de la palabra vivida la materia que nos continúe.

En este sentido, la paz y la cultura son factores simétricos. Si bien la artesanía es un reflejo del espacio en el que nace, asimismo, éste toma de aquélla ciertos elementos que lo complementan en un juego de mensajes, generando una interpretación –a veces de manera lúdica, siempre sugerente– acerca de lo que significa pertenecer a ese lugar o a un grupo de personas. Quizá por ello lo que encontramos en las manifestaciones de las culturas populares no es otra cosa que a la misma comunidad. El artesano vive en su obra, no sale de ella ni siquiera cuando se separan: es una extensión de sí mismo.

Las complejas formas creativas que desde hace más de 3500 años fueron tejiendo, hilando, modelando y labrando nuestros antepasados, con una noción estética casi innata y en ciertos casos acompañadas por rituales, están vivas y se transforman, pero guardan su raíz. Como señala Octavio Paz: tienen una dinámica propia que se enriquece en un proceso constante con el diario quehacer de los pueblos. Por eso celebramos que, más allá de su significado y procedencia, cada pieza represente un anclaje a los orígenes.

Dicho lo anterior permítaseme un alcance desde la disciplina en la que me forme y sigo cultivando: la psicología social.

Es necesario precisar el concepto de cultura, desde una perspectiva psicosocial, para trascender el estudio atomizado de aspectos residuales de culturas anteriores –campo de estudio de disciplinas antropológicas– y de aspectos emergentes de culturas actuales, campo de estudio de disciplinas sociológicas.

En una realidad histórica específica, los aspectos residuales son la plataforma de los aspectos emergentes, o bien los aspectos emergentes se desprenden de los residuales; de ahí que sea indispensable abordarlos como un todo.

Para comprender mejor lo que esto significa e implica, conviene rastrear brevemente el concepto de cultura.

En sus orígenes latinos, la palabra cultura se utilizó para referirse al cultivo del campo, posteriormente se empleó como un concepto metafórico para aludir al cultivo mental, *cultura animi*. En la actualidad, el término comprende las expresiones productivas, tecnológicas, científicas, artísticas, religiosas y lingüísticas necesarias para interpretar e interactuar en un ambiente concreto¹.

Sapir² y Vygotski³, dos pilares de la psicología social, concibieron la cultura en su dimensión histórica al definirla como el conjunto de prác-



ticas y creencias que son socialmente heredadas, y configuran los contenidos de los sistemas de mediación que representan la objetivación de la experiencia y conducen al porvenir.

Moscovici⁴, por su parte, inspirado en la perspectiva histórica de Sapir y Vygotski, habla de la cultura como un legado de memoria colectiva que se nos presenta con toda la resistencia de un objeto material y constituye la textura de nuestro pensamiento. La cultura es, entonces, memoria colectiva y no solamente memoria de un colectivo, sino sociedad pensante que construye el pasado heredado y configura el presente de tal suerte que las experiencias, las palabras y las imágenes del pasado no son experiencias, palabras e imágenes muertas, sino que continúan actuando y envolviendo las experiencias, las palabras y las ideas presentes.

El legado cultural, en la medida en que es memoria colectiva y, por lo tanto, heredada, representa por sí mismo un factor coercitivo que forma parte de nuestra experiencia, en un mundo en el que los contenidos y reglas culturales terminan por construir a nuestro alrededor un auténtico entorno –con las propiedades de autonomía y restricción que caracterizan todo entorno– en el que se funden lo físico y lo social⁵.

La cultura es la memoria de un pueblo que sintetiza el resultado de su actividad creadora a través del tiempo y se traduce en un conjunto de maneras de entender y actuar en la realidad para lograr la adaptación y el progreso en un contexto específico, garantizando, en consecuencia, su existencia⁶.

En el contexto de la reflexión dialéctica de Dussel, la cultura es el medio que faculta la actividad del hombre en el mundo y, además, es el producto que resulta de esa actividad.

En consecuencia, los factores psicosociales de la realidad cultural de un periodo histórico son los universos simbólicos que determinan el comportamiento, puesto que definen los objetos para el hombre en función de criterios sociales y condicionan su manipulación. Asimismo, funcionan como principios ordenadores que configuran la realidad social porque agrupan a las personas y grupos de acuerdo con las normas sociales que se comparten en un contexto. Además, operan como constructos reguladores que orientan y definen la relación entre personas y grupos⁷.

En consecuencia, es claro que en los distintos momentos del devenir histórico de cualquier sociedad interactúan y con frecuencia se contraponen dos o más universos simbólicos que determinan las maneras de entender y actuar en las distintas culturas que lo conforman y dan existencia.

¹ Amparo Agudelo, *Valores y socialización: un estudio transcultural*.

² Edward Sapir, *Language*.

³ L. S. Vygotski, "II. The problem of the cultural development of the child".

⁴ S. Moscovici, "The phenomenon of social representations".

⁵ S. Moscovici y M. Hewstone, "De la ciencia al sentido común".

⁶ Raúl Béjar, *El mexicano: aspectos culturales y psicosociales*.

⁷ Amparo Agudelo, *op. cit.*



Concluyo esta digresión citando a Guillermo Bonfil Batalla⁸ quien concluye su artículo clásico, publicado en la revista *Nexos*, con el título “La querrela por la cultura”, con esta sentencia, válida aún treinta años después: “La querrela por la cultura no puede ser más la ocupación onanista y desvelada de unos cuantos, ni el tema tan inevitable como intrascendente de la charla de salón. En la opción del proyecto cultural que modele el México de mañana se decide nuestro ser y nuestra manera de ser. Es asunto vital para todos: vamos tomándolo en serio”.

Y porque en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos nos tomamos en serio la centralidad de “la querrela de la cultura” en el México que vivimos es que nos dimos a la tarea de producir este *Atlas de las culturas de los pueblos de Morelos*, que podrá ser consultado en la página de la universidad (www.uaem.mx), el cual pretende, por un lado, mostrar el resultado diverso y rico de las tradiciones creativas de cada región morelense y, por otro, quiere convertirse en un referente similar al *Atlas de la seguridad y violencia en Morelos*, proyecto con el cual se hermana para analizar el panorama político y social del país y sobre todo del estado. Como ocurre con las antologías que vislumbran un universo, esta obra no busca la totalidad, sino una aproximación crítica al patrimonio vivo material e inmaterial que motive a los lectores a iniciar su propio camino de indagación en torno a éste.

DR. ALEJANDRO VERA JIMÉNEZ



⁸ Guillermo Bonfil Batalla, “La querrela por la cultura”.

Referencias bibliográficas

Agudelo, Amparo. *Valores y socialización: un estudio transcultural*. Valencia: Universidad de Valencia, 1997.

Béjar, Raúl. *El mexicano: aspectos culturales y psicosociales*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.

Bonfil Batalla, Guillermo. “La querella por la cultura.” *Nexos*, abril de 1986, núm. 100.

Moscovici, S. “The phenomenon of social representations.” En R. M. Farr y S. Moscovici (eds.). *Social representations*. Londres: Cambridge University Press, 1984.

— y M. Hewstone. “De la ciencia al sentido común.” En S. Moscovici (ed.), *Psicología social*, vol. 2. Barcelona: Paidós, 1984.

Sapir, Edward. *Language*. Nueva York: Harcourt Brace, 1921

Vygotski, L. S. “II. The problem of the cultural development of the child.” *Journal of Genetic Psychology*, 1929, vol. 36, pp. 414-434.



Feria de Tepalcingo / Fernando Soto



Introducción

EL SER HUMANO SIEMPRE está en contacto con aquello que le es ajeno y lo rodea. A partir de esta experiencia, tiende puentes que lo conducen a diversos caminos. Uno de ellos, el que nos interesa aquí, es el de la inventiva, aquél que examina su entorno a través de los sentidos y quiere trastocarlo para impregnar su esencia. Eso es lo que hacen las culturas populares morelenses que, desde el momento en que interactúan con un elemento nuevo, lo vuelven suyo. Ya sea en los objetos de la naturaleza, que cambian su forma original –barro mutado en vasija, hojas de palma transformadas en cruces, flores que se convierten en coronas, etcétera–, o en el de las corrientes artísticas urbanas, que son muestra de la influencia de otras latitudes, aprehendidas, desde el principio, bajo un concepto de apropiación que logra convertir eso-que-viene-de-fuera en algo más, en algo propio.

Pese a que el estado de Morelos es uno de los más pequeños de la República, paradójicamente es uno de los más diversos en sus expresiones de cultura popular. Su geografía lo convirtió desde la antigüedad en un sitio privilegiado, puesto que muchas culturas dejaron impronta en sus pueblos. Basta mencionar Xochicalco, en donde hubo una presencia importante de artistas que crearon piezas notables de arte prehispánico, como son su cerámica, escultura y arquitectura, que hoy siguen teniendo eco en las comunidades originarias.

Por otra parte, Morelos es un estado que ha sido escenario de hechos históricos importantes; sus pobladores han vivido en constante tensión y agravio desde el poder. Sin embargo, su creatividad, apego a la tradición, ritualidad, arte y cultura han sido también un bastión que los ha unido y les ha dado una actitud de supervivencia, de esperanza. Subsiste, pese al aplastamiento histórico, una fuerte raíz indígena que forja un carácter contestatario, pero generoso a la vez, y que se halla en muchas de sus manifestaciones.

Quizás es una de las entidades en la que se ha realizado menos investigación y divulgación de su patrimonio inmaterial. Conscientes de ello, ofrecemos en el presente *Atlas de las culturas de los pueblos de Morelos* un conjunto de textos de especialistas que han analizado, desde distintas perspectivas, la complejidad cultural de la región; así, se muestra un panorama actual de lo que se vive, crea y recrea en los pueblos y comunidades; desde lo rural a lo urbano: de la alfarería de Cuentepec, los bules de Xoxocotla, los sayones de Tetela del Volcán, pasando por el Reto del Tepozteco en Tepoztlán, las contradanzas y las velas escamadas de Axochiapan, hasta los carnavales, las fiestas de cuaresma, el Día de Muertos; de los chinelos, los tecuanes, hasta el matacue, las mojjigangas; de los corridos surianos a las bandas de viento de Tlayacapan; de los tlacoyos a los chapulines; del pulque al tepache; de los murales en las paredes de las calles de los conciertos de rock a las manifestaciones del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad.

Cabe destacar que la pertinencia de un trabajo de esta índole se debe a que algunas expresiones se están perdiendo, pero otras, por fortuna, se mantienen y se expanden. El factor fundamental está en la reapropiación que los jóvenes hacen al asumir y reinventar las tradiciones ancestrales y de las que se suman a éstas. A eso le apostamos.

FRANCISCO REBOLLEDO





Mujeres nahuas de Morelos/Ricardo María Garibay



Pueblos indígenas de Morelos



Pueblos indígenas de Morelos



RICARDO MA. GARIBAY

Preámbulo

LA INVITACIÓN PARA participar en este libro fue para escribir sobre los pueblos indígenas de Morelos, lo que siempre será necesario dado el poco conocimiento y los muchos prejuicios que sobre el tema tiene la población no indígena; sin embargo, para ir más allá de una mera etnografía con la información básica, dura y fría sobre su ubicación, población y “costumbres”, aprovecharé el espacio para tocar temas relacionados con lo que comúnmente se considera lo indígena, desde su definición hasta su vivencia, cómo son concebidos y cómo se conciben ellos mismos, su posición y relación con la sociedad nacional que con frecuencia se enorgullece por su glorioso pasado pero se avergüenza por su lastimoso presente.

Para empezar prefiero hablar no de los indígenas, sino de los pueblos originarios, y esto no es por una cuestión semántica, sino que tiene implicaciones y consecuencias mayores. Cada uno de los capítulos que integran este libro tratará con la debida profundidad los principales elementos que en su conjunto conforman una cultura, que en este caso se trata aquella que han creado y recrean cotidianamente los pueblos originarios del estado de Morelos, y que muchas veces aun sin saberlo la viven, disfrutan y usufructúan muchas más personas mestizas que ven lo indígena muy lejano y ajeno.

Para entender estas reacciones comencemos por recordar cuáles son los elementos que constituyen una cultura. Son todos los que construye y realiza un grupo humano: lengua, vestido, alimentación, vivienda, tecnología, creencias, festividades, ceremonias, religión, arte, normas, trabajo, organización y relaciones sociales. Una cultura está conformada por todo aquello que Toledo y Barrera conceptualizan como cosmos, corpus y praxis, en el que el cosmos es el conjunto de creencias, el corpus el sistema de conocimientos y la praxis el conjunto de prácticas productivas y cotidianas, todo enmarcado en un *ethos* que representa las normas y que en conjunto forman un *Todo holón* en el que interac-

túan todos sus componentes. Quien participa y comparte estos elementos pertenece a ese grupo social. También es importante mencionar que toda cultura es dinámica, es decir, que cambia constantemente, se adapta a los cambios sociales, ambientales, tecnológicos; toma elementos de otros grupos y modifica los propios por necesidad, conveniencia o por imposición.

Es sabida la historia del término “indio” con el que se denominó a los naturales de este continente, por la creencia de los “descubridores” de haber llegado a las Indias Orientales en su intento por encontrar nuevas rutas para el comercio. El término indio no tendría mayores consecuencias si no estuviera ligado a un proceso de conquista, exterminio, despojo y explotación. Este proceso que lleva cinco siglos, desde la Conquista hasta nuestros días, dejó pueblos sobrevivientes con culturas fracturadas, estropeadas, desestructuradas en cuanto a su organización política, social y sobre todo económica, quedando siempre en el estrato más deteriorado, por lo que se les identificó, desde aquel entonces y hasta nuestros días, con la pobreza como característica más visible.

Pero ¿quién define lo indígena? Es una categoría clasificatoria impuesta por los no indígenas; en muchas lenguas la palabra con la que se autonombran los diferentes pueblos originarios significa “la gente”, “el pueblo”, “los verdaderos hombres”, a veces en forma textual; otras veces hacen referencia al sitio donde viven, a la toponimia, por eso hay “la gente del valle”, “la gente de la montaña”, o como los tohono o’otam de Sonora cuyo significado es la “gente del desierto”, o bien los cucapá de Baja California que significa la “gente del río”, en referencia al río Colorado; también se alude a ciertas características del grupo, como por ejemplo en Oaxaca los mixes o ayuuk que significa “gente del idioma elegante” o los Chinantecos que significa “gente de palabra antigua”; o los yoremes o yaquis de Sonora que significa “el pueblo que respeta la tradición”, que sería una forma de decir quienes practican y comparten la tradición.



También están las palabras con las que, con un sentido peyorativo, se denomina a una persona o un grupo y vemos como esa persona o grupo utiliza la misma palabra como reivindicación positiva y la transforma en su beneficio, como sucedió con los afroamericanos en Estados Unidos que transformaron el término *niger* en *black power* o en el slogan *black is beautiful*; o los chicanos con el chicano *power*. Un ejemplo también son los yaquis y la denominación que a este grupo le impusieron los mestizos sonorenses llamándoles “tribu yaqui” con la carga peyorativa que implica el término “tribu” debido al atraso que representa en una escala evolutiva; hoy los yaquis se presentan con orgullo como miembros de la “tribu yaqui”, lo mismo sucede con muchos otros pueblos originarios que tratan de reivindicar el término *indígena* e *indio* para invertir su sentido y convertirlo en bandera de lucha o signo de identidad. El llamado “movimiento indio” tiene también esa intención de dignificar lo indio. También encontramos casos como los purépechas de Michoacán quienes tienen una palabra para nombrar a los mestizos: *turises* cuyo significado es “la gente sin razón”.

¿Qué define lo indígena? Nuevamente es el no indígena quien, a partir de las diferencias con respecto de su propia cultura, establece las características de aquél que no es igual a su grupo. El mestizo es etnocentrista. Se llama “etnocentrismo” a la posición de una persona o grupo que establece como parámetro ideal a su propia cultura, que la considera en la cima de la escala evolutiva y desde ahí califica a las demás culturas. Desde ahí, es indígena quien tenga costumbres diferentes a las del grupo dominante y, bajo ese criterio etnocentrista, esas costumbres se consideran inferiores, atrasadas e irracionales.

En un país racista como México -hablo de todos los estados y Morelos no es la excepción-, el término *indígena* siempre se relaciona con pobreza, atraso, indolencia, ignorancia, pereza e incapacidad para participar y sumarse al desarrollo de la sociedad; se considera que el indígena carga como un lastre el apego a sus costumbres. La pobreza se atribuye a que es indígena, o sea a su condición étnica y no se reconoce que es resultado del despojo y explotación del que ha sido objeto, desde la conquista hasta nuestros días.

Cuando se habla o se piensa en alguno de los elementos de las culturas originarias, aun sin proponérselo se hace una comparación con la propia cultura, lo que inevitablemente genera juicios de valor: ¿qué tan parecida o qué tan

alejada está esa cultura de la nuestra? Y por lo tanto, qué tan precientífica, tan rural, tan poco racional y, por supuesto, qué tan atrasada, sólo explicable por su condición de indígena. Es decir, que en el imaginario colectivo, lo indígena siempre está vinculado a la pobreza y una cosa se considera la causa o el efecto de la otra: es pobre porque es indígena o es indígena porque es pobre.

Retomaremos estas reflexiones más adelante para mostrar a continuación los datos duros. La información oficial de los censos da cuenta de aquéllos que se identifican y declaran como indígenas de acuerdo al criterio de auto adscripción, sin embargo, los censos arrojan cifras que nos impiden visualizar al conglomerado social que participa de muchos elementos de la cultura originaria de Morelos; es decir, los censos marcan separaciones y diferencias entre indígenas y no indígenas, que en la vida cotidiana no existen y esto es precisamente el propósito de este texto: mostrar que existe un mestizaje cultural gracias al cual existen más elementos de las culturas originarias entre nosotros, los mestizos, de los que muchas personas quisieran aceptar.

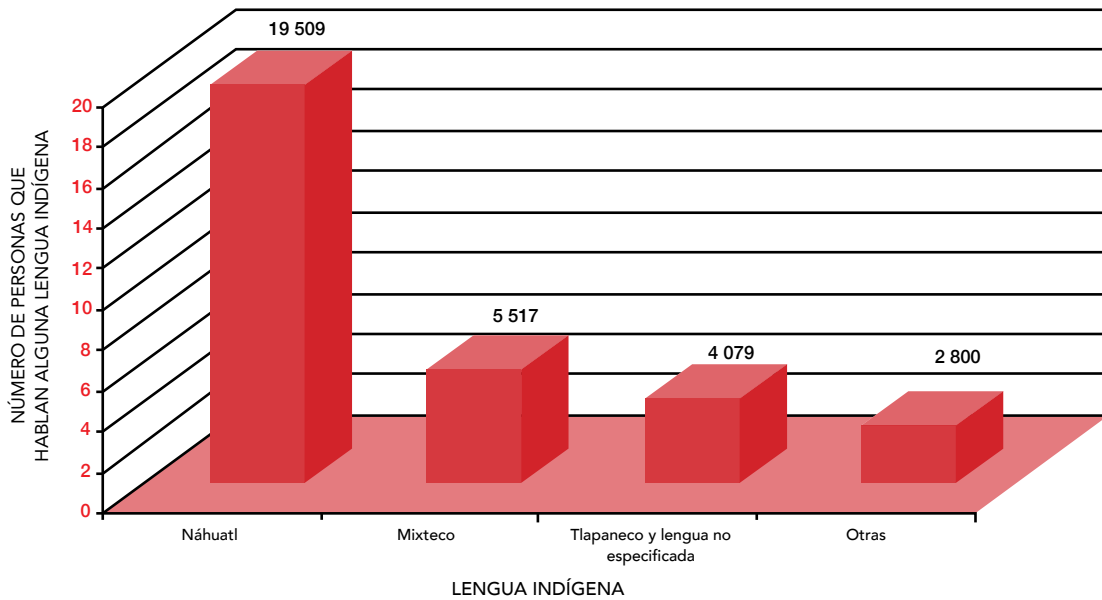
Datos y números

Hay cifras que establecen que los indígenas en Morelos suman alrededor de 300 000 (lo que representa cerca del 18% de la población total del estado) de los cuales 30 000 son nahuatlats, es decir, hablantes del náhuatl. Las cifras más cautelosas señalan a un 10% de la población de Morelos como indígena, lo que es equivalente a la proporción nacional. En el plano nacional se menciona con frecuencia y hasta con orgullo en los discursos oficiales, la diversidad cultural que nos caracteriza como país, sin embargo, en Morelos la negación y el desconocimiento de este sector entre la población mestiza es notorio.

En cuanto a la lengua tenemos que la población de tres años y más que habla alguna lengua indígena en Morelos suma un total de 31 905 habitantes. Entre todos ellos hablan un total de 34 diferentes lenguas, entre las que destacan el náhuatl, hablado por 19 509 habitantes que representan el 61% de los hablantes, le sigue el mixteco con 5 517 hablantes que constituyen el 17% del total en tercer lugar se ubica el tlapaneco y que hablan otras lenguas no especificadas que en total representan el 13%, es decir, 4 079 hablantes. El 9% restante está conformado por hablantes de 31 diferentes lenguas.



POBLACIÓN DE TRES AÑOS Y MÁS QUE HABLA ALGUNA LENGUA INDÍGENA



Fuente: Censo de Población y Vivienda 2010

¿Tenemos idea de lo que significa que en un estado de las dimensiones de Morelos se hablen 34 lenguas? Se menciona mucho el carácter cosmopolita de Cuernavaca porque debido a las bondades de su clima es residencia de muchos extranjeros. Sin embargo, nunca hemos reparado en lo que significa que existan representantes de 34 diferentes culturas originarias de México asentadas también en Cuernavaca, aunque no precisamente por las bondades de su clima, sino por necesidades de otra índole.

Los principales municipios en los que se concentra la población indígena de tres años de edad y más son: Cuautla con 5 133; Cuernavaca con 4 071; Temixco con 3 981; Tetela del Volcán con 3 028; Ayala con 2 677; Tepoztlán con 2 229; Jiutepec con 1 992; Puente de Ixtla con 1 626, y Yautepec con 1 278 habitantes.

Con un poco de atención podemos escuchar el náhuatl en los mercados, en las construcciones, en el servicio doméstico, en los viveros de plantas ornamentales, en los tianguis de artesanos y en muchos otros lugares.

En la Constitución se define a los pueblos indígenas como “aquellos que descienden de poblaciones que habitaban en el territorio actual del país al iniciarse la colonización y que conservan sus propias instituciones sociales, económicas, culturales y políticas, o parte de ellas” (artículo y párrafo segundo). Éstos son elementos de definición tomados del Convenio 169 sobre derechos de los pueblos indígenas de la Organización Internacional del Trabajo.

Para fines muy concretos en términos jurídicos, en cuanto al reconocimiento de derechos, es necesaria una definición de este tipo, ya que los conflictos de tierras, aguas, manejo de recursos, participación y organización política, entre

PRINCIPALES MUNICIPIOS CON POBLACIÓN QUE HABLA ALGUNA LENGUA INDÍGENA		
MUNICIPIO	HABLANTES	%
Morelos	31 905	100
Cuautla	5 133	16.09
Cuernavaca	4 071	12.76
Temixco	3 981	12.48
Tetela del Volcán	3 028	9.49
Ayala	2 677	8.39
Tepoztlán	2 229	6.99
Jiutepec	1 992	6.24
Puente de Ixtla	1 626	5.10
Yautepec	1 278	4.01
Municipios restantes	5 890	18.46

Fuente: Censo de Población y Vivienda 2010

otros, requieren de un sujeto social que se defina bajo la categoría de “indígena” para reclamar derechos específicos.

Es justo reconocer los avances que ha habido en cuanto a los criterios para que los ciudadanos se puedan definir como indígenas y respecto al reconocimiento de sus derechos como tales. Sin embargo, ese no es el objetivo de este apartado, lo que queremos destacar en este capítulo es la aportación tan grande que han hecho y siguen haciendo los pueblos originarios de Morelos, así como el desconocimiento e incluso negación que se hace de este hecho. El origen está en el racismo, la negación del componente indígena en nuestra cultura.

Más allá del inocultable mestizaje genético del mexicano y del morelense, manifiesto en el color de piel y en el fenotipo, es decir, en el aspecto físico; el componente indígena de nuestra cultura lo podemos palpar en nuestro mestizaje cultural, en el ejercicio de nuestros quehaceres cotidianos; ahí es donde se observan de manera fehaciente las aportaciones indígenas.

La definición de la Constitución deja abierta una rendija al mencionar que indígenas son “aquellos que descienden de poblaciones que habitaban en el territorio actual del país al iniciarse la colonización y que conservan sus propias instituciones sociales, económicas, culturales y políticas, *o parte de ellas*”. Las cursivas son mías, porque quiero destacar que esa “parte de ellas” al no estar definida con precisión implica que, con sólo conservar algún elemento de las instituciones originarias, un individuo o pueblo puede declararse como indígena, y esto está sustentado como propuesta en los párrafos siguientes.

Si a las cifras oficiales de los censos les sumamos las de los campesinos del estado de Morelos, que sin declararse o reconocerse como indígenas tienen una evidente matriz cultural indígena, tenemos que la población que comparte la cultura de los pueblos originarios crece notablemente porque este sector campesino está conformado por una buena parte de la población de 29 municipios, evidentemente rurales, de los 33 que integran el estado.

Esta compartición de elementos culturales se pone de manifiesto en la vida cotidiana, en las fiestas patronales, en las danzas y el brinco del chinelo, en las bandas de viento, en la gastronomía y la comida de recolección, en la organización comunitaria de los pueblos, en la organización por barrios, las cofradías, las mayordomías, en las asambleas, en la vida organizada en torno a los cultivos, en

el ciclo agrícola que marca los tiempos sociales con la milpa en primer término.

En el mismo sentido podemos decir que la suma de este sector campesino “no indígena” al que nos hemos referido, que participa de la cultura de los pueblos originarios, crece aún más si le agregamos la población urbana actual, pero con un muy reciente pasado rural, que por lo tanto, conserva usos, costumbres y formas campesinas de ser, cuyo origen está en los pueblos originarios, aunque ahora vivan en zonas urbanas. Los siguientes datos nos permiten esclarecer esta hipótesis.

En la última década, el 70% de la población del estado se ha concentrado en tan solo cuatro municipios, que son Cuernavaca, Temixco, Jiutepec y Emiliano Zapata; no es que sea una población culturalmente urbana, sino que es una población que se ha ido asentando en zonas urbanas, pero que mantiene una cultura rural.

En esta área de cuatro municipios que amenaza con convertirse en un gigantesco conglomerado urbano, es común encontrar milpas entre las casas, en los solares, en pequeños espacios robados al inexistente trazo urbano, y al mismo tiempo que el canto de los gallos molesta a los ciudadanos que llegan a sus casas de fin de semana, éstos también se congratulan con el desayuno típico de pueblo que les prepara su trabajadora doméstica.

Los cuetes de las fiestas patronales se dejan oír en todos los pueblos y ciudades del estado. Tan sólo en el municipio de Cuernavaca hay 12 pueblos indígenas, es decir, 12 pueblos cuya tenencia de la tierra se conoce como “bienes comunales”, es decir, de origen indígena.

Con estos datos nos queda en el ánimo las preguntas sobre ¿quiénes son los indígenas y quiénes no lo son?, ¿quién produce, recrea y consume la cultura indígena?, ¿cuándo se exalta, cuándo se esconde y cuándo se expropia?

En el mapa siguiente podemos observar los municipios con población de tres años y más que habla una lengua indígena.

Independientemente de que se hable o no la lengua náhuatl, quien conozca el estado de Morelos no va a poder negar la presencia del componente indígena en los municipios del oriente del estado como lo son Zacualpan de Amilpas, Temoac, Jantetelco, Jonacatepec, Axochiapan y Tepalcingo; municipios en los que las fiestas patronales, los tianguis y la organización comunitaria, entre muchos rasgos más, ponen de manifiesto la existencia de una matriz cultural

indígena. Lo mismo podríamos decir de los municipios del norte del estado como Ocuilco, Yecapixtla, Atlatlahucan, Tlayacapan, Totolapan y Tlalnepantla.

Con lo anterior no estoy proponiendo que lo único que existe son los pueblos indígenas, lo que pretendo destacar es que los datos cuantitativos de los censos no nos permiten ver el trasfondo cualitativo, o dicho de otra manera, si nos basamos solamente en las cifras censales, perderemos de vista una realidad mucho más rica y compleja que debería ser tomada en cuenta para el diseño de políticas públicas.

Apropiación, rescate o fortalecimiento

La expropiación selectiva de algunos elementos de las culturas de los pueblos originarios tiene un ejemplo muy claro en el caso de la herbolaria y la medicina tradicional. Morelos tiene una fuerte tradición desde tiempos prehispánicos en medicina tradicional; aun ahora, existen redes de comunicación entre terapeutas tradicionales de Morelos y curanderos de otros estados. Moctezuma II estableció su jardín botánico en lo que ahora es el área de Oaxtepec. El proverbial Tepoztlán y Amatlán de Quetzalcóatl gozan de fama por la efectividad de sus curanderos y temazcales.

Los terapeutas tradicionales tienen especialidades: hierberos, sobadores, levantadores de sombra, curadores de empacho, culebreros, hueseros y las imprescindibles e importantes parteras. Lo anterior y la mítica historia de esta región han propiciado el arribo de gente de muchos lugares de México y otros países para instalarse como “sanadores” de todo tipo, en una mezcla de religiones y filosofías, cultos, rituales, todo “embellecido” con un matiz de tradiciones de origen prehispánico que poco a poco van desplazando a los originarios terapeutas.

Lo mismo sucede con las bandas de viento, cuyo más ilustre representante es la Santamaría de Tlayacapan, pero que existen en cualquier pueblo. No hay fiesta sin banda y no hay banda sin chinelos, de cuyo productos del mestizaje y del carnaval que toleraban los españoles sólo en ese momento de juego y burla hacia el conquistador.

¿Qué decir de la gastronomía morelense y de la recién puesta al descubierto “cocina de recolección” de la que participa y consume mu-

cha gente campesina y urbana no indígena y que desconoce su origen prehispánico y su vasta presencia?; ¿qué decir de las “cruces de pericón” y de los tiemperos o graniceros en los pueblos que rodean a Don Goyo-Popocatepetl?

¿Qué decir de los nombres de los pueblos de Morelos, que si bien muchos tuvieron un nombre cristiano por imposición, mantienen al mismo tiempo su denominación original en lengua náhuatl, como Santa María Ahuacatepec, San Juan Tlacotenco, Jonacatepec, Xochitepec, Puente de Ixtla, Ocuilco, por nombrar sólo algunos, sin dejar de lado a Cuauhnáhuac, mal llamada Cuernavaca?

A excepción de Ayala y Emiliano Zapata los restantes 31 municipios del estado tienen nombre en náhuatl.

La intención de lo expuesto hasta aquí es mover a la reflexión sobre las aportaciones que han hecho y siguen haciendo los pueblos originarios de Morelos en todos sentidos, como ejemplo podríamos mencionar la pequeña producción familiar que realizan los campesinos del estado.

Estudios recientes de la FAO demuestran que el 70% de la producción alimentaria del mundo la hacen los pequeños productores con sólo 25% de la tierra agrícola y en parcelas de 2.2 hectáreas en promedio. Esta aseveración es palpable en los pueblos del oriente de Morelos. La agrobiodiversidad en esta región del estado, con una fuerte presencia indígena, es sorprendente, así como sus días de plaza y el tianguis de los domingos en Zacualpan, en el que hay una sección para el trueque donde se intercambian productos de la zona fría de Hueyapan con los de la zona caliente, desde Chalcatzingo hasta la sierra de Huautla.

El abandono de los pequeños productores pretende justificarse con argumentos como la “necesaria” producción extensiva de monocultivos para alimentar a la creciente población. Pero nada más falso. La productividad de las parcelas campesinas morelenses demuestran lo contrario, a pesar del abandono gubernamental de estas regiones menospreciadas por considerarlas destinadas a la “pequeña producción de autoconsumo”.

Para mucha gente podría parecer una ficción o una exageración hablar de población indígena en Morelos: “Es un sector condenado a desaparecer, he escuchado- es cuestión de tiempo para que se integren a la modernidad”.

Sin embargo, su poca visibilidad es parte de su estrategia de sobrevivencia y permanencia; aun sin que existan muchas muestras de su pre-



sencia, recordemos que el surgimiento de conflictos ha generado en Morelos movimientos importantes, en los que el componente étnico reaparece y se reconstituye rápidamente, poniendo en aprietos en más de una vez a las autoridades de los tres niveles de gobierno.

Aeropuertos, clubs de golf, carreteras, minas, gasoductos, entre otros proyectos, han sido detenidos por movimientos comunitarios en los que resurge una organización añeja que nunca ha desaparecido, sino que permanece viva y resurge en momentos estratégicos.

Una primera reacción para quien se acerca con interés a estos temas, y descubre su importancia, es pensar en el rescate de tan importantes elementos culturales. Sin embargo, Guillermo Bonfil señalaba en ello un riesgo "... cuando se habla de 'rescate', se está firmando el acta de defunción de la cultura", porque lo "rescatado" se convierte en pieza de museo, ya sean culturas o elementos de ellas. No es un asunto de "rescate". Se trata, en todo caso, de dignificar los elementos culturales de los pueblos originarios, pero en su conjunto, no seccionados quirúrgicamente para elegir lo rescatable bajo criterios mestizos. Se trata de reconocer las aportaciones que hicieron y que siguen haciendo los pueblos indígenas y las sociedades rurales, y que nos pueden dar luz sobre cómo enfrentar problemas como por ejemplo, el tan temido cambio climático.

Es decir, no se trata de la selección y rescate de elementos culturales fuera del contexto social en el que se desarrollaron, porque de esta manera hay un criterio selectivo sobre cuáles son los elementos "rescatables" y cuáles no: ¿los turísticamente atractivos?, ¿los que son más redituables?, ¿los políticamente correctos? En este sentido, el resultado es la cosificación de la cultura, que se convierte en mercadotecnia, en marca o en logotipo fuera de contexto, aséptico, carente de todo referente a su esencia cultural: los museos muestran la cara bonita, la artesanía también, claro que sin mostrar las condiciones en las que se produce la pieza; la música se toca, pero sin explicar su sentido, la fiesta es celebración, pero sin profundizar en la función que juega en el ámbito comunitario; el temazcal fascina como atractivo turístico, pero expropiado por los sanadores no indígenas que lo integran a los paquetes "all inclusive" en exclusivos y excluyentes hoteles ecológicos. Esta expropiación selectiva de algunos elementos de las culturas de los pueblos originarios, como ya se mencionó, tiene un

ejemplo muy claro en el caso de la herbolaria y la medicina tradicional.

¿De qué se trata entonces?

Se trata en todo caso de dignificar la vida comunitaria y lo que implica, se trata de reconocer las ventajas de la organización del pueblo, por barrios, por cofradías o mayordomías, y adoptarlas por su eficiencia; se trata de restablecer la función de las fiestas patronales, de las ferias y el ceremonial; se trata de reconocer y darle su lugar a las instituciones y autoridades locales como el juez de agua, el tequio, la mano vuelta, las autoridades agrarias; fortalecer y reconocer la validez y el valor de las asambleas comunales y ejidales. Se trata de apoyar el fortalecimiento y la reconstitución del tejido social originario, no el que existía en épocas pasadas sino el actual, el que decidan tener los pueblos originarios de Morelos, a partir del respeto a la diferencia y el derecho a decidir su futuro.

Al crisol cultural que es Cuernavaca, en donde mexicanos provenientes de todos los estados conviven con morelenses de origen libanés, judío y extranjeros radicados por años y generaciones, tendría que descubrirse y sumarse el otro crisol que conforman los pueblos originarios nativos, y los provenientes de otros estados, que como mencionamos está compuesto de más de 30 culturas originarias de México.

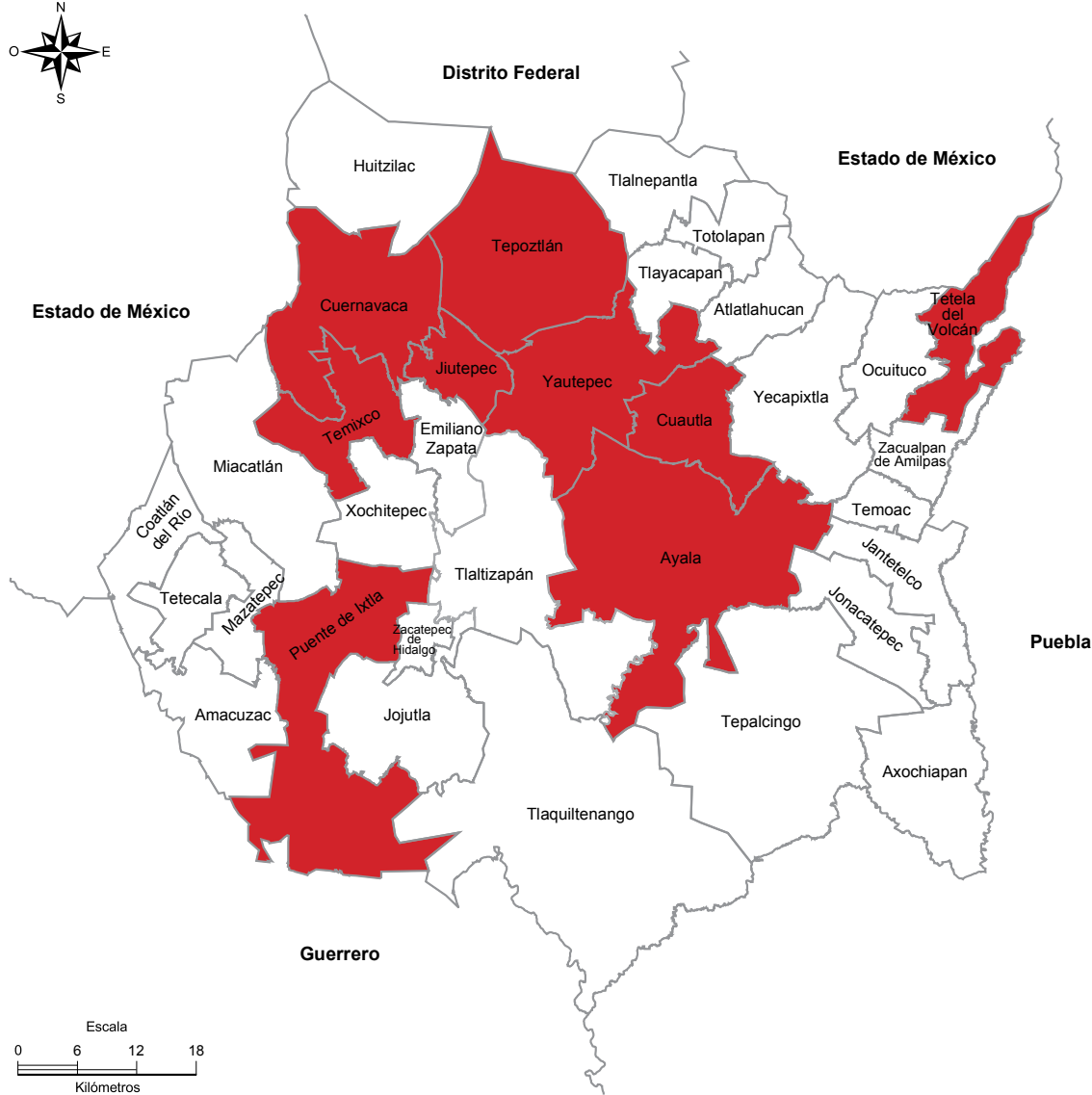
No se trata de una vuelta al pasado, sino de reconocer en el presente conocimientos valiosos, útiles y necesarios que hemos despreciado por considerarlos inoperantes y primitivos desde nuestra soberbia y limitada visión etnocéntrica. No se trata de tolerancia condescendiente, sino de respeto a la diferencia, de reconocimiento de los derechos de grupos sociales con características y derechos particulares. Tampoco se trata de otorgar derechos a los indígenas a costa de los de la sociedad mestiza, es un asunto de mutuo respeto a la diferencia y la inclusión.

Pero sobre todo, y esta es la intención que me anima, se trata de dar a conocer y reconocer que hay muchos elementos de la cultura de los pueblos originarios operando en la sociedad mestiza morelense, muchos más de los que se sabe comúnmente.

Pero sobre todo muchos más de lo que se quiere reconocer.



Municipios del estado de Morelos con población hablante de alguna lengua indígena



Fuente: INEGI.

POBLACIÓN DE TRES AÑOS Y MÁS QUE HABLA ALGUNA LENGUA INDÍGENA		
LENGUA	POBLACIÓN	%
TOTAL	31 905	100
Náhuatl	19 509	61.15
Mixteco	5 517	17.29
Lengua no especificada	2 548	7.99
Tlapaneco	1 531	4.80
Zapoteco	608	2 800 8.78
Otomí	444	
Mazahua	342	
Mazateco	219	
Mixe	212	
Totonaca (totonaco)	187	
Maya	150	
Chinanteco	111	
Tsotsil (Tzotzil)	56	
Purépecha (Tarasco)	54	
Tseltal (Tzeltal)	50	
Huasteco	49	
Amuzgo	46	
Triqui	37	
Popoloca	26	
Mixteco de la Mixteca alta y baja	30	
Chatino	18	
Popoloca	18	
Otras lenguas indígenas	16	
Chol (Ch'ol)	13	
Chontal	12	
Tojolabal	12	
Cuicateco	8	
Otras lenguas indígenas	13	
Ocuilteco (tlahuica)	8	
Zoque	7	
Amuzgo de Guerrero	6	
Huichol	6	
Tarahumara	6	
Tepehua	5	
Otras	31	

Fuente: INEGI, Censo de Población y Vivienda 2010.

DISTRIBUCIÓN POR MUNICIPIO Y SEXO DE LA POBLACIÓN DE TRES AÑOS Y MÁS QUE HABLA UNA LENGUA INDÍGENA			
MUNICIPIO	TOTAL	HOMBRES	MUJERES
Morelos	31 905	15 771	16 134
Amacuzac	41	25	16
Atlatlahucan	458	233	225
Axochiapan	267	145	122
Ayala	2677	1304	1373
Coatlán del Río	19	11	8
Cuautla	5133	2452	2681
Cuernavaca	4071	2009	2062
Emiliano Zapata	681	350	331
Huitzilac	162	83	79
Jantetelco	181	89	92
Jiutepec	1992	975	1017
Jojutla	377	184	193
Jonacatepec	106	55	51
Mazatepec	42	25	17
Miacatlán	98	49	49
Ocuituco	74	32	42
Puente de Ixtla	1626	828	798
Temixco	3981	1963	2018
Tepalcingo	93	44	49
Tepoztlán	2229	1148	1081
Tetecala	18	10	8
Tetela del Volcán	3028	1407	1621
Tlalnepantla	54	34	20
Tlaltizapán	467	240	227
Tlaquilenango	133	67	66
Tlayacapan	700	339	361
Totolapan	247	127	120
Xochitepec	945	533	412
Yautepec	1278	640	638
Yecapixtla	454	232	222
Zacatepec	172	91	81
Zacualpan	21	9	12
Temoac	80	38	42

Fuente: INEGI, Censo de Población y Vivienda 2010.

Referencias bibliográficas

Bonfil Batalla, Guillermo. *México profundo: una civilización negada*. México: Secretaría de Educación Pública/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1987.

Censo de Población y Vivienda 2010 [en línea]. Aguascalientes: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática [citado el 9 de septiembre de 2016]. Disponible en <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/ccpv/cpv2010/Default.aspx>>.

González Galván, Jorge Alberto. “La reforma constitucional en materia indígena.” *Cuestiones Constitucionales: Revista Mexicana de Derecho Constitucional*, julio-diciembre de 2002, núm. 7, pp. [253]-259.

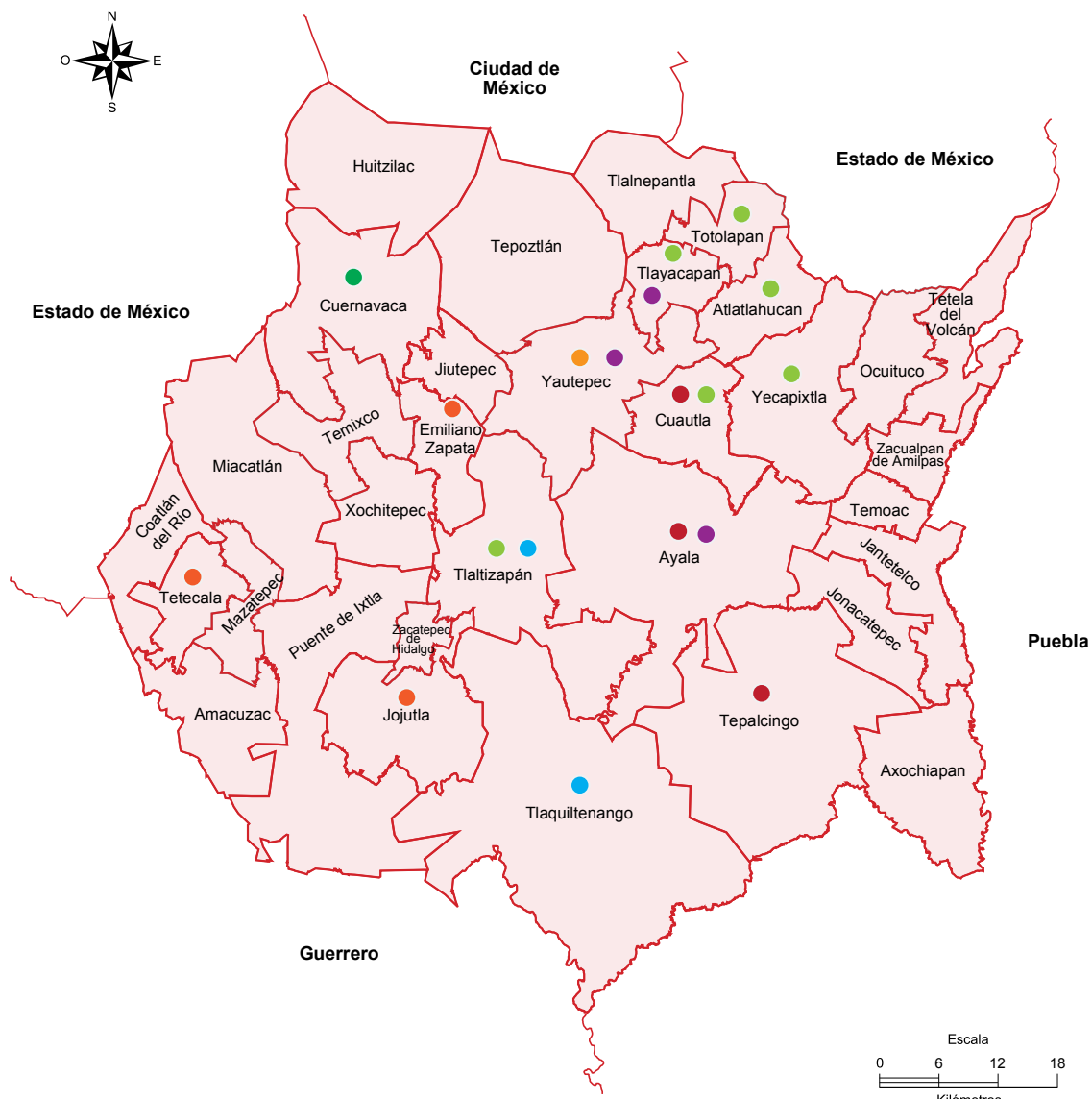
Hidalgo, Fernando. *Cocina de recolección en Cuauhnáhuac: patrimonio milenario sobreviviente*. México/Cuernavaca: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto de Cultura de Cuernavaca, 2015.

Morayta, Luis Miguel (coord.). *Los pueblos nahuas de Morelos: atlas etnográfico*. Cuernavaca/México: Instituto de Cultura de Morelos/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011.

Saldaña Fernández, María Cristina. *Los días de los años: ciclo ritual en el suroeste de Morelos*. México/Cuernavaca: Juan Pablos/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2011.

Sánchez Reséndiz, Víctor Hugo. *Agua y autonomía en los pueblos originarios del oriente de Morelos*. Morelos: Libertad bajo Palabra, 2015.

Toledo Manzur, Víctor Manuel y Narciso Barrera-Bassols. *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria, 2008.

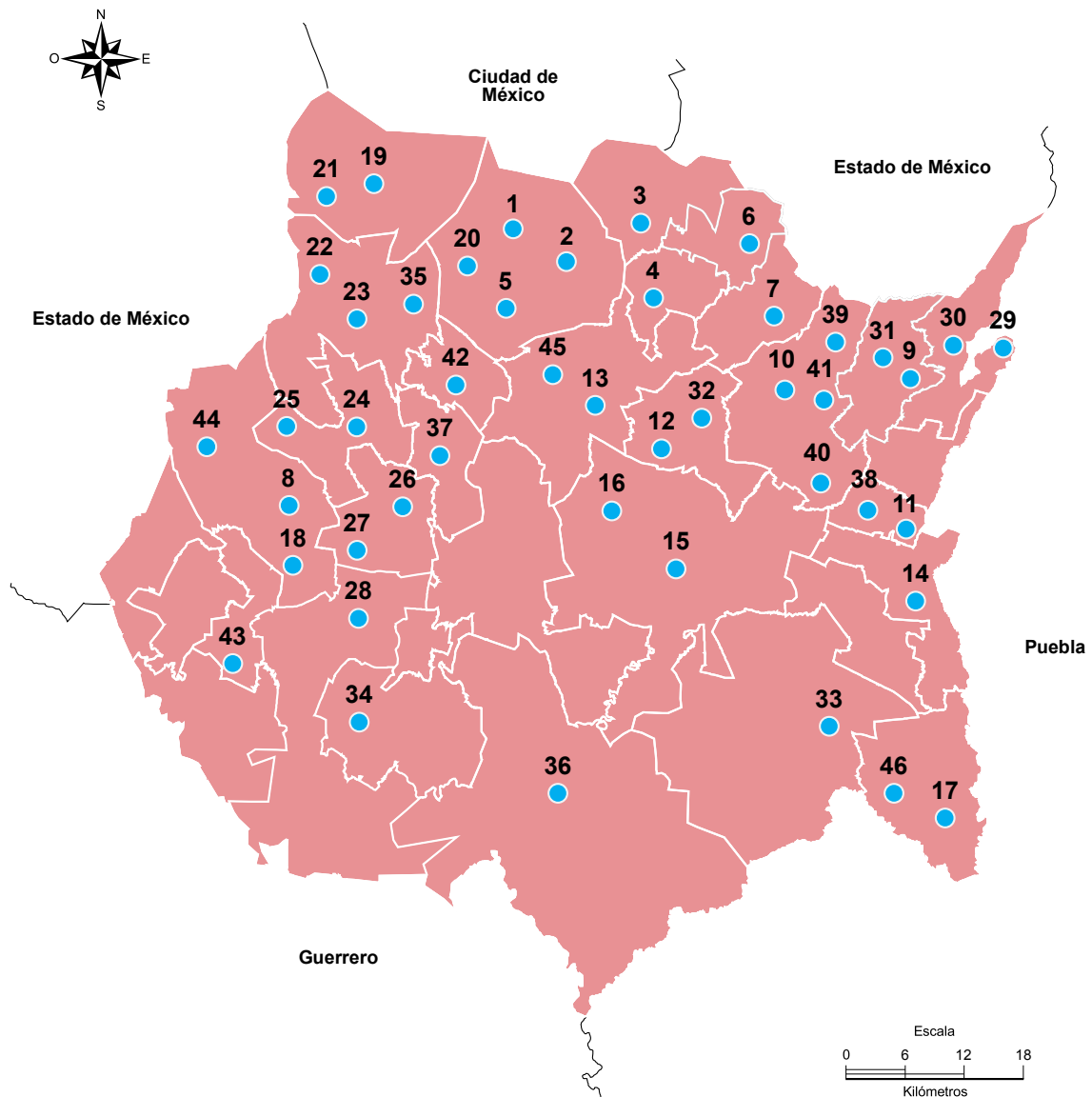


POBLACIÓN INDÍGENA JORNALERA INMIGRANTE

- Nahuas
- Tlapanecos
- Mixtecos
- Mixtecos, nahuas y tlapanecos

POBLACIÓN INDÍGENA ARTESANA INMIGRANTE

- Mixtecos, mazahuas y nahuas
- Mixtecos
- Nahuas



● PRINCIPALES PUEBLOS CON POBLACIÓN INDÍGENA

- | | | | |
|-------------------------|--------------------|-----------------------|---------------------|
| 1. Tepoztlán | 13. Yautepec | 25. Cuentepec | 37. Emiliano Zapata |
| 2. Amatlán | 14. Chalcatzingo | 26. Atlacholoaya | 38. Temoac |
| 3. Tlalnepantla | 15. Tenextepango | 27. Alpuyeca | 39. Achichipico |
| 4. Tlayacapan | 16. Villa de Ayala | 28. Xoxocotla | 40. Tecajec |
| 5. San Andrés de la Cal | 17. Axochiapán | 29. Hueyapan | 41. Xochitlán |
| 6. Totolapan | 18. Coatetelco | 30. Tetela del Volcán | 42. Jiutepec |
| 7. Atlatlahucan | 19. Coajumulco | 31. Ocuituco | 43. Mazatepec |
| 8. Xochicalco | 20. Santa Catarina | 32. Tetelcingo | 44. Miacatlán |
| 9. Metepec | 21. Huitzilac | 33. Tepalcingo | 45. Oacalco |
| 10. Yecapixtla | 22. Ahuacatlán | 34. Jojutla | 46. Quebrantadero |
| 11. Huazulco | 23. Tlaltenango | 35. Ocotepec | |
| 12. Cuautla | 24. Tetlama | 36. Tlaquiltenango | |



Mujeres nahuas de Morelos / Ricardo María Garibay



Mujeres nahuas de Morelos / Ricardo María Garibay

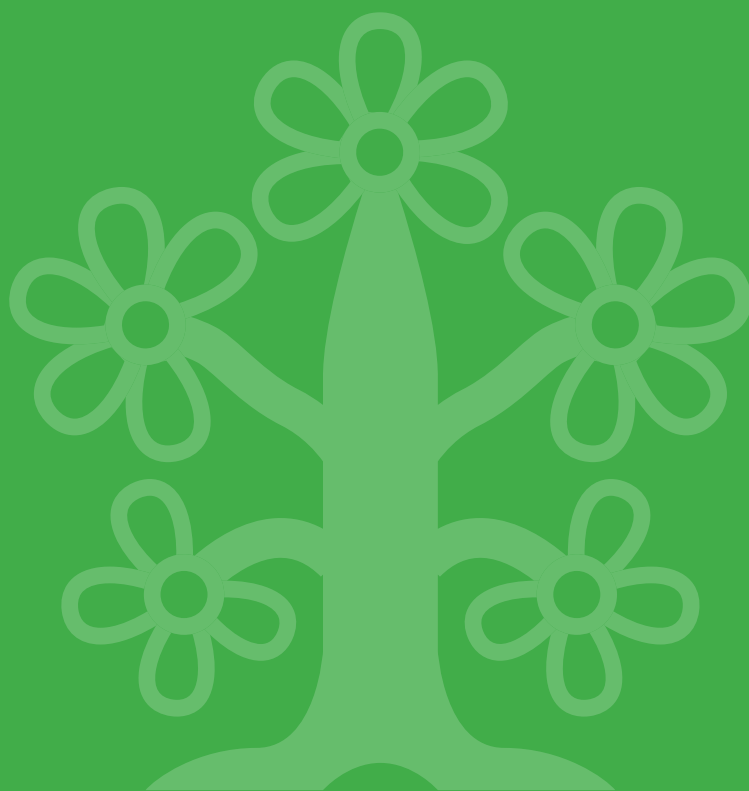


Mujeres nahuas de Morelos / Ricardo María Garibay



Mujeres nahuas de Morelos / Ricardo María Garibay





**Tejidos sociales
regionales de los
pueblos indígenas**



Tejidos sociales regionales de los pueblos indígenas



MIGUEL MORAYTA MENDOZA

Crterios de identidad

ES IMPORTANTE CONSIDERAR que si bien el índice sintético de la etnicidad es la lengua por ser ésta un “marcador” simbólico de la identidad sociocultural, su preeminencia no es indispensable para la continuidad étnica, como es el caso del estado de Morelos, donde el desuso de la lengua vernácula se ha generalizado, o bien su uso se constriñe a la vida doméstica entre personas adultas.

Pero en cambio los valores culturales ofrecen a los miembros de la comunidad un sentido de pertenencia y de identidad étnica: los usos, costumbres, tradiciones y formas de organización social continúan siendo factores que dan identidad social a las comunidades como indígenas.

Por ello resulta insuficiente restringirse a los criterios lingüísticos, ya que si consideramos otros factores de identidad, como los arriba señalados, son indígenas también aquellas personas que se asumen a sí mismas como tales, pues aunque hayan dejado de hablar su lengua nativa conservan valores culturales y religiosos, así como formas de pensar, de hacer justicia, de organizarse para el trabajo y de relacionarse con la naturaleza propias de su comunidad de origen.

Los nahuas de Morelos en tal sentido hablen su lengua o no, conservan en gran medida los conocimientos de sus antepasados, su visión del mundo y de la naturaleza, sus formas de elegir a sus representantes, sus ritos agrícolas, de petición de agua, sus procesiones a los lugares sagrados, sus danzas, su música, sus recuerdos sobre un pasado cercano lleno de posibilidades ecológicas y abundancia de recursos frente a la pobreza económica y las carencias en las que viven actualmente.

Aunado a esto las manifestaciones de su cultura se han resguardado en las mentes de los viejos o en las cofradías religiosas, en las mayordomías y grupos de vigilancia de los santos, en los agricultores que rezan a san Isidro o a san Gregorio, en los que llevan a bendecir sus semillas a la iglesia el Día de la Candelaria, o van

en procesión al cerro del Coatepec, así como los que aprendieron a observar la luna y conocen los mejores momentos para regar o cosechar.

Bajo esta perspectiva, la estimación de la población indígena nahua en el estado de Morelos es difícil de precisar, pues el criterio censal sólo considera indígenas a los hablantes de una lengua vernácula y, aunque el XI Censo General de Población y Vivienda de 1990 es el primero desde 1895 que considera como indígenas a los niños de 0 a 5 años que viven en hogares donde los padres hablan una lengua indígena, es evidente que hay otros rasgos culturales con los que una persona se identifica como indígena, independientemente del uso restringido, insuficiente, o del desuso de su lengua vernácula por diversas circunstancias, ya sea en el caso de algunos miembros del grupo étnico, o de todo el grupo.

Señalemos otras circunstancias de esta especial conformación de la identidad étnica de los pueblos nahuas de Morelos que nos ayuden a precisar más sobre esta particular dinámica sociocultural en la que han estado inmersos, y que ha derivado, en el mejor de los casos, en ignorar su existencia o, en el peor, negarla, no obstante tener en la entidad más población indígena que los estados de Nayarit, Guanajuato o Querétaro.

A pocos años de la Promulgación de la Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Morelos, en 1869, se inicia la llamada “paz porfiriana”, durante este período las condiciones de vida y trabajo a través del sistema de haciendas fueron similares, propiciando, a excepción de los pueblos ubicados en la zona montañosa del norte, una singular homogenización en las formas y estilos de vida de los campesinos de origen nahua asentados en los valles y sujetos a las plantaciones azucareras.

Esta homogenización se generalizó durante el movimiento revolucionario, ya que éste involucró a todos los habitantes del estado, aunque los hechos de mayor trascendencia ocurrieron en las haciendas localizadas en los valles.

Estos dos factores, el trabajo en las haciendas y el movimiento revolucionario, contribuyeron a



homogenizar a la población: por un lado, las haciendas absorbieron un alto porcentaje de tierra y con ello se inhibió la posibilidad de continuar con una agricultura orientada al autoconsumo y basada en el maíz, la cual se organiza a través de mecanismos familiares y de ayuda mutua que determinan los patrones culturales que reafirman la identidad étnica.

Por otro lado, el movimiento revolucionario trajo una significativa disminución de la población nahua, ya que se trastocó el patrón económico que giraba alrededor de las haciendas, el cual llegó a la inactividad, especialmente mientras había incendios, persecuciones, matanzas y una diáspora de indios a Yucatán y Quintana Roo.

En virtud de que la única industria significativa era la de los ingenios, que dependía a su vez de la producción de caña de las haciendas, el cambio de la agricultura de autoconsumo a la agricultura comercial fue inevitable durante el Porfiriato, y éste ocurrió en casi toda la entidad, exceptuando nuevamente la mayoría de los pueblos de la zona montañosa del norte, que continuaron siendo productores de frutales y maíz en pequeña escala, manteniendo su tecnología tradicional hasta épocas recientes.

Bajo esta perspectiva se impuso como necesidad revisar los criterios de identidad étnica, originalmente restringidos, como señalamos, al uso o desuso de la lengua vernácula, con lo cual se limitaba la estimación de la población indígena de la entidad.

Esto es reconsiderar el criterio lingüístico como único marcador simbólico de la identidad sociocultural y considerar otros valores culturales que ofrecen a los miembros de las comunidades indígenas sentido de pertenencia y de identidad étnica como los usos, costumbres, tradiciones y formas de organización social.

Con estos criterios se identificaron alrededor de 32 comunidades como indígenas, esta cifra puede llegar a 35 si se incluyen, de la ciudad de Cuernavaca: los pueblos de Ocoatepec, Ahuatepec y Santa María Ahuacatlán, sin contar a una considerable población flotante de grupos étnicos inmigrantes de origen nahua, tlapaneco, mixteco, mazahua y totonaca, entre otros procedentes, de los estados circunvecinos y que vienen a vender sus artesanías o a emplearse como jornaleros agrícolas.

Siguiendo este perfil sociodemográfico, en el estado de Morelos el total de personas de más de tres años que hablan una lengua indígena, para el 2010, asciende a 31 905.

Dato del que se desprende un porcentaje del 1.8 del total de habitantes del Estado.

Distribución de los pueblos indígenas

La población indígena en Morelos se distribuye en los 33 municipios que integran la entidad, sin embargo, sólo en 15 de éstos se concentra en un rango mayor.

Conforme a la variable de hablantes de lengua indígena (cinco años y más) que emplea el Inegi, advertiremos que en algunos de los municipios es más representativa la población indígena inmigrante de origen mixteco, tlapaneco y zapoteco, procedente de los estados de Puebla, Guerrero y Oaxaca, que la identificada como nahua originaria de Morelos.

Por ejemplo, en el municipio de Ayala la población inmigrante indígena mixteca y tlapaneca es más significativa que la nahua; en Tlayacapan, los mixtecos y en Totolapan y Yecapixtla, los tlapanecos y mixtecos que se emplean como jornaleros agrícolas para el corte de la caña y el angú, así como para la cosecha del ejote, el jitomate y la cebolla.

Algunos de estos jornaleros son “pendulares”, es decir, regresan a sus pueblos a sembrar su maíz y frijol, a estar presentes en las fiestas o para asumir los cargos que la comunidad les ha conferido otros inmigrantes deciden residir de forma permanente en las cuarterías de Tennextepango del municipio de Ayala, en el campo cañero de Acamilpa en Tlaltizapán, en la segunda sección del Pedregal en Xochitepec o en la colonia el Plan de Tlayacapan en Tlayacapan, aunque no logran asimilarse al resto de la comunidad, creando corredores de miseria.

Por otra parte, resulta relevante el dato de que si seguimos la clasificación de los 11 municipios considerados como de alta marginalidad sólo en tres de éstos se concentra en términos proporcionales al total de población indígena con un significativo número de ellos, nos referimos a los municipios de Temoac, Miacatlán y Tetela del Volcán.

La anterior consideración no trata de descalificar los seis criterios que se tomaron en cuenta para identificar a los 11 municipios en la escala de alta marginalidad, sino de advertir que las estadísticas básicas para el conocimiento y comprensión de los principales rasgos demográficos, sociales y económicos para la medición de la pobreza y extrema pobreza, son insuficientes en términos generales y particularmente cuan-

do abordamos la situación indígena, a efecto de que éstos orienten la política del gasto social en términos más equitativos.

En este sentido, los municipios considerados como más desarrollados, más densamente poblados y urbanizados, que integran los ejes de conurbación de las tres zonas, concentran población indígena en situación de pobreza y extrema pobreza, específicamente la conurbación Cuernavaca-Temixco-Jiutepec-Emiliano-Zapata de la zona norte.

Con lo anterior queremos reiterar que no necesariamente la población indígena se ubica en las zonas consideradas como de alta marginalidad ni en los municipios clasificados en esta escala, no obstante que estos pueblos acusan diferentes grados de pobreza y extrema pobreza; concentrándose éstos precisamente en la región montañosa (al norte de la entidad), que corre de oeste a este, con los municipios de Huitzilac, Tepoztlán, Atlatlahucan, Totolapan, Yecapixtla, Ocuituco, Tetela del Volcán, Tlalnepantla y Tlayacapan.

En efecto, la geografía fue un factor determinante tanto para las actividades económicas de esta región como en las prácticas culturales semejantes, es importante diferenciar, sin embargo, que Huitzilac y Tepoztlán mantienen constantes relaciones con la ciudad de Cuernavaca,

en tanto el resto con la ciudad de Cuautla, el sureste del estado de México y el suroeste del estado de Puebla, como se ha señalado a partir de los ejes de conurbación.

Respecto a las pautas culturales, la región montañosa se caracteriza por la existencia de estructuras sociales tradicionales, como es el caso de las mayordomías, el ciclo de mercados y otros rasgos culturales anteriormente descritos que enfatizan la matriz indígena de esta región, especialmente en los pueblos de Coajomulco por Huitzilac, todo el municipio de Tepoztlán, San José de los Laureles en Tlayacapan y Hueyapan por Tetela del Volcán.

Ubicados en ejes de conurbación importantes y en municipios no considerados pobres, los indígenas de Morelos representan el 1.8% de la población total de la entidad, abajo de la media porcentual que a nivel nacional tiene la población indígena (10%); por su distribución municipal, además de los ya mencionados, destacan las comunidades nahuas de Amacuitlapilco en Jonacatepec, Chalcatzingo en Jantetelco, Telixtac y Tetelilla en Axochiapan, todo el municipio de Temoac y Tlacotepec en Zacualpan, todas al oriente y al sur poniente se encuentran Xoxocotla en el municipio de Puente de Ixtla, Atlacholoaya y Alpuyeca en Xochitepec y Coatetelco en el municipio de Miacatlán.



POBLACIÓN INDÍGENA EN EL ESTADO DE MORELOS

NÚMERO	MUNICIPIO	POBLACIÓN TOTAL	POBLACIÓN INDÍGENA	PORCENTAJE
1	Amacuzac	17 021	41	0.2
2	Atlatlahucan	18 895	458	2.4
3	Axochiapan	33 695	267	0.8
4	Ayala	78 866	2 677	3.4
5	Coatlán del Río	9 471	19	0.2
6	Cuautla	175 207	5 133	2.9
7	Cuernavaca	365 168	4 071	1.1
8	Emiliano Zapata	83 485	681	0.8
9	Huitzilac	17 340	162	0.9
10	Jantetelco	15 646	181	1.2
11	Jiutepec	196 953	1 992	1.0
12	Jojutla	55 115	377	0.7
13	Jonacatepec	14 604	106	0.7
14	Mazatepec	9 456	42	0.4
15	Miacatlán	24 990	98	0.4
16	Ocuituco	16 858	74	0.4
17	Puente de Ixtla	61 585	1 626	2.6
18	Temixco	108 126	3 981	3.7
19	Tepalcingo	25 346	93	0.4
20	Tepoztlán	41 629	2 229	5.4
21	Tetecala	7 441	18	0.2
22	Tetela del Volcán	19 138	3 028	15.8
23	Tlalnepantla	6 636	54	0.8
24	Tlaltizapán	48 881	467	1.0
25	Tlaquiltenango	31 534	133	0.4
26	Tlayacapan	16 543	700	4.2
27	Totolapan	10 789	247	2.3
28	Xochitepec	63 382	945	1.5
29	Yautepec	97 827	1 278	1.3
30	Yecapixtla	46 809	454	1.0
31	Zacatepec	35 063	172	0.5
32	Zacualpan	9 087	21	0.2
33	Temoac de Amilpas	14 641	80	0.5
Total Estatal		1 777 227	31 905	1.8

Fuente: Secretaría Técnica del Consejo Estatal de Población con base en el Censo de Población y Vivienda 2010.





Indígena de Hueyapan / Rosalinda Ortega



Ofrenda de mayordomos en Tlayacapan / Fernando Hidalgo



Doña Asunción Pelenco, cerera de Tlayacapan / Rodolfo Candelas



Alfarera de Cuentepec / Rosalinda Ortega



Mujer nahua de Cuentepec / Rosalinda Ortega



Vendedor de bules en Xoxocotla / Fernando Hidalgo



Vida ritual





El agua que nos habla: Santos y rituales asociados al agua

...los arroyos y ríos sonorizan con una extraña fidelidad los paisajes del mundo... las aguas ruidosas enseñan a cantar a los pájaros y a los hombres, a hablar, a repetir... hay continuidad entre la palabra del agua y la palabra humana.

Gaston Bachelard
El agua y los sueños

Introducción

EL AGUA, COMO UN recurso y un símbolo, es fundamental para comprender el Morelos actual, en su dinámica económica, tanto por la importancia de la agricultura de riego como por la derrama monetaria que significa el turismo que asiste a múltiples balnearios, al lago de Tequequistingo y hoteles de lujo que invariablemente tienen albercas. En los conflictos sociales acaecidos en la región en los últimos 20 años invariablemente aparece la disputa por el agua, en la que los protagonistas son los viejos pueblos originarios y, del otro lado, los desarrollos inmobiliarios, industriales y turísticos. Antaño estos conflictos habían sido entre pueblos y haciendas azucareras, y el despojo de las aguas de los pueblos por parte de los empresarios del azúcar condujo al levantamiento de los pueblos surianos, a la revolución zapatista.

El agua, sin duda, es un recurso y un bien en disputa, no sólo como recurso, sino en la forma en que es concebida. Para los pueblos originarios el agua no sólo es un recurso, es una parte integrante de su cosmovisión, de sus narrativas sobre el origen de sus poblados. La agricultura ha sido la forma básica de reproducción social, un lugar central lo ocupa la milpa, que es maíz asociado con calabaza, frijol, chile y todos

los elementos que se encuentran en el terreno, como diversos insectos comestibles, árboles que limitan el terreno, de los cuales se aprovecha sus frutos o semillas, magueyes (pulque, fibras), yerbas diversas (acelgas, verdolagas, entre otras). Y la milpa es posible por las lluvias, por lo cual los hombres y mujeres de antaño requirieron conocer el clima, leer los signos que la naturaleza va dejando en el mundo. Y de allí que se realizarán rituales y fiestas para propiciar y agradecer por las lluvias. De manera breve: sobre esto se trata este artículo: de dar una visión de conjunto (siempre insuficiente), más que de profundizar sobre una práctica o un lugar.

Sin duda el “progreso” y la modernización” han repercutido de manera negativa en los usos tradicionales del agua. Los canales de riego se han vuelto cañerías de aguas negras. En algunos casos se han entubado para evitar la contaminación y aprovechar mejor el recurso hídrico, pero a cambio de ello se desaparece un rico y microespacio ecológico.

Los jagüeyes se llenan de basura. Los ríos se encuentran contaminados.

Se construyen casas Geo por doquier, destruyendo el paisaje, cegando los apantles, vertiendo sus aguas negras a los ríos. Las industrias de CIVAC contaminaron ríos, aguas y cielos. La termoeléctrica de Huexca se quiere llevar el agua del río Cuautla. Los jóvenes dejan de creer y sólo viven para estar atentos a sus iPad o iPod.

Cada día que nos levantamos somos testigos que ha desaparecido algo que conocimos en nuestra niñez. Nuestra sociedad “en lugar de asumir una condición verdaderamente humana, se hunde en una suerte de barbarie”¹

Como observa don Genaro, de Coatetelco:

Tenemos la creencia de que había una especie de airecitos, pero ahora ya casi no existen, porque la juventud ya no tiene creencias, y si ven un aguaje no lo cuidan, lo destruyen, le avientan piedras; si

¹ Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialéctica de la ilustración*. Cit. pos George Friedman, La filosofía política de la escuela de Frankfurt, p. 14.

la gente ve un huentle lo toma y se lo da de comer a los perros, eso está mal, entonces los aires se retiran, se van a los cerros donde nadie los persiga².

Por lo anterior, abordar el tema del agua y su sacralidad en el *Atlas de las culturas de los pueblos de Morelos* es abordar un tema de nuestro patrimonio inmaterial y material en riesgo de desaparecer. Y con ello el mundo que lo sustenta, como nos señala Walter Benjamin: “el peligro amenaza tanto a la permanencia de la tradición como a los receptores de la misma³”. La palabra tradición proviene del verbo latino *tradere*, que significa ‘entregar’. Así pues, la tradición es un entregar –de generación en generación– saberes, conocimientos y prácticas sociales. Así pues, la historia no es un mero pasado ya ido, sino que este pasado se nos hace presente. Por lo tanto, lo que realizamos no es una recreación minuciosa, etnográficamente completa, sino que buscamos:

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo tal como *verdaderamente fue*. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro. De lo que se trata para el materialismo histórico es de atrapar una imagen del pasado tal como ésta se le enfoca de repente al sujeto histórico en el instante de peligro⁴.

Los envases del agua

El agua, en sus diversas manifestaciones (de lluvia, nubes, granizadas, ríos, lagunas, apantles), es central para entender la conformación de los pueblos (demografía, cultura); los conflictos entre pueblos y haciendas; la misma instalación de las empresas azucareras; el motivo de la revolución y la acción de los pueblos rebeldes. Y, sin duda, las disputas sociales actuales. El agua, al igual que la tierra, fue sacralizada, usada y disputada.

El agua adopta el “envase” que se le pone. Actualmente en que es controlada por grandes transnacionales y vendida como una mercancía,

el agua toma la forma de las botellitas que nos venden en las tiendas y se vuelve un líquido incoloro, sin sabor, neutro, una fórmula química H₂O y es “individualizada”⁵.

Por el contrario, como profundizaremos más adelante, el agua de los pueblos originarios de Morelos era comunitaria y sagrada⁶. El aspecto comunitario del agua queda de manifiesto en el testimonio de Mario Vidal, de Huazulco: “la comunicación entre la gente era muy grande, la gente se metía a la casa de los vecinos a limpiar los canales. En el agua era una base de la organización, de los acuerdos”⁷. El agua sigue siendo sagrada en los pueblos, pero esta cosmovisión y organización se encuentran en retroceso.

Mostraremos algunos aspectos de la cultura tradicional del agua, en el entendido de que lo mencionado es una pequeña muestra de las prácticas sociales, culturales y productivas que existen con relación al agua en los pueblos del estado de Morelos y en los de la región suriana, con los cuales los morelenses tienen intensas relaciones. Para profundizar sobre los detalles, la complejidad y significados de las fiestas y rituales con relación al agua, y otros temas abordados en este ensayo, al final del trabajo se proporciona una amplia bibliografía.

Tiempo, territorio y rituales

En lo que llamamos la región suriana, en la cual se encuentra el actual estado de Morelos, existen dos temporadas: lluvias y secas⁸. La época de lluvias es de mayo a octubre y las secas empiezan en octubre y para mayo se esperan las primeras lluvias; al periodo de mayor sequedad se le llama “la cuaresma”, por coincidir con ese tiempo litúrgico de purificación.

Las lluvias y las secas marcan el ciclo agrícola y, por lo tanto, los rituales asociados.

² Irving Reynoso Jaime y Jesús Castro, *Coatetelco: notas etnográficas*, p. 55.

³ Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, p. 40.

⁴ *Ibidem*.

⁵ Para Zygmunt Bauman, la individualización se caracteriza por “un avanzado estado de desregulación y desrutinización –y yo agregaría, desacralización– de la conducta humana, en relación directa con el colapso de los vínculos humanos –y ruptura de la comunidad (*Vida de consumo*, p. 73).

⁶ “El agua es un bien comunal. El agua no es un invento de la humanidad. No puede limitarse ni tiene límites. Es, por naturaleza, comunal. No puede ser poseída como propiedad privada ni vendida como mercancía” (*Vandana Shiva, Las guerras del agua: privatización, contaminación y lucro*, p. 50).

⁷ Entrevista realizada el 6 de mayo del 2003. Las entrevistas en las que sólo se menciona la fecha de realización fueron llevadas a cabo por el autor. En las otras se señala la fuente de consulta.

⁸ La educación formal ha ignorado, o francamente negado las particularidades culturales de las regiones. Así, se nos ha enseñado, por medio de los llamados “esquemas” que se venden en papelerías, con los libros de texto, con los festivales escolares y los símbolos navideños que hay cuatro estaciones claramente diferenciadas: primavera, verano, otoño e invierno. Las imágenes que el lector se crea de cada una de ellas, es obvio, no corresponden a lo que sucede en nuestra vida cotidiana.



En las sociedades tradicionales, la naturaleza no es concebida como algo ajeno al ser, al sujeto; la naturaleza no es objeto o únicamente un recurso. Los humanos pertenecen a la naturaleza y está no sólo ésta viva, sino que está llena de sentido.

Los humanos entramos en relación con la naturaleza por medio de intermediarios de la comunidad, que pueden ser un santo al que se le saca en procesión para que haya lluvias o un “especialista”, como curanderos o tiemporos, que se comunica con las fuerzas de la naturaleza.

Los elementos de la naturaleza (cuevas, ríos, manantiales) y los santos que interceden por los humanos, como parte de la reciprocidad, reciben ofrendas diversas, como oraciones, danzas, flores, “ceras” (velas y veladoras): “la tierra se concibe como un elemento vivo al que hay que cuidar y respetar. Se sabe que la tierra se enfría o se cansa, o se pone ganosa por producir, como las personas. Se le tiene un amor muy especial y a veces se le llama *nuestra madre*”⁹.

El ciclo ritual de los pueblos es una combinación de prácticas prehispánicas, novohispanas y modernas. Los rituales están asociados al ciclo agrícola, en el cual es central la milpa. A partir del ciclo agrícola del maíz se establece el ciclo ritual, el cual está relacionado con los aspectos meteorológicos del culto a la lluvia, los cerros, los manantiales y cursos de agua.

Este ciclo ritual es similar en una serie de pueblos ubicados en el centro-sur (sur de la Ciudad de México), norte de Guerrero, zona de los volcanes de Puebla y estado de México, la antigua zona lacustre de Chalco y Xochimilco, las cercanías del Nevado de Toluca y en el centro del actual estado de Morelos), por lo que los podemos agrupar en una región cultural llamada, desde el siglo XIX, “el Sur” y en la que sus habitantes se identificaban como “surianos”.

Los aires

Un elemento central de este mundo natural de los pueblos originarios serán “los aires”, los cuales se encuentran en relación con los tlaloques prehispánicos. En el mundo prehispánico de Tláloc se menciona que

... para llover crió muchos ministros pequeños de cuerpo, los cuales están en los cuartos de la dicha casa, y tienen alcancías en que toman el agua de aquellos barreñones y unos palos en la otra mano y cuando el dios de la lluvia les manda que vayan a regar algunos términos, toman su alcancía y sus palos y riegan el agua que se les manda, y cuando atruenan, es cuando quiebran las alcancías con los palos, y cuando viene un rayo es lo que tenían dentro o parte de la alcancía¹⁰.

Con la conquista española se dio una gran transformación social y cultural, pero el impacto fue mayor entre las élites de los grandes centros urbanos y en la religión estatal que fue erradicada y sustituida por el cristianismo. Pero las prácticas rituales en las que los hombres entraban en contacto con la naturaleza y que estaban entrelazados esos rituales con el vital ciclo agrícola, esas prácticas subsistieron. A inicios del siglo XVI el bachiller Hernando Ruiz de Alarcón nos narra estas creencias y las prácticas rituales que nos recuerdan a “los aires”:

... ellos [tienen] fe que las nubes son ángeles y dioses, capaces de adoración, y lo mismo juzgan de los vientos, por lo cual creen que en todas las partes de la tierra habitan como en las lomas, montes, valles y quebradas. Lo mismo creen de ríos, lagunas y manantiales, pues a todo lo dicho ofrecen cera y incienso, y a lo que más veneración dan y casi todos tienen por dios, es el fuego¹¹...

Lo que son los “aires” lo podemos resumir a partir de lo escrito por Ulises Fierro en su trabajo sobre Atlacholoaya:

Los aires son seres que traen lluvia y que viven en los cerros... La gente los describe como seres pequeños como niños, aunque no son precisamente niños; por esa razón en la cueva se les sirve la comida en platos pequeños. La gente afirma que son pequeños como niños, pero no son niños¹².

El riego

En amplias regiones de Morelos es fundamental el riego: nuestro estado es el que tiene a nivel nacional, porcentualmente con relación a su te-

⁹ Miguel Morayta, “Cosmovisión y rituales”, p. 161.

¹⁰ “Historia de los mexicanos por sus pinturas.” Cit. por Druzo Maldonado Jiménez, *Religiosidad indígena: historia y etnografía: Coatetelco, Morelos*, p. 66.

¹¹ Hernando Ruiz de Alarcón, *Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que hoy viven entre los indios naturales desta Nueva España*, p. 33.

¹² Alicia María Juárez Becerril, *Los aires y la lluvia: ofrendas en San Andrés de la Cal, Morelos*, p. 92.



territorio, más tierras irrigadas. Ello ha permitido tener desde la época prehispánica una alta productividad agrícola, pero por lo mismo ha sido un territorio disputado a los pueblos originarios por los poderes hegemónicos del momento.

Una amplia red de canales de riego atraviesa tierra caliente. Esta irrigación ya existía en la época prehispánica, Pedro Armillas señala que en las laderas meridionales del Popocatepetl:

En pocas partes como allí hallamos un núcleo compacto y numeroso de pueblos que aprovechan por completo los recursos hidráulicos de una cuenca, lo cual exigía indudablemente un control común de las aguas para su adecuada repartición¹³.

La región de las Amilpas, en donde se encuentran poblaciones como Cautla y Anenecuilco, significa en náhuatl “tierra de regadío”, dado que amilli significa ‘riego’¹⁴. Y en la cuenca del Amatzinac, “de Tlacotepec, Zacualpan y Temoaac se dice que toda la tierra es de regadío”¹⁵. Igualmente se señala que a partir de que Moctezuma el Viejo mandara represar las aguas y manantiales de Huaxtepec, se irrigaron importantes extensiones de tierra.

Por lo antes mencionado, diversos términos asociados con la irrigación provienen del náhuatl: a los canales se les llama apantles (de *apantlli*, ‘línea de agua’) y a las aguas sobrantes, achololes (de *atl* ‘agua’ y *chololli*, ‘escapada o escurrida’). La cultura hidráulica mesoamericana se combinó con la que trajeron los españoles, de origen árabe. El resultado fue una gran obra de ingeniería hidráulica que podemos ver atravesar los campos morelenses e incluso algunos poblados (hasta hace unos pocos años los apantles atravesaban muchos pueblos, pero han sido entubados para protegerlos de la contaminación y/o vueltos drenajes).

La administración de esa agua, ha significado una gran organización de los pueblos. El riego es una práctica que también fortalece la vida comunitaria, como la limpieza del canal principal del manantial de Chapultepec, que realizan los ejidatarios y usuarios de Acapantzingo, Tejalpa, Jiutepec, Atlacomulco, Chapultepec, Parres.

Los pueblos han creado instituciones propias que administran el agua, en donde el acuerdo prevalece sobre el conflicto, como en torno al río

Amatzinac, en particular el caso de Tlacotepec, señalado por una inspección realizada en 1921 (AHA/FAS):

acordaron estos vecinos nombrar dos aguadores locales y un mayor, para que los dos primeros se encarguen del reparto de las aguas con sujeción a lo que tienen derecho, para que así se eviten dificultades y puedan al mismo tiempo disfrutar del agua todos los pueblos ribereños. En cuanto al aguador mayor, de los tres nombrados su papel será de vigilar que los dos aguadores locales no falten y cumplan con lo que les tienen encomendado.

Los pueblos que compartían el agua del río Amatzinac, en octubre, se reunían para limpiar el canal, como señala Mario Vidal, de Huazulco: “todo se hacía con seriedad y respeto. Se avisaba a los usuarios que tal fecha se harían los trabajos de limpia con palas, hachas. Se ponían de acuerdo”. Para poder realizar los trabajos de limpieza se *tumbaba* el agua, es decir el agua de los canales se echaba a la barranca.

Al inicio del periodo de secas se realiza *la suelta del agua*, es decir, cuando se pone de nueva cuenta en pleno funcionamiento todo el sistema de regadío.

Los encargados de organizar la limpia de los canales se coordinaban con la gente que estaba de servicio en la iglesia para llevar a cabo el ceremonial de recepción del agua en el fundo legal del pueblo de Huazulco. Al ser *remontada* el agua en los canales:

muchos iban a encontrar el agua en la caja, iban los fiscales al frente, venían por toda la calle acompañándola. Llegando al centro, esa agua era echada en el terreno donde se apareció la Virgen. Allí era donde se echaba primero el agua...

Entonces se echaban cohetes, “se echaban flores al agüita cuando se metía por primera vez, cuando empezaba a regar el nuevo ciclo”¹⁶. Al día siguiente, el domingo, a las seis de la mañana empezaba a repartirse el agua para el riego. El agua era repartida por sitios, que era lo que alcanzaba a regarse en tres horas, aproximadamente una hectárea. Los sitios eran identificados por su nombre en náhuatl.

Los apantles, aparte de la irrigación, daban múltiples servicios a la comunidad, ya que de sus

¹³ Pedro Armillas, “Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica”, p. 98.

¹⁴ Pedro Armillas, *op. cit.*, p. 96.

¹⁵ Pedro Armillas, *op. cit.*, p. 100.

¹⁶ Entrevista a Serafín Barreto Aragón, Huazulco, Morelos, 28 de diciembre de 2002.

aguas limpias se bebía e irrigaban las huertas, como lo señala don Miguel Vázquez, de Jiutepec:

Se proveía agua de los apantles que pasaban al fondo de las huertas o en los laterales. Pasaban apantles con agua limpia y allí uno la usaba para bañarse y hasta para tomar agua. Normalmente el ama de casa ponía unas piedras y las ocupaba de lavadero. Y si uno quería regar su huerta con el agua del apantle, uno los abría y se empapaban las huertas.

Existían varios apantles grandes por Las Fuentes, por la Laguna de Hueyapan, de este lado. Por el lado de colonia Parres también bajaban unos manantiales grandes que de ahí se proveían de agua la mayor parte de las parcelas de agua limpia!¹⁷

A su paso, los apantles creaban un microclima que refrescaba el ambiente. En sus orillas crecían diversas plantas alimenticias, de ornato y medicinales. Eran aguas vivas.

Este sistema de apantles debería de ser considerado como parte del patrimonio de la humanidad, pero por desgracia muchos de ellos han desaparecido, pavimentados, vueltos drenajes, inutilizados por la ausencia del agua o entubados. Ello se ha debido a la individualización, expresión del creciente colapso de la vida comunitaria, que ha fracturado los cuidados.

De jagüeyes y aljibes: los Altos

En la región conocida como Altos de Morelos o Altos de Yauatepec (actuales municipios de Tlayacapan, Totolapan, Tlanepantla y Atlatlahucan) no existen cursos de agua superficiales permanentes, a pesar de las lluvias torrenciales que allí caen. El agua de lluvia corre hacia las tierras bajas por las múltiples barranquillas que existen o se filtra al subsuelo apareciendo en Tierra Caliente en múltiples manantiales. A lo largo de su historia los pobladores desarrollaron maneras de captar y conservar el agua de lluvia para usos diversos, ya sea el prioritario de consumo humano, que el aseo personal, de la ropa y vivienda. Estas aguas eran sagradas, como lo señala la narración del regreso de la imagen de Cristo crucificado, a su pueblo de Totolapan, que hizo brotar agua para satisfacer la sed de quien lo llevaba en andas. O como el aguaje “el Viejo”, en San Agustín, está alienado con el Popocatepetl.

En las casas de los Altos se captaba la lluvia que caía en los tejados y por medio de canaletas el agua era depositada en grandes tanques. También eran comunes en esta zona de los Altos de Yauatepec las grandes garrafas de barro, que permanecían enterradas a un lado de la casa y que se llenaban de agua, permaneciendo ésta fresca y lista para ser bebida.

En la región se desarrolló una arquitectura destinada a captar agua en aljibes, lo mismo en los grandes conventos existentes en la cabecera de los cuatro municipios mencionados que en los conventos de visita. En el aljibe (palabra de origen árabe) se almacena el agua de lluvia, la cual es recogida en los techos de los conjuntos conventuales, conducida a un depósito. Esta agua era potable.

En el campo se encontraban los jagüeyes. Para la construcción de los jagüeyes se aprovechan depresiones naturales para excavarlos.

La cultura del agua en los Altos

La organización tradicional de los pueblos, basada en mayordomías, controlaba el uso de manantiales y jagüeyes.

El agua que se bebía y se usaba para la preparación de los alimentos –ya sea la captada en los aljibes o la transportada de los jagüeyes– era depositada en grandes tinajas enterradas a un lado de la casa, que mantenía fresca el agua hasta hace unos años (2004) era posible ver algunas a un lado de las viejas casas de adobe, aunque muy pocas todavía en uso en ese entonces. Como lo recuerda Ángel Rojas de Tlayacapan, conocido popularmente como el Diablo:

Antes almacenábamos el agua en ollas grandes de barro, las enterrábamos y allí las llenábamos, lo que alcanzábamos a llenar con una cantidad de cuatro latas de esos botes de manteca”¹⁸.

La sacralidad del agua en los Altos

El agua no sólo era un bien de consumo vital, sino que era sagrada. Presentamos los testimonios de don Ángel Rojas, el primero. El segundo es de don Arturo Pedraza Ávila:

Se hacía la procesión para que lloviera; era principalmente para las siembras y de paso, para que

¹⁷ Entrevista realizada en Jiutepec el 19 de febrero de 2007.

¹⁸ Beatriz Canabal Cristiani y Jorge Rendón Cazales, “Tlayacapan”, p. 146.



se llenaran los jagüeyes. Y, aunque no se llenaran, la procesión servía para que, con uno o dos aguaceros, se alcanzaran a salvar las siembras de maíz... En aquel tiempo, se hacían faenas por necesidad de tener agua. Así, cuando la gente veía que cuando no llovía y a los jagüeyes y en sus casas faltaba el agua, sacaban el santito de la Exaltación para que lloviera, para que se dieran las siembras y para que se llenaran los jagüeyes”¹⁹.

Cuando definitivamente dejaba de llover, se organizaba la procesión y sacaba la imagen, después de que se metía la imagen con el favor de Dios y la fe de la imagen, la misma noche o al otro día comenzaba a llover”²⁰.

En Totolapan se va a producir un hecho milagroso con relación al agua. En 1861 fue regresada la imagen del Cristo Aparecido, que había sido llevada por los agustinos a su convento principal en la Ciudad de México en 1583. En Totolapan se había mantenido el culto, así que, cuando se dio la excomunión de los órdenes religiosos, los del pueblo reclamaron la imagen de Cristo y fueron por ella a la Ciudad de México. Se cuenta que al regresar, y estar ya cerca del poblado, descansaron en una gruta. Los romeros, fatigados y sedientos, buscaron agua, la cual brotó, milagrosamente del lugar en que se encontraba depositada la imagen del Santo Señor de Totolapan.

Los tiemporos y graniceros: ofrendar a los aires para un buen temporal

Los aires están en todas partes.
Los buenos, los que invocamos para las ofrendas
vienen desde lo alto, desde lejos.
Juegan y visitan las cuevas, las barrancas,
los manantiales, esperando llevarse los
olores de la fruta más olorosa y los colores
más brillantes de las cositas.
Ellos nos traen con la ayuda de
Nuestro Señor, el agüita²¹.

**Doña Jovita Jiménez ,
de San Andrés de la Cal.**

Los *tiemporos* son los mediadores entre nuestro mundo y el sagrado; algunos hablan con el volcán o los cerros. Su misión es alejar las tormentas, las granizadas que dañan las siembras, las colas de serpiente de lluvia que levantan los techos de las casas²². Algunos han sido marcados tras ser alcanzados por un rayo y no morir; a otros en un sueño les fue encomendada la tarea de mantener la tradición.

Los ritos actuales, realizados en cerros, cuevas, manantiales, apantles, lagunas y ríos, “pertenecen al núcleo más antiguo de la religión mesoamericana que sobrevivió la Conquista española convertido en expresiones de cultos campesinos locales”²³. Estos lugares estaban, están, “llenos de significados cosmológicos”, como señala Johanna Broda. Incluso algunos cerros y cauces de los ríos fueron modificados para que correspondieran a la relación de los diferentes marcadores de, por ejemplo, el solsticio y el equinoccio.

Este paisaje ritual está habitado por deidades, seres sagrados que son parte de esta naturaleza:

En todo paisaje ritual enmarcado bajo la cosmovisión mesoamericana, existen seres sobrenaturales, entendidos como aquellos seres que habitan y rigen los movimientos de dicho paisaje, es decir, los fenómenos naturales. Los seres sobrenaturales y el entorno natural, dan cabida al paisaje ritual; ambos conforman un todo²⁴.

Los rituales en los cerros

Los cerros han sido un elemento fundamental en la cosmovisión de los pueblos indígenas: son parte del paisaje ritual, se consideraba que de ellos procedían las lluvias y se engendraban las nubes y que en las profundidades de ellos había agua. En el mundo prehispánico las montañas eran sagradas y eran vistas como deidades del agua. Los cerros eran el lugar en donde habitaban los tlaloques, por eso se llevan ofrendas a sus cumbres. Estas prácticas subsistirán hasta la actualidad de diversas maneras de acuerdo con la región.

¹⁹ Beatriz Canabal Cristiani y Jorge Rendón Cazales, *op. cit.*, p. 145.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ En base con entrevista realizada por Alicia María Juárez Becerril I, *op. cit.*, p. 119.

²² Las trombas son lluvias muy intensas, de corta duración y de considerable violencia. Al ser una nube de pequeño diámetro con un rápido movimiento giratorio, que baja hasta la superficie de la tierra, se le identifica con la cola de la serpiente. En el México prehispánico, y en el México indígena actual, la serpiente se vincula con las lluvias y las aguas.

²³ Johanna Broda, “Prólogo”, p. 13.

²⁴ Alicia María Juárez Becerril, *op. cit.*, p. 45.



Los rituales en los cerros y volcanes para propiciar la lluvia son fundamentales para la cohesión comunitaria y la vida agrícola. Mencionaremos algunas ceremonias al respecto. Lo haremos brevemente, nos interesa mostrar la diversidad de estas prácticas, sus similitudes y diferencias.

Ofrenda en los volcanes y los cerros

En la región de los volcanes, principalmente alrededor del Popocatepetl en sus vertientes poniente (localizada en el estado de México), oriente (en Puebla) y sur (en Morelos), la población, que hasta hace poco tenía como principal actividad la agricultura, realiza a lo largo del año diversas ceremonias de carácter agrícola en puntos sagrados del Popocatepetl. En Morelos se les conoce como *kiatlasques* o *graniceros*. Las fechas en las que ascienden al volcán son: el 31 de diciembre y el 1 de enero; el 3 de mayo, día de la Santa Cruz que marca el inicio de la temporada de siembra; el 15 de mayo, fecha en que se ofrenda a San Isidro Labrador, 28 de septiembre (vísperas de San Miguel) y 2 de noviembre, fin del ciclo agrícola de temporal y época de abundancia²⁵.

Quien asume la tarea es porque tiene un don, ya sea porque le cayó un rayo y no murió, lo que también se le llama rayado. Otro es a través de los sueños, éstos le dan la encomienda, los cerros le hablan. La importancia de los sueños la señala Julio Glockner en su libro *Los volcanes sagrados*:

las imágenes oníricas, ya sea de los volcanes o los aires que se dirigen al tiempo y sólo a él, otorgan al soñante la posibilidad de asumir un destino que implica el cumplimiento de una función social: controlar el temporal en beneficio de su comunidad²⁶.

En San Andrés de la Cal tenemos una variante del culto a los cerros y a los aires. En este poblado, perteneciente al municipio de Tepoztlán se llevan ofrendas a nueve lugares sagrados, de los cuales siete son cuevas, vientres de la madre tierra. Allí se encuentran los *awakes*, que son reminiscencias de los *tlaloques*. Durante la entrega de las ofrendas se puede diagnosticar qué tan cargada va estar la época de lluvia.

San Andrés de la Cal parte del altépetl de Tepoztlán, comparte con Tejalpa, de Jiutepec, el

paisaje ritual y el *texcal* (zona de piedra volcánica). De antiguo estos pueblos tenían comunicación ritual. Y es en estas tierras bajas y cálidas en donde brota en manantiales (Chapultepec, Las Fuentes, Ojo de Agua, Huahuchiles) el agua que se filtra en las montañas. Pero dice doña Jovita, quien durante muchos años ha leído el tiempo en las cuevas: “el agua es para todos”.

Ofrenda a los aires por un buen temporal

Los de Alpuyeca, Atlacholoaya y Xoxocotla, cuarenta días después del Sábado de Gloria en el día de la Ascensión del Señor, llevan ofrenda a los aires en barrancas, manantiales y confluyen en la cueva de Coatepec o Cueva Santa. Allí se lleva ceras, incienso, alcohol, mole verde sin sal, tamales nejos, flores y los *xochimamastles*. Allí se observan los pozos de agua que se encuentran en la cueva y se sabe como vendrá el temporal.

En Coatetelco se hacen ofrendas a los *airecitos* el día de la víspera de San Juan. En esta fecha ocurre la llegada de los aires que acarrearán el agua celeste de los cerros y volcanes sagrados. Allí a los aires se les llama *pilachinchines* (*pilacatzintzin*: *pilli*, ‘niño’; *áhecatl*, ‘aire’; *tzitzin*, reverencial; *tin*, plural; esto es, aires pequeños como niños).

Los aires son descritos como niños *chiquitos* y *negritos*²⁷. La víspera de San Juan se lleva el *huentle* (ofrenda) a siete diferentes puntos que marcan la territorialidad simbólica y geográfica del territorio de Coatetelco. Este territorio tiene puntos de referencia cosmogónicos en los volcanes del Nevado de Toluca y Popocatepetl.

En Atlatlahucan, como reminiscencia de esta deidad sagrada del agua, se honra al *Chepe*, que al igual que el San Juan de Jiutepec queda todo un año bajo el resguardo del mayordomo en su casa. Al *Chepe* se le lleva flores, dulces y con él se dan las gracias a los cuatro puntos cardinales y se hace una oración en náhuatl, el *tlazocamatli*.

Los santos lluviosos

A partir de la conquista española, el panteón de deidades católicas se sincretizó a la cultura local, creándose el actual ciclo ritual y sus representantes: los santos ligados a las lluvias. Hay fechas fijas y otras movibles.

²⁵ Alfredo Paulo Maya, “La cosmovisión entre los graniceros de la región del volcán Popocatepetl”, p. 164.

²⁶ Julio Glockner, *Los volcanes sagrados*. Cit. pos Alicia María Juárez Becerril, op. cit., p. 77.

²⁷ Druzo Maldonado Jiménez, op. cit., p. 67.



En fechas movibles se encuentran rituales que ofrendan a los aires en cuevas, en donde también se “lee” cómo vendrá el temporal. Como ya hemos mencionado, así ocurre en San Andrés de la Cal, en donde se visitan siete cuevas para ofrendar a los aires, o en Xoxocotla el día de la Ascensión del Señor cuando se ofrenda en tres lugares sagrados: la cueva de Coatepec, la de Santa Cruz y en la iglesia misma.

El 3 de mayo, día de la Santa Cruz, es un momento de transición entre las secas y las lluvias. En esta fiesta se marca propiamente el inicio del temporal. En ésta se llevan cruces a los cerros sagrados, se consagra el maíz, así como se imploran la presencia de las lluvias.

El 15 de mayo, propiamente comienzan las lluvias y ese día se bendicen las semillas y las yuntas que se van a utilizar en la siembra. San Isidro Labrador recorre sus pueblos y en algunos lugares va al campo en dónde se surca simbólicamente una parcela. Y se pide que no vayan a faltar las lluvias, entre otros pueblos, se celebra a San Isidro en Acapantzingo, Atlatlahucan y en Huazulco, entre otros muchos pueblos.

En junio, cuando el sol alcanza el punto más alto de su recorrido es el solsticio de verano y es un momento fundamental del ciclo agrícola, ya que es el inicio de las lluvias. En tierra caliente es el momento de la siembra (a mayor altitud, se siembra más temprano). En esta fecha se honra a San Juan. Los rituales vinculados al ciclo agrícola se realizan en las vísperas, es decir, el 23 de junio. En esta fecha ocurre la visita de los “aires”, los antiguos tlaloques. Ellos acarrean el agua celeste, la lluvia. A ellos, en estas fechas, les ofrendan flores, agua, mole de pipián. Se invoca el favor de los “aires” para que haya un buen temporal.

En algunos lugares podemos escuchar todavía tradiciones en los que se muestra la transformación de los “aires”, los tlaloques en San Juan, como ocurre en Temimilcingo, en donde los viejos cuentan que hace más de sesenta años se llevaba al río un “monigote” de madera y las muchachas se metían con él.

San Juan es un santo ligado al ciclo de lluvias, en donde ya se sembró es el momento en que el maíz se encuentra creciendo y requiere el agua. A él se le pide un buen temporal. Por eso en Anenecuilco de antiguo se le llevaba el día 23 de junio a los apantles que cruzaban las huertas y el río.

Actualmente, en poblados como Jiutepec y Emiliano Zapata (el antiguo pueblo de Zacualpan), San Juan Parrandero va a ríos y manantiales pidiendo una buena lluvia y luego recorre las calles con los acordes de un son característico y entonando la siguiente tonadilla:

Tihuix, tihuix, tihuix, tihuix, tihuix,
tihuix, tihuix, tan.

Saquen la escalera, ya llegó el San Juan,
quiere que le demos chocolates y pan.

Tihuix, tihuix, tihuix, tihuix, tihuix
tihuix, tihuix, tan.

Saquen la escalera, ya llegó el San Juan,
arriba del cielo, tienen que sembrar
arroz y garbanzo pal Señor San Juan.

Tihuix, tihuix, tihuix, tihuix, tihuix
tihuix, tihuix, tan.

Saquen la escalera, ya llegó el San Juan,
ya va a ser San Pedro, ya se va San Juan
porque no le dieron chocolate y pan.

Los alegres parranderos van de casa en casa en donde se les moja a cubetazos y se les da un café, un atole, un pan o un tamal.

En algunos lugares, la fiesta de San Juan se vincula a la de San Pedro, al que se le honra el 29 de junio, como queda claro en la anterior tonadilla. En algunas comunidades como Coatepec, a la imagen de San Pedro también se le pone ofrenda el mismo día que se le pone a los aires: “el simbolismo de la imagen de San Pedro es fundamental, en la mano derecha ostenta una llave dorada; él, como guardián del reino, es quien tiene la facultad de ‘abrir la llave del cielo’ y hacer caer la lluvia”²⁸.

En julio, el maíz empieza a jilotear, es decir las mazorcas, ya están, pero los granos todavía no “cuajan”. La milpa se viste de dorado con el jilote (*xilotl*, ‘cabello’ en náhuatl) ondeando al viento. El día 25 de julio se honra al señor Santiago Apóstol, que era conocido en Europa como “el Señor del Trueno”, por ello en tierras mesoamericanas se le relacionará con el relámpago, el rayo y el trueno y también se le va a asociar con una advocación de Tláloc. De manera especial, Santiago va a ser visto como el santo protector de los agricultores. Y el caballito que lo acompaña también va a tener un culto especial, habrá quien le lleve su pastura.

El culto a Santiago es el más difundido en México. De ser la imagen que acompañó e invo-



caban los españoles durante la conquista, poco a poco se transformó en el protector de los pueblos. Por ello va a aparecer junto a los surianos rebeldes, los zapatistas, defendiendo su territorio, lo mismo en Chalcatzingo y Jiutepec que en el barrio de Santiago en Tlayacapan o en Ocuilán en el estado de México.

En agosto se “cargan” las lluvias y se le pide a la Virgen de la Asunción que no llueva tanto, para que las milpas no vayan a “aposcahuarse”, a pudrirse por el exceso de agua. El día 15 se celebra la Asunción de María, es decir, cuando la madre de Jesús es recibida por Dios en la gloria. Ella tiene a sus pies una lunita, la cual se relaciona con las lluvias cargadas. El culto a la Virgen de la Asunción se celebra en diversos poblados como Yautepec, Tejalpa, Cuernavaca, Coatetelco y es muy similar en todos esos lugares. Las tareas vinculadas al ritual son realizadas por mujeres que recuestan a la imagen en un catafalco, a donde llegan ofrendas, compuestas principalmente de frutas, entre las que destacan las manzanas. Por supuesto también hay flores y velas en gran cantidad.

A San Bartolo (Bartolomé Apóstol), el 24 de agosto se le pide que no sea tan fuerte “el cordón de agua, es decir, que no haya granizadas y trombas.

En septiembre ya está la mazorca tierna y se puede disfrutar así, pero le hace falta amacizarse al grano para que pueda usarse para la masa. La planta está cargada y un ventarrón o fuerte lluvia la puede tirar. Por eso ante los malos augurios requiere protección divina, y quien asiste es San Miguel que cuida de las cosechas en grave riesgo, ya que desde la víspera el diablo

anda suelto y provocando males. Para impedir la entrada del maligno se colocan cruces de pericón en la milpa, puertas y ventanas de la casa. El día de San Miguel, 29 de septiembre, se hacen elotadas en los campos y parcelas.

En octubre se cosecha y se agradece por las buenas lluvias. Por ejemplo, en Jiutepec se realiza la misa de Espigas en una parcela (a partir de la creciente urbanización se puede realizar en un campo de fútbol). El lugar en donde se realizará el servicio religioso y el altar son adornados con los frutos de la tierra, espigas de arroz, matas de maíz.

En Tejalpa, el 18 de octubre, día de San Lucas, se lleva una ofrenda de mole verde de pipián y tamales nejos al manantial Ojo de Agua; con este ritual de agradecimiento concluye el ciclo agrícola de temporal e inicia el de riego, ya que se suelta el agua a los apantles que irrigan los campos durante la temporada de secas que inicia.

Epílogo

El agua que irrigaba la milpa, las verduras, frutas y los cañaverales ha sido contaminada. El cambio climático hace que el periodo de secas sea más duro y las lluvias más “arrebataadas”. Las aguas sagradas han sido profanadas y la vida interna de los pueblos debilitada. La antigua sacralidad y comunidad no pueden ser restituidas. La única solución es que este mundo profano sea trascendido.

El final de esta destrucción y deshumanización “no puede venir de una aceleración del progreso, sino de un salto que se sale fuera del progreso”²⁹.



²⁹ Max Horkheimer. *Cit. pos* Bolívar Echeverría, “Introducción”, p. 25.

Bibliografía

- Armillas, Pedro. "Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica." *Anales del Museo Nacional de México*, 1949, vol. 3, pp. 85-113.
- Bachelard, Gaston. *El agua y los sueños*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Itaca/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.
- Bauman, Zygmunt. *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Broda, Johanna. "Prólogo." En Alicia María Juárez Becerril. *Los aires y la lluvia: ofrendas en San Andrés de la Cal, Morelos*. Xalapa: Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, 2010, pp. 7-16.
- Canabal Cristiani, Beatriz y Jorge Rendón Cazales. "Tlayacapan." En Beatriz Canabal Cristiani y Cristina Pizzonia Barrionuevo (coords.). *Los dueños del agua: un estudio en los Altos de Morelos*. México: Plaza y Valdés/Universidad Autónoma Metropolitana, 2010.
- Echeverría, Bolívar. "Introducción." En Max Horkheimer. *Estado autoritario*. México: Itaca, 2006.
- Friedman, George. *La filosofía política de la escuela de Frankfurt*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Juárez Becerril, Alicia María. *Los aires y la lluvia: ofrendas en San Andrés de la Cal, Morelos*. Xalapa: Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, 2010.
- Maldonado Jiménez, Druzo. *Religiosidad indígena: historia y etnografía: Coatetelco, Morelos*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2005.
- Morayta, Miguel. "Cosmovisión y rituales." En *Morelos, el estado*. Cuernavaca: Gobierno del Estado de Morelos, 1993.
- Paulo Maya, Alfredo. "La cosmovisión entre los graniceros de la región del volcán Popocatepetl." En *Morelos, el Estado*. Cuernavaca: Gobierno del Estado de Morelos, 1993, pp. 164-166.
- Reynoso Jaime, Irving y Jesús Castro. *Coatetelco: notas etnográficas*. México/Cuernavaca: Dirección General de Culturas Populares/Instituto de Cultura de Morelos, 2002.
- Ruiz de Alarcón, Hernando. *Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que hoy viven entre los indios naturales desta Nueva España*. México: Secretaría de Educación Pública, 1988.
- Shiva, Vandana. *Las guerras del agua: privatización, contaminación y lucro*. México: Siglo XXI, 2007.



Reto del Tepozteco / Fernando Soto



Reto del Tepozteco / Fernando Soto



Danza azteca en Totolapan / Fernando Soto



Nicho, guadalupana aparecida en una roca, Xochitepec / Fernando Hidalgo



Vendedor de ramos de palma de Cuentepec, en Ocoatepec / Fernando Hidalgo



Ofrenda al Ojo de Agua en Tejalpa / Daniel David Rubí de la Borbolla



Procesión, el día de San Lucas, llevando la ofrenda al Ojo de Agua en el texcal de Tejalpa / Daniel David Rubí de la Borbolla



Regando el vivero, San Gaspar, Jiutepec / Matilde Sánchez

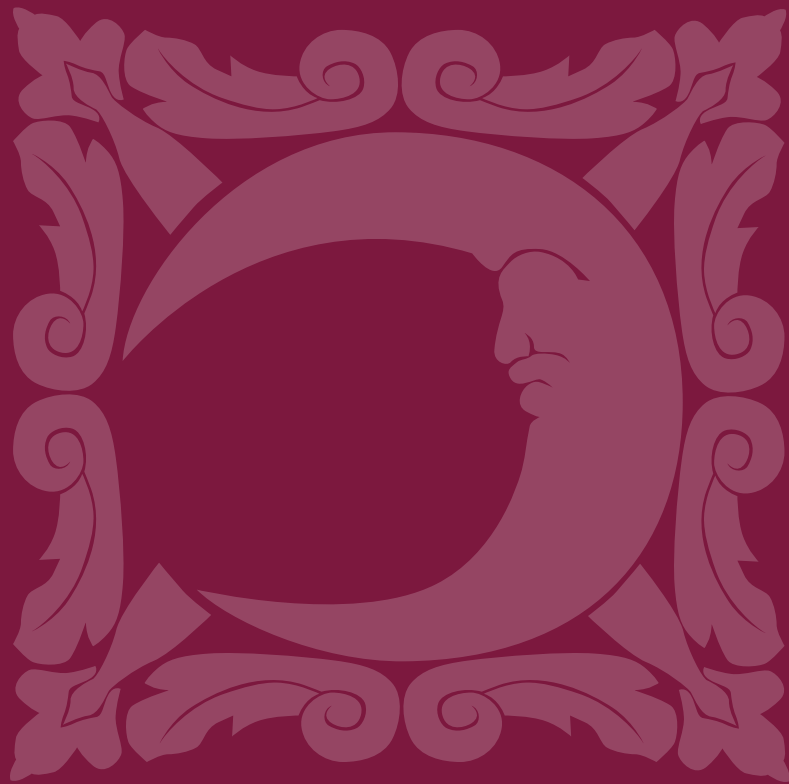


El río Analco a su paso por Jiutepec / Matilde Sánchez



La Tierra Caliente en Morelos se distingue por su amplio complejo, y ancestral sistema de irrigación. Un canal de riego o apantle en Tlaltizapán / Matilde Sánchez





Lengua madre





De los pueblos indios o indígenas en el estado de Morelos

DESDE LA EQUIVOCACIÓN de Cristóbal Colón, quien creyó llegar a la India sin saber que lo hizo a un continente que luego otros denominarían América, la palabra *indio* o *indios* se fue utilizando de manera equivocada para designar a los muchos pueblos primigenios que habitaban estas tierras. El vocablo adquirió presencia general por ser útil al sistema colonial del invasor europeo: ponía en el mismo cajón a pueblos que, aunque emparentados en algunas de sus características civilizatorias, muchos de ellos, eran también muy diferentes entre sí.

En épocas más cercanas a la nuestra, la palabra dejó de ser sólo un sustantivo denominativo y se convirtió también en un calificativo que la más de las veces era de uso peyorativo. Con un cierto toque reivindicativo algunos académicos y políticos, durante el siglo pasado sustituyeron a este termino, con la palabra *indígena* que significa "... los originarios de un lugar". Este vocablo aunque pretende ser más preciso, encubre también la homogenización, al tratar a los distintos como si fueran iguales, además de que en realidad todos los que nacemos en un sitio somos indígenas de éste.

Un proceso algo similar ha ocurrido con otras denominaciones, como es el caso de muchos de estos pueblos, que incluso en ocasiones sólo comparten la característica de ser dominados por un poder colonial. Se establecen categorías que, sin considerar el *ethos* de cada uno de ellos, los agrupan desde fuera de manera artificiosa. Una de estas denominaciones, por afinidades históricas reales y procesos de análisis de sus hablas mediante la glotocronología, por acuerdo de los lingüistas, sin que los agrupados se reconozcan como "un solo pueblo", los ha "emparentado".

Una de estas agrupaciones, que los lingüistas acuerdan utilizar, es aquella que llaman la "familia uto-azteca", la que comprende hablas dispersas por casi la mitad del continente americano, desde la frontera sur del Canadá hasta Costa Rica.

Estas hablas tienen un origen común muy remoto, que se pierde en la lejanía del tiempo, por lo que los pueblos Ute al norte, y los "nahua", en la península de Nicoya en Centro América, no se habrían reconocido como "emparentados" ni se hubieran entendido en su habla.

De los pueblos de esta "familia lingüística", los más numerosos son aquellos que se han agrupado utilizando la palabra *nahua*, que para nuestro estado son los habitantes originarios tradicionales. Sobre la palabra *nahua* Rémi Siméon afirman: "nauatl o náhuatl adj. y s. Que suena bien, que produce un buen sonido lengua armoniosa, que agrada al oído".¹ De estos pueblos, siguiendo ese razonamiento, el habla histórica originaria ha sido la de pueblos que son heterogéneos. Así, de esta manera, desde afuera de los pueblos, se les agrupa como idioma "nahua" a las lenguas emparentadas de pueblos que son diversos en su *ethos*, en su misma habla y que, en la actualidad, se encuentran dispersos en muchas regiones y ciudades de nuestro país: la Ciudad de México, Morelos, Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Durango, Jalisco, Tabasco y otros estados.

Durante la época de la invasión europea en el siglo XVI, estos pueblos habitaban grandes áreas de concentración, principalmente en el centro de nuestro país y estaban también en ciertas regiones estratégicas en Michoacán y de manera intermitente, por el litoral del océano Pacífico desde Sinaloa hasta llegar a El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Por la costa del Golfo de México, de igual manera lo hacían desde las Huastecas hasta llegar al actual Tabasco. Es esta familia lingüística la de mayor persistencia numérica, de las hablas originarias, en la tierra del Anáhuac. En nuestra época muchas de

¹ Rémi Siméon, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, pp. 305-306.

las variantes dialectales, que la clasificación de “habla nahua” agrupa, tienen tales diferencias que los niveles de inteligibilidad entre ellas, en varios casos, son tan reducidas que se considera que no se pueden comunicar de manera competente entre ellas.

Por esta razón, la lingüista Una Canger nos dice:

En 1978 propuse una clasificación de todos los dialectos náhuatl en Mesoamérica que tiene como característica básica la distinción entre los dialectos Centrales y los Periféricos. Esta división se basa en unos rasgos que poseen los dialectos en el valle de México y en las áreas que estaban bajo la influencia de los mexicas en el siglo xv, pues parece que el dominio de los mexicas influyó en estos dialectos y les dio una uniformidad que no demostraban antes. Estos dialectos Centrales son los que se hablan en el valle de México, en Tlaxcala, en el norte de Puebla, el grupo de dialectos que se llama La Huasteca en San Luis Potosí, Hidalgo, Veracruz y en la punta norte de Puebla, en el centro de Puebla, Morelos y por último en el Guerrero central. Estos dialectos comparten rasgos que se pueden atribuir a la influencia de Tenochtitlán.²

Así podemos considerar que concebir al náhuatl como una sola lengua ideológicamente forma parte de la herencia colonial; la cual, irónicamente, coincide con el posicionamiento ideológico de la mayoría de los actuales intelectuales nahuas contemporáneos. De cualquier manera, hay que reiterar que los invasores españoles retomaron y reforzaron el uso del náhuatl como lengua franca para sus propósitos de evangelización, control social y económico... lo cual efectivamente produjo la impresión de que el náhuatl es (o era) una sola lengua.³

Los hablantes de lengua indígena en Morelos

En México los censos se han efectuado desde finales del siglo xix, actualmente al instrumento lo llaman: Censo General de Población y Vivienda, se efectúa cada década y se apoya con un conteo intermedio, que se realiza en aquellos años que terminan en cinco. Con respecto a la población con hablas originarias, el indicador

que ha permanecido constante, es el de hablante de lengua indígena (HLI) en mayores de cinco años. Desde el año 1990, también se registra la población de 0 a 4 años, que habita en un hogar donde alguno de los cónyuges habla una lengua indígena. Desde el del año 2000 lo hace también, con aquellos encuestados que aunque no hablen ninguna habla originaria, se autoadscriben como pertenecientes a algún pueblo, así al criterio de habla se sumó el de pertenencia.

Por esto la población indígena en la actualidad se cuenta mediante los indicadores de la población de cinco años y más hablante de lengua indígena (HLI); la población indígena de cero a cuatro años de edad que habita en hogares cuyo jefe o jefa de familia o su cónyuge es hablante de lengua indígena y la población que se autoadscribió como indígena (definida la autoadscripción indígena como: “Reconocimiento que hace la población de pertenecer a una etnia, con base en sus concepciones”.

También desde ese año, apartir de la base censal del Inegi, el Consejo Nacional de Población (Conapo) y la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) estiman la población indígena sumando los miembros de los hogares indígenas como unidad básica. Éstos son aquéllos donde el jefe y/o el cónyuge y/o padre o madre del jefe y/o suegro o suegra del jefe del hogar hablan lengua indígena y también aquéllos que declararon pertenecer a un grupo indígena.

² Una Canger, “Los dialectos del náhuatl de Guerrero”, p. 282.

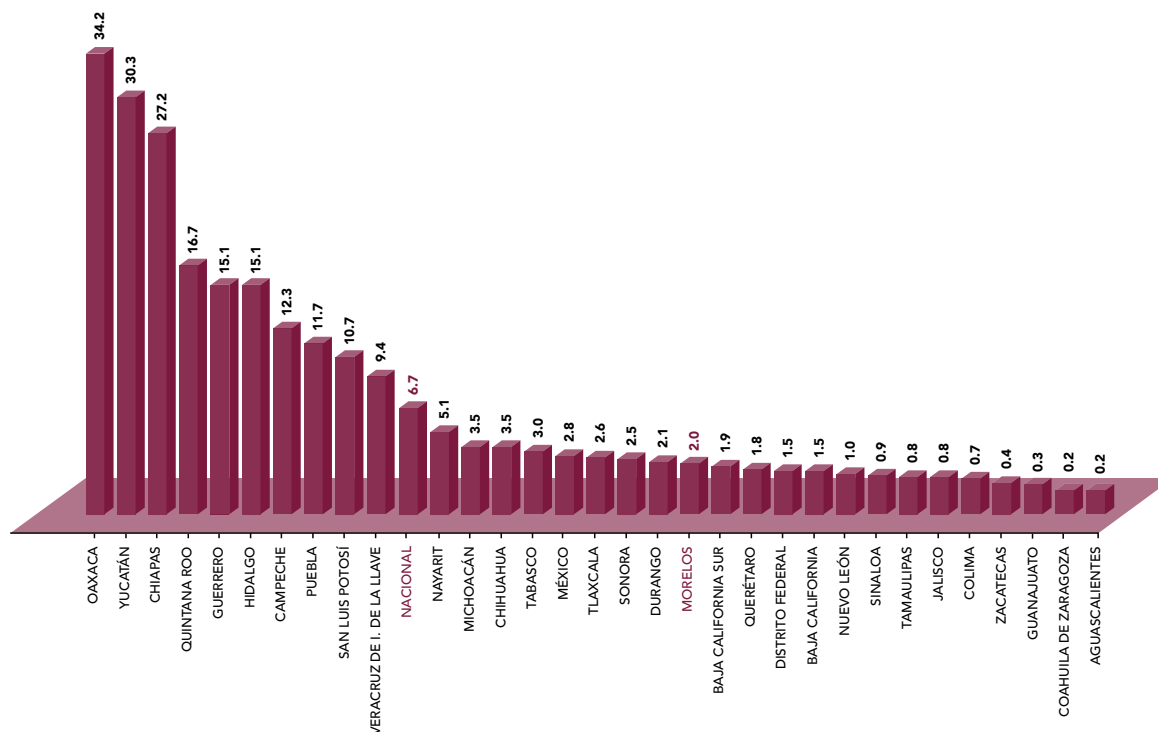
³ José Antonio Flores Farfán, “Hacia una historia sociolingüística mesoamericana: explorando el náhuatl clásico”.

POBLACIÓN TOTAL, MAYOR DE CINCO AÑOS Y HABLANTES DE LENGUAS INDÍGENAS, 1930-2000

AÑO	POBLACIÓN TOTAL	CINCO AÑOS Y MÁS	HLI CINCO AÑOS Y MÁS	HLI (%)
1930	16 552 722	14 042 201	2 251 086	16.0
1940	19 653 552	16 788 660	2 490 909	14.8
1950	25 791 017	21 821 026	2 447 609	11.2
1960	34 923 129	29 146 382	3 030 254	10.4
1970	48 225 238	40 057 748	3 111 415	7.8
1980	66 846 833	57 498 965	5 181 038	9.0
1990	81 249 645	70 562 202	5 282 347	7.5
1995	91 158 290	80 434 190	5 483 555	6.8
2000	97 483 412	84 742 491	6 044 547	7.1

Fuente: Censos de población y vivienda 1930, 1940, 1950, 1960, 1970, 1980, 1990, 2000 y Censo de Población y Vivienda 1995.

Hay que recordar que el porcentaje de la población en México que habla alguna lengua indígena, en el nivel estatal y en el regional, es muy disímil, tal como lo podemos apreciar en el gráfico siguiente:



Fuente: Censo de Población y Vivienda 2010.



La población indígena de los pueblos de habla nahua, en la actualidad, está mucho más dispersa y se ubica en lugares históricamente no habitados por ellos con anterioridad. Aunque siguen siendo mayoritariamente rurales: el 65% de los HLI habitan en localidades menores a 2 500 habitantes, también existen concentraciones de HLI por absorción o migración, en zonas urbanas. “Es claro el impacto de este fenómeno y se afirma con razón, que esto modifica el perfil

de las regiones indígenas (expulsoras) e indianiza el de las zonas receptoras.”

Como hemos visto, el náhuatl, según sus características lingüísticas y diferencias, se ha dividido en cuatro grupos: el del este, del oeste, el central y el septentrional. Morelos pertenece al segundo, éste utiliza el dígrafo *tl* al final, y usa como prefijo el pretérito. Afectado por este fenómeno, Morelos ha recibido la transformación de la siguiente manera:

AÑO	POBLACIÓN TOTAL MORELOS DE MÁS DE CINCO AÑOS	HABLANTES DE LENGUA INDÍGENA DE MÁS DE CINCO AÑOS	(%)
1990	1 048 065	19 940	1.9
1995	1 273 534	25 133	2.0
2000	1 334 892	30 896	2.3
2005	1 227 777	24 757	2.0
2010	1 596 669	31 388	2.0

Fuente: XI Censo General de Población y Vivienda 1990, Censo de Población y Vivienda 1995, Censo General de Población y Vivienda 2000, Censo de Población y Vivienda 2005, Censo General de Población y Vivienda.

Registradas en Morelos hay 31 388 personas de cinco años y más que hablan alguna lengua indígena, esto representa alrededor del 2% de la población total. Aproximadamente, la mitad hablan náhuatl, menos de la cuarta parte alguna variante

del mixteco, apenas el 2% de los hablantes zapoteco y el resto habla otras 25 lenguas indígenas. Un 20% los registrados no habla castellano y cada vez es menos extraño encontrar hablantes bilingües de náhuatl e inglés.

LENGUA ORIGINARIA	HLI DE MÁS DE CINCO AÑOS (2000)	HLI DE MÁS DE CINCO AÑOS (2010)	(%)
TOTAL	30 896	31 388	100.0
Náhuatl	18 656	19 509	61.4
Mixteco	3 805	5 363	17.1
No especificado	121	2 475	7.9
Tlapaneco	1 420	1 492	4.8
Zapoteco	633	605	1.9
Otras lenguas indígenas	358	1 735	5.5

Fuente: XII Censo General de Población y Vivienda 2000. XIII Censo de Población y Vivienda 2010.

El náhuatl es la lengua histórica y predominante en Morelos, agrupa alrededor del 61.4 % de los HLI. Los pueblos HLI de Morelos no están concentrados en una región, están dispersos en cerca de 16 municipios y alrededor de 35 comunidades tienen hablantes de náhuatl. Éstos se concentran en Hueyapan, Tetela del Volcán; Cuentepec, Temixco; Xoxocotla, Puente de Ixtla; Tetelcingo, Cuautla; Santa Catarina, Tepoztlán; y en la ciudad de Cuernavaca con un número importante, aunque dispersos en la masa de hablantes de castellano.

La geografía que habitan los hablantes de náhuatl no es homogénea, ellos se ubican en zonas ecológicas distintas: la zona norte corresponde a la sierra norte, o “altos de Morelos”, ahí se ubican los pueblos nahuatlacos de Hueyapan, San José de los Laureles, San Juan Tlacotenco y Coajomulco. Al pie de monte están comunidades como Santa Catarina y San Andrés de la Cal. En las planicies se encuentran las comunidades de Tetlama, Cuentepec, Xoxocotla, Tetelcingo y otras menores.

Por la urbanización, la conectividad y la extensión del sistema escolar, casi la totalidad de los HLI en Morelos son bilingües, menos del 2% se registraron como monolingües (Consejo Estatal de Población de Morelos). En Morelos: “La escuela [...] ha contribuido a la castellanización de las poblaciones indígenas, y ha acrecentado el fenómeno del desplazamiento lingüístico, que ocurre cuando los hablantes de determinada lengua, mueren sin haberla legado a sus hijos”.⁴ En las conclusiones de su investigación Brenda Cantú Bolán y García Landa señalan que el uso del náhuatl (lengua materna) en Xoxocotla está en la situación siguiente:

- El náhuatl en Xoxocotla, Morelos está sufriendo desplazamiento.
- Los hablantes más jóvenes tienen alrededor de 40 años.
- Los dominios principales son el familiar, fiesta y vecindario.
- Las personas que hablan son los ancianos y adultos en menor grado, también los miembros de la academia de la lengua náhuatl.

- Las funciones principales son la comunicación dentro del pueblo y para comerciar.
- La escuela cumple una función de castellaniza.

“... esto genera que dos generaciones ya no utilicen el náhuatl: los jóvenes adultos e hijos.”⁶ Esta interpretación es aplicable a las otras comunidades de nahuahablantes en el estado.

En el año 2000, una investigación hecha entre infantes y adolescentes HLI entre los 0 y los 14 años estableció que en la Ciudad de México y en Morelos se registran los porcentajes más bajos de asistencia al sistema educativo formal. También es de notar que entre los HLI a nivel nacional, como en Morelos, el número de mujeres que asisten a la escuela es mayor ligeramente que el de varones. Dentro del grupo de 15 a 19 años, los hablantes de náhuatl que asisten a la escuela representan también uno de los porcentajes más bajos a nivel nacional (Ciudad de México 16% y en Morelos, 14.9%)

En cuanto a la lectoescritura entre los 8 y 14 años se reparten a partes iguales en nuestro estado, aunque esta habilidad no es en la lengua materna. En Morelos esto sucede no por falta de escuelas, sino por la incorporación temprana al mercado de trabajo de los hablantes. También se debe a que: “La falta de un enfoque realmente bilingüe en la instrucción, ha producido niños egresados de las escuelas que, según los padres de familia entrevistados, ‘ni saben nuestra lengua ni el español’ ”.⁷

Asimismo: “La llamativa inexistencia de programas bilingües en la educación básica representa una causa obvia de la “pérdida” o desplazamiento de la lengua propia que tanto preocupa a los adultos mayores de edad de las comunidades y a los antropólogos.”⁸

Además de esta problemática de intencionalidad y método: “La mayor parte de las localidades que tiene más de 200 hablantes de lenguas indígenas según el Censo de Población y Vivienda del 2005 (INEGI) no cuenta con escuelas federales bilingües.”⁹ Situación que no se ha modificado en gran parte.

A la fecha no existen escuelas primarias bilingües en las cabeceras municipales de Cuautla,

⁴ John R. Edwards, Language, society and identity. Cit. pos Cony Brunhilde Saenger Pedrero y Ruth B. Bustos Córdova, “Prácticas educativas, identidad y atención a la diversidad en escuelas primarias del estado de Morelos”, p. 2.

⁵ Brenda Cantú Bolán y Laura García Landa, “Temachilistli Nahuatlajtolcaualistli Ipan Xoxocotla, Morelos”.

⁶ Cony Brunhilde Saenger Pedrero y Ruth B. Bustos Córdova, op. cit., p. 2.

⁷ Diagnóstico de la realidad educativa de los pueblos indígenas de los Altos de Chiapas, México: Informe final. Cit. pos Bruno Baronnet, “Lenguas y participación comunitaria en la educación indígena en México”, p. 188.

⁸ Ibidem.

⁹ Bruno Baronnet, op. cit., p. 190.

Cuernavaca, Totolapan, Jiutepec, Temixco y Tlaxacapan, tampoco en comunidades como Santa Catarina Zacatepec (Tepoztlán) y Coatetelco (Miacatlán) que aspiran a obtener el rango de municipio. La situación es similar en localidades habitadas por indígenas migrantes de Guerrero y Oaxaca como Tenextepango, El Pañuelo y Valle de Morelos (Ayala). “De la Comisión de Libros Gratuitos sólo se han recibido unos manuales en variantes del náhuatl de Puebla y de Guerrero.”¹⁰

La educación formal tampoco toma en cuenta los cambios que en la vida diaria han sufrido las comunidades morelenses:

Contra la vieja limitación local territorial de lo étnico, ahora los pueblos indígenas viven una realidad múltiple que los obliga, tanto a ser la última defensa contra la devastación ambiental y la homogeneización cultural en sus ámbitos originarios, como a existir en un espacio no continuo incluso no sólo transnacional sino transcontinental, desde los territorios originales hasta las zonas periurbanas en donde lo mismo regeneran nuevas formas comunitarias que establecen organizaciones reticulares o rizonómicas donde, con facilidad, además, se desarrollan relaciones de grupos de interacción y convivencia constitutivas de nuevos grupos...”¹¹

A su vez grupos de hablantes de lenguas indígenas migran hacia Morelos: el mayor porcentaje proviene de Guerrero, le siguen los de Oaxaca y Veracruz, principalmente hablantes de mixteco y de tlapaneco. Existen regiones expulsoras de migrantes nuevas entre éstas Chiapas ha incrementado su participación, por lo que en el censo se han registrado HLI de idiomas mayences.

Es preciso señalar que aunque las leyes que rigen a los municipios en el estado, abren la posibilidad de abrir áreas de atención para los indígenas, sus demandas sociales en lo general no son atendidas con suficiencia y en ocasiones sólo lo son las de grupos clientelares específicos. No existe un adecuado marco legal e institucional de coordinación intergubernamental y los que hay son omisos en el establecimiento de una reglamentación que promueva y permi-

ta el desarrollo cultural efectivo de las concentraciones indígenas.

En su migración, los ciudadanos indígenas trasladan parte de los problemas del campo a la ciudad, especialmente, el rezago en el que viven, agudizado por vivir lejos de sus referentes territoriales, a los que se agregan la pobreza urbana, el hacinamiento, la violencia, la insalubridad, nuevas enfermedades y la discriminación de la que son objeto. La confrontación entre los discursos en el ámbito conceptual se refleja en el conflicto lingüístico entre el castellano como lengua oficial y las hablas indígenas como lenguas dominadas y que no son utilizadas en los trámites y acciones institucionales.

Incluso en un ámbito tan sensible como el judicial, donde además está mandatada la utilización de ellos, es clara la insuficiencia de traductores y evaluadores antropológicos, lo que se convierte en juicios basados en percepciones equivocadas, acciones discriminatorias y peyorativas. El dominio limitado del castellano tiene consecuencias en el proceso judicial, genera en el ciudadano indígena inseguridad y sumisión, inhibe su intervención activa en el proceso, se dificulta la comprensión de su discurso, por lo que en su desamparo no es extraño que se sumerja en el silencio y provoquen a rigurosidad mayor en el proceso y las sentencias.

“Podríamos afirmar que se trata de una doble migración, en primer término hacia un nuevo espacio cultural y lingüístico y en segundo término, hacia un espacio esencialmente discriminatorio, históricamente hablando.”¹²

“Con el fin de conocer la situación que guardan las lenguas indígenas, en la CDI se buscó una forma de medición que permitiera apreciar la transmisión intergeneracional de los idiomas de los 62 grupos etnolingüísticos identificados, y así entender la ‘fortaleza’ o ‘debilidad’ de una lengua y se construyó el Índice de Reemplazo Etnolingüístico (IRE), que en un primer momento se calculó con datos del Censo de población y Vivienda 2005. INEGI 2005, y posteriormente con los datos del Censo 2010.”¹³ Este Índice de Reemplazo Lingüístico”, es una herramienta diseñada en 2007 con el propósito de apreciar la transmisión intergeneracional para así ubicar

¹⁰ Bruno Baronnet, op. cit., p. 191.

¹¹ Rodolfo Uribe Iniesta, “La etnicidad latinoamericana como una nueva clase social global”, p. 168.

¹² Jesús Mendoza Mendoza, La comunidad indígena en el contexto urbano: desafíos de sobrevivencia, p. 40.

¹³ Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. Programa de Fomento del Patrimonio Cultural Indígena: diagnóstico, p. 5.

la “fortaleza” o “debilidad” de una lengua y compararlos entre sí. Así se diagnosticó que el Náhuatl es un habla con un índice de reemplazo lento.

A contracorriente de todo esto, existen esfuerzos en las propias comunidades que, con muy escaso apoyo, tratan de organizar academias y clases de náhuatl en instituciones como la UAEM que mantiene clases del mismo de manera persistente. Por otro lado, el Gobierno del esta-

do ha establecido, “Programa de Reapropiación y Cotidianización de las Lenguas Originarias en Morelos con el propósito de dinamizar el uso de las lenguas originarias, a fin de crear herramientas de identidad para las nuevas generaciones y promover el plurilingüismo; con una matrícula para el año 2014 de más de 500 jóvenes se impulsa recuperar la lengua originaria que en la mayor parte de los casos sus padres perdieron.



Bibliografía:

Baronnet, Bruno. “Lenguas y participación comunitaria en la educación indígena en México.” *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, mayo-agosto de 2013, vol. 8, núm. 2, pp. 183-208.

Canger, Una. “Los dialectos del náhuatl de Guerrero.” *En Primer Coloquio de Arqueología y Etnohistoria del Estado de Guerrero*. México/Chilpancingo: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Gobierno del Estado de Guerrero, 1986, pp. [281]-292.

Cantú Bolán, Brenda y Laura García Landa. “Temachilistli Nahuatlajtolcaualisttli Ipan Xoxocotla, Morelos” [“Análisis del desplazamiento lingüístico en el pueblo de Xoxocotla, Morelos”]. *Encuentro del Conocimiento Náhuatl* 2007.

Censo de Población y Vivienda 2010 [en línea]. Aguascalientes: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática [citado el 9 de septiembre de 2016]. Disponible en <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/ccpv/cpv2010/Default.aspx>>.

Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. *Programa de Fomento del Patrimonio Cultural Indígena: diagnóstico* [en línea]. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas [citado el 9 de septiembre de 2016]. Disponible en <<http://www.cdi.gob.mx/coneval/2014/F031-programa-fomento-patrimonio-cultural-indigena-diagnostico-2014.pdf>>.

Flores Farfán, José Antonio. “Hacia una historia sociolingüística mesoamericana: explorando el náhuatl clásico.” En Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño (dirs.). *Historia sociolingüística de México*. México: El Colegio de México, 2010, vol. 1, pp. 185-206.

Mendoza Mendoza, Jesús. *La comunidad indígena en el contexto urbano: desafíos de sobrevivencia*. México: Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública, 2010.

Saenger Pedrero, Cony Brunhilde y Ruth B. Bustos Córdova. “Prácticas educativas, identidad y atención a la diversidad en escuelas primarias del estado de Morelos.” *En Memoria electrónica del X Congreso Nacional de Investigación Educativa* [en línea]. México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa [citado el 9 de septiembre de 2016]. Disponible en <http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v10/pdf/area_tematica_14/ponencias/1344-F.pdf>.

Siméon, Rémi. *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*. México: Siglo XXI, 1986.

Uribe Iniasta, Rodolfo. “La etnicidad latinoamericana como una nueva clase social global.” *Cultura y Representaciones Sociales*, marzo de 2011, vol. 5, núm. 10, pp. 166-183.





Fiestas populares e indígenas



Fiestas populares e indígenas



SOLEMOS AFIRMAR QUE todo el año hay fiestas populares en Morelos, casi es un hecho, a veces se dice en tono despectivo sin que se tome en cuenta la complejidad sociológica y antropológica que conllevan, son siglos de conformación organizacional que tienen su origen en la época prehispánica, aunque reconfiguradas en los siglos de colonia. El núcleo organizacional son las mayordomías, instauradas por la Iglesia católica en cada comunidad evangelizada; a veces las fiestas se sincretizaron, acercando o traslapando a festividades indígenas la celebración de algún santo; a la organización española se le sumaron elementos de las culturas antiguas como el *tequio*, aportación personal de trabajo gratuito a la comunidad, así como los sistemas mexicanos de tributación y el sistema de comercio y trueque en los tianguis, lo cual sirvió también para aumentar los rendimientos de la tributación a los españoles. Los frailes crearon hermandades, cofradías, congregaciones y asimilaron las funciones de los consejos de gobierno tradicional de los pueblos indígenas.

El mayordomo con su familia, y a veces con una organización más extensa de ayuda (fiscales o dibutados, como en el caso de Hueyapan), costean la mayor parte de los gastos de una fiesta patronal, asumida la responsabilidad no sólo con fervor religioso, sino también con un sentido de deber comunitario, de prestigio y de pago de mandas expiatorias. En todo caso, las fiestas patronales se convirtieron en un complejo sistema de activación económica regional, subsistencia popular y recreador de las ligas socioculturales de las comunidades. Pensemos que la distribución anual de fiestas implicó también, gracias a la generosidad nahua de volcar la casa y la comida al visitante, una forma de proporcionar alimento a la comunidad: cada 15 o 30 días había posibilidad de ingesta de nutrientes cárnicos para complementar la pobre dieta de los indígenas sojuzgados. Los ciclos de siembra y cosecha subyacen el calendario de fiestas, proporcionando una red de comercialización que abarca varios estados y que, seguramente, corresponde a redes prehis-

pánicas milenarias. No olvidemos la importancia de Chalcatzingo, hace más de 3000 años, como centro cultural y comercial; muy probablemente su heredad quedó en la feria del tercer viernes de Cuaresma en Tepalcingo, considerada como una de las más populares y visitadas de México, tal como lo atestiguó Bonfil Batalla en sus estudios de ferias de cuaresma en la región de Cuautla durante los años sesenta.

Podemos dividir las fiestas de Morelos en patronales, dedicadas al santo patrono del pueblo o barrio; carnavales; fiestas de cuaresma y Semana Santa; decembrinas; cívicas de muertos, y ferias temáticas, cada una de ellas se convierte en un crisol donde todos los elementos de la cultura popular convergen para dar el mayor lucimiento y boato posible. Están presentes la danza, el teatro tradicional, la música, la gastronomía, el mercado, la artesanía, los ritos sincréticos, los intercambios y correspondencias comunitarias, más allá de fronteras estatales, así como las dialécticas tensiones sociales entre la organización comunitaria, el control y censura de la Iglesia y los tres niveles de gobierno actuales. Las fiestas y ferias de Morelos son un sólido sistema comercial, de intercambio y recreación de ligas sociales y sistemas preservadores de las culturas populares del estado; su degeneración, debilitamiento y trastoque comercial con importaciones es un terrible riesgo para la estabilidad social de Morelos.

Los carnavales

De tradición y herencia europea y pagana, la Iglesia acabó por tolerarlos e incorporarlos como un desfogue popular previo a los ayunos y penitencias de la Cuaresma y Semana Santa; igualmente parece haber una sincretización de lo europeo con tradiciones prehispánicas, también había días baldíos, aciagos en los que se desbordaba la liberalidad, no había necesidad de sacrificios a los dioses; comadronas y adivinos se embriagaban con pulque, eran días de soñar,

FERNANDO HIDALGO



pero también riesgosos para engendrar y nacer, eran los *nemotemi*; con el tiempo la tradición indígena fue absorbida por el calendario de los conquistadores.

En Morelos, los carnavales adquirieron singularidad: son días de baile, música y desenfreno, pero también de una crítica *disfrazada* a la Iglesia y al poder. Así nace el chinelo, como una paradoja, a la vez burla de lo eclesial, pero también de alabanza religiosa. Se baila portando iconografía guadalupana o la romántica leyenda de los volcanes. Aunque tradicionalmente se asocian los días de carnaval (tres generalmente: domingo, lunes y martes) a la víspera del Miércoles de Ceniza, inicio de los cuarenta días de ayuno y penitencia antes de la Semana Santa, en Morelos los pueblos han reacomodado sus fechas de tal manera que los carnavales se suceden en varias temporadas del año. Totolapan celebra su precarnaval el primer domingo de octubre y el carnaval un lunes de diciembre antes de la Navidad; Jiutepec en enero, febrero y marzo, seguidos semanalmente: Tlaltizapán, Tlayacapan, Tepoztlán, Atlatlahucan, Tlzapotla, Zapata, Xochitepec, Yau-tepec, Cocoyoc y Cuautla, sus fechas son variables debido al año lunar con que la Iglesia establece su calendario litúrgico, anunciado el 5 de enero, Chamilpa, 12 días antes del Miércoles de Ceniza, por ejemplo.

Los personajes típicos de los carnavales son los chinelos, con sus tres variantes: Tlayacapan, Tepoztlán y Yau-tepec, y derivaciones en todos los municipios. Organizados en comparsas, agrupaciones en muchos casos barriales, las cuales son encabezadas con un estandarte propio. Además están las marotas viudas, del mal humor y negras, hombres disfrazados de mujeres que de manera previa al carnaval, desfilan por pueblos como Yau-tepec, Oaxtepec, Jiutepec, Totolapan, Atlatlahucan, etcetera. El Rey Momo es un personaje a manera de dios de la burla y Juan Carnaval es enterrado como representante del mal humor.

Parte fundamental de los carnavales son las bandas de viento, que tienen presencia en todo el estado, con repertorios especializados en sones de chinelo, de tal manera que al conjunto de música y danza se le conoce con el morelense nombre de *brinco*. Los sones más antiguos son de Tlayacapan y han evolucionado hasta incorporar melodías comerciales actuales como es el caso de Yau-tepec. Por otro lado, existen textos rimados y en prosa llamados invitaciones o convites y despedidas, que se recitan al inicio de los brinco

invitando o despidiendo al pueblo a la actividad festiva, con versos picarescos, una tradición muy morelense.

Fiestas de Cuaresma y Semana Santa

El calendario litúrgico católico, instaurado por los religiosos españoles, tiene como eje la Pascua de Resurrección; los 40 días previos comienzan el Miércoles de Ceniza, incluye cinco domingos, más el Domingo de Ramos y cinco viernes cuaresmales; la Semana Santa comienza con el Domingo de Ramos y finaliza con el Domingo de Resurrección. Con la llegada de los franciscanos al actual territorio morelense, en 1529, la evangelización y consolidación de la colonia, implantó también un calendario de “solemnidades” que dieron inicio a las celebraciones cuaresmales y de Semana Santa, coincidiendo con algunas celebraciones prehispánicas que cambiaron su advocación. Morelos tiene varias ferias entre las más antiguas en el país; por ejemplo, las de los viernes de Cuaresma, de las cuales las más notables son el primer viernes en Jiutepec, Señor de la Columna, segundo en Cuautla, Señor del Pueblo, tercer viernes (la más notable y antigua) en Tepalcingo, Santo Señor de las tres caídas; cuarto en Atlatlahucan y Tlayacapan, y quinto en Mazatepec, Señor del Calvario o Feria de la Loma.

Como mencioné, las fiestas acrisolan todas las manifestaciones de la cultura popular e indígenas, además de funcionar como redes comerciales muy antiguas y de sustento regional; su realización implica una complejidad de organización tradicional comunitaria cuyos preparativos comienzan meses atrás, desde la promesa de mayordomos y alguaciles, la recaudación y ahorro familiar para la consumación; en diversas fiestas intervienen grupos de danzas tradicionales, algunas con raíces prehispánicas como los tecuanes, ramas o xochipitzáhuatl, otras de origen virreinal como pastoras, vaqueritos, santiagueros, cañeros, moros y cristianos, etcétera.

Asimismo, cada día en diversas jornadas están presentes las bandas de viento y la pirotecnia, que concluye con los toritos y el castillo. Las ferias incluyen grandes tianguis con productos artesanales de ornato, utilitarios y rituales, así como alimenticios de varias regiones y estados, y la actual inclusión de productos importados llamados *fayuca*. Generalmente, las mayordomías, y las familias en general, abren las puertas de

sus casas y convidan comida a los peregrinos y visitantes; las iglesias y capillas son adornadas profusamente con flores, ceras y arcos florales o de semillas (una tradición reciente pero muy morelense). En la Semana Santa se realizan, en diversas localidades, representaciones de la pasión de Cristo, con procesiones que recrean desde la entrada a Jerusalén el Domingo de Ramos Tlayacapan, Sinedrio o concilio y la crucifixión (Ocoteppec, Huitzilac, Mazatepec, Tetela del Volcán, Jojutla y Yecapixtla, entre otros lugares).

Días de Muertos en Morelos.

Días de flores y rezos, de incienso que aroma los recuerdos, de pétalos que riegan el corazón y la tradición de un pueblo sobre la alfombra de la memoria y la alegría. Colores que unifican y borran distancias, sabores que se comparten con los que ya no están. Las celebraciones del Día de Muertos en Morelos, como en casi todo nuestro país, no son de tristeza por la muerte, sino de alegría por el reencuentro con los que ya no están en este plano existencial y regresan por el breve lapso de un día a estar con sus vivos, a volver a compartir con ellos el alimento y el amor. Profundamente arraigada en la tradición popular y la fe, la costumbre de colocar ofrendas a los muertos puede encontrarse en todos los municipios del estado, distinguiéndose por lo menos trece formas distintas de colocar los altares y ofrendar a los difuntos, entre éstas podemos mencionar, según comenta Patricia Jiménez Pons, la ofrenda del primer encuentro, la ofrenda colgante, la del ánima sola, la del cuerpo presente, la indígena colocada a nivel de piso sobre un petate, las enmarcadas por arcos de flores, o aquéllas colocadas sobre una mesa formada de otates, la dedicada a los matados o accidentados, la de los señores de la muerte o fundadores del pueblo de Tetelcingo, colocadas en los panteones, las escalonadas en forma de altar y las de la octava colocadas en Tepoztlán, sin dejar de mencionar las de las comunidades indígenas conformadas por población migrante.

Tanto en comunidades indígenas como en comunidades mestizas, campesinas o urbanas, estas fiestas se celebran con las similitudes y diferencias propias de cada comunidad, pero la esencia de la celebración es la misma: recibir a los que ya no están y compartir con ellos nuestros alimentos. Para ello se llenan las casas de altares dedicados a los muertos, por ellos repican las campanas de

los pueblos y los campos lucen flores de colores morados y amarillos, los panteones se limpian, se compran trastes nuevos, se sacan de los cajones fotografías, se seleccionan los mejores ingredientes para elaborar los alimentos que se colocarán a nuestros familiares, se amasa la harina con que se dará forma al pan de muertos y afloran los recuerdos trayéndonos las imágenes de aquellos que acompañaron parte de nuestro trayecto hacia la muerte y ponemos especial atención en las cosas que disfrutaban para ofrecérselas y que nada de esto falte en su ofrenda.

Si bien es cierto que los principales momentos del culto dedicado a los muertos en Morelos tienen lugar entre el 28 de octubre y 2 de noviembre, es importante destacar que en algunas comunidades como Coatetelco este culto inicia desde el 28 de septiembre al colocarse la ofrenda del primer encuentro y continuando con una serie de servicios que culminan con la invitación a la casa y las ofrendas y altares mayores que se corresponden con todos los pueblos, consumándose 42 días de culto a los muertos en Morelos.

Ya desde la primera semana de octubre en los mercados se comienzan a instalar los tianguis de Día de Muertos, destacándose el de Yecapixtla, que se instala el último jueves de octubre en el centro de la comunidad y en donde pueden encontrarse una gran variedad de artículos, entre los que se encuentran veladoras, flores, loza y trastes de barro, petates, incienso, copal, sahumeros, fruta, calaveras de azúcar y amaranto, ceras, candelabros, papel picado, pan y un sinnúmero de objetos propios de la ocasión que servirán para colocar los altares. Otros mercados importantes son los de Tepoztlán, Cuernavaca y Zacualpan de Amilpas, en este último se destaca el trueque de productos del campo. Estos tianguis favorecen el intercambio cultural regional, pues llegan a ofrecer sus productos comerciantes provenientes de los estados de Puebla, el estado de México, Guanajuato, Oaxaca y Michoacán, además de los ofertados por los productores y artesanos que provienen de los pueblos de Morelos, destacándose las calaveras de azúcar y amaranto elaboradas en Huazulco, Temoac y la artesanía de barro elaborada en Tlayacapan.

El día 28 de octubre es el día dedicado a los muertos en accidentes o de manera violenta; para éstos se colocan ofrendas especiales que reciben el nombre de ofrendas para los matados o del ánima sola en algunos pueblos, en Hueyapan reciben el nombre de simones y, al igual que en



otras comunidades como la de Tlacotepec o Tetelcingo, a las personas muertas en accidentes o por homicidios se les coloca un jarro de barro lleno de agua, adornado con flores amarillas, a la entrada del patio de la casa, pues se cree que no deben entrar al interior de la casa, ya que podrían causar algún daño a sus moradores; estos jarros permanecen ahí hasta el día 2 de noviembre.

Algunas familias de Hueyapan les colocan ofrendas a los simones que llegan a las doce horas del día 28, guiándolos, por medio de un camino formado con pétalos de flores de cempasúchil, hasta el altar formado por un petate sobre el cual se han colocado flores, velas, sahumerios, copal y las cosas que al difunto le gustaban, como su sombrero, sus cigarros y su comida preferida; sosteniendo con una mano una vela encendida y con la otra el sahumerio dentro del cual humea el incienso, se les da la bienvenida a los simones y se les invita a disfrutar de sus alimentos. Por la noche se reza un rosario. Al día siguiente se les pone un café para que desayunen y al medio día se encienden velas y se les da la despedida guiándoles hacia la salida de la casa y se les acompaña al panteón.

En Tetelcingo también se montan en este día ofrendas menores sobre un petate en el que se colocan mole, dulce de calabaza, pan, plátanos, agua, algún otro alimento que le gustase al difunto y flores de cempasúchil y terciopelo.

El día 29 de octubre en Hueyapan se colocan ofrendas dedicadas a los niños que murieron en el vientre materno y se encuentran en el limbo, destacándose estos altares por la profusión de flores blancas con que se adornan.

El día 31 de Octubre está dedicado a los muertos chiquitos, sus ofrendas y altares se comienzan a colocar al medio día, poniendo en éstos flores blancas, veladoras, agua, sal, juguetes de barro, silbatos, fotografías del niño y los alimentos de su preferencia, como el arroz con leche, dulce de tejacote o calabaza, todo en trastes pequeños, el pan también es pequeño.

En Tetelcingo se pone en el altar, por cada niño fallecido, un angelito policromado en forma de candelabro dentro del cual flamea una vela encendida. Cada muertito tendrá su jarrito de agua. A medio día del 1 de noviembre se levanta la ofrenda de los niños, se les despide con tristeza y dejan su lugar a los muertos grandes.

De la misma manera en que cada uno tiene su espacio en el sentimiento amoroso de cada familiar, cada uno tiene también su espacio en el altar

u ofrenda. En Cuentepec la ofrenda dedicada a los niños se coloca el día primero.

Es importante resaltar la singular ofrenda que se monta en Tetelcingo a partir del 31 de octubre, a la entrada de la iglesia del pueblo, y que está dedicada a los fundadores del pueblo o señores de la muerte; este altar se instala sobre una mesa rectangular cubierta por una tela negra, en la que se colocan, uno frente a otro, dos cráneos de cerámica, uno de mujer adornado con listones y otro de hombre, algunos vecinos del lugar dicen que son cráneos verdaderos y no de cerámica. En Xochitlán, Yecapixtla, las marotas, que son hombres jóvenes vestidos de mujeres, salen a las calles la noche del 31 para alegrar las almas de los difuntitos bailando y cantando acompañados de la música que emite un equipo de sonido; los caseros les ofrecen ponche, todo tiene un sentido festivo y multicolor. En Atlatlahucan se dispone también al interior de la iglesia un altar peculiar dedicado a los fieles difuntos, éste tiene una forma piramidal y es de gran altura; está cubierto de tela negra y se adorna con flores.

El día 1 a medio día, se instalan en todo el estado las ofrendas dedicadas a los muertos grandes, las campanas repican anunciando su llegada; con antelación se han realizado los preparativos, se puso el nixtamal, se preparó la masa para los tamales nejos y de frijol, se molió la semilla de pepita para el mole verde, se amasó la harina y dio forma al pan, se prepararon los dulces de calabaza, camote, arroz con leche o tejocote, el mole rojo y verde, las natillas, se compró la loza nueva, y se cortaron o compraron las flores especiales para ese día. A los muertos se les da la bienvenida con caminos de pétalos de flores de cempasúchil que se colocan regadas sobre el piso desde la entrada al altar, se sahúman las ofrendas, se encienden las veladoras y se habla con los que vuelven a estar cercanos a nuestra vida. Sobre los altares están las fotos de los que se fueron y regresan, sus cigarros, su bebida, su recuerdo florecido, para que puedan absorber la esencia del afecto y la comida que se les ofrenda y llevarla de regreso a su nueva morada.

La tarde y noche del 1 de noviembre la imaginación se vuelca en las calles transformada en cantos por medio de los cuales los niños piden “Mole para el campanero”; los más conocidos son los cantos de “Mi calavera tiene hambre, no hay un huesito por ahí” o “Mole, mole para el campanero”. En Atlathaucan los cantos son muy ingeniosos y versificados; salen grupos tocando

instrumentos musicales y la muerte y el diablo bailan juntos por las calles mientras cantan a las puertas esperando su calaverita, generalmente se inicia cantando “Cómo está señor casero, cómo está y cómo le va, aquí le venimos a dar, comienza la muerte a cantar”. En Yautepec y Tezoztlán, los niños forman sus calaveras con cajas de zapatos forradas de papel de china y colocan al centro de ésta una vela encendida con la que deambulan cantando su alegría por el pueblo. A los campaneros se les ofrecen dulces y frutas; en algunas comunidades es aún requisito el que entren a rezar antes de recibir su “mole”, como es el caso de Coatetelco, donde se invita a pasar a los niños, y adultos que les acompañan, y se les ofrece mole verde como puede inferirse en el canto del siguiente verso “Venimos desde la orilla, con toda mi palomilla, porque aquí saben guisar el mole de la semilla”.

Mención especial merecen las ofrendas nuevas ya que éstas involucran la participación de toda la familia y la colaboración comunitaria por el alto costo que representan; destacándose la ofrenda nueva de Ocoteppec, Cuernavaca; en esta gran ofrenda nueva se forma con fruta y pan, sobre la mesa del altar, la figura de un muerto vestido con las ropas del difunto nuevo. Esta ofrenda es un despliegue de creatividad en donde las ceras escamadas no pueden faltar. Es costumbre antigua que todo el que visita las ofrendas nuevas regala una cera a los familiares y éstos en agradecimiento, les ofrecen de comer tamales y mole acompañados de atole, café y pan. En Hueyapan, comunidad nahua de Tetela del Volcán, también se destaca la ofrenda nueva; en esta comunidad cada visitante contribuye a la ofrenda nueva con un jarro nuevo, flores, pan y velas; y los familiares del muerto a quien se le dedica la ofrenda les ofrecen comida consistente en arroz, mole rojo, tamales de frijol, tortillas, aguardiente y café. En comunidades como Pueblo Viejo en Temixco o Chamilpa en Cuernavaca la ofrenda nueva lleva el nombre de vela nueva pues es costumbre que los vecinos le lleven velas a la familia que coloca la ofrenda nueva, unos días antes de la colocación de ésta, o durante el Día de Muertos. Estas velas son ofrecidas a los difuntos diciendo quién se las obsequia.

Durante toda la noche del día primero y la madrugada del día 2 se acostumbra velar las ofrendas, las calles se van volviendo menos ruidosas a medida que los niños y jóvenes regresan a sus hogares agotados y felices, con sus bolsas y morrales llenos de dulces y frutas. Al medio-

día del 2 de noviembre se despide a los muertos grandes, se levanta la ofrenda y se acude a los panteones a donde se llevan las flores y comida y se comparten los últimos minutos con los familiares que parten; las tumbas se limpian, pintan y hermocean, se encienden veladoras y tiene lugar una gran fiesta en donde la música se amalgama con el rezo y la risa con el llanto; los corridistas, los mariachis, las bandas de viento, los guitarristas, todos, tocan las melodías que le gustaban al muerto y que los vivos cantan con nostalgia. En algunos lugares como Ocoteppec o Jonacatepec se vela en los panteones y la fiesta culmina conforme nuestros muertos se despiden de nosotros, sus vivos.

Los días de muertos en Morelos trascienden el ámbito de lo familiar y se extienden al ámbito de lo comunitario; son días en los que nos reencontramos como familia, como amigos, como miembros de una colectividad y, sobre todo, como seres humanos que se relacionan a través de la costumbre, la tradición, el afecto, el rito y la fe.

La forma en que se coloca una ofrenda puede variar de una población a otra. En las comunidades con mayor presencia y tradición indígena se coloca sobre petates extendidos en el piso, es común el uso de hojas y pencas de plátano para colocar las ceras. Los altares escalonados son también muy utilizados. En Yautepec llegaban a alcanzar la altura del techo de la habitación principal de la casa y se formaban con huacales de madera cubiertos con manteles blancos y servilletas bordadas, además de papel de china picado.

En otras poblaciones, la ofrenda o altar se dispone sobre una mesa cubierta de manteles blancos y servilletas bordadas; en algunas se ponen imágenes de santos, en otras sólo fotografías de los familiares fallecidos. En Oacalco, Yautepec, la comunidad mixteca coloca sus ofrendas sobre mesas adornadas con arcos de carrizo en los que se entretejen flores de cempasúchil y se cuelgan naranjas.

En Coatetelco, Miacatlán, las ofrendas son muy singulares, pues consisten en camas formadas por varas de acahual blanco llamadas *huatapextle* que se cuelgan del techo de la casa y sobre éste se pone la ofrenda, bajo el *huatapextle* se colocan cuatro jarros con flores, uno en cada esquina. El *huatapextle* se cubre con hojas de plátano, se coloca sobre éste una veladora encendida, agua, sal y los alimentos consistentes en mole verde de pepita, chocolate, tamales de maíz nuevo, pan, frutas y objetos personales del difunto; se coloca también un sahumero de barro con co-



pal. Aunque no siempre los significados o simbolismos son coincidentes en las comunidades, por lo general, las velas y veladoras representan la luz que ilumina el camino de los muertos, el incienso y el copal sirven para purificar el ambiente.

Los días de muertos son días de colorido, creatividad y unidad, en los cuales se unifi-

can la muerte y la vida en ese transcurrir que todos seguimos y por el que todos andamos sobre los pétalos del cempasúchil amarillo encendido de la vida. Días de rezos y flores para nuestro trascender. Símbolo de identidad y cohesión, y patrimonio cultural intangible de nuestro pueblo.

Principales fiestas del estado de Morelos por tipo de celebración

PATRONALES (todo el estado)

Axochiapan (San Pablo Apóstol)
 Zacualpan (Virgen del Rosario y mojigangas; Fiesta de la Asunción)
 Yauatepec (Candelaria y Virgen de la Asunción)
 Tlalnepantla (Cristo de la Preciosa Sangre)
 Huitzilac y Tlayacapan (San Juan Bautista)
 Coatetelco (Virgen de la Candelaria)
 Tepoztlán (Virgen de la Natividad y San Sebastián)
 Amacuzac (San Gabriel)
 Cuernavaca (San Salvador, Virgen de la Asunción, San Isidro Labrador, Señora del Rosario)
 Jojutla (Señor de Tula)
 Mazatepec (San Lucas)
 Ocuituco (La Asunción)
 Tetecala de la Reforma (Candelaria)
 Cuautla (San Nicolás Tolentino, en Tetelcingo)
 Zacatepec (Santiago Apóstol)
 Puente de Ixtla (Señor del Pueblo)

CARNAVALES

	(aniversario luctuoso de Emiliano Zapata)	Yecapixtla	Emiliano Zapata
Yauatepec		5 viernes	Cuenteppec
Tepoztlán		Axochiapan	Temixco
Tlayacapan		Mazatepec	Zacatepec
Temixco		Miacatlán	Oacalco
Jiutepec		Totolapan	Yauatepec
Emiliano Zapata	1 viernes	Yecapixtla	Tetela del Volcán
Tlaltizapán	Jiutepec	Temoac	Hueyapan
	Tlalnepantla	Xochitlán	Miacatlán

CÍVICAS

	2 viernes	Yecapixtla	DE MUERTOS
Cuautla (sitio de Cuautla)	Cuautla		(todo el estado)
Yauatepec	3 viernes	SEMANA SANTA	Yecapixtla
Tetelpa	Tepalcingo	Tetela del Volcán	(Tianguis Grande)
Zacatepec	Tlaltizapán	Yecapixtla	Ocotepec
Quebrantadero, Axochiapan	Mazatepec	Ocotepec	Cuernavaca
Cuernavaca (16 de septiembre)	4 viernes	Cuernavaca	Cuautla
Jantetelco (Mariano Matamoros)	Jantetelco	Miacatlán	Coatetelco
Chinameca	Atlatlahucan	Jonacatepec	Hueyapan
	Miacatlán	Tlaltizapán	Atlatlahucan
		Huitzilac	Tetelcingo
			Cuautla

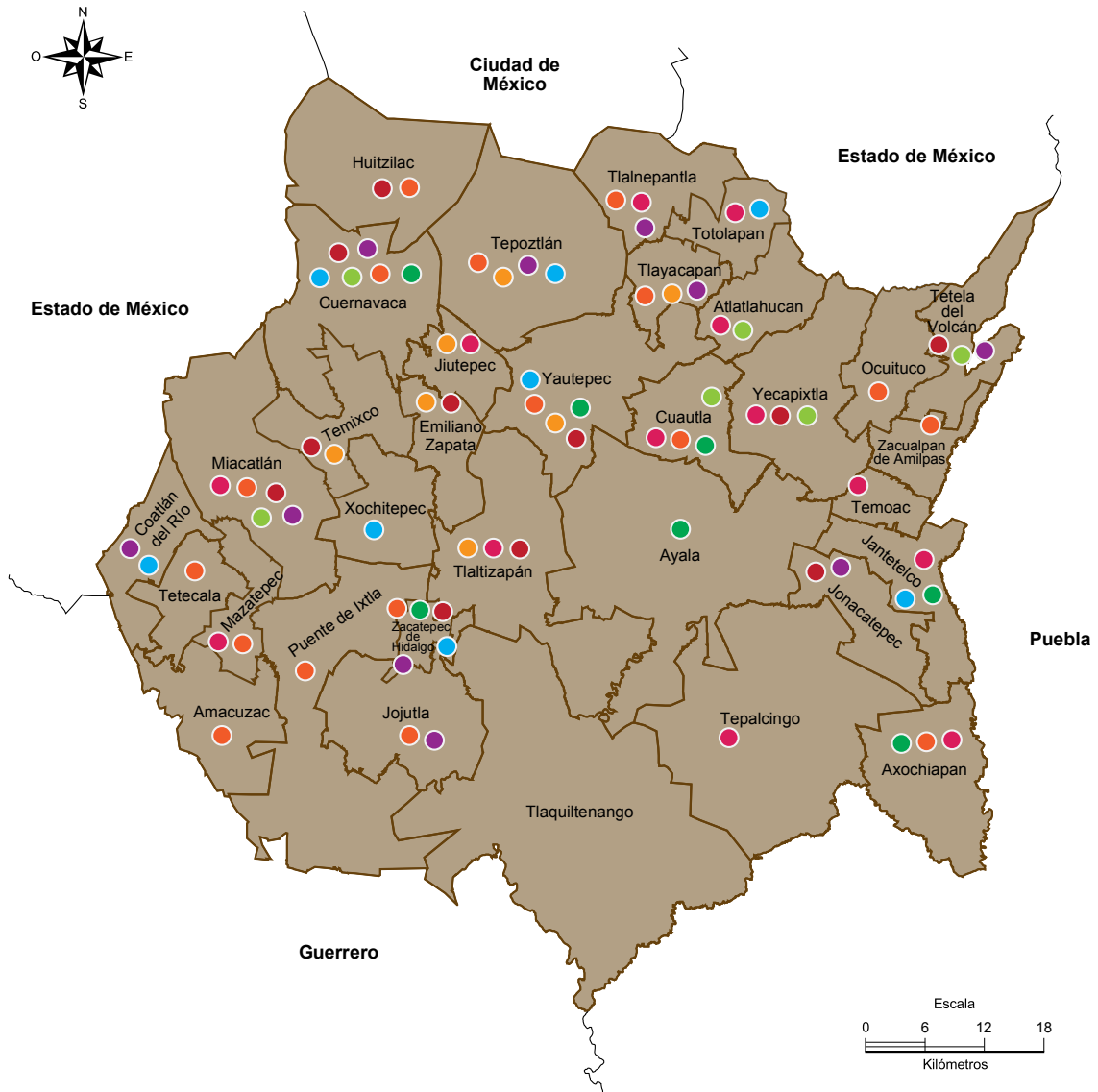
FERIAS TEMÁTICAS

Jojutla (Fería de año nuevo)
Zacatepec (Fería de Santiago Apóstol)
Coatlán del Río (Feria de los Reyes Magos)
Coatetelco (Feria del Pescado)
Tlayacapan (Feria del Barro)
Tlaltenango, Cuernavaca (tandas culturales)
Tetela del Volcán (Feria del Durazno)
Tlalnepantla (Feria del Nopal)
Jonacatepec (Feria de la Cebolla)
Amatlán de Quetzalcóatl, Tepoztlán (Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl)
Buenavista del Monte, Cuernavaca (Pericón)

DECEMBRINAS, DE SANTOS REYES Y GUADALUPANAS

Jantetelco (Virgen de Guadalupe)
Xochitepec (Santos Reyes)
Tepoztlán (posadas y Santos Reyes)
Tetela del Monte, Cuernavaca (Tres Reyes Magos)
Galeana (San Nicolás Obispo)
Totolapan (Feria de la Virgen de Guadalupe)
Jantetelco (Capilla de los Reyes)
Coatlán del Río (Reyes y mojígangas)
Barrio de Ixtlahuacan, Yautepec (Virgen de Guadalupe)
Ocoatepec, Cuernavaca (nacimientos)





PRINCIPALES FIESTAS DEL ESTADO DE MORELOS POR TIPO DE CELEBRACIÓN

- | | |
|--|---|
| ● Patronales | ● Patronales |
| ● Carnavales | ● De muertos |
| ● Cívicas | ● Ferias temáticas |
| ● Cuaresma | ● Decembrinas, de Santos Reyes y guadalupanas |



Fiesta del cuarto viernes de Cuaresma, Atlatlahucan / Fernando Soto



Cuetero en Tetelpa, Zacatepec / Fernando Soto



Niña tetelcinga / Fernando Soto



Viacrucis en Tlaltenango, Cuernavaca / Fernando Hidalgo



Moros y cristianos en Xochitlán / Fernando Hidalgo



Procesión de Cuaresma en Atlatlahuca / Fernando Soto



Fiesta de San Sebastián en Tepoztlán / Fernando Soto



Día de mercado en Tepoztlán / Fernando Soto



Calendario de fiestas populares

YOLANDA AVELLA / FERNANDO HIDALGO



Simulacro de la toma de la alhóndiga de Granaditas. Tetelpa, Zacatepec / Francisco Suástegui



Fiestas populares e indígenas

YOLANDA AVELLA / FERNANDO HIDALGO

1	Feria de Año Nuevo en Jojutla. En honor del Señor de Tula. Es la primera feria comercial y artesanal que se organiza en el estado. Zacatepec / Coatlán del Río / Xochitlán (Yecapixtla) Chinameca (Ayala) / Cocoyoc (Yautepec) / Jiutepec.		2	Fiesta religiosa en honor de la Virgen de Guadalupe. Jantetelco.		3	4	5	San Pedro. Tepalcingo. Celebración de la festividad patronal de los Tres Santos Reyes. Tetela del Monte.
6	Fiesta de los Santos Reyes. Tetelcingo / Tetela del Monte Xochitepec / Coatlán del Río Moyotepec / Tepalcingo / Tepoztlán Ayala / Amacuitlapilco (Jonacatepec)		7	8	9	San Pablo Apóstol. Axochiapan / Amacuzac San Andrés de la Cal / San Juan Tlacotenco, Santo Domingo y San Miguel (Tepoztlán) Yautepec.		10	
11	12	Fiesta religiosa en honor de la Virgen de Guadalupe. Amacuzac, San Andrés de la Cal, San Juan Tlacotenco, Santo Domingo y San Miguel (Tepoztlán) / Axochiapan / Barrio de Ixtlahuacan, Yautepec / Amacuzac.			13	Virgen de Guadalupe. Buenavista del Monte (Cuernavaca)		14	15
16	Santa Catarina. Santa Catarina, Tepoztlán y Yautepec.		17	San Antonio Abad. Festejo estatal.		18	19	20	San Sebastián. Jojutla / Temixco Huitchila (Tepalcingo) Tepoztlán. Festejo a San Salvador. San Andrés de la Cal (Tepoztlán)
21	22	23	24	Virgen de la Candelaria. Dura entre siete u ocho días. Concluye el día 2 de febrero Coatetelco (Miacatlán)		25	San Pablo Apóstol. Axochiapan. Es la fiesta más importante de la región al oriente del estado. El festejo da inicio desde el 9 de enero. También lo celebran en Ixtlilco el Grande (Tepalcingo)		
26	27	28	San Sebastián. Del 28 al 30 enero. Barrio San Sebastián (Tepoztlán)		29	30			
31	E N E R O								

1	Víspera del Día de la Candelaria Coatetelco (Miacatlán)	2	Fiesta de la Candelaria. Tlaquiltenango / Ocoatepec / Coatlán del Río Amatitlán y Col. La Carolina (Cuernavaca) Yautepec / Xoxocotla (Puente de Ixtla) Coatetelco (Miacatlán) / Tetecala Tepoztlán / Axochiapan / Temoac Virgen del Sacromonte. Jumiltepec (Ocuituco)	3		4		5	Día de la Constitución. Celebración nacional. Axochiapan y Yautepec realizan desfile cívico.
6	Carnaval de Tetelcingo Cuautla	7		8		9		10	San Guillermo. Totolapan
11	Alma de la Virgen. Se venera en la iglesia chica del pueblo un grabado llamado Alma de la Virgen. Miacatlán.	12		13		14		15	
16		17		18		19	Iniciación del sitio de Cuautla. Celebración estatal.	20	
21		22		23		24		25	Feria de San Sebastián. Totolapan
26		27		28	Aniversario de la muerte de Cuauhtémoc. Col. Cuauhtémoc y Tetelcingo (Cuautla)				

FEBRERO

1	<p>Señor de la Columna. Movable. Inicia el primer viernes de Cuaresma. Jiutepec.</p> <p>Feria del primer viernes de Cuaresma. Tlalnepantla / Atlacholoaya (Xochitepec) / Telixtac.</p>				2	3	4	5
6	7	8	<p>Señor del Pueblo. Movable. Inicia el segundo viernes de Cuaresma. Cautla.</p> <p>Segundo viernes de Cuaresma. Tlaltenango.</p>		9	<p>Martes de carnaval. Movable. Atlatlahucan.</p>		
11	12	13	14	15	<p>Tercer Viernes de Cuaresma. Movable. Tepalcingo / Hueyapan. (Tetela del Volcán)</p>			
16	17	18	19	<p>Día de San José. Barrio de San José (Cautla) / Tres Marías (Huitzilac) Tepoztlán / Ayala / Atlatlahucan / San José de los Laureles (Tlayacapan) / San José (Ocotepec) / Santa María Ahuacatlán y El Calvario (Cuernavaca)</p> <p>Sagrado Corazón de Jesús. Temoac</p>			20	
21	<p>Inicio de la primavera. Nacional.</p>		22	<p>Cuarto viernes de Cuaresma. Movable. Yecapixtla / Tlayacapan / Tetelcingo (Cautla) / Atlatlahucan / Jantetelco Miacatlán</p>		23	24	25
26	27	28	29	<p>Quinto viernes de Cuaresma. Movable. Mazatepec / Totolapan / Xochitlán (Yecapixtla) / Amayuca (Jantetelco) Axochiapan / Tejalpa (Jiutepec) Miacatlán / Anenecuilco (Ayala)</p>		30	<p>Domingo de Ramos. Movable. Celebración nacional.</p> <p>Fundación del pueblo de San Lorenzo. Chamilpa (Cuernavaca)</p>	
31	<p style="text-align: center;">M A R Z O</p>							

1	2	San Felipe. Tlalnepantla San Manuel. Huazulco (Temoac) Celebración de la fundación de Acatlipa, Temixco (1930)	3	Miércoles Santo. Movable. Xoxocotla (Puente de Ixtla)	4	Jueves Santo. Representación de concilios. Movable. Atlatlahucan / Ayala Tlaquiltenango / Oacalco (Yautepec) / Yecapixtla Tenextepango (Ayala) Huitzilac /Axochiapán Ocoatepec / Mazatepec	5	Viernes Santo. Representación de concilios. Movable. Miacatlán / Jiutepec / Jonacatepec Huazulco (Temoac) / Tlayacapan. Señor del Pueblo. Movable. Puente de Ixtla. El presidente Cárdenas inaugura el ingenio azucarero Emiliano Zapata en Zacatepec, Morelos (1938)	
6	Sábado de Gloria. Movable. Achichipico Hueyapan / Tetela del Volcán / Chalcatzingo (Jantetelco) / Anenecuilco (Ayala) / Xochitepec Mazatepec / Yecapixtla Xochitepec	7	Domingo de Pascua. Movable. Cuautlixco (Cuautla) Ticumán (Tlaltizapán) Cocoyoc (Yautepec) Yecapixtla / Puente de Ixtla / Achichipico (Yecapixtla)	8	Aniversario del sitio de Cuautla (1812).	9		10	Aniversario de la muerte del Gral. Emiliano Zapata Salazar (1919). Simulacro de la muerte de Emiliano Zapata. Ixtlilco el Grande (Tepalcingo)
11		12		13	Toma de la ciudad de Cuernavaca por las tropas de Hernán Cortés.	14	Día de las Americas. Simboliza la soberanía y unión continental de los países de América. Internacional.	15	
16		17	Aniversario de la erección del estado de Morelos (1869). Estatal.	18		19		20	
21		22		23		24		25	Feria de San Marcos. Barrio de San Marcos o Tlachichilco (Yecapixtla) Xochicalco (Miacatlán) Cuauchichinola (Mazatepec) Huecahuaxco y Huejotengo (Ocuituco)
26		27		28		29	Feria de San Pedro. (Dura dos días: 29 y 30) Barrio de San Pedro (Tepoztlán)	30	Día del Niño. Nacional.

ABRIL

1	San José Obrero y San Felipe Apóstol. Tlalnepantla Xoxocotla (Puente de Ixtla) Día del Trabajo. Nacional.	2	Rompimiento del sitio de Cuautla (1812) Cívica.	3	Día de la Santa Cruz. Casahuatlán (Amacuzac) Tepoztlán / Tetela del Volcán Ocotepec / Emiliano Zapata Tepalcingo / Xochitlán (Yecapixtla) / Yauhtepec / Tlayacapan Tlaquiltlenango Acatlipa (Temixco)	4	San Felipe. Tlalnepantla	5	Feria de Ixcatepec. Primer domingo. Ixcatepec Tepoztlán
6	Santo Domingo. Barrio de Santo Domingo (Tepoztlán)	7		8	San Miguel. Huajintlán (Amacuzac) Huepalcalco (Ocuituco) Natalicio de Miguel Hidalgo y Costilla (1753) Cívica.	9		10	
11		12		13		14		15	San Isidro Labrador. Chavarría y Cocoyotla (Coatlán del Río) / Ahuaxtla (Axochiapan) Acatzingo (Miacatlán) / Atlatlahucan, col. Gabriel Tepepa (Tlaquiltlenango) / Acapantzingo (Cuernavaca) / Santa Rosa (Taltizapán) / Xoxocotla (Puente de Ixtla) Aniversario de la toma de Querétaro (1867) Cívica.
16		17		18		19		20	
21	Aniversario luctuoso de Venustiano Carranza Garza (1920) Nacional	22	Santa Rita y Santa María. Col. 5 de Mayo (Ocuituco)	23		24	Celebración de Nuestra Señora María Auxiliadora de los Pobres. Chipitlán (Cuernavaca)	25	
26	La Preciosa Sangre de Cristo. Movable. Tlalnepantla Nacimiento de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl. (Dura 3 días) Amatlán de Quetzalcóatl (Tepoztlán).	27		28		29		30	Día de Corpus Christi Movable. Corpus Christi es celebrado 60 días después del Domingo de Resurrección, el jueves siguiente a la solemnidad de la Santísima Trinidad, que tiene lugar el domingo posterior a Pentecostés.
31	<h1>M A Y O</h1>								

1	2	3	Aniversario luctuoso de Melchor Ocampo (1861) Cívica.		4	5	
6	7	8	9	10			
11	12	13	San Antonio de Padua. Barrio de San Antón (Cuernavaca) Atlacholoaya (Xochitepec) San Antonio la Esperanza (Jantetelco)		14	15	
16	17	18	19	20			
21	San Juan Parrandero. Jiutepec	22	23	Santa Rita y Santa María. Col. 5 de Mayo (Ocuituco)	24	San Juan Bautista. Huitzilac / San Juan Tlacotenco (Tepoztlán) / Coatetelco (Miacatlán) Tlayacapan / Yecapixtla / Emiliano Zapata / Panchimalco (Jojutla) Ahuehuevo (Ayala) / Tetela del Volcán / San Juan Chapultepec (Cuernavaca)	25
26	27	28	29	San Pedro y San Pablo. Barrio de San Pedro y San Juan Tlacotenco (Tepoztlán) Jantetelco / Zacualpan de Amilpas / Pueblo Nuevo (Tlaltizapán) / Tlalnepantla	30		
31	JUNIO						

1	2	3	4	5
6	7	8	9	10
11	12	13	14	15 San Buena ventura. Coajomulco (Huitzilac)
16 Virgen del Carmen. Alta Vista y Catedral (Cuernavaca)	17 Aniversario luctuoso del Gral. Álvaro Obregón Salido (1928)	18 Aniversario luctuoso de Benito Juárez García (1872)	19	20 Aniversario luctuoso de Francisco Villa (1923)
21	22 Santa María Magdalena. Amatlán de Quetzalcóatl (Tepoztlán)	23	24	25 Santiago Apóstol. Jiutepec / Axochiapan / Barrio de Santiago (Yau-tepec) Tetela del Volcán / Nepopualco / Temixco, Amayuca (Jantetelco) / Ixtlilco El Grande (Tepalcingo), Tejalpa (Jiutepec) / Zacatepec / Ocuituco / Jantetelco, Tenextepango (Ayala) / Cuautla / Barrio Texcalpan (Tlayacapan) / Barrio de Santiago (Tlalnepantla) Tepoztlán
26 San Joaquín y Santa Ana. Tenango (Jantetelco)	27	28	29 San Pedro. Barrio de San Pedro (Tlalnepantla)	30 Aniversario luctuoso de Miguel Hidalgo y Costilla (1811)
31 Natalicio de Ignacio López Rayón (1773)	<h1>JULIO</h1>			

1	2	3	4	5
			Santo Domingo. Santa María Ahuacatlán Santo Domingo Ocotitlán (Tepoztlán) / Oaxtepec (Yautepec) / Hueyapan (Tetela del Volcán)	Nuestra Señora de las Nieves. Santo Domingo Ocotitlán (Tepoztlán)
6	7	8	9	10
San Salvador. Ocoatepec (Cuernavaca) Ixcatepec (Tepoztlán)		Natalicio de Emiliano Zapata Salazar (1879)	Día Internacional de los Pueblos Indígenas.	San Lorenzo. Chamilpa (Cuernavaca). Natalicio de Vicente Guerrero Saldaña (1782) Aniversario luctuoso de los mártires del 13 de agosto de 1916. Tlaltizapán
11	12	13	14	15
				La Asunción de María. Tlacotepec (Zacualpan de Amilpas) Ocuituco / Temimilcingo (Tlaltizapán) Tetelpa (Zacatepec) / Tejalpa (Jiutepec) Santa María Ahuacatlán y Catedral (Cuernavaca) / Tlayacapan Yautepec / Tepoztlán
16	17	18	19	20
21	22	23	24	25
			San Bartolomé. Atlacholoaya (Xochitepec) Tlalnepantla Xoxocotla (Puente de Ixtla) Coatetelco (Miacatlán)	San Agustín. Totolapan Atlacholoaya (Xochitepec) Jonacatepec
26	27	28	29	30
31	A G O S T O			

1	San Juanito. Emiliano Zapata Huitzilac	2		3		4		5	Día Internacional de la Mujer Indígena.
6	Víspera de la celebración del 16 de septiembre con mojiganga. Jantetelco. Temoac	7	Fiesta del Tepozteco. Tepoztlán	8	Reto del Tepozteco. Tepoztlán Virgen de la Natividad. Xoxocotla (Puente de Ixtla) / Tepoztlán Nuestra Señora de los Milagros. Tlaltenango (Cuernavaca) Metepec (Ocuituco)	9		10	San Nicolás Tolentino. Tetelcingo (Cuautla) Zacualpan de Amilpas Tlalnepantla Ahuatepec (Cuernavaca)
11		12		13		14	Señor del Calvario. Mazatepec	15	Aniversario de la Independencia de México (1810)
16	Representaciones teatrales alusivas a la Independencia de México. Tetelpa (Zacatepec) Quebrantadero (Axochiapan) Ixtlilco el Grande (Tepalcingo)	17		18		19		20	
21	San Mateo Apóstol. Puente de Ixtla / Atlatlahucan Tetecalita (Emiliano Zapata) Chalcatzingo (Jantetelco) Bendición del maíz. Tetecalita (Emiliano Zapata)	22		23		24	Virgen de la Merced. Alpuyeca (Xochitepec)	25	Señor de Huauzopan. Oacalco (Yautepec)
26		27	Día del Pericón. Santa Clara (Jonacatepec) Tetelcingo (Cuautla) Coatetelco (Miacatlán) Tlaltizapán / Ocotepéc Buenavista del Monte (Cuernavaca) Consumación de la Independencia de México (1821)	28	San Miguel Arcángel (28 y 29). Hueyapan (Tetela del Volcán) Ocuituco / Tepoztlán / Yautepec Tehuixtla (Jojutla) / Tlaltizapán Coatetelco (Miacatlán) / Tetela del Monte (Cuernavaca) / Huajintlán (Amacuzac) / Xochitepec / Cuautlita (Tetecala) / Atlacholoaya (Xochitepec) Ixtlilco el Grande (Tepalcingo) Anenecuilco (Ayala) Tejalpa (Jiutepec)	29	San Jerónimo y la Divina Providencia. Tetela del Volcán Bendición de la cosecha. Jiutepec San Miguel Arcángel. Tetela del Monte (Cuernavaca)	30	Natalicio de José María Morelos y Pavón (1765)

SEPTIEMBRE

1	2	3	4	5
6	7	8	9	10
11	12	13	14	15
16	17	18	19	20
21	22	23	24	25
26	27	28	29	30
31	<p>OCTUBRE</p>			

San Francisco de Asís.
 Tetecala / Amacuzac / Barrio de San
 Francisquito y Chamilpa (Cuernavaca)
 Emiliano Zapata / El Higuierón (Jojutla)
 Ahuehuetzingo (Puente de Ixtla)
 Tepalcingo / Zacualpan de Amilpas
 Yecapixtla

Nuestra Señora del Rosario.
 Movable (primer domingo del mes).
 Zacualpan de Amilpas / Puente de
 Ixtla / Tehuixtla (Jojutla)
 Tlayacapan / Tepoztlán

Día de la Raza.

San Lucas.
 Mazatepec

San Lucas.
 Tejalpa (Jiutepec)

Aniversario luctuoso de
 Lázaro Cárdenas del Río
 (1970) y Plutarco Elías
 Calles (1945)

Feria de la Cecina.
 Yecapixtla
 Fiesta de los
 Magos.
 Tetelcingo (Cauatla)

Cristo Rey
 (último sábado
 y domingo).
 Tetelcingo
 (Cauatla)

Día de los
 muertos en
 accidente.
 Todo el estado.

Ánima sola.
 Todo el estado.

Tianguis grande de
 Día de Muertos.
 Movable (se realiza el último
 jueves del mes)
 Yecapixtla, Amayuca (Jantetelco)
 Zacualpan de Amilpas.
 Día de Muertos (niños).

OCTUBRE

1	Todos los santos y fieles difuntos. Todo el estado.	2	Día de Muertos. Ocotepc Coatetelco (Miacatlán) Tepoztlán y todo el estado.	3		4	San Carlos Borromeo. San Carlos (Yautepec)	5	
6		7		8		9		10	
11	San Martín de Porres. Temoac / Tepalcingo Chalcatzingo (Jantetelco)	12		13	San Diego. Cuautla Ticumán (Tlaltizapán) Acapantzingo y Amatlán (Cuernavaca)	14		15	
16		17		18		19		20	Aniversario de la Revolución Mexicana (1910)
21		22	Santa Cecilia. Totolapan / Tepoztlán Axochiapan / Tetelcingo (Cuautla) / Tepalcingo Tepetzingo (Emiliano Zapata)	23		24		25	Santa Catarina. Santa Catarina (Tepoztlán)
26		27	San Juan Evangelista. Xochitepec	28	Promulgación del Plan de Ayala (1911)	29		30	San Andrés. Jumiltepec (Ocuituco) Acatlipa (Temixco) San Andrés de la Cal (Tepoztlán)

NOVIEMBRE

1	2	3	4	5				
6	San Nicolás de Bari. Tetelcingo (Cuautla)	7	8	Purísima Concepción. Alpuyeca (Xochitepec) Atlatlahucan / Puente de Ixtla / Tehuixtla (Jojutla) / Tepalcingo Tepoztlán / Tetelcingo (Cuautla)	9	10		
11	12	Virgen de Guadalupe. Alpuyeca (Xochitepec) / Coatlán del Río Chalcatzingo (Jantetelco) / Jonacatepec Teacalco (Amacuzac) / Temixco / Tepalcingo Tezo- yuca (Emiliano Zapata) / Totolapan Ayala / Temimilcingo (Tlaltizapán) Achichipico (Yecapixtla) / Yautepec / Mazatepec / Tlalnepantla.	13	Obra histórica del cura Mariano Matamoros. Jantetelco.	14	15	San Juan Evangelista. Xochitepec	
16	Inicio de las Posadas	17	18	19	20			
21	Santo Tomás Apóstol. Miacatlán Fiesta de carnaval. Movable (inicia el domingo anterior al 24 y dura tres días). Totolapan	22	Aniversario luctuoso de José María Morelos y Pavón (1815)	23	24	Nochebuena. Fiesta de Navidad. Miacatlán / Totolapan Zacatepec / Acamilpa (Tlaltizapán) Yautepec / Tlalnepantla / Ocotepec y Acapantzingo (Cuernavaca) Tlayacapan / Tepoztlán Coajomulco (Huitzilac) Chinameca (Ayala)	25	Fiesta de Navidad. Temixco y todo el estado.
26	27	28	Santos Inocentes.	29	30			
31	San Silvestre. Zacatepec Víspera de Año Nuevo.	<h1>D I C I E M B R E</h1>						



Sayones de Tetela del Volcán en el atrio del exconvento / Rodolfo Candelas



Quema de sombreros de sayones en Tetela del Volcán / Fernando Soto



Niña de las contradanzas de Axochiapan en el atrio del exconvento / Rodolfo Candelas



Procesión del cuarto viernes en Atlatlahucan / Fernando Soto



Pirotecnia en Totolapan / Fernando Soto



Procesión del cuarto viernes en Atlatlahucan / Fernando Soto



Dia de la Candelaria en Yauhtepec / Fernando Soto



Castillos en Totoloapan / Fernando Soto



Danza azteca en Tepalcingo / Fernando Soto



Procesión peticional de lluvia con el señor de Juchiquezalco en Yautepec / Fernando Soto



Tiznados en Tepoztlán / Fernando Soto



Torito en Tepoztlán / Fernando Soto



Peregrinos en Totoloapan / Fernando Soto



Sayones en Tetela del Volcán / Fernando Soto



Fiesta de San Pablo en Axochiapan / Fernando Soto



Zopilotes en Axochiapan / Fernando Soto



Chinelos en Tlacotepec / Fernando Soto



Reto del Tepozteco / Fernando Soto



Feria del 3er viernes en Tepalcingo



Montaje de castillo en Tepoztlán / Fernando Soto



Fiesta de la Asunción de María en Tlacotepec, Zacualpan de Amilpas / Fernando Soto



Sayones de Tetela del Volcán / Francisco Suástegui



Carnaval de Yautepéc / Fernando Soto



Quinto domingo, Xochitlán, Yecapixtla / Fernando Soto



Danza de la tortuga, Huazulco, Temoac / Fernando Soto



Quinto domingo, Xochitlán, Yecapixtla / Fernando Soto



Fiesta de San Pablo Apóstol, Axochiapan / Fernando Soto



Arte popular





Cerámica tradicional de Morelos

DESDE TIEMPOS MUY remotos, lo que hoy se conoce como estado de Morelos fue lugar de habitación, migración e intercambio de diversos grupos culturales que desarrollaron artes y oficios para acompañar de forma ritual y utilitaria su vida cotidiana. La alfarería o cerámica fue uno de los elementos más importantes de su creación. El endurecimiento del barro por medio del fuego les permitió no sólo un complejo desarrollo técnico, también sirvió para fabricar objetos rituales que enriquecieron su conexión con las deidades.

En algún momento de la historia, modelar una figura cóncava facilitó el almacenamiento y manejo del agua y los alimentos, inclusive su cocimiento, pero también sirvió para representar a la naturaleza o al Dios protector, en torno al cual la creatividad de los antiguos forjó múltiples objetos y figuras para honrar a lo divino.

En Morelos se tienen registros de objetos cerámicos de más de 3000 años; en algunos casos su técnica (que logró dureza, refinamiento y diversidad) se perdió en el olvido de los siglos. Hay influencias tlaticas, olmecas, toltecas, teotihuacanas, mexicas entre otras que refrendan la idea de que esta región fue un cruce de caminos culturales.

Sobreviven solamente cinco tradiciones alfareras, algunas de ellas con una evidente herencia prehispánica, sobre todo nahua: San Antón (Cuernavaca), Cuentepec (Temixco), Telixtac (Axochiapan), Amayuca (Jantetelco) y Tlayacapan.

Las tres primeras son las que conservan mayor tradición indígena, ya que en la fabricación no se emplea greta o vidriado (aplicación de mineral con plomo en una segunda quema); sin embargo, destaca en Tlayacapan la fabricación de figuras rituales para curar el mal de aire que representan al enfermo, al curandero y animales como la araña, el alacrán, el cienpié, serpientes, coyote, caballo y un silbato con forma de ave, las cuales, después de la ceremonia de cura, son depositadas en el lugar en donde se

supone que el enfermo adquirió el mal, incluso en hormigueros.

San Antón, Cuernavaca, tiene la tradición alfarera con más riesgo de desaparecer, ya que hace más de cuarenta años se acabó el banco de barro, ahí se fabrican vasijas para macetas, jarras de agua y comales.

Telixtac, Axochiapan, se distingue por la producción de comales, ollas, apaxtles (vasijas ovaladas con orejas), anafres y lavaderas; éstas siempre están cubiertas de almagre (tierra roja con óxido de hierro que se añadió como decoración durante el cocimiento), las ollas de agua a veces tienen incrustaciones de loza o cerámica que forman diseños florales y las lavaderas generalmente se decoran esgrafiando retículas o figuras florales o animales.

En Cuentepec, Temixco, se forjan tamaleras, comales, braseros y vasijas a las que en época reciente se les han añadido elementos animales a manera de asas y ornamentos. Es interesante comparar la cerámica de esta comunidad con algunas vasijas de más de 1000 años atrás, encontradas en Xochicalco, ya que presentan manchas carbonizadas y un bruñido superficial.

Amayuca, Jantetelco, se distingue por su fabricación de macetas y jardineras, sin vidriar y de grosor significativo, que en la actualidad ha incorporado múltiples diseños y formas; probablemente la más antigua sea la maceta tipo canasta, de evidente influencia de la intervención francesa, curiosamente estas macetas se comercializan en gran parte del país.

En Tlayacapan, como se mencionó, la tradición más notoria son los juegos de aire para curar. Estas figuras, que reflejan el sincretismo hispano-indígena, están en riesgo de desaparecer, pues ya pocas curanderas las fabrican. Son figuras modeladas y moldeadas que se cuecen en un pequeño horno a cielo abierto y posteriormente se pintan con cal, anilinas y diamantina. Esta tradición se comparte con algunas zonas del estado de México.

También en Tlayacapan se fabrican grandes ollas de dos y cuatro asas, vidriadas, para cocinar mole y arroz, pero en la actualidad se han diver-

sificado formas y ornamentos como platos, macetas, calabazas, lámparas, sahumerios, etcétera, se distingue no sólo por su vidriado (de herencia española), si no también por sus colores que van del avellana al chocolate. En cuanto a decorados pueden presentarse pastillajes o aplicaciones de figuras planas del mismo barro.

Cinco tradiciones que nos conectan con el mágico pasado indígena y nos hablan de la supervivencia cultural que sigue uniendo los cuatro elementos: agua, tierra, aire y fuego, los mismos de los que estamos hechos.

Alfarería de San Antón

El antiguo Cuauhnáhuac, hoy Cuernavaca, situado entre barrancas, es una pendiente con valles y mesetas en las que se asentaron los tlaucas, una de las 12 tribus nahuatlacas, en el siglo XII. Su ocupación vital fue la agricultura, pero también la manufactura de bellas piezas de barro, especialmente en uno de los 12 pueblos: San Antón Analco, situado en los alrededores de una bella barranca que lleva al río Chalchihuapan, y que más adelante se conoce como río del pollo, que nace en Tetela del Monte. La barranca se conoce como de Tetela o del Salto, por la espectacular cascada de 40 metros conocida como Salto de San Antón. En sus costados, los tlaucas encontraron un banco de barro conocido como Sacatierra, que da el nombre al actual barrio de alfareros; ahí los cuatro elementos fueron juntados para formar la artesanía más representativa de Cuernavaca: aire, agua, fuego y tierra, trabajados con manos creativas para crear vasijas para agua y tamales, incensarios y braseros, macetas, comales y jarras, una herencia artesanal que subsiste precariamente hasta la fecha, porque en los años setenta se agotó casi totalmente el banco del preciado barro con que se confeccionan dichas piezas.

Desde la época prehispánica, los alfareros de San Antón Analco fabricaron objetos de barro de uso diario y ritual. A la llegada de Cortés, los españoles se sirvieron de estos utensilios: ahí se fabricaban los tubos de drenaje para la ciudad y sus alrededores. Ya para principios del siglo XX, una señora inglesa se estableció en Cuernavaca, viviendo la convulsión social de la Revolución; doña Rosa King, enamorada de Cuernavaca, estableció un hotel para recibir a visitantes: el hotel Bellavista, situado a un costado del zócalo. Ahí, entre otros atractivos, abrió una tienda de artesanías, cuya principal venta eran vasijas, jarras con vaso y macetas precisamente

de San Antón. Fue la primera promotora artesanal de Cuernavaca; esta actividad la narra en su libro *Tempestad sobre México*, crónica estupenda de su vida y los acontecimientos de la Revolución.

Con una larga historia, la alfarería de San Antón Analco tiene una heredera: la artesana del barro, doña Faustina, de 38 años, quien aprendió el oficio de sus suegros, también herederos de la tradición tlahuica. Ella sigue fabricando macetas, jarras, bateas, comales y figuras que todavía se pueden adquirir en los viveros del Salto. Las hornea en su horno cilíndrico, el cual a pesar de las lluvias funciona, alimentado con leña que recogen ella y su familia en la ribera del Salto. La cerámica de San Antón sigue teniendo características únicas entre las alfarerías de Morelos y del país; son inconfundibles sus formas, las vasijas son abombadas hacia la boca, con pellizcos o sin ellos, con dos pequeñas asas o sin ellas. El barro al cocerse adquiere un tono naranja en su cuerpo y además se decora pintándolo parcialmente en franja con otro barro más anaranjado llamado almagre.

El barro de San Antón corre el riesgo de desaparecer por la falta de su materia prima, también por la falta de continuidad en la tradición artesanal: casi no hay jóvenes que prosigan el oficio; asimismo, la falta de comercialización es otro factor en contra, por lo que doña Faustina tiene un mérito cultural especial, pues conserva y vivifica un oficio que tiene casi 1000 años de existencia en Cuauhnáhuac, hoy Cuernavaca.

Cartonería tradicional de Morelos

Aunque en la época prehispánica había un uso extenso del papel amate, para aspectos decorativos, más bien la influencia de la cartonería proviene de la tradición española de los monigotes que se hacían para carnavales y en la Semana Santa.

Podemos suponer que Morelos tiene una de las primeras manifestaciones de cartonería en la quema de judas, ya que en los conventos del siglo XVI los monjes debieron haber propiciado esta práctica. Los judas son generalmente diablos de cartón con una estructura de varas de carrizo u otate, policromados, a los que se les adhiere la cohetería para ser quemados el Sábado de Gloria (en la antigua liturgia católica) y en la actualidad en el llamado Domingo de Resurrección.

También con mucha antigüedad se encuentran los llamados toritos, que se hicieron seguramente como una imitación por parte del pueblo, o de una una corrida de toros (el toreo de

los pobres); al igual que los judas se les añade cohetería y una persona los carga y embiste a los parroquianos en una celebración popular que generalmente tiene que ver con la celebración de un santo patrono.

Más recientemente en todo el estado de Morelos tienen lugar mojigangas realizadas por los jóvenes de algún barrio o comunidad que, desafortunadamente, utilizan la imaginería de la televisión comercial; en casas se fabrican grandes chinelos que desfilan por las calles durante las fiestas patronales.

En general, la cartonería está presente en todo el estado, pero destaca Xoxocotla (Puente de Ixtla) Zacualpan de Amilpas y Cuernavaca. En la actualidad hay varios artesanos muy hábiles que realizan bellas figuras como catrinas (inspiradas en las calaveras de Posada), alebrijes, judas, muñecas y animales.

Cerería tradicional

Una tradición artesanal que proviene de los primeros años de la evangelización es la cerería ritual. En el México prehispánico no se conocía el uso de la cera como combustible para la iluminación; fueron los monjes españoles los que introdujeron este oficio y trabajo artesanal, primero para la iluminación y posteriormente para el uso litúrgico en las múltiples celebraciones y ceremonias que les impusieron a los indígenas.

La tradición de la cerería ritual proviene desde los primeros siglos del cristianismo en Europa, sobre todo en Roma, de ahí se difunde a los demás países, entre ellos España, donde alcanza extraordinaria calidad. Luego, con la conquista, se difunde en la Nueva España. Los primeros conventos son centros de enseñanza y difusión de esta manifestación de arte ritual. Obviamente, lo que hoy es el estado de Morelos es de las primeras regiones donde florece.

Especialmente el pueblo de Ocoteppec, parte de Cuauhnáhuac y hoy Cuernavaca, se distinguió por la belleza de sus *ceras escamadas*, las cuales son cirios ornamentados con flores, hojas, ángeles y volutas de colores. Un molde de barro modelado, o madera tallada con alguna figura, se sumerge en cera fundida y coloreada (originalmente con pigmentos naturales como la grana cochinilla o el añil) con anilinas, luego se sumerge en agua y se desmolda la figura, que con otras se inserta en una varita o alambre para clavarse al cirio o se pega al mismo con cera de Campeche, lográndose infinidad de arreglos flo-

ridos multicolores. Para cada ceremonia o rito hay colores, por ejemplo, el azul y el blanco se asocian a la Virgen; para boda, el blanco; para los difuntos, morado, azul o rosa, dependiendo del sexo; para la Guadalupana, verde, blanco y rojo; para San Judas o San José, el verde, etcétera.

En Ocoteppec, mantiene viva la tradición de las ceras escamadas Ignacio López Juárez, quien originalmente trabajaba como albañil, pero aprendió el oficio gracias a unos compadres y se volvió el experto artesano cerero de la comunidad. Trabaja meticulosamente todo el año forjando las escamas de colores que vestirán las velas, velones y cirios para las fiestas patronales y familiares, como la Candelaria, el 2 de febrero, la Semana Santa, el jueves de Corpus o las fiestas populares más importantes del pueblo, los días de Muertos, en cuyos rituales las ceras escamadas son indispensables y forman parte de la complejidad ritual que justificaron la declaratoria como Patrimonio de la Humanidad. Don Ignacio es un ejemplo notable del arte popular cuernavacense que mantiene una tradición artesanal que data del siglo XVI.

Cestería, canastillas para colecta de frutos

Una de las primeras y más primitivas manufacturas de los antiguos humanos, en su etapa de cazadores-recolectores, fue el tejido de fibras vegetales, duras o blandas, como enredaderas, varas de carrizo, otate o palma, cortezas de árbol, etcétera. Primero, surgió el trenzado de fibras para hacer cuerdas, *mécatl* en náhuatl, después surgieron cestas y canastos, que probablemente tuvieron su origen en la observación e imitación de las aves que confeccionan sus nidos. Estas estructuras se hicieron con la finalidad de contener alimentos para su acarreo o almacenamiento, así como estructuras para coleccionar frutos y trampas de caza y pesca como las nasas.

Así surgió la cestería, probablemente antes que la cerámica, que corresponde a la etapa ya de sedentarismo. Tal vez la forma más primitiva de cestería que sobrevive hasta nuestros días sea una canasta, en forma de globo alargado, que se produce en varias comunidades de Morelos con carrizo fraccionado, anudado y ensablado a una vara, llamada *chicol*, y que sirve para cosechar los frutos altos de los árboles.

Estas canastillas se siguen produciendo en diversas partes del estado de Morelos, como Cuauhichinola, Tepoztlán, Xoxocotla y especial-



mente en el norte del municipio de Cuernavaca: Ocotepéc, Santa María Ahuacatlán, Ahuatepec y Buenavista del Monte; son indispensables en cada huerto familiar para la colecta de aguacates, ciruelas, zapotes, cuajinicuiles, etcétera. Su bella forma primitiva aglobada puede perdurar varios años debido a las propiedades de flexibilidad y resistencia de su principal materia: el carrizo o *ácatl*, muy común en la floresta cuernavacence. Son un sencillo pero valioso tesoro cultural que sobrevive sin cambios desde hace varios miles de años.

Cruces y máscaras tradicionales

En todas las culturas antiguas, la máscara ocupó un lugar preponderante en la vida ritual, como dice José Emilio Pacheco: “La máscara permite a quien se la pone quebrantar por un momento las cadenas del yo, ser otro, apropiarse de sus cualidades o bien, al fundirse con él, dominar los temores que inspira”.

En Xoxocotla hay dos artesanos que producen máscaras para las danzas tradicionales del pueblo: don Mardonio Leal e Inocente Ríos; las danzas más importantes son la de las tres potencias, que representan con tres demonios al pecado, la astucia y a Luzbel. En esta danza participan también la muerte, la carne, el alma, el mundo y San Jerónimo en una lucha del mal contra el bien. Otra danza es la de los Tenochme que recrea una boda entre un mestizo y una indígena en el tiempo de la conquista. La danza de los *tecuaní*, es probablemente la de mayor herencia prehispánica, habla de la caza del jaguar (*tecuan*) y sus dificultades.

Mención especial merece don Mardonio, quien a la fecha tiene 94 años y sigue tallando la madera, inspirado por Dios. Son notables sus cruces policromadas que al centro pueden tener al Sagrado Corazón o al Divino Rostro, incluso en la iglesia del pueblo hay una bellísima cruz de gran tamaño producto de su autoría temprana.

En Axochiapan se tallaban máscaras de jaguar para la danza de los tecuanes con la característica de tener una lengua alargada.

Cuexcomate: granero tradicional de Morelos

Esta construcción de origen prehispánico también existe en Puebla y Guerrero, pero su forma y techumbre son características de Morelos. La comunidad que mejor los preserva y desde algu-

nos años los fabrica en miniatura es Chalcatzingo, Jantetelco. Consta de una base circular de piedras labradas y unidas con argamasa que es cruzada por dos canales que sirven para airear. El cuerpo central es una “olla” formada por cadenas de zacate mezcladas con barro, en el cuello de la olla se entrelazan las llamadas *iguanas* o escobetas que permitirán que resbale la lluvia.

El interior está cruzado por morillos o ramas que sirven de andamio interno. La techumbre es una especie de palapa que tiene una estructura interna de morillos en forma cónica. Está fabricada con zacate rojo de la región que se debe cortar en el último tercio del año. El cuexcomate tiene un orificio inferior llamado *ombligo* por el que se sustrae el grano y se tapa con olotes. Como granero es una maravilla tecnológica: impide el acceso de roedores e insectos por su forma cónica y sus cadenas de zacate, es térmico y pueden llegar a contener hasta tonelada y media de grano.

Cerería ritual en Morelos

El uso de la cera como combustible para iluminar se remonta a la más temprana época de la humanidad. Sus orígenes son inciertos, aunque se sabe que en el antiguo Egipto y Mesopotamia ya se usaban platos con cera para alumbrar; en Europa su más antiguo registro se remonta a un trozo de vela encontrado en Avignon, Francia, en el siglo UNO de la era cristiana. Con el paso de los siglos se fue haciendo más compleja su fabricación hasta convertirse en un artículo de primera necesidad y una manifestación artística y cultural. Además la luz como se fue asociando a la vida ritual, especialmente en la Iglesia católica y alternativamente en ritos paganos, incluso en la brujería, sobre todo en la Edad Media.

El aprovechamiento de los productos de las abejas se remonta más lejos en los antiguos tiempos; diversos animales tomaban la miel de los panales con el consabido riesgo del ataque de las abejas; algunos hasta especializaron su morfología durante la evolución para ser más eficaces. Seguramente los homínidos por imitación aprendieron a consumir la miel y durante su evolución a utilizar la cera en diversas aplicaciones. Como un material moldeable y derretible al fuego, probablemente, tanto la miel como la cera tuvieron usos medicinales; es decir, la cera podría haber sido utilizada por el hombre primitivo como cataplasma para contener

el sangrado de las heridas, por tanto, la cera ha estado asociada al desarrollo cultural de los humanos desde tiempos primitivos. Su uso como combustible para la iluminación debió ser descubierto por accidente, al acercarse esta materia al fuego y ver que se encendía y perduraba la llama. Le llamo la segunda fascinación del fuego; éste logró cambiar la vida de los primitivos, por su uso para la cocción, como defensa, como generador de calor e iluminación, pero la cera vino después a fascinarlo por mantener la flama con cierta duración, contrarrestando la obscuridad y alargando su tiempo de vigilia y actividad durante la noche. Simbólicamente la flama fue asociada desde la antigüedad a la noción de vida y su extinción a la muerte, así se volvió parte de lo ritual en las culturas.

Pero más allá de su uso práctico, la vela, bujía o candela acompañaría el sentido religioso de los humanos, aderezándola con colores y formas para embellecer su uso ritual; se le añadieron pigmentos vegetales y minerales, y los colores potenciaron su simbolismo; las formas que se le añadieron consistieron en entrenzados, esgrafiados y adhesión de elementos decorativos también de cera y otros materiales como textiles, papel, flores, etcétera.

Con el refinamiento y el ingenio se fueron creando verdaderos prodigios decorativos que embellecieron la vida cotidiana: el mismo camino histórico de todas las artes populares. Los antiguos conventos europeos debieron ser las matrices de las ceras decoradas, al enseñar, tanto a monjas como a frailes su manufactura. Y en el siglo x había gremios de artesanos cereros que fueron mejorando sus técnicas hasta lograr su máximo apogeo en el siglo xviii.

En la América precolombina no se conocía el uso de la cera como elemento de iluminación, o por lo menos no hay registros o vestigios hasta ahora. La cera tuvo diversos usos: como adherente para el arte plumaria y como ofrenda para dioses y muertos. Fue hasta la llegada de los españoles que se implantó su uso iluminador, ya que generalmente se alumbraban con teas, braceros y pebeteros. Al instalarse las primeras órdenes religiosas comenzó el florecimiento artesanal de las velas rituales. Son notorias las tradiciones cereras en Guatemala, Perú y, por supuesto, en la Nueva España. Al introducirse la apicultura de la abeja europea cayó en desuso la recolección de la cera de abejas criollas. Menciono el aprove-

chamiento mielífero y de cera de la abeja melipona (la cual no tiene aguijón y de la que ahora se está impulsando su procreación y aprovechamiento) que difundieron los mayas por toda Mesoamérica.

En la Nueva España cundió la fabricación artesanal en muchas partes del territorio, lográndose exquisitas variaciones, como en la Ciudad de México, Salamanca, Puebla, Chiapas, Querétaro, entre otros sitios y, por supuesto, en lo que hoy es el estado de Morelos, del que nos vamos a ocupar en el las siguientes líneas.

Como en Europa, las primeras cunas de la cerería ritual fueron los conventos. En el territorio de lo que hoy es el estado de Morelos, frailes franciscanos, dominicos y agustinos, fincaron con la mano de obra de los indígenas nahuas estupendos conventos, que, además de ser centros de difusión de la fe católica, también fueron recintos de capacitación y adiestramiento artesanal en nuevas formas de conocimiento que los indígenas incorporaron a su estupenda creatividad. En el caso de la cera florecieron muchas tradiciones en tan pequeño territorio, que se sumó al marcado de Oaxaca, bajo la inicial égida de Cortés. Obviamente debió generarse un desarrollo exhaustivo de la apicultura para proveer la creciente y notable demanda, así como el cultivo de algodón que, además de su uso textil, es fundamental para la confección de pabilos.

La notable fabricación de ceras en el antiguo Morelos tiene su ejemplo proverbial en la antigua cerería de Tlayacapan. En este núcleo fabril se llegó a producir cerca del 40% de las ceras que se consumían en la Nueva España (notables dimensiones productivas para la época, cuyo mayor florecimiento transcurrió en el siglo xviii).

Para la confección de las velas se utilizan diversos procedimientos; el más sencillo es ir derramando cera fundida sobre el pabilo o sumergirlo en un recipiente una y otra vez hasta alcanzar el grosor deseado, para multiplicar el procedimiento se atan varios pabilos a un aro de madera o metal, el cual pende de una cuerda que se va bajando y subiendo para ahogar los pabilos en un caldero con cera y engrosarlos su adherencia cada vez que se repite el proceso.

La decoración de las velas se hace adhiriéndoles formas florales, de hojas, ángeles, volutas, estrellas, etcétera, ya sea con cera de campeche o con pequeñas y delgadas varas de carrizo, otate o madera que se insertan a lo largo de la vela a las cuales se les colocan en las puntas los ornamentos. Éstas son las llamadas ceras escamadas,



se denominan así porque se adornan con “escamas”, que son figuras ahuecadas de formas como las mencionadas, se logran con unos moldes hechos con barro o piedra, modelados en la punta con las figuras deseadas, y un mango del que se sujetan; se mojan en agua y se introducen en la cera fundida de un recipiente a la que previamente se le agregó algún colorante; después de hundir y sacar se desprende del molde y la escama se enfría. Los estilos de decoración varían de una comunidad a otra, actualmente sobreviven cinco tradiciones: Tlayacapan, Tepoztlán, Ocotepc, Axochiapan y Tetelcingo.

En las tres primeras las flores o escamas se hacen con moldes de barro y madera, y se adhieren a la vela con bolitas de cera de Campeche. A veces se hacen cortes a lo largo de la vela para sacarle venas y de ahí sujetar la escama. Los colores usados obedecen a la simbología cromática ritual de la liturgia católica; por ejemplo, morado para la muerte, blanco para la comunión o boda, rojo para la Cuaresma, azul para la Virgen María. Pero también interviene el gusto particular del artesano sin sujetarse a un cartabón, también se aderezan con tiritas de papel metálico del que cuelgan pequeñas escamas. En Tlayacapan observé una forma única que es plana de un lado, no va sujeta a una vela y se usa para colgar en las paredes, sobre todo de las iglesias, con formas de tallos con hojas y flores; son de escasa manufactura. Las ceras, como en las demás regiones, son llevadas en las procesiones y depositadas en el altar del templo como ofrenda.

En el caso de Axochiapan varía el estilo y las formas son más profundas. En este lugar se usan sólo moldes de madera y a la cera, que puede medir hasta metro y medio, se le sujetan estructuras de venas de carrizo, envueltas en papel crepé de colores para formar una delirante variedad de figuras que pueden ser canastas, corazones, estrellas, iglesias, caballos, palmeras, pavorrales, palomas, etcétera.

A estas estructuras se sujetan las escamas con forma de flores, estrellas, hojas o plumas, también coloreadas en diversos tonos y colores. En este caso la tradición más notable es la fiesta de San Pablo, el 25 de enero, en la que se celebra la aparición de Dios al santo que fue derribado de su caballo y convertido al cristianismo. Esta celebración es de las más complejas, ya que involucra a muchas cofradías que preparan el ceremonial con muchos elementos culturales. Las formas y colores son elegidos por cada una de ellas y se procesionan a intervalos de tiempo, hasta llegar

a cientos y cientos de ceras. Las ceras son reutilizadas; han llegado a tener más de 100 años de reuso por parte de las familias, que las conservan con un amor y sentido precioso.

El complejo ritual en torno a la fiesta patronal de Axochiapan merece un estudio aparte por su complejidad y conjunción de diversos procesos sociales y creativos.

Otro caso interesantísimo es el de Tetelcingo: comunidad nahua cerca de Cuautla que también presenta una diversa riqueza cultural y, sobre todo, un notable sentido de cuidado de hacia sus tradiciones, como la lengua, el vestuario, las danzas, la gastronomía, además de ser un pueblo musical. En el estado no hay otro pueblo que tenga tantos músicos, mariachis, de banda y “versátiles”, pero su tradición cerera se cuece aparte. Ahí las velas son adornadas con varitas de otate de las que penden “banderitas de colores”, actualmente hechas de papel metálico. Destaco esta tradición por el uso de papel y no de escamas de cera; lo interesante es que hay un sincretismo de lo más antiguo que pervive. El uso del papel proviene de la época prehispánica, ya que era profusamente empleado no sólo en códices, sino también en ornamentaciones del cuerpo como tocados, collares, pulseras y ajorcas, además en bastones, altares, dinteles, etcétera. Por eso es que su presencia en las ceras nos remonta a otras épocas; creemos que es un caso especialmente singular en el país.

Como decía, sólo quedan estos cinco estilos en Morelos, pero debió haber florecido el maravilloso arte de la cerería ritual en otras comunidades como Cuernavaca, Yautepec, Yecapixtla o Zacualpan. Hace unos años, investigando en los pueblos, me comentó una artesana de Zapata que su abuelo en los años sesenta todavía hacía ceras escamadas, pero al morir, murió también la tradición en el pueblo.

La cerería ritual en el estado de Morelos está en peligro de fenecer, siendo uno de los tesoros culturales que hay que documentar, preservar e impulsar su aprendizaje. Siendo ritual, no obedece a procesos comerciales, es un distintivo de belleza e integración comunitaria, refleja el proceso vital de los individuos o de la cultura popular de nuestros habitantes originarios. Al forjar o labrar la cera, acompañarla en una procesión, ofrendarla a Dios, a un santo o a un familiar que murió, encenderla y observar cómo se derrite, estamos ante un canto a lo divino y lo que fue terrenal, hecho de cera, color, flama y humo, espíritu creativo de la gente de Morelos.



Indumentaria tradicional morelense

En el estado sólo tres comunidades indígenas conservan sus trajes identitarios femeninos: Tetelcingo, en Cuautla; Hueyapan, en Tetela del Volcán, y Cuentepec, en Temixco. En los dos primeros casos, la herencia prehispánica es evidente: cada elemento que compone el ajuar tiene un significado de las culturas propias.

En Hueyapan, las mujeres usan una falda denominada enredo o chincuate de lana color azul añil, que tejen las mismas portadoras en telar de cintura; se plisa en tres o cuatro tablones y se ciñe con una faja denominada *ilpigatl*, que es de color rojo teñido con cochinilla, lleva una o dos listas de azul marino y flecos trenzados por un lado, además, entre la faja y el ombligo, se coloca un fiador o bultito de trapo que creen que les nivela el sistema nervioso y no se marean. Usan una blusa o algodón, ya sea de tafeta o satín de colores rosa, azul, morado o amarillo y en la parte del frente lleva encaje y alforzas. Actualmente pueden usar blusas de popelina con flores bordadas. Se cubren con rebozo de lana o bolita. Calzan los denominados ixcacles realizados con lazo de ixtle, llevan una talonera con hilos para amarrar y un puente de lado a lado de los dedos.

En Tetelcingo, la mujer usa un traje de dos piezas: enredo o chincuate y huipil de color azul oscuro, que representa el maíz morado o azul, las montañas y el cosmos. La faja tiene una fuerza espiritual asociada al sol. En su vida, las mujeres usan tres fajas: verde en la niñez, roja en la juventud y casamiento, y en la edad madura puede ser morada; al morir serán enterradas con las fajas. En la cabeza utilizan una jícara policromada, para protegerse del sol, que significa felicidad, amor y bien. También calzan ixcacles.

Tradicionalmente las mujeres adultas teñían su cabello con un verde extraído de hierbas con una función curativa. Usaban aretes en forma de gallo de oro o plata.

En Cuentepec usan vestidos de colores brillantes, de charmés o satín, ocasionalmente bordados, plisados en la falda. Tienen tres variantes según, depende la edad; en cuanto al largo de las mangas y la falda, el vestido es cubierto por un mandil de tela cuadrada, más corto que el vestido, también plisado. Parte fundamental es el rebozo o payo que tiene un significado según el uso: las solteras lo llevan abierto y las casadas se lo cruzan. Calzan zapato de plástico que sólo se usa para salir a la calle.

Instrumentos musicales

Con elementos naturales de recolección, en Morelos se fabrican diversos instrumentos como flautas de carrizo, que se usan desde tiempos inmemoriales, así como tamborcillos que todavía acompañan danzas rituales como la de los tecuanes.

El cuatecomate o cirian, que es un fruto esférico que al vaciarse sirve para elaborar maracas, es típico de Huajintlán, Amacuzac. Varias familias las producen en este poblado y se exportan en gran cantidad a todo el país y al extranjero. Los bules o guajes, frutos alargados como calabazas que al secarse se endurecen, se vacían y se labran canales para producir sonido al rasparlos; son los llamados güiros.

La tradición artesanal Emaús en Cuernavaca

El antiguo Cuauhnáhuac, la actual Cuernavaca, siempre ha sido punto de encuentro y dispersión de las ideas y la cultura, desde lo olmeca, lo tlaticca, lo teotihuacano, el crisol multiétnico xochicalca, nahua, en fin, la época contemporánea también ha sido prolífica. En los años sesenta-setenta volvió a haber otro *boom* cultural en las ideas con Illich, Méndez Arceo, Lemerciey Fromm; en la arquitectura y diseño con Candela y Göeritz; en las artes aplicadas, como las famosas cerámicas Santa María o Cuernavaca, especialmente en el diseño artesanal y sacro, destaca la presencia de Fray, Gabriel Chávez de la Mora, quien, bajo el auspicio mendezarceano y de la modernidad teológica, generó un rico abanico de refinadas y sintéticas formas en su taller Emaús. Madera, metales, vidrio y concreto fueron los materiales en los que reflejó una especial línea de diseño. Testigos de ello están en la catedral de Cuernavaca con formas iconográficas que ya son identitarias de una época cuernavacense.

El taller Emaús generó un sinfín de objetos artísticos que reflejaban una sintética y minimalista muestra de los temas en torno al cristianismo renovado: cruces con milagros de latón, últimas cenas, candelabros, cofres, soles, etcétera; un nuevo gremio artesanal florecía con la guía creativa de fray Gabriel. Finalmente, llegó el ocaso del taller, pero los tres hermanos Almanza, ya adiestrados en el nuevo estilo artesanal, heredan la nueva tradición y fundan la cooperativa Yoliztli, que sigue recreando las formas del fraile arquitecto y diseñador. Actualmente mantienen una línea de producción artesanal que pasa por siete

expertos artesanos; más de 70 diseños diferentes en metales como el latón, bronce, cobre o alpaca y madera.

Con plantillas de acrílico se esgrafian láminas metálicas, se calan, se pulen, se entintan y laquean y se montan en madera laqueada en café o negro bellísimos crucifijos, vírgenes, últimas cenas, arras o soles y lunas.

Belleza icónica, sobreviviente del taller Emaús, se revive día a día entre las manos de los artesanos cooperativistas de Yoliztli. Sus trabajos están en las ferias artesanales del país, en templos mexicanos, norteamericanos y canadienses, recreando los diseños contemporáneos de fray Gabriel, imbuidos por el minimalismo asceta de las primeras etapas del cristianismo.

Las cruces de pericón o *yauhtli*

El *yauhtli* ha sido desde la antigüedad una flor muy apreciada por sus propiedades aromáticas, medicinales y condimentarias, pero sobre todo rituales. Desde la antigüedad prehispánica fue usada profusamente en la ornamentación ritual de los pueblos nahuas que habitaron lo que hoy es el estado de Morelos. Hierba endémica del antiguo Cuauhnáhuac florece en la segunda mitad del mes de septiembre, concomitante a las cosechas; su uso ritual se asoció a la veneración de la Chicomecóatl, diosa de las provisiones alimentarias, a la llegada de los primeros franciscanos a estas tierras. Los monjes observaron su uso extensivo, sin embargo, por obvias razones se pretendió eliminar su uso ritual en las manifestaciones religiosas indígenas, por lo que tuvieron que sesgar su uso y asimilarlo a la ritualidad cristiana. Primeramente, se le denominó pericón por asociarla a la festividad de San Pedro, pero la insistencia de introyectar en las mentes de los indígenas la noción del diablo (inexistente en el pensamiento prehispánico), y colocar como figura preponderante a San Miguel Arcángel como principal antagonista del demonio, hizo que se asociara precisamente a este santo. El sincretismo maravilloso de los pueblos hoy morelenses, generó una bella y simpática leyenda: como San Miguel se va de fiesta en su cumpleaños había que proteger las casas y los sembradíos de las perversas travesuras del diablo y así, en la víspera de San Miguelito, se colocan cruces de *yauhtli* en todos los espacios y enseres, se enfloran cruces barriales, templos, casas, panteones, milpas y actualmente vehículos automotores. Es notable su tradicional confección y uso en los pueblos

cuernavacenses, especialmente en Buenavista del Monte y Ocotepc.

Arquitectura vernácula funeraria de Ocotepc

La muerte, *Miquixtli*, fue un tema especialmente conmovedor y generador de complejas nociones en la teogonía prehispánica, un trance que no acababa con la inercia corporal, se recrea y existe como “otra vida” que se celebra ritualmente. Tradicionalmente al difunto se le enterraba en el centro de las antiguas moradas. Con el sincretismo nahua-cristiano, las fiestas de muertos se convirtieron en una de las celebraciones más importantes de la cultura popular e indígena en Morelos. Por supuesto, las ofrendas, ritos y celebraciones son de singular boato entre los morelenses y especialmente en el pueblo de Ocotepc, al trasladar el entierro en casa, o en el atrio de la iglesia, al panteón, por obligación legal, desde el siglo XVIII, por lo que los pobladores de Ocotepc volcaron su creatividad para embellecer su cementerio (palabra que proviene del griego *koimeterion*, ‘dormitorio’, en la creencia de que el difunto duerme un sueño eterno), recreando, con singular belleza y colorido, casas o iglesias, tal vez recordando donde se enterraban antiguamente a los fallecidos. Ocotepc tiene la más florida arquitectura funeraria de México, con fama internacional. Certeramente Adalberto Ríos dice: “El cementerio de Ocotepc es un ejemplo de arquitectura funeraria mexicana, donde los colores de la vida están presentes en pequeñas casas, capillas y hasta una catedral levantada como amoroso recuerdo que, por su virtuosa factura, bien podría ser acreedora de alguna preseña de las que se otorgan a grandes maestros del arte popular”.

Las mulitas de Ocotepc: artesanía popular en fibras vegetales

La tradición del Jueves de Corpus proviene de Europa, de cuando un sacerdote en Bolsena, Italia, en 1263, al oficiar la misa, vio brotar sangre de la hostia en la custodia, “la sagrada forma”, una metáfora de la transformación de la sangre y cuerpo de Cristo. Se comenzó a celebrar este acontecimiento 60 días después del Domingo de Resurrección. En México, esta tradición adoptó, como toda la cultura popular, formas *sui*

generis. En 1526, cinco años después de la Conquista, se erigió lo que sería la Catedral Metropolitana, sustituyendo con los rituales cristianos a los mexicas. Precisamente en este lugar se celebró el primer jueves de Corpus, también llamado de Primicias, ya que se ofrendaban a Dios los primeros productos cosechados, los cuales eran llevados en canastas a lomo de mulas, llegando a ser muchas las recuas que se acercaban a ofrendar, lo que le dio el nuevo nombre a la jornada. Los artesanos de la época comenzaron a confeccionar las mulitas como recuerdo del día para decorar casas, templos y como obsequios y juguetes para los niños. Los materiales fueron variados: madera, totomoxtle (hojas de maíz), barro, o especialmente, las pencas secas del tronco del plátano, llamadas papatla, como es el caso de Ocoteppec, Cuernavaca, donde esta festividad tradicional se instauró desde hace siglos, llegando a ser una de las principales del poblado; por cierto, celebrada con gran boato y belleza.

Precisamente en Ocoteppec, doña María Guadalupe Rangel Morales, de 67 años, artesana y cocinera, gran conservadora y difusora de las tradiciones ocoatepecuenses, sigue elaborando las mulitas de papatla o pencas de plátano, con una gracia y habilidad sorprendente; oficio artesanal que hereda de varias generaciones. A sus mulitas les coloca a los costados canastitas hechas de palitos de madera, a manera de huacales, los que adorna con banderitas de papel de china multicolores y dulces, galletas, mazapanes y otras golosinas. Estas mulitas se obsequian el jueves de Corpus a los niños y visitantes o participantes en la procesión del Santísimo. Mulas más grandes y graciosamente decoradas son colocadas a la entrada de la capilla de San Salvador, a las que se les añade un letrero con los nombres de los fiscales de la festividad, cargos de la organización tradicional que desempeñan personajes notables de la comunidad, encargados de la administración y celosa coordinación de las fiestas patronales.

Doña María Guadalupe, mientras confecciona las mulitas, platica de la gran diversidad de tradiciones y legados culturales que los ocoatepecuenses siguen recreando. Para el jueves de mulitas igualmente cocina para convidar a sus visitantes las delicias de su cocina tradicional, como los tamales de pasas, su famoso mole rojo o el tepache ritual, que se ofrecía antes de los refrescos comerciales o de la cerveza, una deliciosa bebida de pulque, piloncillo, piña, plá-

tano, tamarindo y naranja. En fin, Lupita es un extraordinario dechado de habilidades artesanales de tradición, así como una gran narradora de anécdotas, historias y mitos locales.

Los Chinelos: indumentaria festiva de Morelos

La danza de los chinelos, en sus tres vertientes más evidentes, se convirtió en uno de los íconos identitarios del estado de Morelos. No hay carnaval, fiesta patronal o feria que para ser “de a de veras” no cuente con el “brinco” del chinelo, acompañado de la banda de viento que interpreta los denominados sonos del chinelo.

La discusión acerca de su origen genera ideas encontradas; lo que sí es seguro es que su patria natal es Tlayacapan e inició como un baile carnavalesco, en son de burla de los conquistadores y hacendados. Algunos afirman que los potentados españoles, a principios del siglo XIX, realizaban sus propios carnavales con vestimentas a la usanza europea, ante la mirada resentida de los indígenas nativos. Éstos a su vez hicieron su propio carnaval, utilizando harapos y sombreros viejos. Por tradición oral se afirma que fue una sotana y una mitra de cartón, imitando al San Agustín pintado en un mural del convento, la primera versión del traje. Posteriormente esa mitra (sombrero de cuatro puntas usado por los clérigos) se convirtió en el sombrero cónico invertido y bordado de chaquira, y a la sotana de manta se le cosieron franjas azules. Pero también puede ser una derivación del sombrero turco de la danza de moros y cristianos.

Más adelante apareció la máscara de malla y barbas de crin de caballo, y el sombrero se adornó con abalorios y plumas. Otros afirman que *chinelo* proviene de la palabra *tzinelogua*, que en náhuatl se puede interpretar como ‘movimientos de caderas’, pero también *chinelo* o *chinesco* se aplicaba en el siglo XVIII para todo lo exótico (por lo traído de la nao de China) incluyendo lo árabe.

Finalmente, el traje consolidado del chinelo tlayacapanense consta de bata blanca con dos franjas horizontales en la parte inferior, igualmente en las mangas; el sombrero cónico de copa corta, forrado de terciopelo y bordado con motivos aztecas en chaquira, lentejuelas y canutillo, con plumas de avestruz, máscara de malla pintada de rosa y crin de caballo; se cubren el cuello y la nuca con mascadas o paliacates y en las manos, guantes.



Al grupo de chinelo se le denomina moji-ganga y parte fundamental de su identidad es el estandarte, que generalmente trae la figura de su santo patrono o de su barrio. Todavía en Tlayacapan los chinelo hablan con voz chillona para no ser identificados y burlarse de todo tipo de autoridad y parroquianos.

El traje pasó de Tlayacapan a Tepoztlán, sustituyendo la manta por el terciopelo, con una capa corta posterior, también bordada con chaquira o pintada con motivos aztecas o guadalupanos. El sombrero se vuelve más alto y cerrado. Después el traje evoluciona en Yau-tepec, volviéndose más abigarrado y decorado profusamente con más chaquira, canutillo y lentejuelas; incluso se le añaden festones de pelo de conejo o plumas de marabú como remates. Actualmente se confeccionan trajes que con tanto adorno llegan a pesar más de 25 kilos y son los más coloridos. La tradición del chinelo es un producto de la cultura popular morelense que está en vías de expansión ya que en la Ciudad de México, Puebla, Tlaxcala o Guerrero está sentando sus reales. Incluso por la migración ya hay chinelo en Alaska, San Francisco o Nueva York, en Estados Unidos, y España.

Talla en madera

Los usos artísticos y utilitarios de la madera son casi infinitos. Desde las herramientas más primitivas como raspadores, cucharas, mazos, lanzas, resorteras, lanzaderas (un artefacto en cuya punta se colocaba la flecha y funcionaba como palanca para acelerar el lanzamiento) hasta diversos aperos de labranza como la coa, la yunta etcétera. Pocos artefactos y piezas labradas sobreviven de la época prehispánica, por lo perecedero de la materia (curiosamente la palabra *madera* proviene de *materia*). A la llegada de los españoles hubo una explotación intensiva y devastadora de los bosques para construir edificios religiosos y civiles; de esa época se conservan las viguerías labradas de los conventos, además de tallas religiosas que con los cánones católicos, los indígenas realizaron prodigiosamente.

En la actualidad Morelos cuenta con artesanos que elaboran talla en madera. Lo más conocido son las casitas labradas en la corteza del árbol de pochote, que se trabajan en Tepoztlán. Existe un artesano de tradición ancestral que realiza figuras religiosas con las técnicas que se consolidaron en el siglo XVIII. En otros casos son notables las figuras que se realizan con temas

animales y religiosos. Caso notable es el de un leñador, don Feliciano Mejía, quien, aunque nació en Puebla, vivió siempre en Yau-tepec, llegó a ser mensajero de Emiliano Zapata; a los 60 años comenzó a producir delirantes figuras antropomorfas y zoomorfas, gracias a una inspiración divina que lo retiró del alcoholismo; después de recoger troncos acabó extrayendo la forma que le gritaban los mismos. Don Feliciano murió a los 114 años y todavía seis años antes seguía produciendo sus extraordinarias piezas. En el sentido amplio de la palabra era un artista, lleno de filosofía y, como dijo José Emilio Pacheco, no hay árbol que no sea una escultura natural. El arte vive de la muerte del árbol, pero se transforma en otra existencia. Por fortuna se cuenta con una significativa muestra gracias al ojo del iniciador don Guillermo Helbling de esta colección, la cual se ha expuesto a nivel nacional e internacional.

Talla en piedra

Los vestigios arqueológicos de los diferentes periodos culturales nos muestran verdaderos prodigios de tallas en piedra. Por ejemplo, Chalcatzingo en el 700 a. C., con representaciones sacralizadas de gobernantes, o Xochicalco en el 700-900 d. C., con los relieves de la pirámide de las serpientes, sus estelas o la figura de Xochiquetzal, que se encuentra en el Palacio de Cortés. Afuera del mismo se encuentran otros monolitos de la época tlahuica: la piedra de lagarto, el *chimalli* o escudo y la piedra del águila, entre otros bellos ejemplos.

En la época colonial algunas comunidades de indígenas de lo que hoy es Morelos tuvieron fama por su habilidad para labrar la piedra, por ejemplo, Yecapixtla; los conventos del siglo XVI tienen ejemplos de estupendas creaciones como la Asunción de María en Cuernavaca o Zacualpan de Amilpas. De aquellas épocas a la actual hay un vacío de notables muestras.

En los últimos años han resurgido las disciplinas para trabajar la piedra: cantería, escultura y lapidaria. La primera corresponde a la talla de elementos arquitectónicos para construcción; la segunda es producto del trabajo individual para lograr una pieza artística, y la lapidaria es el trabajo con piedras semipreciosas para la ornamentación humana. La variedad de piedras utilizadas es extensa: mármol, alabastro, chiluca, tezontle, granito, jadeíta, serpentina, amatista, obsidiana, cristal de roca, entre otras.





ARTE POPULAR

- | | | |
|---|--|---|
| ● Cartonería | ● Cestería y tejido de fibras vegetales duras y suaves | ● Cuexcomates |
| ● Alfarería | ● Talla en piedra y lapidaria | ● Máscaras de danzas |
| ● Textiles | ● Talla en madera | ● Instrumentos musicales |
| ● Cerería | | ● Uso de indumentaria tradicional indígena |



Doña Cirila Aragón, tejedora de Hueyapan, hilando lana / Rodolfo Candelas



Héctor Villamil, artesano, Tepoztlán / Fernando Soto



Policromado de una figura zoomorfa, juego de piezas para cura de el mal de aire, Tlayacapan / Fernando Hidalgo



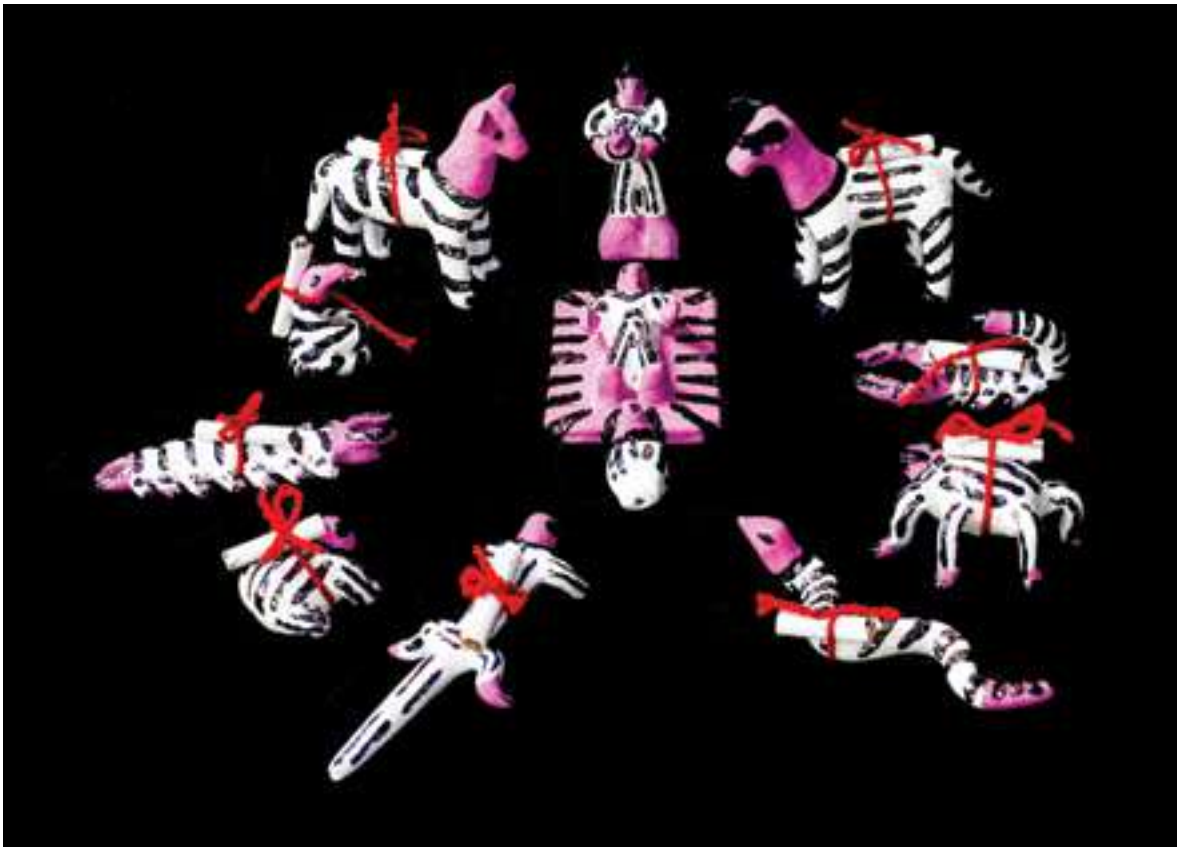
Lagartija de barro para ofrenda del hormiguero, trabajada por las manos de doña Cuca Reyes, alfarera de Tlayacapan / Rodolfo Candelas



Artisanos talladores de piedra en Cuernavaca / Fernando Hidalgo



Velas escamadas, Axochiapan / Fernando Soto



Ofrenda del hormiguero de doña Felipa Hernández, alfarera de Tlayacapan / Rodolfo Candelas



Telar de cintura trabajado por las manos de Margarita Torres, tejedora de Hueyapan / Rodolfo Candelas



Velas escamadas, Axochiapan / Fernando Soto



Alfarería de Tlayacapan secándose al sol / Rodolfo Candelas



Teatro y danzas tradicionales



Teatro y danzas tradicionales



FRANCISCO SUÁSTEGUI

Una mirada a las principales danzas tradicionales del estado de Morelos

MORELOS CUENTA CON UN rico patrimonio cultural que se expresa en sus diferentes manifestaciones del arte y de la cultura popular, a pesar de ser uno de los estados más pequeños, territorialmente hablando, del país y en el que pareciera que hay poco que consignar de su folclor; pero es una entidad diversa, amplia, plural y con un mosaico múltiple de expresiones auténticas y originales que conforman el ser y la identidad cultural de los 33 municipios del estado. El morelense posee formas de organizaciones comunitarias ancestrales que se mantienen vigentes y que coadyuvan en sus pueblos a mantener su cohesión social, política y cultural; éstas se manifiestan en sus fiestas patronales, en sus tradiciones más arraigadas, en el color y el entusiasmo que le imprimen a sus costumbres en cada festejo y en los diferentes festejos durante todo el año, porque, como cada mexicano, el que vive en Morelos es fiestero, creyente, solidario y amante de la música, el canto, el baile, el teatro, la buena comida y de las bebidas espirituosas, siempre ligado muy estrechamente a la fe, la creencia en el santo o la virgen titular, a los que les piden –en su fiesta, por supuesto– por las buenas cosechas, por la sanación de los enfermos, por los favores recibidos y por que les vaya bien a ellos y a sus familias, pues así es su manera de estar bien con Dios y su entorno social y natural; forma de convivencia que hunde sus raíces en el México prehispánico y en el rico universo sociocultural de Mesoamérica. Recorrer el estado, caminar por sus calles, platicar con su gente significa conocer y reconocerse a uno mismo en los otros, iguales pero distintos, pues en cada lugar el caminante encontrará “eso” que los intelectuales llaman “patrimonio cultural intangible”, más o menos definido o entendido como: “algo que se

forma y desarrolla en el interior de las personas, es algo profundo que tiene que ver con sus pensamientos y sentimientos, por eso es intangible, es decir, que no es mensurable, no se puede medir o tocar porque ese ‘algo’ está arraigado en el ser interno de la gente”¹. En ese sentido, y en el marco de un estado pluriétnico y pluricultural como lo es Morelos, abordaremos más de 20 expresiones de danzas tradicionales, algunas no catalogadas como tal, otras sí muy acendradas en el sentir de los danzantes, otras más que han sido apropiadas, pero todas contextualizadas en la fiesta, rito o festejo patronal de los pueblos y con un interesante antecedente histórico, lo que les ha dado originalidad y un dinamismo único que ha contribuido a su permanencia y preservación, a pesar de los elementos e influencias extranjerizantes, efecto de la modernidad y de los vertiginosos cambios que vive nuestra sociedad.

Como pocos estados del país, Morelos cuenta con un patrimonio danzístico rico y variado, que se ha preservado de padres a hijos y su permanencia asegura esa transmisión de generación en generación. Lo anterior se entiende si tenemos presente que el estado, por su ubicación geográfica en el territorio nacional y por su historia, ha sido un lugar de transición en el que conviven una diversidad de expresiones socioculturales propias, ajenas y apropiadas, lo que le da su riqueza patrimonial a pesar de su pequeñez. En ese sentido es importante ubicar y contextualizar las diferentes danzas tradicionales que se bailan y representan a lo largo y ancho del estado, así como destacar sus principales características y el efecto social y comunitario que presentan en determinado espacio de nuestra geografía. Ante todo diferenciar aquellas danzas representativas de las otras que se bailan y trascienden en tal lugar, pero no determinan el ser de una comunidad ni son parte de la idiosincrasia de un pueblo. Así tenemos danzas representativas del estado como las siguientes:

¹ Víctor Urueña Pineda, “A propósito del XX aniversario de la declaratoria de la Unesco emitida a los exconventos del siglo XVI ubicados en las faldas del Popocatepetl declarados Patrimonio Cultural de la Humanidad”, *Aztlán*, nov.-dic. de 2014, vol. 3, núm. 5, p. 24.





XOCHITL

5° domingo Xochitlan, Mor / Fernando Soto

NOMBRE	GÉNERO	MUNICIPIO/COMUNIDAD
Danza de los chinuelos	Popular o mestiza	Todo el estado
Danza del tecuánes	Autóctona o prehispánica	Axochiapan, Coatetelco (Miacatlán), Xoxocotla (Puente de Ixtla), Alpuyeca (Xochitepec), Tetelpa (Zacatepec)
Danza de vaqueritos	Popular o mestiza	Achichipico (Yecapixtla), Axochiapan, Mazatepec, Tetelpa (Zacatepec), Jonacatepec, Tetelcingo (Cuautla), Ocuituco
Danza de las pastoras	Popular o mestiza	Yautepec, Ocoatepec (Cuernavaca), Tepoztlán, Tetelcingo (Cuautla), Tlayacapan
Danza de las tetelcingas	Autóctonas o prehispánicas	
Danza de las velas	Autóctonas o prehispánicas	
Danza de los santiagueros	Autóctonas o prehispánicas	
Danza de xochipitzáhuatl	Popular o mestiza	Tetelcingo (Cuautla)
Danza de los indios	Popular o mestiza	
Danza de los gañanes	Popular o mestiza	
Danza de los cañeros	Popular o mestiza	Tepalcingo
Danza de apaches	Autóctona o prehispánica	Axochiapan
Danza de los trabajadores	Autóctona o prehispánica	
Danza de xochipitzáhuatl o tlatenquiza	Autóctona o prehispánica	Axochiapan, Alpuyeca (Xochitepec), Cuernavaca, Amatlán (Tepoztlán), Coatetelco (Miacatlán), Tetelcingo (Cuautla)
Danza de los concheros danza azteca	Autóctona o prehispánica	
Contradanza	Popular o mestiza	Axochiapan, Tetelpa (Zacatepec), Xoxocotla (Puente de Ixtla), Alpuyeca (Xochitepec)
Moros y cristianos	Popular o mestiza	Centro, norte y oriente del estado
Danza del zopilote	Autóctona o prehispánica	Axochiapan
Danza de los negritos	Popular o mestiza	Tlaquitenango, Atlalahucan
Danza de las ramas	Autóctona o prehispánica	Xoxocotla (Puente de Ixtla)
Danza Tenochme	Popular o mestiza	Jiutepec
Danza de los arrieros	Popular o mestiza	Tetelpa (Zacatepec)
Danza de los apaches	Popular o mestizas	
Danzas-dramas: "Los doce pares de francia" y sus variantes	Popular o mestizo	Tenextepango (Ciudad Ayala), Tecajec (Yecapixtla), Achichipico (Yecapixtla), Xochitlán (Yecapixtla), Quebrantadero (Axochiapan), Ixtlilco el Grande (Tepalcingo), Hueyapan (Tetela del Volcán), Tetelilla (Jonacatepec), Atlalahucan, Totolapan, Tlaine pantla
Danza de la muerte	Autóctona o prehispánica	Atlalahucan
Moros con garrotes	Autóctona o prehispánica	Atlalahucan
Danza de las negras	No son danzas propiamente	
Danza de las tatalis	No son danzas propiamente	
Los huehuenches	Personajes, no danza propiamente	Santa María Ahuacatlán (Cuernavaca), Tetela del Volcán, Jiutepec
Mogijangas	Personajes, no danza propiamente	Zacualpan, Mazatepec, Cuernavaca, Jantetelco, Axochiapan
Marotas	Personajes, no danza propiamente	Xochitlán (Yecapixtla)
Sayones	Personajes, no danza propiamente	Hueyapan (Tetela del Volcán)
Matacueros	Personajes, no danza propiamente	Yecapixtla
Matacueros	Personajes, no danza propiamente	Huautla (Tlaquitenango)

El contexto en que se bailan las danzas

Si tenemos que partir de un momento o etapa histórica, es importante considerar la Conquista como el punto de partida para entender la amalgama de expresiones de dos culturas que en un encuentro espiritual, social y cultural determinaron muchas de las formas del ser del mexicano actual, y las danzas son parte de esa influencia, han sobrevivido vitales y en transformación constante al paso del tiempo. No olvidar tampoco que los primeros misioneros entendieron pronto el poder que tenían las danzas, entre otras manifestaciones del arte, para su propósito evangelizador.

Sin embargo, hay que decir que, ya desde antes de la llegada de los españoles, en el México prehispánico existía una cultura definida y avanzada en los diferentes ámbitos del quehacer humano como el conocimiento y la educación; se dice que las artes y las danzas tenían importancia fundamental en su vida social. También, de acuerdo con su estructura política, era común que se celebraran diversas festividades religiosas, sociales y militares durante todo el año las cuales estaban muy ligadas a los dioses que veneraban; hacían magnas ceremonias en las que convivían la poesía, la música, el canto y la danza, en las que se narraban y cantaban hazañas militares, sucesos mitológicos y de carácter religioso estas expresiones formaban parte de sus creencias y su cotidianidad; es por ello que el arte ligado a las creencias religiosas determinaron ese rico mundo prehispánico y mesoamericano en nuestras tierras que fueron arrasadas por la espada y la religión europea. Sus ceremonias religiosas eran verdaderos acontecimientos, en las que las diversas deidades jugaron un papel fundamental y el destino de los hombres estaba ligado a ellos inexorablemente, en una relación de vida-muerte y de muerte-vida.

En el México de nuestros días aún podemos ver y escuchar, como un eco, reminiscencias de ese mundo antiguo, rico y diverso a través de sus danzas tradicionales, que es muy común que se presenten en la fiesta patronal de algún pueblo de nuestro país, y Morelos no es la excepción, pues en cada uno de los 33 municipios que lo conforman están presentes y son la imagen viva de esas expresiones originarias que vienen del México del ayer. En general todas y cada una de éstas se bailan o se representan en el corazón de los pueblos, en los espacios y lugares considera-

dos significativos o sagrados; siempre en honor de alguna deidad, imagen, virgen o santo de cada pueblo de Morelos. Su organización, y la presentación misma, tiene aspectos y características muy importantes ya que hay un involucramiento comunitario que permite transformar lo cotidiano, pagano y festivo en “algo” místico y religioso, en el que el danzante se comunica con esa otra entidad sagrada por medio de acariciar la tierra y sentir los pasos de lo divino al ritmo de la danza, su indumentaria y los accesorios, pero sobre todo de la música que las acompaña. Pero no es sólo la música, sino también el canto, la comida y la bebida, elementos que enriquecen y dan sentido a las variadas y diversas danzas que se bailan, como antaño, en algún día del calendario anual, ligado al movimiento del sol y la luna y a la regeneración de la madre tierra, la que alimenta y da sustento a los seres humanos.

Mes a mes, y en una ceremonia, rito, fiesta o celebración, generalmente de carácter pagano-religioso, vamos a encontrar las danzas de origen prehispánico, y las populares o mestizas, en los pueblos y las comunidades, celebrando y concelebrando la vida comunitaria y la renovación de la tierra en su ciclo vital. Son muchos los aspectos que se pueden abordar para entender la dinámica, el sentido y significado de las danzas, pero sólo queremos destacar lo comunitario y el festejo patronal como contexto general en el que se presentan y representan.

Características de algunas danzas

La danza de los chinelos

Considerada la danza representativa del estado de Morelos y que ha trascendido las fronteras no sólo de nuestra entidad, sino del país. Ha sido también un elemento de identidad cultural muy importante, pues es común que fuera de nuestro estado nos identifiquen con esa danza.

Este singular personaje que, al ritmo de los sonos de una banda de música de viento, irrumpe con su cuadrilla o comparsa de 20 o 30 personas brincando y bailando en la plaza de los pueblos, en días de carnaval o de fiestas patronales, rompiendo la cotidianidad del diario vivir. Su presencia alegre y da color a la fiesta cívica o patronal, con su atuendo muy vistoso y colorido invita al baile alegre y contagioso. Ver un chinelo o una comparsa es ser parte de la celebración y confundirse con el alma alegre de un pueblo que no para de bailar. La historia de esta danza está

llena de anécdotas, datos históricos y curiosos que permiten reconstruir su origen y reconocer su importancia como un elemento del patrimonio cultural intangible (PCI) no en riesgo, pero sí pertinente por su fuerza y vitalidad. El traje del chinelo es vistoso y de mucho colorido, portarlo para muchos provoca orgullo y sentimiento de pertenencia. Tres municipios se pelean su cuna y origen: Tlayacapan, Tepoztlán y Yautepec, lugares de mucha tradición, con gran arraigo y mucha proyección en el festejo del carnaval y el “brinco” del chinelo en el estado. Cada uno presenta elementos y características que lo van a diferenciar tanto en su traje como en su forma de bailar, pero todos se contextualizan dentro de los festejos del carnaval que anualmente se realiza. Sólo resta indicar que su impacto y aceptación ha trascendido esos municipios y es común verlos bailar o brincar en todo el estado y en las más diversas fiestas patronales o cívicas.

La danza de los tecuanes

Esta danza, en nuestro estado, se caracteriza por la teatralidad y los movimientos coreográficos de sus participantes, quienes siguiendo un guion o cuartilla se enfrascan en una batalla para la caza del *tecuán* o tigre, que significa ‘fiera’ o ‘algo que come gente’. Su descripción en lo general consiste en lo siguiente:

“La danza del tecuán es una danza teatral que representa una comedia sobre un hacendado llamado Salvadorchi, quien está preocupado porque un Jaguar o “tecuaní” se está comiendo los animales de su hacienda, por lo cual llama a Mayeso, su ayudante, para que vaya a cazar al jaguar. Al no poder cazarlo, Mayeso manda a llamar consecutivamente a unos viejos cazadores, que llevan por nombre: el viejo flechero, el viejo lancero, el viejo chahuaxtlero y el viejo yerbero, quienes tampoco logran cazarlo, y al quedar heridos son curados por los médicos. Posteriormente, sigue otra escena en la que se representa la caza de un venado por un jaguar. Finalmente, Mayeso llama a otros cuatro personajes llamados viejo rastrero, quien va acompañado de una perra, Juan tirador y Gervacio o Sonriente, quienes, de manera conjunta, lo gran, entre los cuatro, cazar al jaguar.

Es decir, el tema central de esta danza de origen prehispánico es la representación de la cacería de un tecuani o jaguar².

Contradanzas

Estas danzas se acompañan con música de un violín y una tambora, tocados por músicos líricos y su interpretación melódica es monorrítmica, aunque puede variar. Son 12 sones que tienen el mismo nombre que las evoluciones: entrada, hombros, cantaritos, corralitos, cruzado, el arco, la monarca, la cadena, la ese, el terroncillo, la trenza y la salida; desconociéndose el significado de cada una de estas evoluciones. En ella participan alrededor de 16 personas entre hombres y mujeres.

Su representación se da en la celebración de algún santo o virgen tutelar de los pueblos; en el caso concreto de Axochiapan en el festejo de san Pablo, 24 y 25 de enero, donde se puede apreciar su colorido y espectacularidad en el marco del atrio de la iglesia de esa comunidad. Un personaje central se denomina el Terroncillo y es quien se encarga de dirigir la danza para que los participantes no se equivoquen en sus evoluciones; también a él le corresponde colocar el mástil con los listones en medio de los danzantes para que continúen con la trenza que se arma entre todos.

Las ejecutantes llevan un arco colocado a la altura de los hombros, muy adornado con flores multicolores. El arco es al gusto, y varía en tamaño y adorno, pero siempre tiene como base dos varas amarradas por la punta en proporción con el que lo porta. Danza que alude a la fertilidad y renovación de la tierra.

El matacuero o matacue

Se afirma que la palabra *matacue* proviene de la lengua náhuatl y significa ‘el que indaga’ o ‘el que busca’. Según la tradición, y la creencia de los pobladores de Yecapixtla, este personaje es un antecedente del chinelo, sin que haya un sustento histórico. Se afirma también que el matacuero es una alegoría del soldado español que llegó a nuestras tierras en la Conquista. La diferencia entre ambos consiste en que el chinelo sólo baila, y el matacuero, además de hablar, despotrica contra el soldado español. Adelgazan la voz y dicen al oído: “Apúlale, apúlale”, por *apúrate* con

² Óscar Cortés Palma, “La danza tradicional y religiosidad popular”, *Diario de Morelos* [en línea], 5 de junio de 2012 [citado el 9 de septiembre de 2016]. Disponible en <<http://www.diariodemorelos.com/articulo/la-danza-tradicional-y-religiosidad-popular>>.

el fin de que avance la procesión. La impostación bucal es para que no sean reconocidos.

La vestimenta, afirman, imita al traje de los conquistadores españoles. Otro rasgo es que el matacuero lleva enredada en la cintura una cadena que simboliza la dominación a la que fueron sometidos por los colonizadores.

El matacuero sale por las principales calles del pueblo el Sábado de Gloria en Semana Santa y representa a un soldado que va dando órdenes a una fila de romanos.

El atuendo del matacuero está compuesto por una gorra o boina multicolor, adornada con lentejuela y chaquira con varios colores y figuras. Usa una máscara, parecida a la del chinelo hecha de mimbre, uno de sus rasgos característicos es la barba que generalmente es negra y termina en gancho como una barba egipcia, utiliza también paliacates que se ponen en la cabeza.

El matacuero viste camisa, mandil o delantal y calzón tipo bermuda holgada, amarrada con cintas en la cintura y en las rodillas de colores diferentes a los del vestido; todos de satín de colores vivos. Usa medias y calza huaraches.

El sayón

Los sayones se representan en la comunidad indígena de Hueyapan y en la cabecera municipal de Tetela del Volcán, lugar situado al norte del estado o en lo que se conoce como los Altos de Morelos. Cabe aclarar que la vestimenta de ambas localidades va a variar y presentar rasgos y características únicas.

Se afirma que esta representación tiene alrededor de 300 años, según la versión de los habitantes; cada año más de 1000 niños, jóvenes y adultos de la comunidad se vuelcan para participar entusiastamente con sus ricos, vistosos y variados atuendos, los que le han dado fama no sólo a nivel estatal, sino también más allá de nuestras fronteras. En cuanto a su origen poco o nada se sabe, pues según la tradición oral: la participación colectiva ha sido el rasgo que caracteriza a este personaje que acompaña la realización del concilio de Semana Santa, como veremos.

Los sayones se presentan en una fecha muy especial para la creencia y la fe católica de México y del mundo, pues según la tradición fueron los sayones los que acompañaron a Jesucristo en su viacrucis y quienes lo entregaron a los judíos. Su representación es dentro del concilio de Semana Santa que realizan en Tetela del Volcán a partir del Jueves Santo y posteriormente,

el Domingo de Resurrección, realizan el rito de quemar, en el atrio de la iglesia de San Juan Bautista, los vistosos gorros que adornan sus cabezas, acto con el que concluye esta original celebración en nuestro estado.

Sólo aclarar que la de los Sayones no es una danza en el sentido estricto como lo entendemos, en la que hay música, parlamentos y movimientos armónicos de los participantes; es un personaje que acompaña la celebración del concilio que escenifican en el municipio, constituyendo un elemento único de los diferentes concilios que se realizan en Morelos; en cuanto a la quema de sombreros en el atrio de la iglesia, se afirma que simboliza el rechazo del pecado y de traición.

Danza de las negras

Se representa en el municipio de Atlatlahucan, Morelos. Ubicado al norte del estado en la región conocida como los Altos de Morelos; zona en la que subsiste la organización comunitaria y tradiciones y costumbres muy arraigadas dentro de los habitantes. Festejo de origen pagano-religioso, el cual se cree que tiene una antigüedad de más de 120 años.

Danza para algunos y para otros no, al igual que la de los “tatais”; esta representación se hace dentro de la época de los carnavales, después del Miércoles de Ceniza. Inicia el domingo y lunes por las calles principales del municipio, invitando a que asistan el último día de esta fiesta que es el martes siguiente, como ya dijimos, al Miércoles de ceniza. Danza popular en la que varias rondas o cuadrillas bailan: niños, señores y jóvenes, cuya costumbre se distingue porque se visten de mujeres que bailan con una muñeca que representa a la Virgen de Santa Ana, es una manifestación de tipo religioso en la que los participantes cantan versos alusivos al señor de Chalma para pedir que, la próxima temporada de lluvias les vaya muy bien en sus cosechas.

La vestimenta tradicional consiste en un “chincuete” de falda larga negra con blanco y una blusa blanca decorada con flores, una sevillana que cubre el rostro y un sombrero con corona de flores de bugambilia.

Una visión histórica y comunitaria del teatro campesino morelense

En la región centro de nuestro país prevalece una rica tradición de esa forma de hacer teatro



y danzas tradicionales, que se podría pensar que tienen su origen en el teatro incipiente indígena. Rica expresión de esas escenificaciones que ya desde tiempos prehispánicos ocurrían y que al paso del tiempo se fueron transformando y definiendo como expresiones propias y originales, tales como la danza del tigre o tecuan, la danza de la Conquista (Tenochme), o bien representaciones populares como los concilios de Semana Santa, las morismas, retos o danzas-dramas como *“La Muerte de Ferragús”*, *“Carlo Magno”*, *“Gonzalo y Alamar”* y *“Los Doce Pares de Francia”*, entre otras que han subsistido como ejemplo claro de un teatro que hunde sus raíces en el teatro indígena y en el teatro misionero o evangelizador que se desarrolló, durante el proceso posterior a la Conquista y que sirvió como herramienta de adoctrinamiento cristiano. Un ejemplo del desarrollo y de la influencia del teatro misionero, lo podemos encontrar hoy en día en las escenificaciones del ciclo de la pasión de Cristo y que en nuestro estado persisten de forma consistente, además de que reflejan todo un proceso de organización comunitaria muy importante. Sabemos que estas obras las realizan en la época de Semana Santa, fecha fundamental para la fe católica no sólo de México, sino de la cultura del mundo occidental. Pero, aquí en nuestro país, ¿cómo ocurre ese antecedente histórico del teatro religioso de la vida, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo?

En el libro: *“La Semana Santa en México, con la muerte en la cruz”*, los autores señalan que “a la Semana Santa le antecede la celebración del Carnaval, luego el Miércoles de Ceniza, le sigue la Cuaresma y concluye con la Semana Santa y es parte del ciclo que denominan, la pasión y muerte de Jesús”.

Siguiendo a los autores del libro nos contextualizan este festejo religioso y señalan: “La celebración de la Semana Santa rememora precisamente muchas de las condiciones históricas y prevalecientes durante la vida de Jesús; danzas, representaciones y diversos elementos simbólicos que emergen entonces, tienen origen en la historia de los judíos, anterior o contemporánea a la existencia de Jesús”.

Lo que ha influido y repercutido de forma importante en la cultura popular de nuestro país, claro ejemplo de ello lo podemos ver en las representaciones de los llamados concilios de Semana Santa que se realizan en Morelos y que las podemos ubicar dentro de lo que denominamos teatro campesino. Como sabemos, los carnavales arrancan tres días antes del Miércoles de Ceniza

con todo lo que significan para cada pueblo; después del desenfreno, la fiesta y el jolgorio, viene la Cuaresma que se considera como el tiempo de reflexión, meditación y exaltación de los valores y principios cristianos, y la preparación para el ayuno, lo que está muy ligado a la “preparación espiritual de la Pascua de Resurrección de Jesucristo... y que se instaura en el siglo IV en el papado de Gregorio Magno como homenaje a los cuarenta días que Jesús ayunó en el desierto, entregado a sus meditaciones y preparándose para predicar”. En el periodo de la “cuaresma” ocurren sucesos importantes y significativos que tienen que ver con la vida social y festiva de los pueblos de Morelos; ya el maestro Bonfil Batalla nos dejó un valioso trabajo de investigación sobre el ciclo de las ferias de cuaresma que inician en Amecameca, estado de México, pasa por varios municipios de Morelos y culmina donde inició; y los viernes de Cuaresma son fechas especiales en ese periodo. De tal forma que en la última semana de Cuaresma termina una de las celebraciones religiosas más importantes conocida popularmente como Semana Santa y abarca a partir del Domingo de Ramos hasta el Domingo de Resurrección. Es precisamente en esas fechas que en gran parte del estado se escenifica los jueves y viernes Santos la Pasión de Cristo en vistosos y espectaculares escenarios artificiales y naturales. Obras que tienen un importante antecedente histórico en nuestro país desde la llegada de los primeros frailes mendicantes a nuestras tierras y, como vimos Morelos, fue un espacio donde floreció, entre otras manifestaciones teatrales, ésta del concilio de Semana Santa.

Fernando Horcasitas nos habla, de un ciclo al que denomina “de la pasión de Tlamanalco-Amecameca” y nos refiere representaciones de tipo religioso que se hacían en 1768 en parte del estado de México y que abarcaba parte de municipios del estado de Morelos como: “Serie de dramas de la pasión y que se desarrollaron curiosamente en una zona donde coexistían fundaciones de las tres órdenes religiosas mendicantes, referidas en Cuauhtla (dominico) representación en castellano; Yautepec (dominico) representación en castellano; San Agustín Xochitlán (agustino) representación en náhuatl; Tepoztlán (dominico) representación en náhuatl”. Además de las que se hacían en Tepalcingo y Axochiapan.

Volviendo a las causas que motivaron, más que el fin, la transformación del teatro indígena y de evangelización, es importante señalar que los misioneros supieron, en su momento, integrar



—como señala Horcasitas— “el sentido ritualista indígena al ceremonialismo de la fe católica, generando una transformación en las formas del quehacer teatral en nuestras tierras, vestigios que hoy en día podemos vislumbrar en algunas representaciones del teatro campesino morelense”. Algunos autores señalan que devino en mero folclor o expresiones pueblerinas sin mayor arraigo o peso cultural. Señala Horcasitas: “que el teatro misionero no sobrevivió, a excepción de escenificaciones como el ciclo de la Pasión de Jesucristo, las pastorelas, el ciclo de Santiagos, Moros y Cristianos y Pilatos, farsas que siguen con gran popularidad y a veces todavía se representan en Náhuatl”.

Clasificación e impacto comunitario

Señalé que en el centro de nuestro país existe una rica tradición de expresiones de danzas-dramas que se realizan en momentos y circunstancias muy especiales o significativas para los pueblos, es decir, su realización se enmarca dentro de algún festejo patronal y religioso. Supervivencia de ese teatro que se origina tanto en Mesoamérica como en la Europa medieval y que podemos encontrar en estados como Puebla, Guerrero, estado de México, Tlaxcala, Hidalgo, Querétaro, y desde luego en Morelos. En cada lugar va a presentar variantes y particularidades que son, precisamente, las que les darán originalidad y servirá como un elemento de identidad cultural para esos pueblos. Así tenemos, por ejemplo, escenificaciones de moros y cristianos, danzas de tecuanes, concilios de Semana Santa, danzas de Santiagos y más reciente representaciones que aluden a hechos o personajes relevantes de nuestra historia patria; pueden versar sobre la lucha de independencia de 1810 o la Revolución mexicana de 1910.

Es un teatro colectivo, en el que la participación de la gente de las propias comunidades le da su valor y riqueza. Es además popular y comunitario, pues los participantes no son actores profesionales y su actuación es improvisada, pero bajo un compromiso comunitario que cada quien asume y respeta porque es parte de una “promesa o manda”, o bien un gusto de tradición. Es un teatro que, en muchos casos, su escenificación es centenaria y quienes dirigen o actúan la han transmitido de padres a hijos.

Su presentación se da, por lo regular, en una fiesta popular y en honor del santo o virgen tutelar. En torno a su representación se van a dar una

serie de situaciones y circunstancias que van a permitir que tanto actores, directores, organizadores y espectadores establezcan un lazo que da sentido al concepto de integración social-comunitaria.

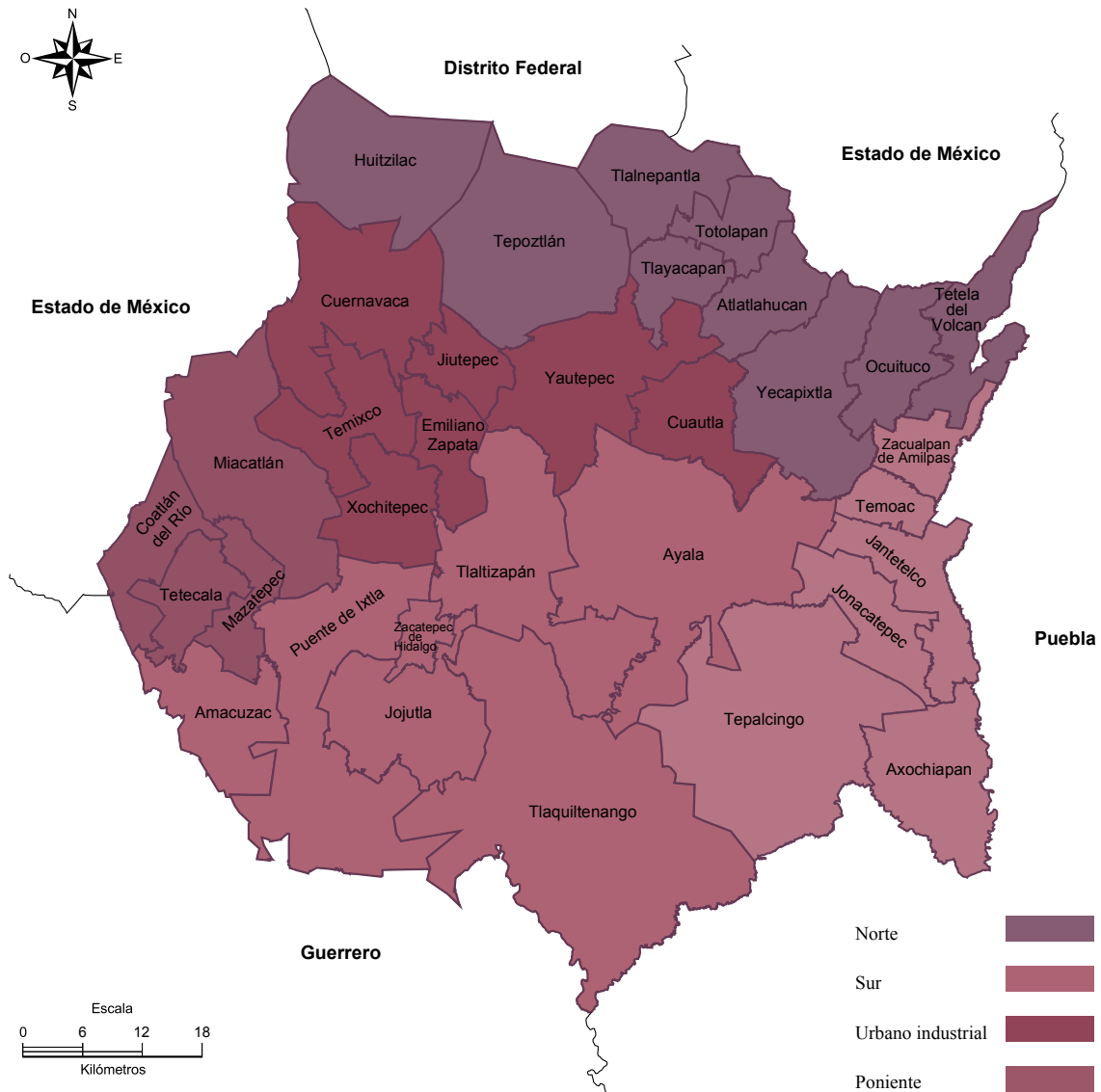
Es un teatro masivo, pues en él intervienen de 30 a 80 actores improvisados y el público participe consta de alrededor de 5000 mil personas, entre nativos y fuereños.

En las obras que se hacen hay un director que da letra con base en un manuscrito que fue heredado, comprado o solicitado a otro pueblo. La realización de este tipo de teatro va a ser en espacios abiertos: plazas públicas, atrios de las iglesias, cerros, calles y mercados. Siempre en el corazón del pueblo.

Las personas que lo admiran se sientan alrededor donde pueden o traen de sus casas sus propias sillas, por lo general no aplauden y no tienen que comprar un boleto para la función.

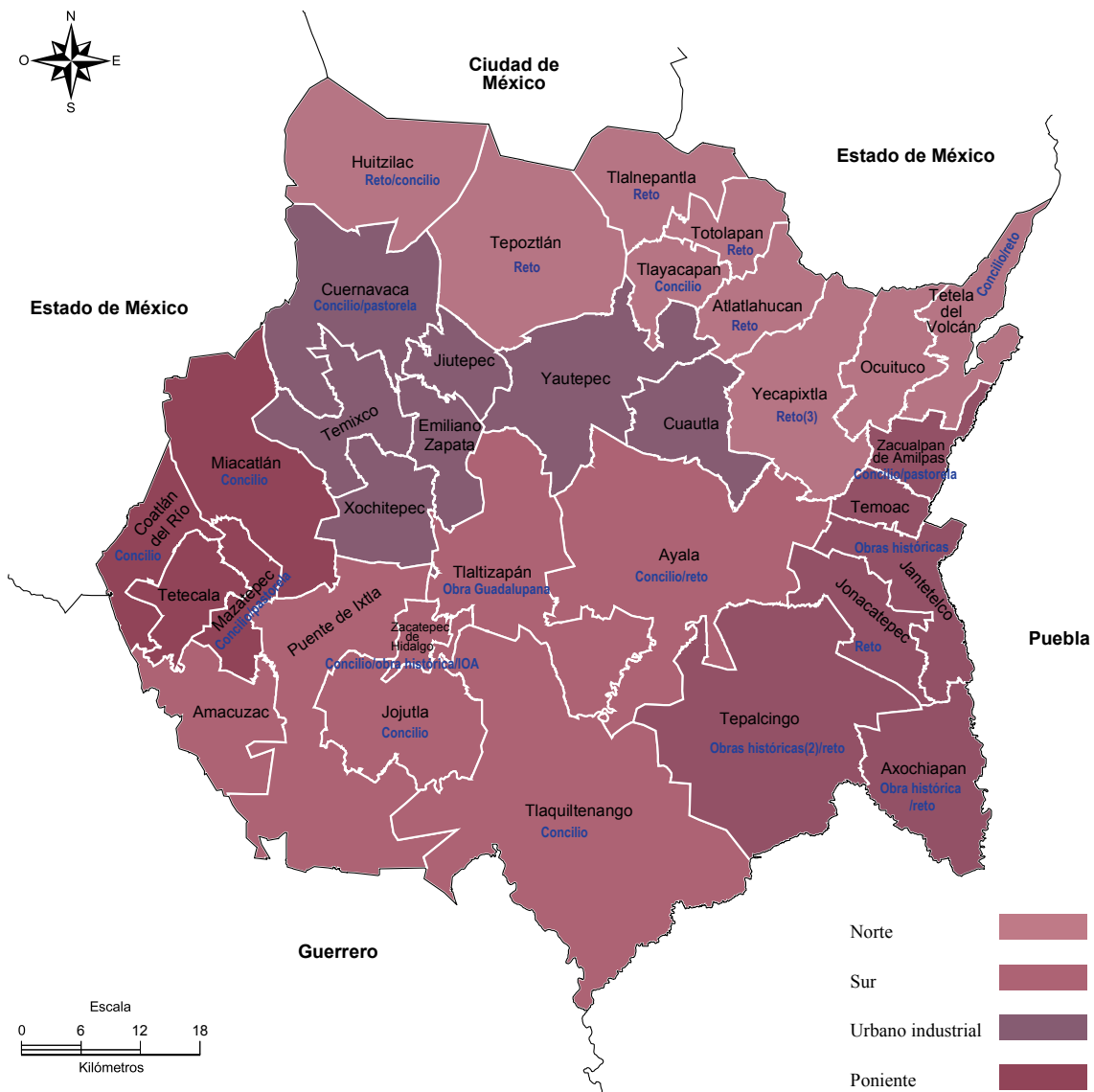
Es, pues, un teatro que integra y en el que se da una relación actor-participante-entorno muy singular, aquí no existe la barrera entre escenario y público. El público es parte del drama y los actores conviven con el público; al final no se apagan las luces, simplemente se despiden y luego se integran en una comida comunitaria.





DANZAS TRADICIONALES DE MORELOS

CUERNAVACA: mojíngangas, huehuenches, pastoras, azteca. **TEPOZTLÁN:** chinelos, pastoras, concheros. **TLAYACAPAN:** chinelos, pastoras. **ATLATLAHUCAN:** negritos, danza de la muerte, las negras, tatais, moros con garrote. **YECAPIXTLA:** vaqueritos, marotas, matacueros. **OCUITUCO:** vaqueritos. **TETELA DEL VOLCÁN:** huehuenches, sayones. **JIUTEPEC:** arrieros, huehuenches. **CUAUTLA:** vaqueritos, pastoras, tetelcingas, las velas, santiagueros, xochipitzahuac, gañanes, azteca, indios. **XOCHITEPEC:** moros y cristianos, tecuanes, concheros, contradanza. **MIACATLÁN:** Tecuanes, Azteca. **MAZATEPEC:** Vaqueritos, mojíngangas. **PUENTE DE IXTLA:** moros y cristianos, tecuanes, vaqueritos, contradanza, las ramas, tenochme. **ZACATEPEC:** vaqueritos, tecuanes, contradanza, moros y cristianos, apaches. **TLAQUILTENANGO:** negritos, mototocos. **ZACUALPAN:** mojíngangas. **JONACATEPEC:** vaqueritos. **AXOCHIAPAN:** vaqueritos, tecuanes, huentle o xochipitzahuac, mojíngangas, azteca, contradanza, moros y cristianos, zopilote. **JANTETELCO:** mojíngangas. **TEPALCINGO:** cañeros, apaches, trabajantes, xochipzahuac o tlatenquiza. **YAUTEPEC:** chinelos, pastoras.



TEATRO CAMPESINO DE MORELOS

RETOS O DANZAS-DRAMAS: Tepoztlán (Reto al Tepozteco); Tlalnepantla (Los Doce Pares de Francia); Totolapan (Los Doce Pares de Francia); Atlatlahucan (Los Doce Pares de Francia); Yecapixtla (Los Doce Pares de Francia y El Triunfo de Carlo Magno. Achichipico, Xochitlán y Tecajec); Tetela del Volcán (Los Doce Pares de Francia. Hueyapan); Ciudad Ayala (Milón y Rodrigo. Tenextepango); Jonacatepec (Los Doce Pares de Francia. Tetelilla); Tepalcingo (Reto de Moros y Cristianos. Ixtlilco el Grande); Axochiapan (La Muerte de Ferragús. Quebrantadero)

CONCILIOS DE SEMANA SANTA: “El Mártir del Gólgota” (Ciudad Ayala); “Concilio de Semana Santa” (Tetelpa, Zacapec); “La Pasión de Cristo” (Zacatepec); “Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo” (Tlaquiltlenango); “Concilio Pasión y Muerte de Jesucristo” (Miacatlán); “El Mártir del Gólgota” (Emiliano Zapata); “La Pasión de Cristo” (Tetela del Volcán); “Los Sayones” (Hueyapan, Tetela del Volcán); “Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo” (Tlacotepec, Zacualpan); “El Gran Sinedrio” (Tlayacapan); “Concilio de Semana Santa” (Ocoatepec, Cuernavaca); “Concilio de Semana Santa” (Huitzilac); “Concilio Vida y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo” (Coatlán del Río); “El Mártir del Gólgota” (Oacalco, Yauatepec). “La revolcada de los matacueros”. (Yecapixtla)

OBRAS DE CORTE HISTÓRICO: Zacatepec (Simulacro de la toma de la Alhóndiga de Granaditas. Tetelpa); Jantetelco (La obra o comedia del cura Mariano Matamoros); Tepalcingo (Simulacro o representación sobre la vida y muerte de Zapata y Batalla de los Apaches. Ixtlilco el Grande); Axochiapan (Batalla de los Apaches. Quebrantadero)

PASTORELAS: Zacualpan (La noche más venturosa. Tlacotepec); Cuernavaca (Ocoatepec); Mazatepec.

LOA: Zacatepec (Loa poética a la Virgen Santísima. Tetelpa)

OBRA GUADALUPANA: Tlaltizapán (celebración en honor a la Virgen de Guadalupe. Temimilcingo)



Quinto domingo de Cuaresma, Xochitlán, Yecapixtla/Fernando Soto



Fiesta de la Asunción, Tlacotepec, Zacualpan/Fernando Soto



Tecuanes, Tetelpa, Zacatepec/Fernando Soto



Ángel del reto, Quinto domingo de Cuaresma, Xochitlán, Yecapixtla/Fernando Soto



Danza azteca, Tepoztlán/Fernando Soto



Mojiganga, Temoac/Fernando Soto



Danza de los zopilotes de Axochiapan/Francisco Suástegui



Concilio de Semana Santa de Ciudad Ayala/Francisco Suástegui



Tecuanes, Tetelpa, Zacatepec/Fernando Soto



Tecuanes, Tetelpa, Zacatepec/Fernando Soto



Danza de la tortuga, Telixtac/Fernando Soto



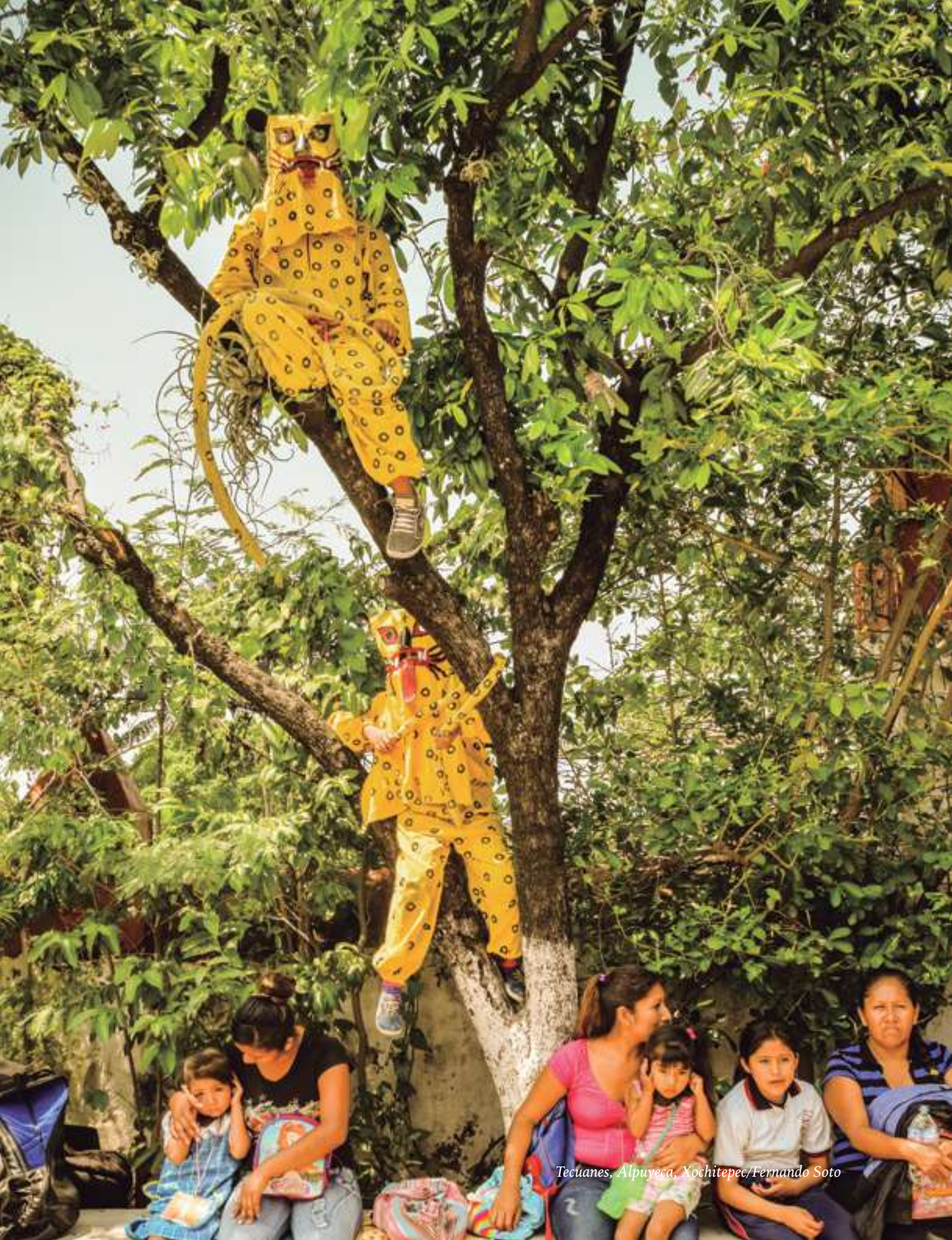
Tecuanes, Alpuyeca, Xochitepec/Fernando Soto



Procesión Señor de Huazopan, Santa Catarina, Yautepec/Fernando Soto



**Teatro-danza tradicional
de los tecuanes**



Tecuanes, Alpuyecá, Xochitepec/Fernando Soto

Teatro-danza tradicional de los tecuanes



ÓSCAR CORTÉS PALMA

EN LA REPÚBLICA MEXICANA existen muchas danzas tradicionales que se bailan año tras año en miles de pueblos y ciudades del país. Algunas de esas danzas tradicionales se caracterizan por que al menos uno de sus integrantes se disfraza de jaguar.

Esas danzas tradicionales, en las que interviene al menos un danzante disfrazado de jaguar, se bailan en al menos 151 poblados mexicanos, distribuidos de la siguiente manera.

El jaguar en la danza tradicional mexicana

ESTADO	DANZA	CANTIDAD
Guerrero	Danza de tecuanes o tecuanis (46) Danza de tlacoleros (18) Danza de tlaminques (5) Danza de los tigres o del tigre de los amuzgos (10) Peleas de tigres (5) Danza de los Tecuantlaminques (1) Danza de los maizos (1) Danza de los capoteros (1)	87 pueblos y ciudades
Morelos	Danza de tecuanes (tecuanis)	13 pueblos y ciudades
Puebla	Danza de tecuanes (tecuanis)	16 pueblos y ciudades
México	Danza de lobitos (tecuanis)	15 pueblos y ciudades
Oaxaca	Danza de tejorones (4) Danza de chilolos de el carnaval de Juxtlahuaca (1) Danza del tigre o de los tigres (5) Danza de los tigres de Zoogocho (1)	11 pueblos y ciudades
Tabasco	Danza del Pochó	1 ciudad
Chiapas	Danza del calalá	5 pueblos y ciudades
Veracruz	Danza del tigrillo, Mata del Tigre, Tantoyuca (1) Danza de los líceres (1)	2 pueblos y ciudades
Michoacán	Danza del tigre de Cuitzeo	1 pueblo
TOTAL		151 pueblos y ciudades

Como podemos observar en el cuadro anteriormente presentado, la mayoría de las danzas tradicionales relacionadas con jaguares se encuentran en una porción de terreno que incluye el estado de Guerrero y sus colindancias con los estados de Oaxaca, Puebla, Morelos y México.

También podemos percatarnos de que existen 17 danzas tradicionales mexicanas relacionadas con el jaguar. De estas danzas, 12 se encuentran en las tierras surianas ubicadas entre los estados de Guerrero, Morelos, Puebla, México y Oaxaca.

Danzas tradicionales mexicanas sobre jaguares

DANZA	POBLADOS EN DONDE SE DANZA	ESTADOS EN DONDE DANZA
Danza de los tecuanes (tecuanis, lobitos)	90	Morelos, Guerrero, Puebla, México
Danza de los tlacololeros	18	Guerrero
Danza del tigre de los amuzgos	15	Guerrero, Oaxaca
Danza de los tlaminques	5	Guerrero
Peleas de tigres	5	Guerrero
Danza del calalá	5	Chiapas
Danza de tejorones	4	Oaxaca
Otras danzas de jaguares	9	Guerrero, Michoacán, Oaxaca, Tabasco, Veracruz
TOTAL	151	

También nos podemos dar cuenta de que, de los 151 poblados que danzan danzas tradicionales relacionadas con los jaguares, al menos 140 poblados se encuentran en esta región suriana (Guerrero y sus colindancias con Morelos, Puebla, estado de México y Oaxaca).

Otro dato relevante es que, de los 151 poblados que danzan alguna danza disfrazados de jaguar, al menos 90 poblados danzan la danza de los tecuanes.

Como podemos darnos cuenta, la danza tradicional sobre felinos más bailada en la república mexicana es la danza de los tecuanes. La palabra *tecuanis* o *tecuanes* es de origen nahua y significa 'jaguar', 'tigre', 'lobo', 'fera', 'oso', 'león', 'animal carnívoro', 'animal salvaje', 'animal de uña'. En las diferentes danzas de los tecuanes se representa al *tecuanis*, como jaguar, es decir, como un felino de color amarillo con manchas negras.

La danza de los tecuanes es, por mucho, la danza más bailada de las danzas tradicionales sobre jaguares, y su distribución geográfica es muy amplia. Esto puede explicarse por la existencia de caminos en las tierras surianas que han favorecido un fuerte contacto entre los pobladores de estas tierras, y por tal motivo comparten tradiciones comunes, entre ellas las pintorescas danzas de los tecuanes.

Pero además de las danzas de los tecuanes existen, como se muestra en los cuadros presentados anteriormente, más danzas tradicionales

sobre jaguares. Y además también existen rituales, arte, leyendas, zonas arqueológicas en estas tierras surianas que demuestran la importancia de este animal, el jaguar, como símbolo de la identidad de esta región.

En el estado de Morelos, las danzas de los tecuanes se bailan tradicionalmente en las ferias patronales de 13 poblados morelenses ubicados al sur del estado. Anteriormente la danza de los tecuanes en Morelos se danzaba en algunos poblados en donde actualmente ya no es bailada regularmente; por ejemplo, en Tehuixtla, perteneciente al municipio de Jojutla; se baila esporádicamente en Puente de Ixtla, y se ha perdido en Temixco y Tepoztlán.

Para finalizar es importante mencionar que la danza de los tecuanes también tiene una parte teatral, diálogos y personajes. Y es tan variada esta danza que cada comunidad que la representa le da su toque personal, es por eso que las músicas, los vestuarios, los personajes, los diálogos, la coreografía de las danzas de tecuanes en algunas ocasiones son parecidas pero en otras son completamente diferentes. Esto ha provocado que cuando se reúnen estos grupos dancísticos, en encuentros regionales de danzas de tecuanes, salte a la vista la gran creatividad de los pobladores de estas tierras.





CALENDARIO Y DISTRIBUCIÓN DE LAS DANZAS DE TECUANES

Alpuyecá, Xochitepec

24 de septiembre en las festividades de la Virgen de la Merced y el 7 y 8 de diciembre en la feria patronal de la Virgen de la Concepción.

Atlacahualoya, Axochiapan

25 al 29 de septiembre en la feria patronal de San Miguel Arcángel.

Axochiapan

8 al 26 de enero en la feria patronal de San Pablo Apóstol.

Coatetelco, Miacatlán

24 de junio en las festividades de San Juan Bautista y de último domingo del mes de enero hasta el 2 de febrero en las festividades de la Virgen de la Candelaria.

El Higuérón, Jojutla

4 de octubre en las festividades de San Francisco.

Ocoitepec, Cuernavaca

6 de agosto en las festividades de San Salvador y el 25 de diciembre en la fiesta de la Natividad.

Tenextepango, Villa de Ayala

24, 25 y 26 de julio en las festividades a Santiago Apóstol.

Tepalcingo

Se baila los sábados y domingos del mes de enero en las festividades de la parroquia de los Santos Reyes.

Tetelpa, Zacatepec

7 y 8 de diciembre en las festividades de la Virgen de la Concepción y el 25 y 26 de diciembre en Navidad.

Tetecala

12 de diciembre en las festividades de la Virgen de Guadalupe.

Xoxocotla, Puente de Ixtla

1 de mayo en la feria patronal de San Felipe y el 8 de septiembre en la feria patronal de la Virgen de la Natividad.

Tlatenchi, Jojutla

Se baila en la fiesta patronal de este poblado.

Telixtac, Axochiapan

Se baila el primer viernes de Cuaresma, el 6 de agosto y el 22 de julio en la feria patronal de Santa María Magdalena.



Tecuanes, Tetelpa, Zacatepec/Fernando Soto



Tecuanes, Alpuyea, Temixco/Fernando Soto



Tecuanes, Tetelpa, Zacatepec/Fernando Soto



Tecuanes, Tetelpa, Zacatepec / Fernando Soto



Tecuanes, Tetelpa, Zacatepec/Fernando Soto



Tecuanes, Tetelpa, Zacatepec/Fernando Soto



Tecuanes, Alpuyecá, Xochitepec/Fernando Soto



Fiesta en Alpuyecá/Fernando Soto



Tecuanes, Alpuyecá, Xochitepec/Fernando Soto



Tecuanes, Alpuyecá, Xochitepec/Fernando Soto



Tecuanes, Alpuyecá, Xochitepec/Fernando Soto



Panorama de la música popular



Chirimitero, Atlatlaucan/Fernando Soto

Panorama de la música popular

JESÚS PEREDO

EL CONCEPTO DE “MÚSICA POPULAR” tiene muchas interpretaciones que están en debate permanente entre los especialistas.¹ Esto se debe a que se confunde con conceptos que van desde la “música folclórica”² hasta la “música de masas”, es decir, la que se ha *popularizado* a merced de los medios electrónicos. Simultáneamente se entiende que ésta es la música del “verdadero pueblo”, la que crea y escucha el colectivo de personas marginadas, desposeídas y sin acceso a la ilustración.

Se pueden seguir buscando definiciones afines, pero con términos tan inasibles es complicado llegar a acuerdos. Así que con el fin de tener una aproximación más firme al objeto de este texto, se propone un concepto que aunque también es sumamente resbaladizo y confuso, nos puede situar mejor en el tema. Nos referimos al de “tradición”.

En los últimas décadas, esta palabra se ha usado de manera diversa, pero casi siempre ajena a su verdadero significado. Y es que, debido a la falta de información, la empleamos para hablar de “nuestras costumbres”, de aquello que “nos distingue”, de lo “típico” o, incluso, de que lo que nos “da identidad”. Sin embargo, a la hora de revisar este término, nos encontramos que, según el *Diccionario Universal Latino Español* de Manuel de Valbuena³, *tradición* proviene de *trādītō* y *ōnis*, que significa:

La acción de entregar o de poner en las manos [...] opinión antigua, derivada de unos á otros.

Por consiguiente, en estas líneas entenderemos por *tradición* la entrega del conocimiento

acumulado a las nuevas generaciones o, como señala Catherine Héau: “el modo de transmisión en el tiempo, al interior de un mismo grupo social, de representaciones, comportamientos, instituciones y productos culturales”.⁴ Esta práctica intergeneracional ha sucedido entre todos los millones de seres de nuestra especie que nos han precedido.

La tradición enmarca todas las esferas de la experiencia humana. Pongamos como ejemplo a la ciencia y la tecnología. ¿Qué sería de éstas sin su propia tradición? Seguramente cada nueva generación estaría condenada a volver a descubrir las características del fuego, la fundición de los metales y las propiedades curativas de las plantas. Sin la tradición científica y tecnológica tampoco conoceríamos las naves espaciales o las computadoras, dado que la elaboración de estas máquinas requiere de la información, compleja sofisticada, que se ha creado a través de los siglos.

En nuestro tiempo, cada disciplina requiere apoyarse del conocimiento acumulado y especializado, sirviéndose de su propia tradición. Las artes, en general, y la música, en particular, no pueden escaparse de esta lógica.

Ahora bien, en el campo estrictamente musical, hay dos formas de transferir el conocimiento: la oral y la académica. Esta última se aprende en instituciones educativas especializadas, de manera más o menos sistemática. En cambio, suele aceptarse que la música “popular” se mantiene “viva” gracias a que un colectivo abstracto conocido como el “pueblo” o la “comunidad” la crea, la difunde y la transfiere. Actualmente se da por hecho que esta circunstancia sucede en todos los diversos grupos humanos esparcidos por el planeta.

¹ Arturo Warman, *La danza de moros y cristianos*, (2.a ed.), México; INAH 1985. En el prólogo se expone esta problemática.

² *Folklore, folclore o folclor*; es un concepto de origen inglés que significa “sabiduría del pueblo”. Fue acuñado por Williams Thoms en 1846; y difundido como ciencia por Edgar Tylor en 1871. En tiempos recientes, en México, se usa de manera peyorativa para señalar algo o alguien que no cumple con las expectativas esperadas.

³ *Diccionario universal latino-español* (6.a ed.), Madrid: Imprenta 1829, p. 755.

⁴ Catherine Héau de Giménez. “Marcas de oralidad en los corridos surianos”, artículo inédito.



Sin embargo, no hay evidencia de que este traspaso de saberes suceda por generación espontánea, es decir, gracias a la intervención del “pueblo”, sino que, en la realidad, la transferencia del conocimiento se debe a individuos talentosos, que hay en todos los grupos humanos. Son éstos quienes, paciente y acuciosamente, se han tomado el tiempo de hacer acopio de esta información para empaparse del conocimiento heredado por sus antepasados, hasta perfeccionarlo a lo largo de su vida. Cuando les ha sido posible han innovado este conocimiento y al final lo han entregado a sus descendientes o, en su defecto, a las nuevas generaciones de su entorno. Es claro que este procedimiento ha tomado miles de años y por eso cada sociedad, civilización o cultura, ha creado su propia forma de organización sonora, creando una multitud de metalenguajes que las naciones influenciadas por la cultura grecolatina llamamos “música”.

En efecto, *música* proviene de *mousiké*, que en griego significa ‘el arte de las musas’. Esto se debe a que, para los helenicos, la creatividad estaba inspirada por estos seres míticos. Por su parte, el término *arte*, proviene del latín *ars* o *artis* y del griego *téchnē*. Si bien esta palabra se refiere a la técnica usada en diversas tareas, en la historia reciente, aquí entenderemos “arte” como el cúmulo de conocimientos que se requieren para lograr el dominio, o maestría, de medios de expresión de carácter creativo como son la literatura, el teatro, la música, la danza, las artes visuales, etcétera.⁵

En suma, este artículo está orientado a conocer y entender las diversas músicas tradicionales de Morelos que han sobrevivido hasta los albores del siglo XXI. No están incluidas las formas musicales que han homogeneizado el gusto en diversas partes del mundo y que están inspiradas más por el éxito económico que por ser parte de un conocimiento que se entrega de generación a generación. La restricción no se basa en el gusto personal del autor de estas líneas, sino en el espacio limitado que obliga a ocuparse de las sonoridades y músicas que pertenecen a esta región y cuya singularidad nos distingue del resto del planeta.

La historia sobre el desarrollo sonoro en el territorio que hoy ocupa el estado de Morelos es un campo sumamente virgen y, en la actualidad, se

requiere enfrentar con rigor los grandes enigmas que hay que develar en este tema para comprender su largo proceso. En las siguientes líneas, el lector podrá tener un esbozo *grosso modo* de los diferentes periodos de lo que conocemos de la música que se ha producido en esta entidad federativa y que ha llegado a nuestra época como un legado sumamente valioso de los que nos han precedido, obligándonos a cumplir con el proceso de entregarlo a las futuras generaciones.

Es necesario aclarar que, en muchas culturas de nuestro planeta, el concepto, “música” no refleja la idea de esta expresión tal como se concibe en Occidente, por consiguiente, usaremos el término *sonoridad*, para referirnos a las culturas indígenas de origen prehispánico, alejadas de este concepto grecolatino. Mientras que *música*, se utilizará cuando se hable del fenómeno sonoro que ha sido influido, de manera suave o contundente, por la cultura occidental. Esto incluirá el largo periodo que va desde la erección de la Nueva España, en el siglo XVI, hasta nuestro tiempo.

Las sonoridades mesoamericanas

En un proceso que duró centurias, los grupos nómadas que transitaban por estas tierras cambiaron su esquema de supervivencia, proveniente de la caza y la recolección de frutos, para transformarse en sociedades agrícolas sedentarias. Con el tiempo se convirtieron en comunidades cada vez más refinadas. Hasta fundar las grandes civilizaciones que hoy tanto nos honran. En este contexto, uno se pregunta: ¿cómo pudieron ser las sonoridades creadas en Chimalcatlán o Chalcatzingo?

Merced a lo que hoy se conoce acerca del calendario ceremonial azteca,⁶ podemos considerar que en nuestra entidad se fueron estableciendo celebraciones civiles y religiosas cada vez más elaboradas, situación que seguramente obligó a los sacerdotes y sabios de esas sociedades ancestrales a fomentar la construcción de nuevos productores de sonidos muy especializados y la creación de repertorios cada vez más complejos, con el fin último de alabar a sus deidades.

Esto puede sonar descabellado, pero eso mismo sucedió en otras culturas. Pongamos de ejemplo el rito cristiano católico, sólo por ser el

⁵ Debido al poco espacio no es posible detenernos a abundar sobre este tema. Se sugiere al lector que requiera ampliar sus conocimientos al respecto, consulte *La definición del arte*, de Umberto Eco, Barcelona, Martínez Roca, 1970.

⁶ José Antonio Guzmán Bravo, “El calendario ceremonial mexicana.” *En La música de México*, Julio Estrada (ed.), México, UNAM, 1986, vol. 1. Se puede abundar más en *La conquista musical de México*, de Lourdes Turrent, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

más extendido entre la población del estado de Morelos, actualmente. Las monodias, que cantaban los primeros creyentes de los albores de nuestra era, con el transcurrir de los siglos se transformaron en los cantos gregorianos, luego en los primeros balbuceos de la polifonía, hasta transformarse en algunas de las grandes formas musicales que en la actualidad conocemos como “música sacra clásica”,⁷ es decir: cantatas, ofertorios, misas, réquiems, etcétera.⁸ A través de los siglos estas estructuras se hicieron cada vez más y más elaboradas.

Esta circunstancia obedeció a que el boato de esa liturgia, reinante en toda Europa hasta el siglo xvi,⁹ se hizo muy demandante de obras musicales que “exaltaran la grandeza de Dios”.¹⁰ La escisión de la Iglesia luterana, en esa misma centuria, no logró disminuir esa fastuosa creatividad sonora, por lo contrario, en el seno del rito protestante surgieron grandes figuras como Johann Sebastian Bach, quien, entre decenas de músicos notables, es considerado como uno de los más grandes compositores europeos de todos los tiempos.

Por consiguiente, no es remoto pensar que las sociedades que se establecieron en este territorio tuvieron un proceso de desarrollo sonoro similar. Este esquema seguramente se repitió constantemente en el resto de Mesoamérica.

Lo que sucedió en el periodo de 1000 años entre Chalcatzingo y la construcción de la acrópolis de Xochicalco se ignora, pero debió haber propiciado el ejercicio creador de las ciudades estado que les siguieron. Para darnos una idea de lo que aconteció en esos tiempos hay que acercarse a los testimonios de los que estuvieron en primera fila durante los primeros años de

la Conquista. Ellos observaron y estudiaron los aspectos más singulares de la civilización azteca, que se desmoronaba ante sus ojos.¹¹

Esforzábanse los nobles (...) si no eran para la guerra, para valer y ser sabidos, y componer cantos en que introducían por vía de historia de muchos sucesos prósperos y adversos, y hechos notables de reyes y de personas ilustres y de valer. Y el que llegaba al punto de esta habilidad era temido y muy estimado, porque así eternizaba con estos cantos la memoria y la fama de las cosas que en ello componía y por esto era premiado no sólo del rey, pero de todo el resto de los nobles...¹²

Existe un gran número de registros realizados desde el inicio de la Conquista, en el siglo xvi, como éste de Juan Bautista Pomar, en los que se destaca el rigor con el que se componían los *cuícatl*,¹³ así como la importancia social que tenían los *cuicapicqui*.¹⁴ Tal y como indican Pomar y muchos otros,¹⁵ su habilidad para crear estos *cuícatl* o cantos era tan temida como estimada y respetada.

Sabemos poco de los grupos que habitaron la región en este periodo tan largo, pero al menos existe un buen número de vestigios arqueológicos, donde se han encontrado algunos instrumentos rituales sonoros. Es cierto que no será fácil sustraer su valiosa información, pero ahí está la clave para descifrar este misterio.

La fabulosa acrópolis de Xochicalco posee tres observatorios estelares y fue hábitat de los más poderosos sabios de su tiempo. Es en la actualidad la zona arqueológica más emblemática de la entidad. Por eso ha recibido una especial atención en las últimas décadas. Gracias a los trabajos

⁷ En este caso, el concepto se refiere exclusivamente a la “música” procedente de la cultura grecolatina. Sin embargo, para muchas culturas del planeta, las músicas o sonoridades “clásicas” son las que se producen en el contexto de los sistemas y códigos marcados por su propia tradición.

⁸ Simultáneamente, a través de los siglos, las reglas de composición litúrgica se integraron a la música seglar o profana como partitas, *suites*, sonatas, conciertos, sinfonías, óperas, etcétera.

⁹ En 1517, Martín Luther o Lutero hizo pública su *Diputatio pro declaratione virtutis indulgentiarum*, documento conocido como Las 95 tesis de Lutero. Iniciando así su lucha por reformar la Iglesia católica. Para tal fin las clavó en la puerta de la iglesia del Palacio de Wittenberg.

¹⁰ Se dice que para Lutero “lo primero era Dios, e inmediatamente después, la música”.

¹¹ Se cree que el derrumbe de Xochicalco se produjo alrededor del año 900 de nuestra era. El texto testimonial citado narra acontecimientos transcurridos durante la segunda mitad del siglo xvi, es decir, a más de seis siglos de distancia.

¹² Segala, *Literatura Náhuatl: Fuentes, identidades, representaciones*. CONACULTA, México, 1990. Cita tomada de la *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España* de Juan Bautista Pomar, 1582; publicadas en *Poesía Náhuatl*, de Ángel María Garibay, México, 1964.

¹³ En el contexto de los estudios sobre las estructuras de la literatura azteca, los investigadores proponen a los *cuícatl* como la “poesía”, mientras que los *tlatolli* constituyen como la “prosa”. Ambas en lengua náhuatl. Sin embargo, ambas formas contienen características tan singulares que aún se discute la manera en que se deben abordar ambas organizaciones literarias.

¹⁴ Los *cuicapicque* o *cuicapicqui*, se ocupaban de crear los nuevos *cuícatl*, basándose en el profundo conocimiento de su tradición religiosa y literaria.

¹⁵ Fray Toribio de Benavente, *Motolinía*, Fray Bartolomé de las Casas, Bernal Díaz del Castillo y el propio Hernán Cortés.



realizados por Leopoldo Batres en 1909, Jaime Litvak en la década de los sesenta, Jorge Angulo en los años setenta; y hasta los recientes descubrimientos de Norberto González en los años ochenta y noventa, ha sido fascinante observar cómo se ha develado uno de los episodios más relevantes de nuestra historia regional.¹⁶

Si los sabios xochicalcas de aquellos tiempos eran tan eruditos que podían medir con notable exactitud el movimiento estelar¹⁷ y tener un registro exacto de los eclipses, es totalmente comprensible que en esta sociedad tan refinada se haya encontrado un aerófono¹⁸ tan peculiar como la gran “trompeta” en forma de caracol marino, que fue fabricado expresamente para producir un tipo de sonoridad que seguramente fue impactante para toda la población que radicaba dentro y alrededor de ese sitio.

Este hallazgo es una evidencia esencial sobre el papel que ocupaba el ejercicio cotidiano de la manipulación sonora en estas sociedades. La utilización de caracoles marinos provistos de orificios, para poder variar la altura de los sonidos producidos por estos artefacto está presente en todas las culturas del altiplano mexicano.

Sin embargo, el caracol de la casa de las Flores¹⁹ llama la atención por su extraordinario tamaño: aproximadamente unos 70 centímetros de largo por 40 de alto. Este ingenio sonoro debió haber requerido de mucha destreza para lograr que emitiera el sonido deseado. Por otra parte, destaca el material con el que se elaboró tal artificio. No es un caracol natural, sino que está fabricado con arcilla estucada. Su tamaño y fragilidad, debido a que está hueco, no debió permitir una manipulación en solitario, sino que debió requerir de la participación de varias personas para cargarlo y ejecutarlo. Este tipo de instrumentos tenían una alta estima dentro de los ritos religiosos. Este aprecio seguramente provenía de las frecuencias que emitía, porque esa cualidad le permitía alcanzar distancias más o menos largas. Probablemente era un instrumento utilizado para dar aviso del inicio de las ceremonias. A semejanza de cómo lo usan las actuales cofradías de danzantes de inspiración azteca.

Este aerófono xochicalca es un indicador de la importancia de la manipulación sonora entre

los diversos grupos humanos que se establecieron en este territorio. Durante siglos se fueron incorporando todas estas sonoridades a la vida comunitaria, cuyos metalenguajes y artefactos, para crear sonidos sumamente complejos, aún no podemos desentrañar ni comprender en su totalidad.

En este nuevo milenio se han comenzado a realizar diversos estudios sobre los recursos y posibilidades físicas de emisión sonora de estos ingenios rituales prehispánicos. El resultado que arrojan estas investigaciones nos habla de la gama infinita de posibilidades que tienen estos objetos para producir sonidos. Sin embargo, aún no es posible especificar de cuáles alturas y timbres se servían nuestros antepasados para crear la complicada combinación de “melodías” que, según los testigos europeos, producían los numerosos ensambles indígenas en sus grandes ceremonias civiles y religiosas.

El estudio del arsenal instrumental que se ha encontrado por todo el territorio nacional no es reciente. Con el fin de profundizar sobre este tema, desde hace décadas varios investigadores especializados en organología²⁰ han trabajado esencialmente con la colección en resguardo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, (INAH). Por lo tanto, es importante recuperar y valorar los estudios sobre instrumental y sonoridades prehispánicas, especialmente los realizados por destacados investigadores como Daniel Castañeda, Samuel Martí, Vicente T. Mendoza, Gabriel Saldívar, Raúl Hellmer, Rubén M. Campos, Miguel Galindo, Robert Stevenson, Henrietta Yurchenko, Thomas Stanford; y más recientemente, José Antonio Guzmán, Guillermo Contreras, José Luis Sagredo, Lourdes Turrent y Felipe Flores. Sólo por citar a los más destacados.

La apasionante labor de todos ellos, que encierra prácticamente todo el siglo xx y lo que va del xxi, nos hace recobrar conciencia sobre el eterno misterio que rodea el origen de la necesidad humana de utilizar diversas sonoridades para acompañar los momentos más relevantes de su vida cotidiana, sea social, familiar o individual.

Hay buen número de instrumentos sonoros que se han encontrado en diversos puntos del

¹⁶ Esta información fue tomada de la página web del Centro INAH Morelos. Enero de 2009.

¹⁷ En otras partes de esta obra, el lector seguramente encontrará una información amplia sobre la corrección de fecha que se hizo en el calendario xochicalca y, presumiblemente, mesoamericano.

¹⁸ Los aerófonos son instrumentos que producen su sonido por medio de la vibración de una columna de aire.

¹⁹ Nos referimos a Xochicalco. Cabe señalar que se ignora cómo se llamaba esta ciudad en su tiempo. La “casa de las Flores” es un nombre de origen náhuatl que se le dio posteriormente.

²⁰ La organología es la ciencia que estudia las características físicas de los instrumentos musicales del todo el planeta.



estado. Sobre todo hay aerófonos de las más variadas formas y materiales del tipo de flautas, trompetas y ocarinas. Pero es probable que también hayan ideófonos,²¹ como sonajas, teponaztles y raspadores; además de membranófonos,²² del tipo de tambores de parche sencillo. Es posible que el principio organológico sea similar en muchos de los casos, pero se requiere profundizar sobre las técnicas de ejecución, así como en cuáles piezas, danzas o ceremonias eran utilizadas preferentemente. Sería de gran utilidad documentar el uso y presencia que tuvieron estos artefactos en las culturas anteriores y contemporáneas a la expansión del Imperio azteca. Pero, siendo realistas, es poco probable rastrear esta información con toda certeza.

Por otra parte, en las últimas décadas, con el afán de recuperar “lo nuestro”, se han inventado multitud de “danzas indígenas”, cuyo repertorio está muy lejos de las sonoridades mesoamericanas. Esto se infiere, entre muchos indicadores, porque casi todos estos bailes se basan en un pulso regular, lo que delata la influencia indudable de la música occidental.

Una evidencia de esta confusión son ciertas piezas de “pito y tambor”²³ que se usan para acompañar las danzas de Los tecuanes o la de Los tlacololeros, que han mantenido, aparentemente, algunos elementos nativos, anteriores a la Conquista. Aunque esta combinación instrumental es originaria de la Europa medieval, el vestuario y la coreografía pueden ser escasos vestigios de un sincretismo que nos puede dar luz sobre la manera en cómo se concebía lo que hoy conocemos como música y danza en las culturas mesoamericanas.

El virreinato

Libro que hace brotar flores de mi atabal
canto es mi palabra, flor mi pensamiento.²⁴

La guerra por la conquista provocó que las formas sonoras indígenas de todos los territorios tomados, incluido el actual espacio geográfico que ocupa el estado de Morelos, fueran ex-

terminadas por completo. Primero de manera brutal y luego de manera menos violenta, pero igualmente agresiva y despiadada, a través de la evangelización.

Desde la perspectiva del poder civil y eclesiástico de los vencedores, el estrecho vínculo que había entonces entre las sonoridades indígenas y sus ceremonias religiosas requería ser borrado para siempre de la memoria colectiva. Esto incluía a toda su tradición vocal e instrumental. El fin era someter a todos los vencidos para imponer a la fuerza su cosmogonía, a efecto de que los poderes civiles y religiosos indígenas se sometieran en su totalidad a los invasores.

Así que en 1522 poco después de la conquista de Cuauhnáhuac, en 1519 y de Tenochtitlán, en 1521; Hernán Cortés solicitó al rey Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano, y éste a su vez al papa León X, la presencia de representantes de la Iglesia católica. La respuesta definitiva la dio el papa Adriano VI. Así que, con el objeto de llevar a cabo la conquista espiritual de los territorios conquistados, en 1524 arribaron a la naciente Nueva España, 12 importantes monjes franciscanos.²⁵ En cuanto éstos llegaron se comenzaron a construir capillas y conventos en los territorios conquistados. En el siguiente lustro se sumaron a esta tarea dos órdenes más: los agustinos y dominicos. Para 1540 ya se habían incorporado decenas de misioneros y se comenzaron a erigir las diócesis de Tlaxcala, México, Oaxaca y Michoacán.

En esta región no se creó ninguna diócesis, sino hasta 1894, debido a que parte de estas tierras eran propiedad privada del marquesado del Valle de Oaxaca, su dueño, el propio Hernán Cortés y sus descendientes, así que sólo se permitió la construcción de conventos. De esta forma, las tres órdenes medicantes de franciscanos, agustinos y dominicos construyeron 14 conventos. Once se ubican actualmente en el estado de Morelos y cuatro en el estado de Puebla.

Por consiguiente, durante las tres centurias que duró el virreinato las tres órdenes religiosas ya citadas se instalaron e impusieron por toda la región su cosmogonía. Sin embargo, en medio del genocidio que resultó de la conquista militar

²¹ Los idiófonos son los instrumentos cuyo propio cuerpo produce el sonido, ya sea golpeándolo, sacudiéndolo o frotándolo. Como las claves, las maracas o el güiro.

²² Los membranófonos son los instrumentos que producen el sonido al vibrar una membrana. Es el caso de los tambores, cuyas membranas son los parches.

²³ Al parecer la práctica de danzar con música de pito y tambor es de origen europeo.

²⁴ Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl, México*, Porrúa, 1987.

²⁵ Fray Martín de Valencia, Francisco de Soto, Martín de Jesús (o de la Coruña), Juan Juárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente *Motolinía*, García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Juan de Ribas, Francisco Jiménez, Andrés de Córdoba y Juan de Palos.



y espiritual, se gestó lo que ahora somos, un país predominante mestizo. De tal manera que, parafraseando a Octavio Paz, en las cinco centurias siguientes, el mestizo pasó de ser paria a convertirse en presidente de la república.²⁶

A su vez, y como paradoja, los conventos se convirtieron más adelante en importantes centros de transferencia del conocimiento. Sobre todo en el caso de la música. Esto se debió a que el rito cristiano católico ya había generado un movimiento musical muy sofisticado y relevante. Los conventos del siglo XVI de esta zona no sólo no escaparon a esa dinámica, sino que aportaron elementos importantes que subsisten hasta nuestros días. Es el caso de las formaciones corales de clérigos que cantaban en el oficio divino. Con el fin de evitar las desafinaciones se usaban chirimías de varios tamaños que duplicaban cada voz.²⁷ Este instrumento se arraigó tanto entre nosotros, que aún se usa para las danzas que se hacen en las fiestas patronales de muchas partes del México central. Incluso, como generalmente se toca en los pueblos por personas mayores, muchos piensan que la chirimía es de origen indígena. Pero es un instrumento de origen árabe que se hizo muy popular en Europa desde la Edad Media.

Los primeros misioneros se tomaron la tarea de inculcar entre los niños y jóvenes, muchas veces hijos de nobles indígenas,²⁸ sus creencias y cosmogonía. Consideraban que para Cambiar a las sociedades indígenas hacia su religión tenían que convencer para vencer. Por ello se dedicaron a aprender todas las lenguas como les fuera posible y ser condescendientes con ciertos aspectos rituales indígenas, como la danza. A pesar de que los católicos conservadores no permiten que se baile dentro de los templos, en la Nueva España se hizo una práctica más o menos generalizada. Por eso, en muchos poblados como en Ocotepéc, Morelos, aún es posible ver a las danzas de las pastoras y contradanzas realizan sus coreografías dentro de la iglesia. Ambas son acompañadas con banda de viento.

Mientras que, en el atrio, se presentan los vaqueritos, con banjo y guitarra amplificadas electrónicamente, y los tecuanes, con pito y tam-

bor. A pesar de la cacofonía musical, todos bailan y tocan de manera simultánea durante seis horas, los días 25 de diciembre y primero de enero de cada año.

Para los españoles el triunfo obtenido en la Reconquista de la Península Ibérica, en 1492, y en la expulsión total de los musulmanes o moriscos representaron un símbolo de orgullo. Por eso nos trajeron su danza de moros y cristianos,²⁹ donde se representa la victoria que obtuvo el cristianismo español ante el islamismo árabe. Nuestros pueblos indígenas adoptaron y adaptaron esta danza por medio de lo que hoy conocemos como “retos”. Son puestas escénicas que se realizan en terrenos descampados de las comunidades rurales del estado. En ellas participan “actores” no profesionales originarios de estos poblados. En algunas representaciones los participantes montan caballos y las escenas son acompañadas por fuegos artificiales, bandas de viento y/o chirimiteros. Entre los “retos” morelenses derivados de los “moros y cristianos” están *La muerte de Roldán o Ferragús*, de Temoac; *Benjamín y Grancerán*, de Emiliano Zapata, y *Los doce pares de Francia*, de Achichipico.³⁰ En éste último son los cristianos franceses, bajo el mando de Carlo magno, los que luchan contra los moros.

Una interesante versión de esta danza son los célebres “chinelos”. Al parecer, todo indica que éstos se disfrazan de moros para burlarse del sometimiento que vivieron los españoles durante la presencia árabe en la Península Ibérica durante ocho siglos.

Ahora bien, retomando el legado que dejaron las órdenes medicantes en Morelos, vale la pena mencionar que, además de haber traído su tradición musical, también nos heredaron la pasión por la poesía. Sin el entorno intelectual que rodeaba entonces a los clérigos virreinales, quizá no hubiéramos tenido la oportunidad de haber conocido la luminosa literatura de sor Juana Inés de la Cruz o de don Carlos sigüenza y Góngora.

Los corridos de Morelos fueron compuestos en el marco de un movimiento lírico-musical que hoy se conoce como la trova suriana. Se

²⁶ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (5.a ed.), Barcelona, Seix Barral, 1987.

²⁷ Jesús Estrada, *Música y músicos de la época virreinal*, México, SEP/Diana, 1980.

²⁸ Lourdes Turrent, *op. cit.*

²⁹ Arturo Warman, *op. cit.*

³⁰ Mery Blunno, “El teatro campesino tradicional en Morelos.” En *Los doce pares de Francia*, 1994.



trata de un “conglomerado”³¹ de géneros que se mezcla a través de los siglos. Aunque no es sencillo seguir la huella de cada uno de ellos, hay indicadores que señalan que la trova suriana pudo nutrirse de la música religiosa que se practicaba en los conventos y de algunos de los estilos poético-musicales que eran muy populares durante el virreinato.

No hay que olvidar que cuando la poesía castellana renacentista llega a América, ya había sido influida por las corrientes literarias árabes, italianas y de los trovadores provenzales de los siglos XI y XII, del sur de Francia. Lo notable es que trovadores como Peire d’Auvergne y Folquet De Marseille crearon y difundieron un estilo de canción que se llamaba “trobar clus”, una especie de poesía hermética e ilustrada en la que por medio de metáforas se hacía referencia a personajes de la mitología grecolatina.³²

Hoy se sabe que los *troubadours*,³³ de la región de *Langue d’oc*, peregrinaban por todo el camino a Santiago de Compostela, en Galicia, España, componiendo y cantando trovas a Cristo, a la virgen y a los santos. Los juglares españoles pronto se empaparon de este conocimiento vulgarizándolo, mientras los clérigos medievales, influidos por esta trova provenzal, daban luz al inmenso repertorio de canciones eruditas del mester de clerecía. A todo esto hay que sumar la influencia de la poesía italiana renacentista de Francesco Petrarca y Giovanni Boccaccio en los escritores españoles de esta época, como Garcilaso de la Vega y muchos más. Uno de los metros más usados por los poetas de este periodo fue la “octava real” u “octava rima”. Es una estrofa de ocho versos de rima consonante que sigue esta estructura: A, B, A, B, A, B, C, C.³⁴ Por consiguiente, no deja de sorprender que en el Santuario de Jesús Nazareno de Tepalcingo, Morelos se encuentren dos cuadros majestuosos con sendas “octavas reales” de temas religiosos. Las imágenes son del siglo XVIII.

No así el impío, no así pues desdichado
Y asombrado a su mísero tormento,

Es qual polvo el infeliz que por pisado.
En remolinos se lo llevó el viento.
O como leve paja, al destemplado.
Fuego infernal, acaba en escarmiento
De la tierra infeliz desaparece,
Y humo de paja en si se desvanece.

A esta sabiduría, que se hizo tradicional en nuestro estado, habría que agregar los estilos musicales cortesanos y populares que se difundieron durante el periodo virreinal, como es el caso de las jácaras, chaconas, marizápalos, cum-bés, canarios e infinidad de estilos más.³⁵ No hay que perder de vista que, además de todos estos elementos introducidos a México por los conquistadores peninsulares, nuestros corridos surianos están también empapados de la literatura y filosofía indígena nahua, que ya tenía una sólida y consistente presencia en esta región, antes de la violenta irrupción militar que no logró exterminar del todo a nuestra cosmogonía.

Aquí se podrá apreciar un ejemplo de *Bola suriana* fechada alrededor de 1895, y atribuida a Martín Urzúa, en Jonacatepec, Morelos:

Bola de Cuba libre

Dioses del Olimpo, númenes excelsos,
prestadme vuestra elocuencia
para que mis rimas en melifluos metros
obtengan digna indulgencia.

Salve poeta, dios Apolo,
salve Minerva argentina;
salve ninfas del Parnaso,
salve inspiración divina.

A tres de febrero del noventa y cinco
la perla de las Antillas,
¡Viva Cuba Libre! gritó soberano
levantando sus guerrillas.

Independencia y derechos,
democracia y libertad,
son ninfas de amante emblema,
su pendón de autoridad.

³¹ Se propone este término en forma metafórica, porque, según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, conglomerado es una “masa formada por fragmentos redondeados de diversas rocas o sustancias minerales unidos por un cemento”. Esto mismo sucede con el son, el corrido y otros fenómenos sociales similares, en los que diversas formas musicales son agrupadas por el imaginario colectivo en un solo concepto que les da un sentido de unidad. A esto hay que agregar que todas estas variantes provienen de muchos géneros que llegaron en distintas circunstancias y condiciones a cada una de las regiones culturales de México a través de los siglos. Tomado del folleto del cd de Virtuosos del Son, 2015.

³² Ulrich Michels, *Guide illustré de la musique* vol. 1, París, Fayard, 1992.

³³ Los *troubadours* o *trobadores* eran del sur de Francia y hablaban en *langue d’oc*; mientras que los “trouvères” o “troveros” cantaban en *langue d’oïl*, que es la lengua madre del francés moderno.

³⁴ Antonio Quilis, (6.a ed.), Barcelona, *Métrica española*, Ariel, 1991.

³⁵ Maya Ramos Smith, *La danza en México durante la época colonial*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.



Antonio Maceo y Máximo Gómez
emprendieron la campaña,
para destronar la atroz tiranía
que allí ejercitaba España.

Y rodeados de patriotas
del entusiasmo y sus lampos,
lanzaron el guante al gobernador
Mariscal Martínez Campos.

Como se puede advertir, la producción lírico-musical suriana es sumamente ilustrada. Por eso ya se le conoce como “la canción campesina más erudita de América.”

Durante el periodo independentista arribó una nueva oleada de estilos enmarcada por la música de salón. Esta última corriente musical no sólo se prohibió al final del periodo virreinal, sino que influyó decididamente en el repertorio de todo el continente americano, desde el siglo XVIII hasta la primera mitad del XIX. Por consiguiente, no es raro escuchar polcas, valeses, mazurcas, *rheinländers*, marchas, y otros géneros, en Morelos y en muchas partes de México. Del mismo modo se incorporaron los estilos que estuvieron de moda en el mundo occidental desde finales del siglo XIX y hasta las primeras décadas del siglo XX. Tal es el caso de las danzas habaneras, danzones, tangos, foxtrots, *one-steps* y pasodobles, etcétera.

Como casi en todo el país, la música de bandas impulsada por Antonio López de Santa Ana, durante sus diversos periodos como presidente de la república, fue muy exitosa. Desde entonces, su presencia se ha fortalecido en todo el ámbito nacional. En nuestra entidad no hay ceremonia religiosa o civil en donde no haya una banda de viento tradicional. Su repertorio abarca desde temas sinfónicos de autores clásicos hasta piezas de moda actuales. Pero cada ocasión requiere un programa especial. Decía don Carlos Santamaría director de la Banda Brígido Santamaría, de Tlayacapan, Morelos: No se toca lo mismo en una boda, que en una procesión.” Al parecer las bandas guardan las costumbres de las sonoridades ancestrales indígenas, pero con un ensamble y un repertorio occidental.

En conclusión: durante estas cinco centurias, la música sacra, soporte de lo que hoy conocemos como música “clásica” o de “concierto”, ha estado presente en esta región suriana. Sin embargo, en estas tierras ha habido dos guerras civiles: la lucha por la independencia y la Revolución; amén

de los conflictos bélicos que ocurrieron durante casi todo el siglo XIX. El último éxodo masivo, por motivos naturales, se debió al terremoto de 1985. Por este motivo, los desplazamientos devastadores y los nuevos asentamientos, han dejado prácticamente sin memoria musical a casi la totalidad de la población del actual estado de Morelos. A eso hay que sumar el bombardeo permanente de los medios electrónicos de difusión masiva, desde principios del siglo XX: la radio, la televisión y, en las últimas décadas, las redes sociales. Además, para las nuevas generaciones ávidos de productos de consumo fácil, tal parece que la erudición es una antigüedad prescindible e inútil.

El éxito económico y social del rock, a nivel mundial, provocó una fatal homogenización de las sonoridades y músicas tradicionales a nivel mundial. Todo en perjuicio de las músicas tradicionales, de gran factura, que las miles de culturas humanas de la tierra crearon a través de miles de años. Todo esto ha terminado por exterminar las tradiciones musicales, no sólo de Morelos o de México, sino de todo el planeta.

Este fenómeno ha provocado una enorme confusión. Tal es caso de los artistas “emergentes”, cuya corriente está lejos de la técnica y el conocimiento profundo de las disciplinas artísticas. Puede ser que de ahí salga alguien que produzca cosas interesantes, pero, si no sucede, puede ser que este movimiento se quede como un tema más para las ciencias sociales y la psicología de masas, que para la teoría del arte.

Otros movimientos musicales de moda en las últimas décadas han sido los tríos de boleros y los mariachis. La música “de trío” tuvo su momento en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX, era una música cuyas guitarras y voces eran muy virtuosas. En Morelos hubo intentos por interpretar esta música, pero sin mucho éxito musical ni económico.

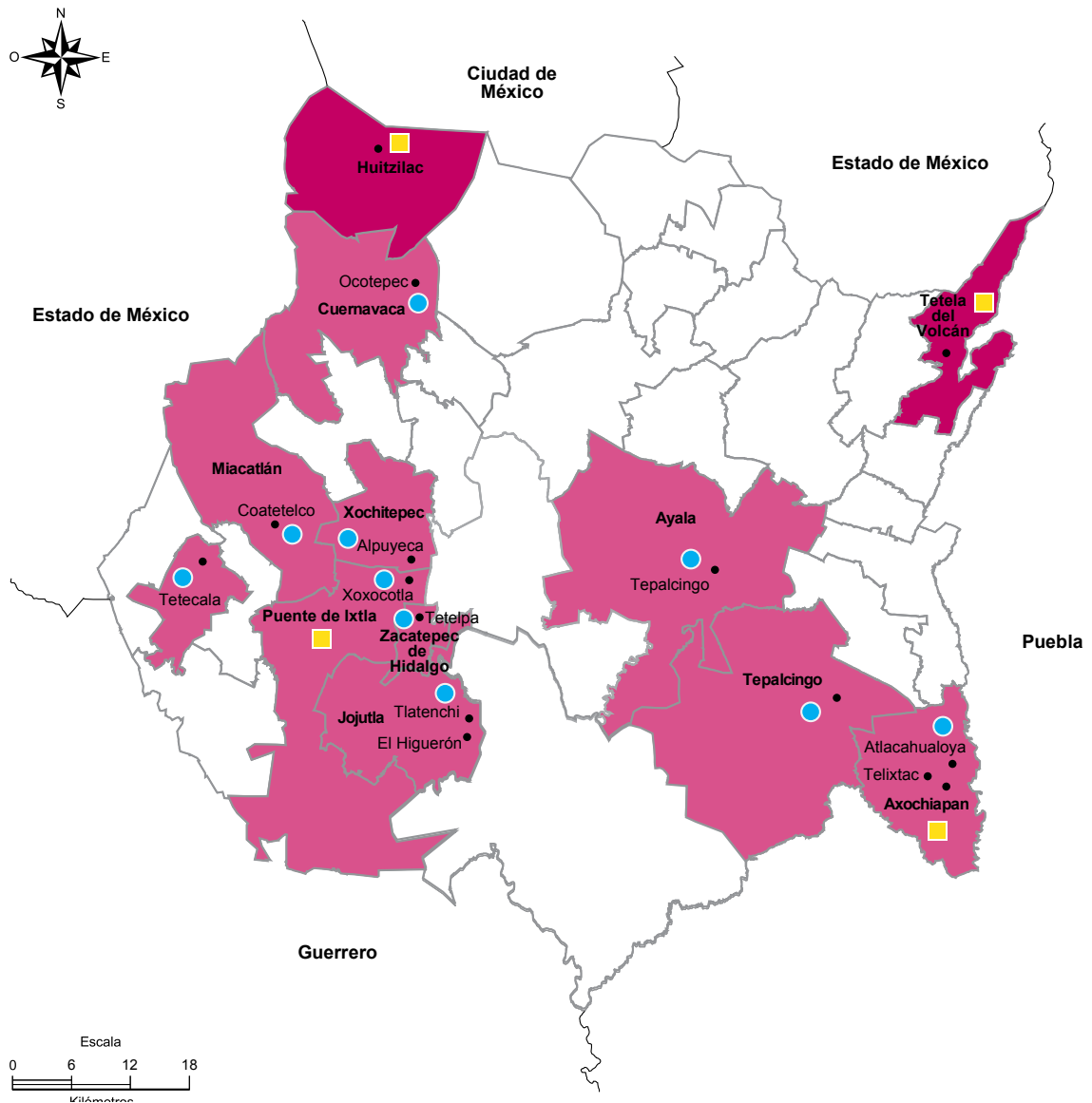
En el pueblo de Tetelcingo, municipio de Cuautla, ha proliferado una cantidad de mariachis. Pero ninguno de estos ensambles se ciñen a la tradición del repertorio de los Altos de Jalisco, lugar de donde procede esta música. Estos conjuntos interpretan las canciones de moda que la televisión comercial lanza al mercado. Así que éstos se centran en mantener en su programa los temas que más le gusta a su público. Hasta ahora ninguno de estos grupos musicales ha destacado a nivel nacional. Simultáneamen-



te comienza a haber un movimiento juvenil que trata de recuperar la tradición musical de la trova suriana. Ya hay compositores de los que seguramente se hablará en el futuro por la calidad y

solidez de sus trovas. Lo cual es un indicador que llena de esperanza la escena de amnesia musical que hemos padecido, en las últimas décadas, en el estado de Morelos.





● **PITEROS** (acompañan la danza de los tecuanes)

Coatetelco
Alpuyecá
Axochiapan
Ocotepéc

Tenextepango
Tetecala
Tepalcingo
Tetepala

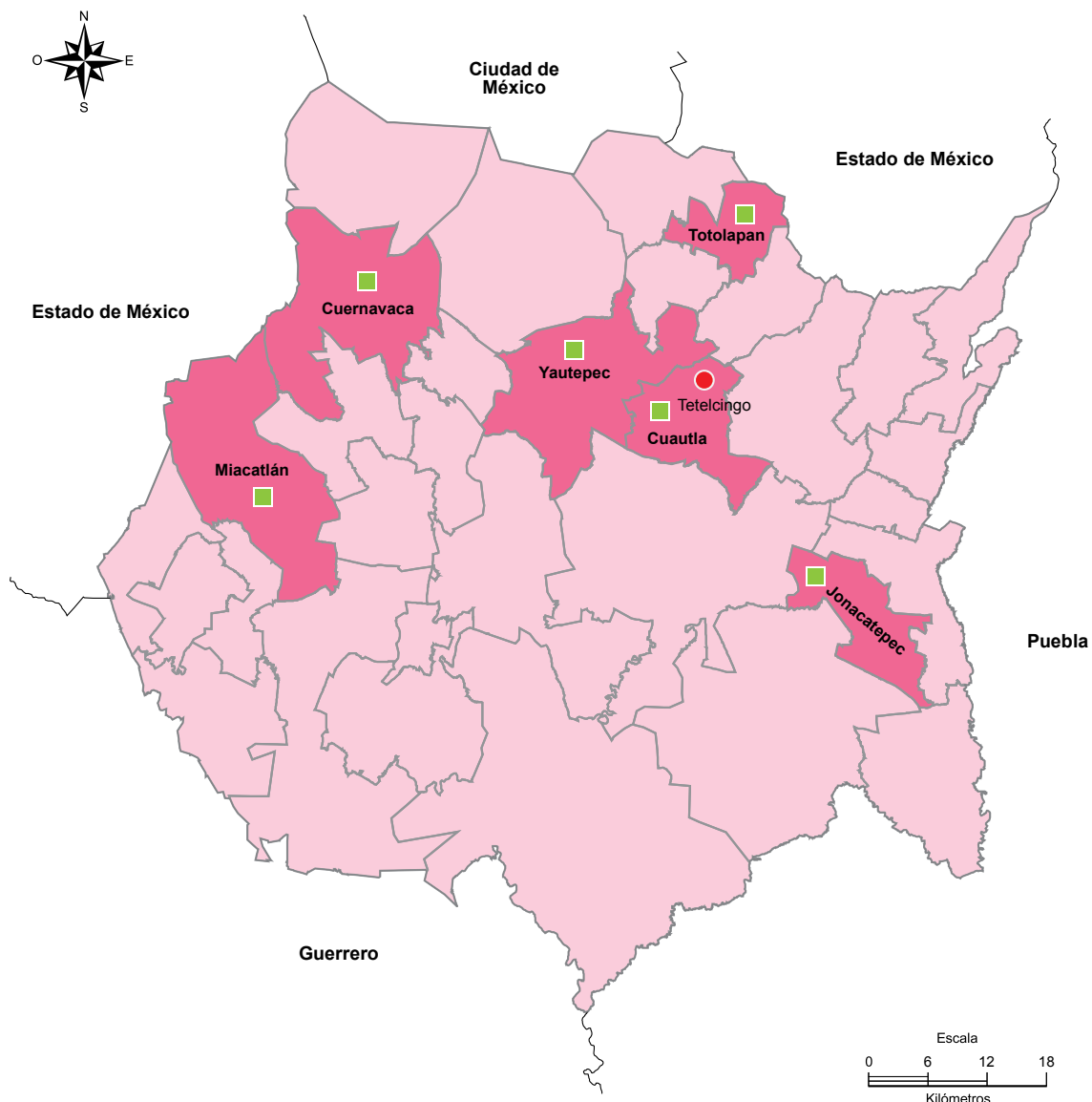
Xoxocotla
Tlatenchi
Telixtác

■ **PITEROS** (acompañan la danza como sayones en procesiones de Semana Santa)

Hueyapan
Tetela del Volcán

Huitzilac
Xoxocotla

Axochiapan



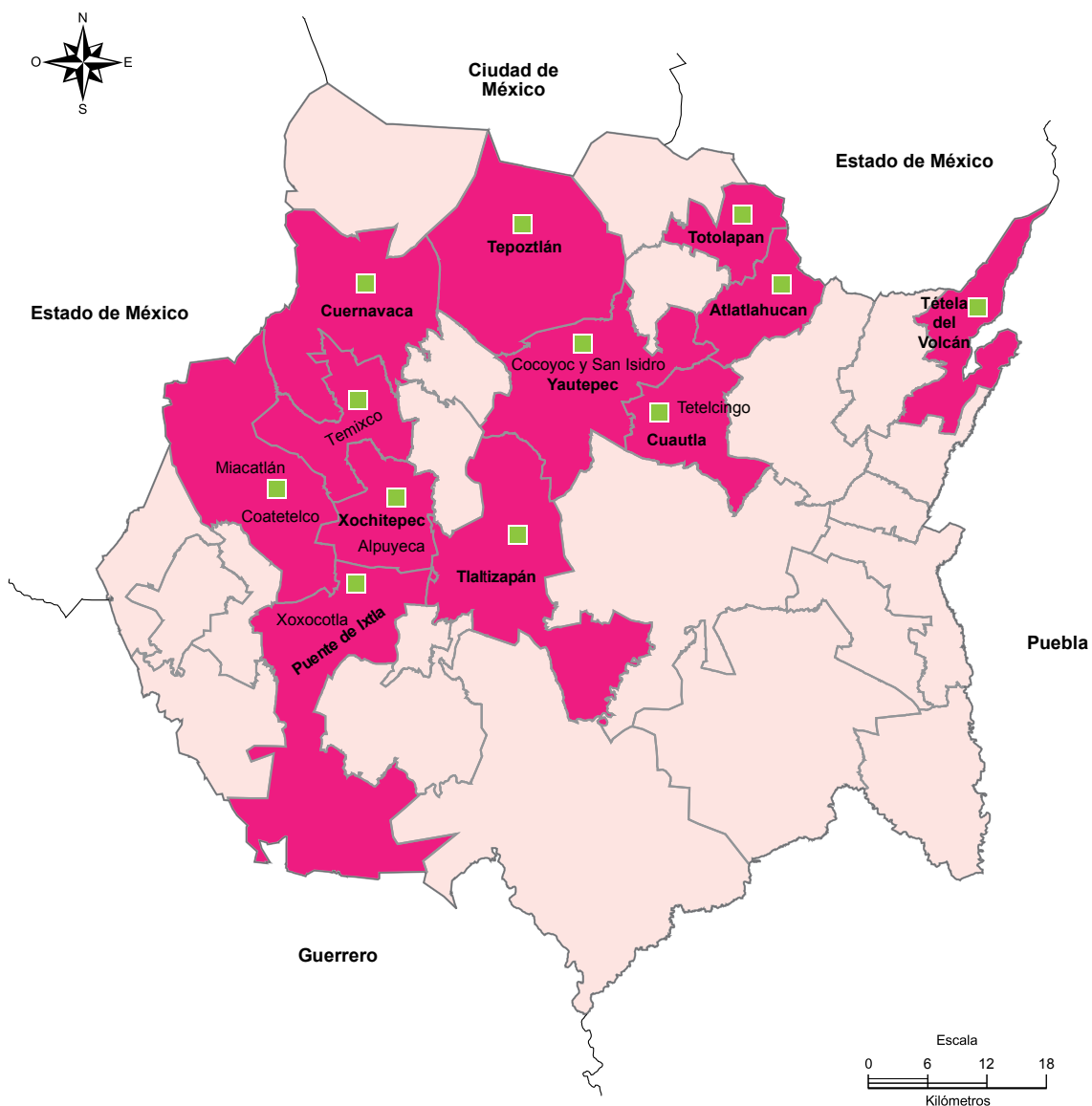
○ **MARIACHI NAHUA**

Tetelcingo

■ **MARIACHIS**

Hueyapan
 Tetela del Volcán
 Jonacatepec
 Cuernavaca

Yautepec
 Cautla
 Totolapan
 Miacatlán



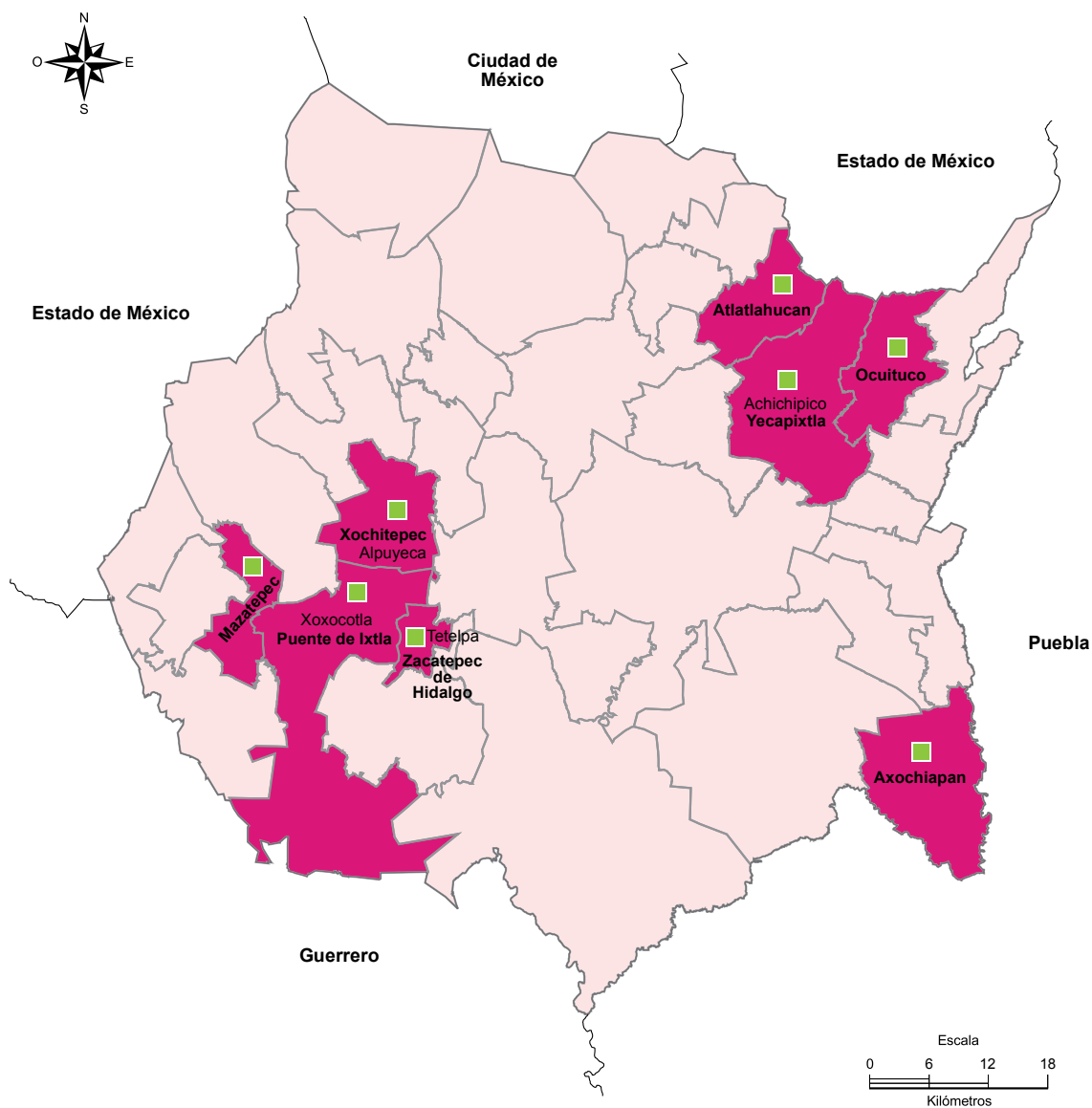
■ AGRUPACIONES MUSICALES QUE ACOMPAÑAN LAS DANZAS DE CONCHEROS Y AZTECAS

(la dotación instrumental puede variar, pero básicamente se compone de teponaztles, sonajas o ayocotes, huéhuetls, mandolinas)

Tetelcingo
Tetela del Volcán
Alpuyeca
Cuernavaca

Totolapan
Atlatlahucan
Coate-telco
Xoxocotla

Tepoztlán
Cocoyoc y San Isidro, Yau-tepec
Temixco
Tlaltizapán

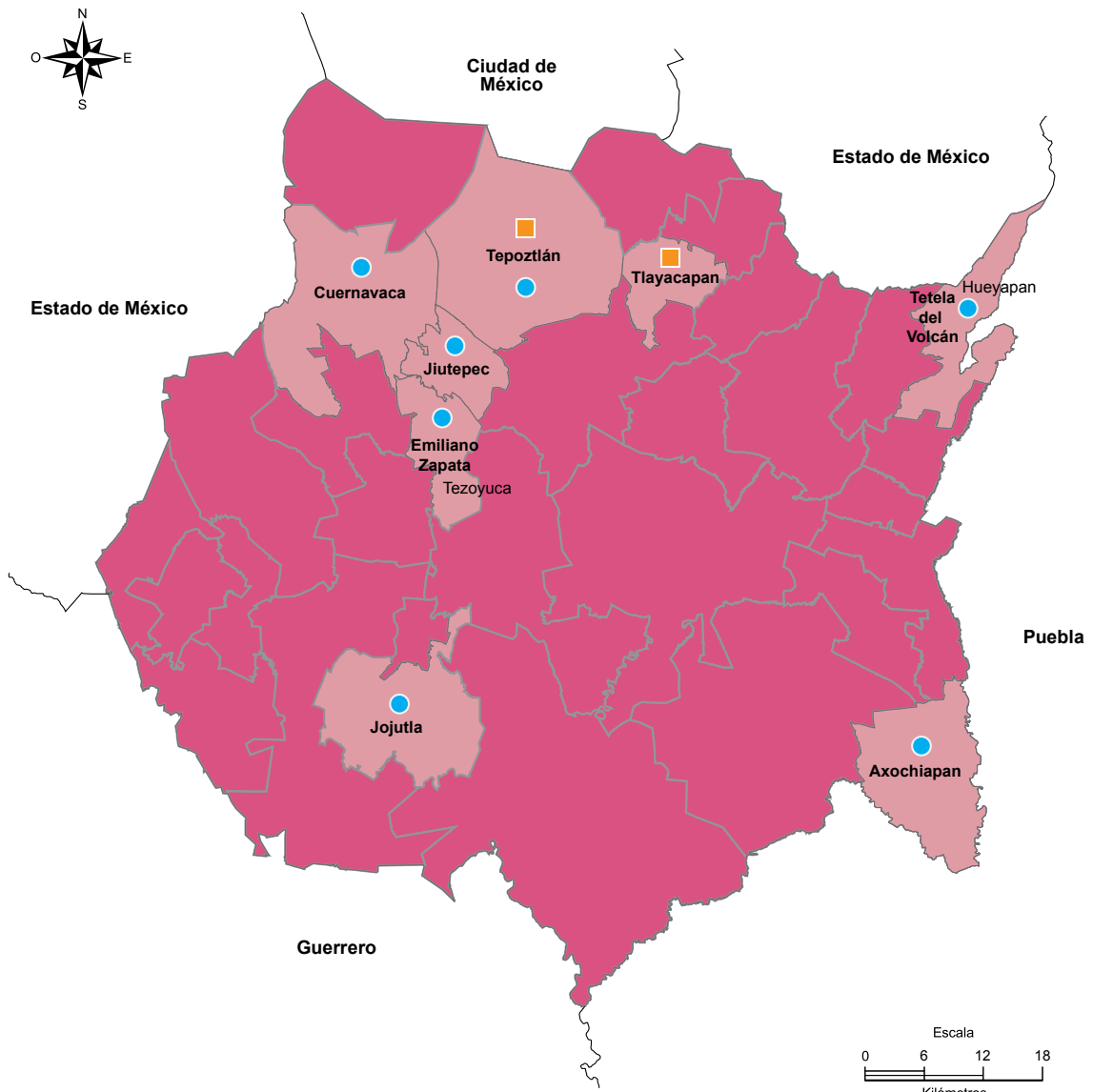


■ VIOLINISTAS Y AGRUPACIONES MUSICALES QUE ACOMPAÑAN LA DANZA DE VAQUEROS

Axochiapán
Ocuiluco
Achichipico

Yecapixtla
Tetelap
Xoxocotla

Alpuyecap
Mazatepec
Atlatlahucan



■ CHIRIMITEROS

Tlayacapan
Tepoztlán

● CORRIDO Y CANTO SURIANO

Tepoztlán
Axochiapan
Zapata
Tezoyuca

Jojutla
Hueyapan
Cuernavaca
Juitepec



Músicos de los sayones en el atrio del exconvento/Rodolfo Candelas



Procesión de cuarto viernes, Atlatlaucan/Fernando Soto



Corridistas, Temoac/Fernando Soto



Músico, Axochiapan/Fernando Soto



Encuentro de bandas, Yautepec/Fernando Soto



Bandas de viento



Helicornista en una banda de viento en San Ant3n, Cuernavaca / Fernando Hidalgo

Las bandas de viento



NORMA ZAMARRÓN

Breve Acercamiento al estudio de las Bandas de Viento en Morelos

UNA DE LAS MÁS importantes manifestaciones culturales del estado de Morelos es sin lugar a dudas la representada por Las Bandas de Música de Viento. La música tradicional de un pueblo, nos dice Georgina Flores (2009) es aquella que éste reconoce como propia y en ella deposita su identidad cultural. La música tradicional danza sobre la memoria colectiva, da vida a diferentes rituales y funciona como un imán sonoro que articula al pueblo o nación y permite hablar de un nosotros. Las bandas de viento son esa tradición musical que en nuestro estado acompaña la vida ritual, festiva y social de todas las comunidades, amalgamando costumbres, tradiciones, ciclos agrícolas, rituales, alegría, tristeza, desesperanza, vida y muerte de los Morelenses.

Hay música para nacer y música para morir que nutre los pasos de un pueblo que danza y ora. Julio Fierro (2005) señala en su estudio realizado sobre el Huentli en la población indígena de Atlacholoaya que la banda de viento forma parte importante de los rituales y ofrendas dedicadas a los santos patronos, así como a las que se dedican a los aires y cerros, que la población realiza cada año; en algunos casos la música ejecutada por estas bandas cumple también fines terapéuticos, en Alpuyeca, por ejemplo, existe un ritual llamado el Mixcoton, dedicado a devolver la alegría a los niños que están “Chipil” y no quieren comer, en donde la banda ejecuta los sones que acompañan la danza de los familiares, amigos y “mujeres alegres” que le llevan su “Mixto” al niño para que vuelva a sonreír, música de alientos frescos enmarcada por las flores y los colores rojos de la vestimenta y el escapulario bendecido que se coloca al niño enfermo.

La banda, expresa Cornelio, Santamaría (2012), “es, en esencia, un trabajo espiritual, colectivo y comunitario. Ahí radica su razón de ser. La banda es importante desde su origen,

por su trayectoria y por su relación con los procesos culturales locales”.

Casi en todos los pueblos de Morelos existen bandas de viento que acompañan el acontecer colectivo y forman parte de su identidad cultural, en las bandas, explica Georgina, Flores (2009) “*como en todo grupo social, se construyen pertenencias y vínculos. Las bandas dan la posibilidad de forjar amistades más allá de la familia y de la escuela. En los pueblos, las bandas de viento, como agrupaciones musicales, permiten que las personas se sientan parte de un nosotros que a su vez les permite diferenciarse de los otros*”. Así, mientras en Atlacholoaya la banda acompaña los rituales agrícolas, en Alpuyeca los rituales de sanación; o en Axochiapan la vida ritual y colectiva del pueblo enmarcada por sus Hermandades, en donde la banda toca durante las procesiones dedicadas al santo Patrono San Pablo Apóstol y durante las fechas que anteceden a la fiesta, ya sea durante las comidas ofrecidas por los mayordomos a los miembros de la hermandad y peregrinos que visitan la comunidad o bien para recibir a los hombres que subieron a los cerros para traer la leña con que, una vez encendida ésta, se funde la cera que da lugar a los cirios y velas escamadas que constituyen la principal ofrenda dedicada a San Pablo durante el mes de enero de cada año. La banda cumple, entonces, un ciclo ritual y festivo distinto para cada comunidad pero que conforma parte del complejo entramado de su patrimonio cultural inmaterial y de su identidad. Julio, Fierro (2005) expresa al respecto que “La música ritual es un producto histórico, reflejo de las creencias y de la identidad”

Las bandas actuales de México tienen su origen en las bandas militares, Ochoa Cabrera, citado por Anasella Acosta, (2002) indica que “Las primeras manifestaciones de lo que hoy conocemos como música de banda se registran en el siglo XIX, cuando las comunidades comenzaron por imitar a las bandas militares del emperador Maximiliano de Austria, que interpretaban música clásica. En su repertorio figuraban las oberturas de La flauta mágica, Don Juan y Las bodas



de Fíguro, óperas de Mozart; Fidelio, de Beethoven, y Fantasías sobre motivos de Wagner. De acuerdo con Ochoa y Muñoz, Porfirio Díaz y Benito Juárez impulsaron cada uno por su cuenta la creación de bandas, principalmente en Oaxaca, estado natal de ambos gobernantes”. Anasella Acosta indica que en los estados de Morelos, Guerrero, Puebla, Oaxaca, Michoacán y México fue donde hubo un arraigo mayor de este género musical, considerándoseles cunas de este tipo de expresión que va de lo ritual a lo festivo constituyendo una expresión de cultura popular.

Por su parte, Georgina Flores (2009) señala que un gran número de las bandas actuales existentes en los diferentes pueblos, comunidades y ciudades son hijas de las bandas militares del México del siglo XIX. Tras la guerra de Independencia, cada pueblo tenía su propia banda; siendo los conservadores y el presidente Antonio López de Santa Anna, quienes alrededor de 1850 secularizan las bandas de viento y las ponen en la escena nacional. Thomson (1994) citado por Flores, señala que fueron dos las bandas que influyeron grandemente en la música de banda en México, por un lado la banda de la Legión Extranjera Francesa y por otro la de la Legión Austríaca.

En el estado de Morelos existen bandas de música con un gran arraigo y tradición, que fueron fundadas a finales del siglo XIX y a más de 100 años de su surgimiento continúan formando parte activa de la vida comunitaria y transmitiendo su legado a las nuevas generaciones. Estas bandas centenarias resguardan la memoria del devenir colectivo de la identidad morelense, sus anécdotas refieren importantes manifestaciones culturales reflejadas en las miles de fiestas patronales, tradicionales y populares de nuestro territorio. Reflejan el intercambio cultural de los pueblos que danzan al son que les tocan. Estas bandas cruzaron los montes a pie, durante la revolución, con sus instrumentos y santos a cuestas, en procesión para dar continuidad a su fe y a su fiesta. Entre estas se encuentra, como nos lo indica Rafael, Ruiz (2002) “*La famosa banda de Tlayacapan en el estado de Morelos, fundada en 1870 por Brígido Santa María, formó parte de los contingentes zapatistas. El director era Cristino Santa María (hijo de Brígido), y por tal motivo fue nombrado teniente coronel.*” Cornelio, Santamaría (2012) heredero de la tradición musical de su pueblo nos dice que la Banda es un producto de la historia y su historia se ha forjado con esfuerzos, sacrificios y sufrimientos. En 1914 la banda de Tlaya-

capan entra acompañando al ejército Zapatista a la ciudad de México pues era común que las bandas formaran parte de la vida militar de los pueblos, como lo menciona Rafael Ruiz (2002), al decir que “durante el conflicto revolucionario la música en los ejércitos cumplía diferentes funciones: para dar las órdenes en el cuartel y durante el combate; ofreciendo serenatas para la población en los parques y jardines donde estaban acantonadas las fuerzas, y finalmente como parte indispensable en el ceremonial militar. Naturalmente los conjuntos de viento militares abrían los desfiles; por ejemplo, en la entrada del Cuerpo del Ejército del Noroeste a la capital a mediados de agosto de 1914 tras la caída de Huerta, la comandancia general ordenó que “A la cabeza de cada cuerpo, deberán marchar sus respectivas bandas de música.” Y fue entonces que a la cabeza del ejército Zapatista marcharon los músicos de Tlayacapan.

Es a la banda de Tlayacapan a quien se atribuye la transcripción de los sones de chinelo, compuestos en su momento por 34 sones distintos, según señala Ana, Navarro (1989) “Don Brígido aprendió y escribió los sones de Chucho el Muerto hasta completar el repertorio original de los Chinelos. Hoy este es el que se usa en Tlayacapan. El acompañamiento musical del baile de los chinelos está a cargo de la banda de viento que toca en un ritmo alternado de 2/4 y 6/8. Actualmente consta de unas 34 variaciones. Al terminar cada evolución la música se suspende para dar lugar a un cambio, se dicen que las sones eran 36 divididos en 6 grupos. Como cada grupo de sones se inicia con el mismo toque se reducen a 31 los sones diferentes. Los sones parecen corresponder a la enorme variedad de sonecitos y jarabes que iniciaron su difusión en la segunda mitad del siglo XVIII y a partir de modelos europeos. La brevedad de los series y su interpretación sucesiva se conservan en el repertorio de la danza de los chinelos de Tlayacapan.” Por la trayectoria, arraigo, tradición y compromiso de esta banda con su comunidad es que en el año de 1998 se les otorga el Premio Nacional de Ciencias y Artes, siendo directores de la banda Cornelio Santamaría y su hermano Carlos Santamaría; La banda cuenta con una amplia trayectoria Internacional y está considerada no solo como una de las bandas más antiguas del centro del país, sino también como una de las más importantes por su repertorio musical y extraordinario nivel interpretativo. Es importante señalar que a partir de las diferen-



tes visiones y estrategias de formación y difusión con que sus directores impulsan su tradición, la banda de Tlayacapan se dividió conformándose las Bandas Brígido Santamaría de Tlayacapan dirigida actualmente por Enrique Santamaría y la Banda de Tlayacapan, dirigida por Cornelio Santamaría, ambas con la misma calidad interpretativa y tradición centenaria, enriqueciéndose así el panorama musical de Tlayacapan, en donde además también podemos mencionar a la Banda de Viento Municipal fundada aproximadamente en 1950, algunos de sus fundadores pertenecieron también a la Banda de Tlayacapan.

Otra banda es la banda “Hermanos Mendoza” fundada en 1985 en Tetela del Volcán. Durante la entrevista realizada a Alvis Mendoza Estrada, este nos cuenta que:

“Durante la Revolución tocábamos tanto para los zapatistas como para los federales, ya que nomás llegaban y nos jalaban a tocar. Fue después del movimiento armado de la Revolución que ya la banda se integró mejor, tenemos una foto de la banda fechada en 1910. Después de la Revolución la banda paso a formar parte del pueblo, se convirtió en la banda municipal, tocando gratuitamente en las fiestas religiosas y en las ferias. Desde que Tetela del Volcán se convirtió en municipio la banda ha participado en la mayoría de los eventos cívicos colaborando sin retribución con varias autoridades. Nuestra Banda ha venido de generación en generación, de padres a hijos, hoy nuestros niños están aprendiendo a tocar en la vieja trompeta de su abuelo, no queremos dejar morir la tradición, nosotros todavía tocamos la música que nos legaron los antepasados: música para toros, chinelos, música para reto de caballería o de infantería (que se han perdido ya estos retos) música fúnebre para acompañar entierros y también música clásica. La banda ha sido la única banda de viento en tetela del Volcán por más de 100 años.”

Rafael, Ruiz (2002) explica que “a lo largo de la historia de México la relación entre bandas civiles y militares siempre fue muy estrecha. Los músicos podían pertenecer indistintamente a uno u otro tipo de conjuntos; por otra parte, a veces las autoridades civiles formaban un conjunto musical que después sería requisado por los ejércitos, ya sea el federal o el miliciano; pero también era posible el caso inverso.” Lo anterior refuerza por qué la Banda Hermanos Mendoza tocó para ambos mandos.

Fuertemente arraigada a la tradición cultural y ritual de la poca estudiada región poniente

de Morelos, está la banda de viento “Los Dragones” fundada en Mazatepec durante el año de 1927, como lo relata Reyes García Bustamante en este testimonio:

“Nuestra banda de viento Los Dragones de Mazatepec, ha sido desde 1927 el alma del pueblo, desde que un grupo de 30 entusiastas Mazatepeces, para estudiar la difícil profesión de la música, estuvieron durante un año quemándose las pestañas frente a las velas con sus lecciones. Apoyados por las autoridades y el pueblo económica y moralmente, se logró inaugurar la Banda en el año 1928 y así Mazatepec conto con una de las bandas más “resonadas” de Morelos. La banda entonces adquirió compromisos con el pueblo, como dar dos horas de serenata cada domingo, tocar los días nacionales y fiestas municipales, a veces con gratificación. Era una relación muy estrecha con la banda, el pueblo y las autoridades que le otorgaron dos parcelas de riego y de ahí sacar para la compostura de sus instrumentos. Por los años 40 los elementos eran reducidos, unos murieron y otros se salieron por viejos; es cuando se siente la necesidad de formar nuevos elementos. Los señores Eliseo y Joel García asumieron la dirección con éxito, logrando la segunda generación de jóvenes que un 14 de septiembre se estrenó frente a la imagen del señor del Calvario y un sin número de personas que asistieron a la misa donde tocamos “Cheri”, nuestro primer vals. Ahí nos dimos a conocer como Los Cumbancheros, pero después lo cambiamos por el actual nombre Los Dragones. Hoy solo quedamos 6 de los 18 veteranos que éramos pues ya han muerto, pero nosotros aún conservamos el repertorio que nos heredaron los que se fueron; Marchas, pasos dobles, vals, danzones, boleros y las melodías fúnebres, porque las bandas de viento son el alma de sus pueblos. El prestigio de nuestra banda ha estado por encima de muchas otras que están surgiendo ahora por donde quiera y que difícilmente se le igualan a la Banda de viento los Dragones de Mazatepec, por su compromiso comunitario y su tradición.”

Rafael, Ruíz (2002) comenta en relación a los repertorios interpretados por las bandas “que tras la Revolución las bandas militares alcanzaron el nivel musical de sus contrapartes del porfiriato (de hecho músicos y directores del Ejército Federal, Policía o Rurales continuaron en las fuerzas revolucionarias) y mantuvieron mucho del repertorio de las bandas de principios de siglo, aunque agregando algunas marchas a los héroes revolucionarios e integrando los gé-



neros de moda”. Durante la revolución muchos archivos musicales se perdieron y varias melodías del repertorio se aprendieron de memoria, continuando así su transmisión. El repertorio que las bandas de viento de la entidad llaman Tradicional, está compuesto por música clásica, marchas fúnebres, sones, jarabes de toros y los enlistados párrafos arriba por García Bustamante, además de los sones del chinelo que no pueden faltar en ninguna banda. En los últimos 20 años el repertorio de las bandas se ha venido transformando dando paso a los sones sinaloenses y música duranguense, así como a la Tecno Banda, pues la banda se transforma conforme se transforma el gusto musical, ritual y festivo de los pueblos a los que se debe.

Para las comunidades campesinas la música de viento se convierte en una fuente paralela de ingresos y autoempleo sumamente importante; el caso más destacado a este respecto lo tenemos en el municipio de Totolapan, al norte del estado de Morelos, en donde si bien es cierto la principal actividad económica la constituye el campo, sus habitantes deben realizar otros oficios y actividades que complementen el ingreso familiar, algunos de éstos son la albañilería, trabajo doméstico, choferes, comerciantes, profesionistas, mecánicos, coheteros y músicos. Araceli, Martínez y Georgina, Flores (2013) precisan que “El oficio de músico de banda, conjuntos o mariachi, se encuentra en esta diversidad de ocupaciones laborales y por tanto de formas de vida de Totolapan. Sin embargo, consideramos que a diferencia de los otros, el oficio del músico de banda, no solo esta inserto en el ámbito económico de las familias campesinas de Totolapan, sino también en el ámbito de la identidad cultural en tanto que Totolapan es definido por sus pobladores y vecinos como pueblo de músicos y los propios totolapenses se narran y describen como pueblo a partir de esta práctica cultural. La banda de viento se contempla como un elemento indispensable para la vida social”. Don Baldomero Modesto, músico y compositor, fue en esta población una figura central en la formación de cientos de músicos campesinos que hoy multiplican su legado en las más de 20 bandas de viento censadas tan sólo en la cabecera municipal, para las cuales la música es trascendencia cultural sonora que rinde culto a Santa Cecilia, la patrona de los músicos y acompaña procesiones, nacimientos, entierros, cumplea-

ños, toros, fiesta y rito de un pueblo de músicos cuya melodía colectiva es historia y fe.

Entre las bandas indígenas podemos mencionar a la banda “El Venado” de Amilcingo, fundada en 1926, misma que fue conocida en las primeras décadas de su fundación como banda “Los Solís”. Al ir envejeciendo o muriendo los músicos fundadores se han incorporado a la misma jóvenes de la comunidad, quienes a partir de una formación lírica y algunos principios básicos de solfeo conservan el repertorio tradicional conformado por chotis, mazorcas, operas, marchas, chinelos, vals y pasos dobles. Sus integrantes son campesinos de la comunidad indígena de Amilcingo que acompañan las festividades rituales, cívicas y populares de su pueblo; destacándose la procesión del temporal en Huazulco.

Referente a las bandas indígenas, Georgina, Flores (2009) nos dice citando a Álvarez y Becerra (1990) que en los pueblos indígenas la banda es en sí misma un símbolo de su identidad, como lo es el idioma propio, el maíz o la iglesia ya que están fuertemente articuladas al entramado simbólico de la vida comunitaria de los pueblos indígenas. Un caso particular en Morelos lo constituyen las bandas de las comunidades indígenas migrantes, como lo son las conformadas en la comunidad de “La Longaniza” en Tenextepango, por migrantes mixtecos provenientes del estado de Guerrero, en estos casos la música de viento constituye en espacio de recreación, cohesión social, preservación de la cultura de sus comunidades de origen y medio de cohesión y sobrevivencia económica. Este tipo de bandas conservan formas de organización y formación musical similares a las de los pueblos de Guerrero y Oaxaca. Entre estas podemos mencionar a la Banda “La Badalupana” o la Banda de la colonia Abelardo L. Rodríguez.

Un caso especial lo constituye la Banda de Viento del Estado, cuya tradición centenaria se remonta a tiempos anteriores a la Revolución Mexicana, referente a lo anterior Ana, Navarro (1989) indica que en 1876 Manuel León dirigía la banda del estado, sustituyendo al anterior director Luciano Rayado, quien fuese su maestro. Por otro lado Rafael, Ruiz (2002) menciona que “del lado obregonista hubo varios directores de gran fama, entre ellos Melquiades Campos (1878-1949). Éste inició sus actividades musicales en la banda de su pueblo natal, Ciudad

Lerdo, Durango. El éxito como compositor de Melquíades, hizo que el jefe político de Ciudad Lerdo pagara de su propia bolsa para que estudiara en el Conservatorio de México. Al salir hacia Europa su paisano y protector en notable compositor Ricardo Castro, provocó que Campos ya no tuviera apoyo y decidió emigrar al estado de Morelos donde organizó y dirigió varias bandas, e incluso el gobernador, el coronel Pablo Escandón, le pidió se encargase de la dirección de la Banda del Estado, puesto en el que permaneció de 1910 a 1913". La Revolución dio lugar a la formación, ruptura, interrupción y nacimiento de nuevas organizaciones musicales, reconstruyéndose varias de estas tras la culminación de la gesta revolucionaria, algunas con el mismo nombre, otras con nombres distintos. La misma Ana Navarro continúa diciendo al respecto de la banda de Viento del estado que es en el año de 1935 cuando, siendo gobernador del estado S. Refugio Bustamante, el músico Gregorio Lugando restablece la Banda del estado que se había visto interrumpida por la Revolución. Los músicos actuales de la Banda del Estado reconocen esta última fecha como la de su fundación. Actualmente es la única banda que continúa dando serenatas en el Kiosco de Cuernavaca, tal como se estilo durante el porfiriato y la Revolución.

Ana, Navarro (1989) sitúa por su parte, a partir del archivo de Valentín López González, la fundación de la Banda de Cuernavaca en 1903 bajo la dirección de don Manuel León, quien había sido becado por el porfiriato para conformar bandas de viento. Manuel León permaneció en la dirección de esta banda hasta el año de 1913, fecha en que es sustituido en el cargo por su hijo. En el periodo comprendido entre 1867 a 1935 es que se fundan diversas bandas de viento, como la Banda de música del comercio en Jojutla en 1867, la Santa Cecilia en 1870, la Banda de Cuautla en 1876, la Jojutla en 1900, la Infantil de Cuautla en 1925 y la Banda de Música de Campesinos en Jojutla en 1925, entre muchas otras. Fue tal la importancia que las bandas de viento tuvieron en la región que en 1874 se funda en Cuautla un Conservatorio de Música.

En cuanto a la instrucción musical Anase-lla, Acosta (2002) nos dice que fue tal el auge y proliferación de las bandas de viento que de este impulso nacieron las escoletas como espacios dedicados a la instrucción temprana de

la notación y ejecución instrumental, en donde los niños aprendían música incluso antes de aprender a leer y escribir. Las bandas militares de la ciudad de México establecían estas escoletas fuera del espacio de los cuarteles militares, muchas ocasiones en casas particulares (Rafael, Ruiz 2002). Si bien es cierto que tanto el trabajo de las bandas, así como sus archivos y la propia continuidad de las escoletas se vio fragmentada o interrumpida durante la Revolución la instrucción musical continuó dándose al interior de las bandas, donde los directores les transmitían estos conocimientos a sus hijos, siendo en esta filiación y transmisión musical familiar que se da dentro de las principales bandas del estado, la que les ha garantizado su continuidad. Continuidad fuertemente entrelazada a los lazos de parentesco. Las Bandas de Tlayacapan siguen preservando espacios similares a los de las antiguas escoletas para la enseñanza musical de sus integrantes, que empiezan, casi desde que comienzan a andar, a tener una relación cercana con la música y su tradición cultural.

Otro espacio de formación musical muy importante para las bandas lo constituyeron las Misiones Culturales de la secretaría de Educación Pública; Marina, Alonso (2005) manifiesta que "Aunque en 1926, la SEP indicó la conveniencia de ampliar el personal de las misiones culturales con un profesor de música y orfeones, no fue sino hasta 1932 que se creó un programa sistemático para el trabajo de los profesores de música". Algunas bandas de Morelos tienen su origen a partir de las Misiones Culturales que impulso José Vasconcelos a partir de 1920, la Banda San José fundada en Quebrantadero, Axochiapan en 1946 es una de éstas. Según anota Georgina, Flores (2013) en Totolapan, los músicos de banda recuerdan tres importantes estadías de las misiones culturales durante los años de 1940, 1977 y 1992. Los primeros músicos formados en Totolapan transcribieron partituras completas de música clásica. Casa banda de viento establecía sus propios mecanismos de aprendizaje, ya sea contratando maestros foráneos, acudiendo con los maestros locales o aprendiendo unos de otros por medio del intercambio cotidiano del conocimiento musical. El repertorio musical de las bandas estaba integrado como ya se mencionó anteriormente por música de tradición oral como los jarabes de toros y por música de tradición escrita como las marchas y oberturas. Contar con



un amplio archivo musical, saber leer nota e interpretarla adecuadamente constituía un orgullo para las bandas de viento.

Como podemos observar, las bandas de viento conformadas en Morelos a finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX tenían un alto aprecio por la formación musical seria y comprometida de sus integrantes. Los aspirantes a las bandas de viento de las distintas comunidades pasaban por un proceso de estudio de “la nota” que se prolongaba por un periodo mínimo de 1 a 2 años, estudiando bajo la instrucción de un maestro o músico de su pueblo varias horas a la semana e invirtiendo de manera individual muchas otras por las tardes y noches, estudiando a la luz de las velas.

En algunos casos, para garantizar la óptima formación de sus músicos, los habitantes de sus pueblos conjuntamente con las autoridades municipales les brindaban estímulos económicos o en especie tales como la dotación de parcelas, la liberación de del pago de agua y luz, etcétera. De tal manera que pudieran dedicarse al estudio, para que una vez ya conformada la banda de viento del pueblo, los músicos pudiesen retribuir el apoyo tocando gratuitamente en sus festividades.

Esta forma de intercambio y cohesión entre los músicos de las bandas y sus pueblos se ha perdido casi por completo y paralelamente se han perdido también algunas manifestaciones culturales como lo son los Retos y danzas que se acompañaban por las bandas.

Conforme se debilitan las formas de organización tradicional de un pueblo, se va durmiendo también su cohesión interna y lazos de solidaridad.

En Morelos podemos distinguir ya sea por el género del repertorio ejecutado, los vínculos comunitarios, las formas de aprendizaje o el número y edades de sus integrantes 4 tipos de bandas. Sin embargo es importante distinguir que la gran mayoría de estas se conforma por músicos de origen campesino y todas participan de una manera u otra del circuito de festejos rituales, patronales y festivos de la entidad.

La gran mayoría de estas cuentan con un promedio de 8 a 12 integrantes, casi todas las bandas están integradas exclusivamente por hombres, aunque en los últimos años es mayor el número de mujeres que se integran a las bandas, sobre todo a las Bandas Sinfónicas Infantiles y Juveniles o conforman bandas exclusivamente de mujeres, como

lo fue la ya desaparecida Banda Santa Cecilia de Mazatepec y la Actual Banda Las Inolvidables de Tres Marías, Huitzilac.

Bandas indígenas

Estas se encuentran localizadas en las comunidades de Hueyapan, Tetela del Volcán; Telcingo, Cuautla; Tepoztlán, Santa Catarina, Amatlán y San Juan Tlacotenco en el municipio de Tepoztlán; Xoxocotla, Puente de Ixtla; Cuentepec y Tetlama en el municipio de Temixco; Coajomulco y Tres Marías en el municipio de Huitzilac. Además de aquellas conformadas por población indígena migrante en localidades como La Longaniza y Abelardo L. Rodríguez en Tenextepango; La Colonia Los Pinos en Jiutepec o las conformadas en la Colonia Eusebio Jáuregui en Cuautla. Estas bandas por lo general las integran hombres de origen mixteco. Su repertorio está integrado por música tradicional y popular.

Bandas tradicionales

Estas son las bandas más antiguas de Morelos, se destacan por sus lazos de parentesco, apego a la tradición cultural de sus pueblos y al repertorio tocado desde principios del siglo XIX y mediados del XX. Entre estas destacan las bandas de Tlayacapan, Tetela del Volcán, Zacualpan de Amilpas, Quebrantadero, Jiutepec y Mazatepec. A excepción de las bandas de Tlayacapan y Zacualpan, que aún conservan parte importante de sus archivos, las otras bandas los han perdido. De igual manera solo las bandas de Tlayacapan continúan formando a sus músicos en el estudio del solfeo y la ejecución instrumental, los demás bandas resguardan el archivo musical de sus pueblos en la memoria y lo transmiten de manera oral.

Bandas populares y tecno bandas

Se encuentran diseminadas por todo el territorio del estado, su repertorio está fuertemente influenciado por las bandas sinaloenses y duranguenses. Se integran básicamente por jóvenes. En estas bandas se han agregado a su instrumental bajos eléctricos y congas además de costosos equipos de sonido y luces que incrementan el atractivo de su espectáculo. Son



buenos ejecutantes. La gran mayoría de estos músicos no ha estudiado música. Las principales tecnobandas se encuentran en Totolapan. Por lo general amenizan bailes populares y tocan en los atrios de las iglesias durante las principales fiestas patronales.

Bandas sinfónicas infantiles y juveniles

De más reciente creación estas bandas se encuentran ubicadas principalmente en los municipios de Yautepec, Jiutepec, Tepoztlá, Ocuituco, Cuautla, Quebrantadero, Zapata y Cuernavaca; caracterizándose por estar conformadas por niños y jóvenes que reciben una educación musical semi-formal, aunque constituyen en su mayoría esfuerzos independientes apoyados en algunas ocasiones por instituciones culturales y padres de familia. Su repertorio está integrado por arreglos de música clásica, popular y tradicional. Son las que tienen un mayor número de integrantes, estando conformadas por un promedio de 30 niños, destacan La banda infantil de Tepoztlán fundada por el compositor mexicano Arturo Márquez, La banda infantil y juvenil indígena Kaltlientokatl de Tetelcingo, la Banda el Zarco de Yautepec, la banda sinfónica juvenil de Cuernavaca A.C y la de la Casa de la cultura de Ocuituco.

Mención aparte merece la Banda Sinfónica Juvenil del Estado, fundada por la Secretaría de Cultura de Morelos en el año 2013 y que reúne a los mejores instrumentistas jóvenes de Morelos, el repertorio que ejecutan es profesional y muy diverso, pues comprende música clásica europea y aquella compuesta por compositores mexicanos y latinoamericanos, además de ejecutar también música popular y tradicional, todos sus integrantes han estudiado o se encuentran estudiando música a nivel profesional. La banda Municipal de Cuernavaca constituye también un caso especial, pues además de su larga trayectoria es la única en donde los músicos cuentan con plazas de trabajo permanentes.

Las bandas del estado son espacios únicos para que los niños de las comunidades puedan acceder a la formación y recreación musical. Es importante hacer notar que las bandas infantiles y juveniles retoman desde una nueva perspectiva la tradición musical y los vínculos con sus comunidades. Instruidas por maestros jóvenes, estas bandas se integran prontamen-

te al circuito festivo de sus pueblos tocando de manera gratuita, pues no son bandas comerciales, sino pequeños centros de formación musical comunitaria en donde los maestros realizan en muchas ocasiones una labor no retribuida económicamente por institución alguna.

Luis, Montoya (2010) manifiesta que “El concepto banda significa trabajo en equipo y es sinónimo de religiosidad y de fe, pues estas agrupaciones siguen vinculadas fuertemente a las fiestas patronales.” Georgina, Flores (2009) expresa que para los músicos purépechas de banda de viento “un buen músico es aquel que no solo sabe tocar un instrumento, sino que ser un buen músico es una identidad compleja. Un buen músico debe saber solfeo, conocer sobre los músicos y la historia de su región, la historia de sus instrumentos, saber interpretar diferentes estilos y poder combinarlos, poder tocar música clásica, regional, pero también comercial, por si la pide el público y debe saber compartir sus conocimientos.” Virtudes, todas las anteriores, que es difícil encontrar reunidas actualmente en una solo banda, pero muchas de las cuales se reproducen al interior de las bandas tradicionales e intentan ser reproducidas en las nuevas bandas sinfónicas infantiles y juveniles. Virtudes que sirven de guía que se transmite al interior de las bandas indígenas pues es en ellas que se encuentra el secreto de la continuidad y de la identidad cultural colectiva de estas importantes agrupaciones.

La importancia, trascendencia y aporte de las bandas de viento para la comprensión de la identidad cultural de nuestros pueblos es innegable y amerita la profundización de su estudio, siendo este artículo solo un breve acercamiento a su historia y tradición.





Fiesta de San Pablo Apóstol, Axochiapan / Fernando Soto



Banda de viento en la fiesta patronal en San Miguel Acapantzingo / Fernando Hidalgo



Joven trompetista de Ahuatepec / Fernando Hidalgo



Fiesta de San Pablo Apóstol, Axochiapan / Fernando Soto



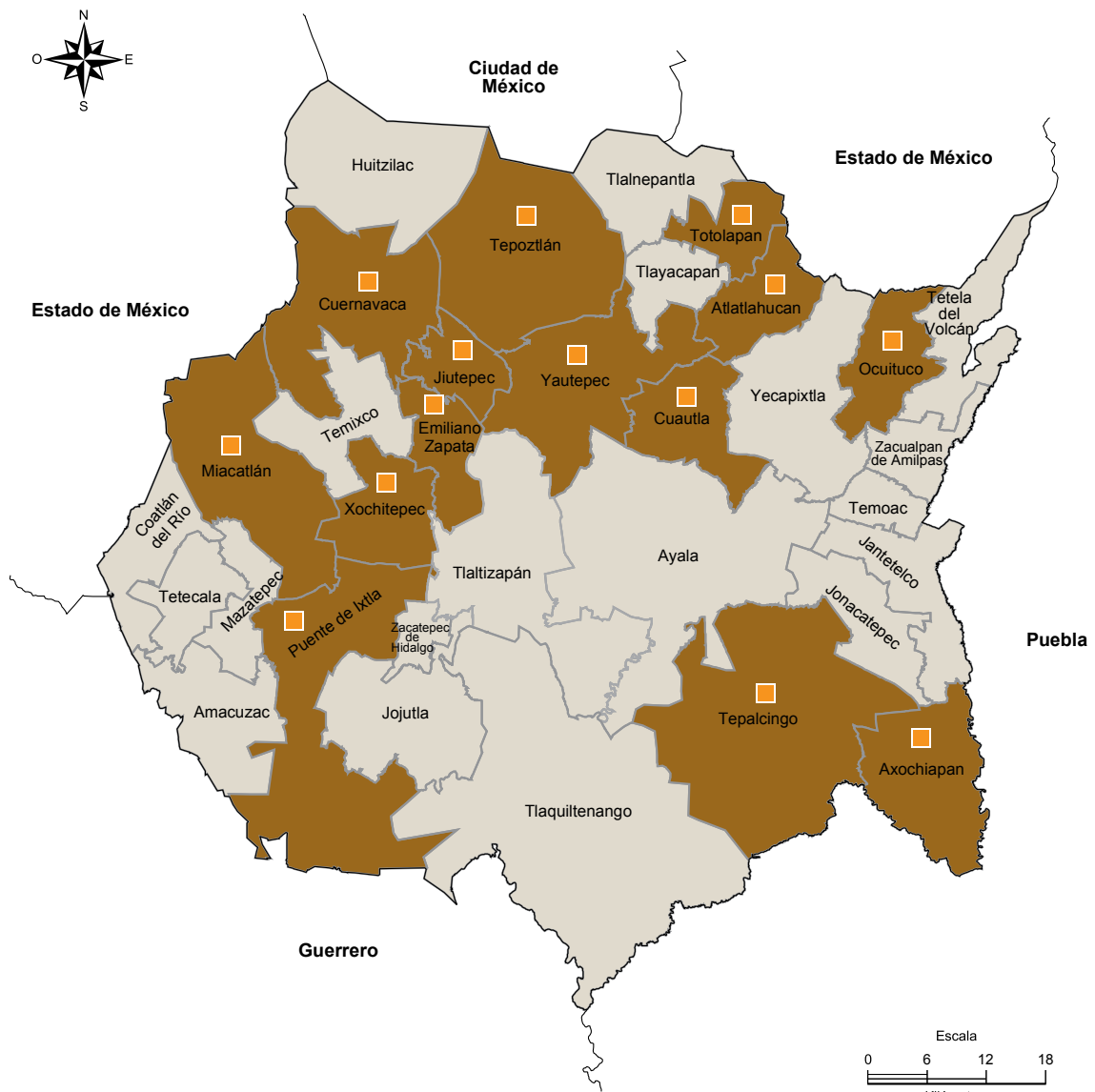
Danza de Tecuanes, Tetelpa, Zacatepec / Fernando Soto



Fiesta de la Asunción, Tlacotepec, Zacualpan de Amilpas / Fernando Soto



Encuentro de bandas en Ocotepéc / Fernando Hidalgo

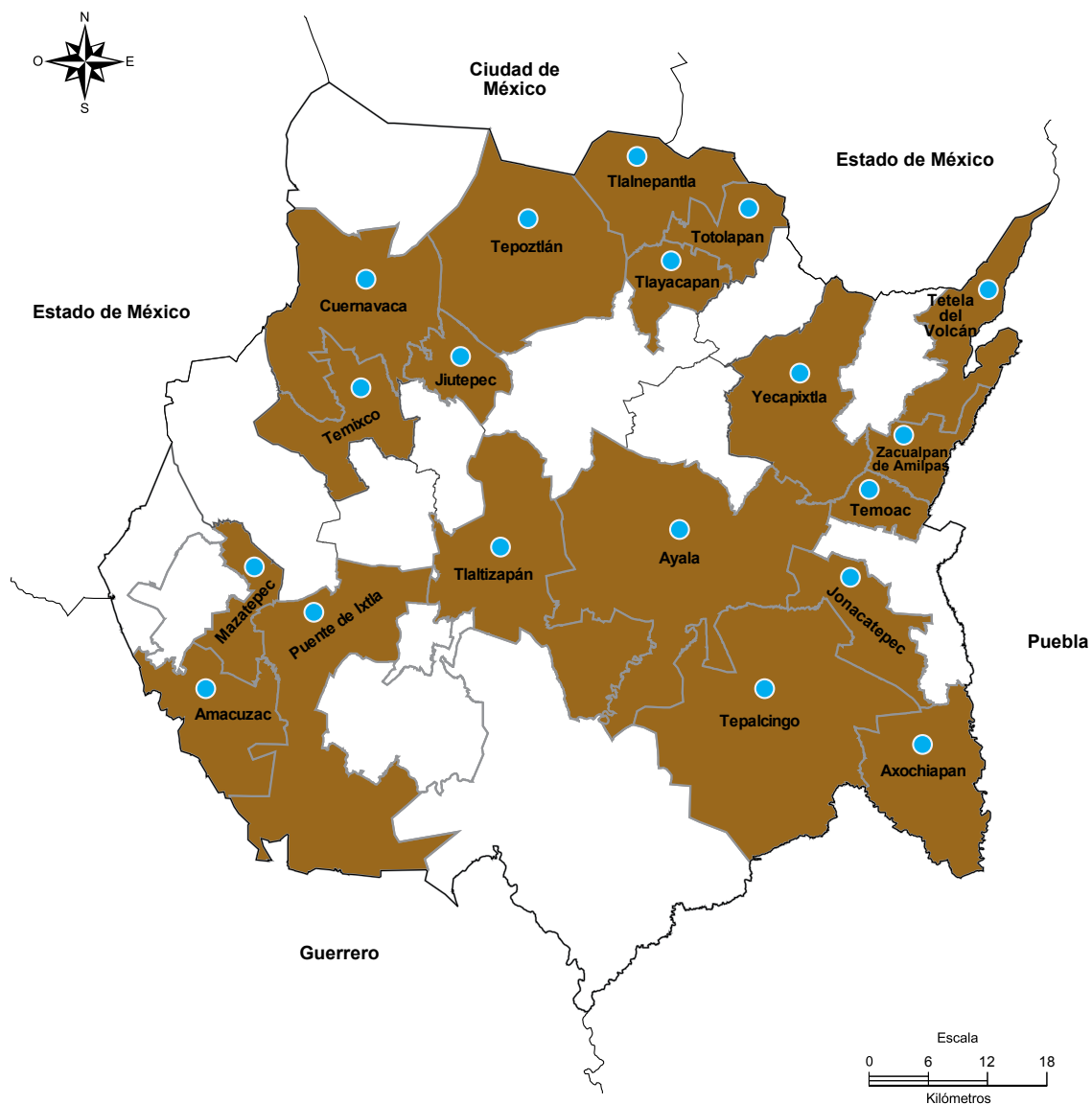


■ LAS BANDAS DE VIENTO DE MORELOS

Bandas infantiles y juveniles (sinfónicas y populares)

Atlatlahucan
 Axochiapan
 Cuautla
 Cuernavaca
 Emiliano Zapata
 Juitepec
 Miacatlán

Ocuiluco
 Puente de Ixtla
 Tepalcingo
 Tepoztlán
 Totolapan
 Xochitepec
 Yautepec



● LAS BANDAS DE VIENTO DE MORELOS

Bandas tradicionales

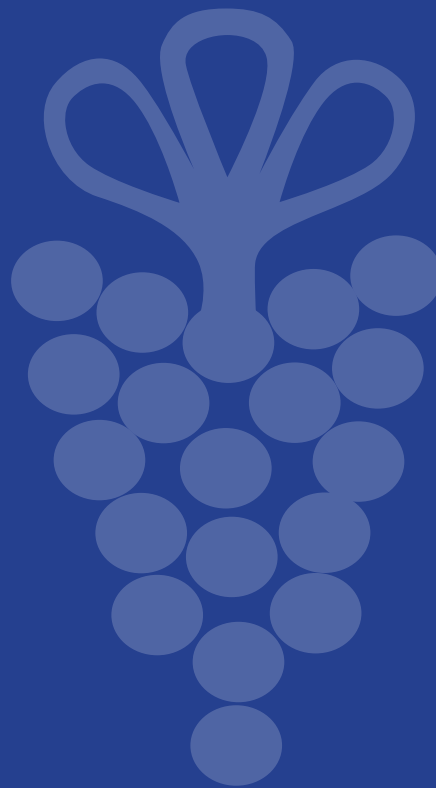
Amacuzac	Puente de Ixtla	Tlayacapan
Axochiapan	Temixco	Totolapan
Ayala	Tepalcingo	Yecapixtla
Cuernavaca	Tepoztlán	Zacualpan de Amilpas
Jitepec	Tetela del Volcán	Temoac
Jonacatepec	Tlalnepantla	
Mazatepec	Tlaltizapán	



▲ LAS BANDAS DE VIENTO DE MORELOS

Bandas populares

Amacuzac	Jantetelco	Puente de Ixtla	Tlayacapan
Axochiapan	Juitepec	Temixco	Totolapan
Coatlán del río	Jojutla	Tepalcingo	Xochitepec
Cuautla	Jonacatepec	Tetecala	Yauatepec
Cuernavaca	Mazatepec	Tetela del Volcán	Zacatepec
Emiliano Zapata	Miacatlán	Tlalnepantla	Zacualpan de Amilpas
Huitzilac	Ocuituco	Tlaltizapán	Temoac



Gastronomía popular de recolección



Forja de tamales en Axochiapan/Fernando Hidalgo



Gastronomía popular de recolección

FERNANDO HIDALGO

La cocina de recolección en Cuauhnáhuac: milenaria y superviviente tradición

LA ARQUEOLOGÍA, LA HISTORIA y la antropología consideran un elemento importantísimo a la cultura alimentaria de los primeros pobladores y los subsecuentes estadios del desarrollo humano. Los restos y vestigios del consumo y procesos alimentarios son piezas fundamentales para descifrar la complejidad cultural de la antigüedad; sin embargo, ha sido poco focalizado su estudio, es decir, podrían ser más las investigaciones acerca de la cultura alimentaria primitiva y su desarrollo para darnos más luces sobre este asunto primordial de la cultura. Ahora sabemos que el consumo de ciertos nutrientes propició el desarrollo de la capacidad intelectual de los homínidos para potenciarla en muy poco tiempo evolutivo (comparado con la historia natural). Por una parte, en tierra adentro, los homínidos, que aprovecharon los restos de la matanza de los grandes felinos, desarrollaron el uso de herramientas de piedra que les sirvieron para romper los huesos del animal depredado y así poder consumir las médulas. En las costas aprendieron a abrir conchas para alimentarse de las almejas: los restos de milenarios “concheros”, asentamientos semifijos de consumo de moluscos nos dan cuenta de su consumición; la ingesta de ácidos grasos, presentes en las médulas, almejas, carne y cartílagos, desarrolló la corteza cerebral para perfeccionar las habilidades de supervivencia, así la piedra que sólo servía para romper fue labrada para convertirse en cuchillo, flecha o mortero. Pero sus necesidades de alimento no se quedaron en estos elementos; por observación de otros animales, y por ensayo y error, la humanidad aprendió a consumir diversos vegetales y minerales e inclusive a curarse con ellos.

Por supuesto, el fuego, además de dar calor e iluminación, transformó radicalmente el aprovechamiento de los alimentos: productos que crudos eran tóxicos o desagradables, con la

cocción se volvieron comestibles; cocinar la carne y algunos productos vegetales mejoró su aprovechamiento nutricional.

En lo que hoy es América, las primeras dos migraciones humanas datan entre 30 000 y 15 000 años la primera y la segunda hacia los 15 000 y 10 000 años a. C., en un principio, la caza y la recolección eran las fuentes de sustento alimentario, las poblaciones siguieron siendo principalmente nómadas hasta aproximadamente 7000-2500 a. C., dependiendo principalmente de la caza menor y la recolecta de vegetales. Al mismo tiempo se perfeccionó la manufactura de herramientas mediante pulido lo que derivó en la creación de metates y molcajetes. Comenzaron también a acumular semillas y con estos utensilios pudieron molerlas y tener alimentos de reserva, asimismo, comenzó la fabricación de fibras trenzadas que dio paso a la cestería, cordelería y fabricación de redes, se mejoró el aprovechamiento de los productos del entorno para acarrear, almacenar y pescar.

Al paso del tiempo algunas de esas semillas guardadas germinaron, dando paso a la agricultura. Con la observación climática y de la germinación se mejoró a través de la selección, el cultivo de plantas. Expertos sitúan entre 5000 y 2500 a. C., la aparición de la agricultura.

Un aspecto interesante de la alimentación antigua es, sin lugar a dudas, la selección de gramíneas, frutos, raíces, etcétera que fueron susceptibles de siembra, mejoramiento e hibridación. El caso más claro es el del maíz, pero poco se ha investigado el porqué otras especies vegetales no se cultivaron y quedaron sólo para la recolección; eso sí se desarrolló en las comunidades una sabiduría sobre sus épocas, sitios de abundancia y diferenciación. Más adelante nos ocuparemos de algunas variedades de vegetales y hongos que subsisten como productos de recolección hasta nuestro tiempo y que, además de ser un complemento alimenticio, son también un factor de economía y comercialización.

La recolección de vegetales, hongos, insectos y minerales, debió pasar por un periodo milena-



rio de observación y experimentación, para convertirse en una cultura de consumo. Seguramente una parte de la adquisición de conocimientos provino de la observación de otros animales, ya que la experimentación era un peligro de muerte, pues la mayoría de vegetales, hongos e insectos son tóxicos; sin embargo aun los productos tóxicos, cocidos o dosificados, fueron utilizados como alimento o medicina desde la antigüedad. Realmente fue una odisea cultural en la evolución haber logrado un catálogo vastísimo de productos naturales susceptibles de consumo humano.

Desde hace más de 3000 años debió haber habido un tremendo cuerpo de conocimientos, prueba de ello, aunque más reciente, son los códices prehispánicos que dan cuenta del uso sofisticado de aprovechamiento del mundo vegetal, animal y de los hongos, incluso no sólo médico o gastronómico, sino también ritual: hierbas y hongos eran extensamente utilizados para provocar estados alterados de la conciencia en ceremonias y adivinaciones, tema también apasionante que implica estudios complejos.

Los antiguos mexicanos desarrollaron profundos conocimientos sobre la naturaleza; sus saberes les permitieron establecer una relación armónica con ésta. Muchas referencias en documentos y tradiciones nos hablan de su complejidad; el cosmos, el tiempo, el clima, la tierra y el agua fueron estudiados por miles de años para su sabio aprovechamiento, pero además siempre hubo un sentido ritual, de respeto y veneración para cada relación y uso; la agricultura, la recolección, la cocina o la gastronomía, y hasta el disfrute de éstas, no fueron ajenas a esta relación de respeto. Afortunadamente sobreviven algunas tradiciones, sobre todo en las comunidades indígenas y rurales, en torno al beneficio de la naturaleza para lo humano; por tantos la recolección de víveres vegetales y animales nunca cayó en abuso o depredación, por ello los usos y costumbres han permitido que sobreviva con cierto éxito la cocina de recolección.

El presente texto pretende dar cuenta de la riqueza patrimonial que representa la supervivencia de la cocina de recolección, situando el espacio de esta investigación en lo que antiguamente se denominó el valle de Cuauhnáhuac, una franja territorial que comprende alturas boscosas desde los 3000 hasta los 1300 metros sobre el nivel del mar, al sur de la antigua Tenochtitlán; espacio físico habitado ininterrumpidamente desde hace más de 3500 años por culturas establecidas, inicialmente por las asentadas en Gualupita y Cerritos, de influencia olmeca y

tlatilca, y posteriormente por nahuas, tlahuicas, pero también con influencias, en diferentes épocas, de otros importantes grupos culturales prehispánicos. Este territorio -que comprendería los actuales municipios como de Huitzilac, Cuernavaca, Temixco, Xochitepec, Jojutla, Amacuzac, Miacatlán y Mazatepec, entre otros-, contiene una diversidad natural sorprendente, desde bosques de coníferas, selva baja caducifolia, praderas y espacios semiáridos, todos ellos ricos en productos naturales que la sabiduría antigua supo aprovechar para la subsistencia.

Los climas varían dándole en tan poco espacio geográfico una rica diversidad. Para los antiguos sólo existían dos estaciones del año: secas y lluvias, en ambas siempre se encuentran productos de recolección que complementan la cocina y mesa, ya ricas por los productos de siembra.

En la actualidad se siguen colectando más de un centenar de productos, la mayoría para uso delimitado al consumo de las zonas rurales, pero muchos son ofrecidos en tianguis y mercados de la actual Cuernavaca. Casi cada mes se ofrece un producto característico traído del monte, la barranca o la pradera, por ejemplo: en enero la flor de zompantele o colorín, así como los guajes; en febrero hay chicozapotes o cuajinicuiles; en marzo comienzan las ciruelitas criollas y los huauzontles; en abril hay anonas y coacoyules o coyoles; en mayo, flor de junco y quintoniles. Una vez llegadas las lluvias tiene lugar una abundancia de productos de junio a septiembre: verdolagas, alaches, chepiles, ciruelas, pápalos, flor de frijolillo y, por supuesto, una gran variedad de hongos, etcétera de septiembre a diciembre hay flor de alacle, hierba santa o tlanepa, pericón o *yauhtli*; finalmente, al finalizar el año hay papas de agua, retoños de flor de cazahuate o cempasúchitl, por poner algunos ejemplos.

En diversas temporadas secas o húmedas se encuentran insectos como jumiles, chapulines y diversos gusanos comestibles como los de maguey, chinicuiles y cuetlas; en fin, un universo de alimentos que tradicionalmente siguen al alcance.

Esta riqueza de la pródiga naturaleza de Cuauhnáhuac, y los conocimientos acerca de su aprovechamiento por parte de los indígenas, sorprendieron a los conquistadores e investigadores europeos, quienes trataron de dar cuenta de ello en sus crónicas y registros, como el protomédico de Felipe II, Francisco Hernández, quien visitó estas tierras, así como Fray

Bernardino de Sahagún o el mismo Alexander Von Humboldt.

Por lo anterior, considero que la cocina de recolección de Cuauhnáhuac es un patrimonio inmaterial de la mayor importancia. Generalmente nos referimos a la o las cocinas mexicanas, cuyos ingredientes son esencialmente de cultivo, pero en el caso de lo que hoy es Cuernavaca, parte fundamental de su gastronomía tradicional es de recolección, es decir, el conocimiento y uso de productos naturales de recolección tiene miles y miles de años, desde los primeros cazadores recolectores hasta la actualidad. Una cultura gastronómica milenaria que ha sobrevivido, a pesar de las vicisitudes históricas como la conquista, la transculturización y la urbanización, ahí en el tianguis. Unas señoras o señores de Santa María Ahuacatlán, Tetela o Buenavista del Monte, nos acercan alimentos como los quelites (nombre genérico que los indígenas le dieron a la vasta diversidad de hojas comestibles), raíces y tubérculos o camotes, hongos e insectos que sólo la naturaleza ha criado y que llevan en sí una herencia cultural antiquísima que no sólo tiene que ver con la alimentación, sino también con un sofisticado y complejo abanico de sabores, gustos y guisos que ofrecen una aventura al paladar de nativos, residentes y visitantes.

Los antiguos pobladores de lo que hoy es México, y específicamente Morelos, dieron nombres hasta poéticos a los productos naturales y los usaron para nombrar regiones o poblados que indican la abundancia de cierto elemento; por ejemplo, Xoxocotla, lugar de ciruelas o jobos (*xocotl*); Ahuacatlán, lugar de aguacates; Jonacatepec, de cebollas; Huajintlán o Oaxtepec, donde hay abundancia de guajes; Axochiapan, proviene de *ayotl* y *xochitl*, flor de calabaza; Ocotepec, lugar de ocotes; Caca-huatlán, de cacahuates; Chamilpa, milpa de chía; Mazatepec, cerro de venados; Yautepec, cerro del *yauhtli* o flor de pericón; Totolapan, lugar de totoles o guajolotes; Chipitlán, lugar de chepiles o chipilín; Tilzapotla, de zapote negro, etcétera. Una variedad de nombres alusivos a los frutos de la naturaleza que daban mantenimiento a la vida. Por fortuna, pese al medio milenio de colonización y transculturización, perviven los nombres y el uso de los productos de la recolección y siembra.

Otro aspecto distintivo de las antiguas culturas es el uso de insectos en la gastronomía, lo que en su momento pudo haber sido una plaga,

que devastaba campos y sembradíos, se volvió un complemento alimenticio: orugas, huevos, hormigas y gusanos, inclusive panales, enriquecieron la mesa indígena al grado de volverse platillos codiciados y que en la actualidad, debido a la moda y esnobismo, alcanzan precios elevados, como es el caso de los escamoles, huevos de hormiga, los gusanos de maguey y, todavía más escasos debido a la contaminación de ríos, es el *ahuauhtli* o huevos de mosco, con los que se preparaban succulentas tortitas, en lugar de las de camarón, para acompañar el mole de romeritos.

Los insectos son una gran fuente de proteína y su abundancia mejoró la ingesta de nutrientes de nuestros antepasados.

En conclusión, la cocina de recolección de Cuauhnáhuac es un tesoro vivo de la cultura inmaterial, que ha sido cuidadosamente mantenido por los pobladores indígenas de esta región, su aprovechamiento nunca ha sido depredador, hay sabiduría ancestral en su colecta, en el tiempo adecuado de corte o captura y en la cantidad racional; en su uso, en su preparación y en su sofisticación para deleitar y sorprender a los paladares oriundos, residentes y visitantes; hojas, frutos, raíces, hongos, insectos, artrópodos y minerales que conforman un patrimonio cultural delicioso y saludable.





Fiesta de San Sebastian, Tepoztlan/Fernando Soto



Fiesta de San Pablo Apóstol, Axochiapan/Fernando Soto



Tejojotes en dulce de Buenavista del Monte, Cuernavaca/Fernando Hidalgo



Fiesta de San Pablo Apóstol, Axochiapan/Fernando Soto



Expendedor de pulque en Huitzilac/Fernando Hidalgo



Chapulines de Cuentepec / Fernando Hidalgo



Ciruelas criollas de Xoxocotla/Fernando Hidalgo



Puesto de tepache, mercado viejo de Cuautla/Fernando Soto



Ocuituco/Fernando Soto



Fiesta de San Pablo Apóstol, Axochiapan/Fernando Soto



Guisos y gustos



Guisos y gustos



La cocina tradicional morelense

ESTA MILENARIA COCINA de Morelos, de enorme personalidad indígena, conlleva muchos cubitos de historia, una pizca de tragedia y varias cucharadas de ritos, tradiciones y costumbres; una onza de celebración y varios kilos de visión del cosmos de nuestros indígenas; pero también un recetario completo de refranes y secretos con los que las madres, y las abuelas, enseñaron a las niñas, al calor del clecuil y desde muy pequeñas, para que pudieran reproducir las maravillas culinarias de sus antepasados: “Deja que cante el arroz pidiendo el agua”, “Chile picoso y tortilla caliente respinga a la gente”, “Recaudo hace cocina” o esa graciosa indicación, al colocar la piedra del molcajete dentro de la tamalera para que los tamales no se enojen o cantarle a los frijoles ayocotes para que se cocinen rápidamente.

Morelos es un estado de antojos: se antojan sus climas variados, maravillosos paisajes, servicios turísticos, sus antros, tomar la copa frente a la alberca, saborear platillos de todo el mundo y descansar a pierna suelta; sin embargo, se nos arruga el corazón cuando se cree que son, lo mejor de este maravilloso estado, duele porque muchos desconocen que, detrás de ese mundo de diversión y descanso, existe un Morelos histórico y tradicional, donde la agricultura, los rituales, usos, costumbres, arte y más, se conjugan para construir un rostro, una identidad única que se desborda en una gastronomía extraordinaria, reflejo de esa riqueza cultural.

Como en muchos estados de la república mexicana, nahuas como nosotros, la comida es medio y fin, con ellos compartimos mucho más de lo que muchos morelenses pueden imaginar, porque la cultura, y especialmente la gastronomía, no tiene fronteras políticas, y compartimos préstamos culinarios que adquieren su oriundez y una personalidad regional con brevísimos cambios. Un ejemplo muy claro es el pozole, que adquiere un sello diferente al guerrerense, en Jojutla y Xochitepec, con huevos cocidos que saboreamos con gusto; o los tamales de pata

poblanos, que en Morelos llamamos con cariño tamalitos de retoños de aguacate, al añadirle este ingrediente que le da un nombre, un nuevo sabor y un sentido de identidad morelense.

Gracias a esas profundas raíces culturales, y la maravillosa visión indígena del cosmos, nuestra gastronomía tradicional prevalece enriquecida, además, por los encuentros culturales que nuestra historia le brinda, conformando una cocina mestiza plena de sorpresas de sabor.

Sin embargo, nuestra gastronomía, en un estado con una población migrante que cambia constantemente, no ha podido reposicionarse en el mundo de la restauración, y a la pregunta de sus visitantes: “¿Qué comen los morelenses?” o “¿cuáles son los platillos tradicionales?”, generalmente, como respuesta, hay un largo silencio y sólo unos ojos que parecen viajar a otro mundo para ver si en lo más recóndito del cerebro se esconde alguna receta de la abuela, porque en Morelos, con rarísimas excepciones, no existen restaurantes especializados en la cocina tradicional morelense que nos ofrezcan un sabroso pepeto o una sopa de alaches, un adobo con cerdo y frijoles chinos, unas orejitas de cazahuate o una romántica fruta de horno.

No, ni muchos morelenses, ni su servidora venida de la Ciudad de México, conocen el guasmole ni la salsa de jumil ni los hongos clavito ni el chito de Tetecala ni el mole monjero ni las tortitas de xompantle o flor de colorín ni los frijoles ayocotes o los tamales de cinturita ni los tlaxcales, los hongos de Hueyapan o el mole de pasitas tantas y tantas viandas diametralmente diferentes a lo que nos ofrece la comida rápida en nuestros días, porque nunca tuve una guía o un joven chef que, orgulloso, me los mostrara.

Hoy, tras casi 37 años de recorrer el estado, de cabo a rabo, buscando el sabor morelense en los hogares, mercados, fiestas patronales, mayordomías, tianguis, ofrendas, sembradíos, rituales y celebraciones, etcétera, esta gastronomía, que hoy admiro y promuevo, descansa en los ritos, tradiciones y costumbres que han sobrevivido en Morelos como muestras de unidad. Sin embargo,

PATRICIA JIMÉNEZ PONS



su ausencia de las mesas del sector restaurantero responde a un fenómeno triste y desconcertante que ha favorecido el abandono de todas aquellas actividades de orden social que le permitían transmitir y reproducir las manifestaciones de su cultura ancestral, y aun así, pese a la agresiva globalización, la gastronomía tradicional es una cocina que se esconde en los rincones de nuestras comunidades, guardándose para unos pocos cuando los golpes del mundo exterior la agrede y floreciendo cuando ese mundo la reconoce y le abre los brazos.

La cocina tradicional morelense identidad y añoranza

Entre los muchos ejemplos maravillosos de identidad morelense, que se reflejan en su gastronomía, se distinguen por su importancia los siguientes.

La fiesta de la Candelaria y su lluvia de tamales: una forma de cocinar al vapor que por siglos ha alimentado a las familias y que, gracias a la creatividad milenaria de las mujeres morelenses, hoy nos regala: tamales de pupa, de cebolla, de pescado, de ciruela, de capulín, de cinturita, de frijol quebrado, de retoño de aguacate, de frijol, de ayocotes, de masa con zompantle, de ceniza, blancos o de manteca, los tamales dulces de elote y los tamales de sal de la fiesta de San Miguel, también de elote tierno, cubiertos con crema y una exquisita salsa macha, entre muchos más.

La tradición gastronómica de la bienvenida de las mujeres de Hueyapan, que en un hermoso ritual femenino entregan a sus visitantes distinguidos un ramo de flores de su montaña, velado durante toda la noche y con éste la esencia de su naturaleza, y un barquito hecho con hojas verdes de elote, con una deliciosa y fresca combinación de chayotes miel y ,trigo, como un regalo de vida de la madre tierra.

La celebración a Totatzi Terno o Totatzi Lenzo, en Tetelcingo, en agradecimiento de la buena cosecha, cuando en las casas se abren las puertas a los familiares y amigos para obsequiarles el pollo en rojo y la calabaza en tacha, el pan de borrego de Tlayacapan, el pulque de Huitzilac y el zacualpan, bebida tradicional.

Las limpias con los animalitos “del aire”, de barro policromado, y su ofrenda al hormiguero donde viven los ahuajkes, para que, con el obsequio de mole y tamales, libren al enfermo de la enfermedad y la mala suerte.

El cantarito y el comal gigante de boda en Xoxocotla, la comunidad nahua más grande de Morelos, donde la pedida de mano es pretexto para un banquetazo y la boda para un festín lleno de colorido, cuando tras la misa de boda, y rumbo a la casa de la novia, las niñas bailan xochipitzáhuatl, anunciando la virginidad de la novia, para después recoger el ropero de boda, el animal para la danza del guajolote, repartir el cantarito, una bebida a base de tamarindo que se comparte con todo el pueblo, y finalmente, llegar al lugar del banquete para disfrutar de la cochinita de boda, los moles y una fuente de cerveza.

Los huentles u ofrendas a los airecitos en el mes de agosto, en los solares de la comunidad indígena de Cuentepec, con una lluvia de tamales de frijol y nejos, mole verde de la zona, tepache, tortillas y, junto a una gran piedra donde se supone residen los aires, un tamal grande con la cabeza de un gallo dentro, al que le han llenado el pico con tabaco.

El exquisito mole con frijoles ayocotes de las mayordomías de Tlayacapan, o el extraordinario mole rojo de Santa María Ahuacatlán y Tetela del Monte, que, junto con el clemole, el mole verde y el recuperado mole de pasitas, componen una cuarteta gastronómica que da a sus cocineiras la seguridad de cubrir todos los requisitos de un gran mujer.

Los tamales dulces de elote tierno de la ofrenda del primer encuentro en Coatetelco y sus ofrendas colgantes en las que ofrendan a sus difuntos el exquisito mole verde, atole de diferentes sabores, fruta de temporada y tortillas hechas a mano, adornado todo con el tradicional pan de muerto, elotes cocidos y utensilios que el muertito utilizaba en vida.

Las enormes y magníficas ofrendas de muertos de Ocotepec, consideradas hoy Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, que brindan a sus difuntos una cascada de platillos de la tradición morelense: calabaza en tacha, tejocotes en dulce, mole verde -si es niño-, mole rojo -si es adulto- con una gallina completa, tlaxcales, gordas de frijol o chales, calabaza en tacha, camote dulce, elotes cocidos, cacahuates con ajo y chile, tamales rojos, verdes con comino, de frijol o de dulce; el arroz rojo es indispensable como lo son las bebidas: cervezas, *cocas* y las aguas.

El tianguis grande de Yecapixtla con su feria de la cecina y todos aquellos elementos para las ofrendas de muertos, que son ofrecidos, a veces en trueque, a quienes han tenido un muertito en la familia; ahí encontramos todo para la cocina



de la temporada, también una rara alfarería policromada que con figuras zooformes adorna las ofrendas de los niños y los “Limbos”, esos chiquitos que murieron muy bebés o en el vientre de su madre, para ellos platos blancos como su alma, muy pequeños en donde se colocan diminutos tamales, dulces, frutitas, etcétera.

El muy dominguero Chito de Tetecala, cuyos tacos aderezados con rajas en vinagre son parte de un almuerzo tradicional que une a las familias que muy tempranito acudieron al centro de la población a comprarlo.

El tianguis del trueque de Zacualpan de Amilpas, donde lo mismo podemos adquirir a través del intercambio un buena cacerola para el mole, pocillos de barro para el agua, cestos y canastos para tortillas o para guardar en alto las verduras y el pan, unas buenas gordas “carreras con cacahuete”, miel, pan de mujer, carne de animales silvestres, alaches para una sopa de sabor único y esa fruta perdida por los mercados y tianguis actuales que de niños nos alegraba la vida: los chabacanos, el capulín, los duraznos criollos y los aguacates de cascarita. El tianguis del trueque es un salto a través del tiempo que nos lleva a los sabores del antaño.

La recolección en familia de los hongos de temporada, alimento de subsistencia para cientos de familias de la zona norte y centro del estado, que en sus mil presentaciones colma la mesa de las comunidades de escasos recursos, pero que, gracias a la creatividad gastronómica enriquecida a través de los siglos, nos obsequian una larga lista de platillos...los hongos sombrilla al comal, los escoba en caldo, los clavitos en su versión de Hueyapan, los hongos rojos, blancos y azules simplemente cocinados con epazote, sal y cebolla; las orejitas de cazahuete en ese abanico de recetas con todo tipo de salsa o simplemente a la plancha con epazote para quitarnos el hambre.

La tradición simple y muy citadina de comprar una escamocha en el quiosco de Cuernavaca para sentarnos a ver pasar a toda la humanidad y criticar, con toda la picardía posible, a toda aquella víctima que al pasar nos deja su dignidad para que la hagamos pedazos... continuando la tradición centenaria de los domingos en el parque.

La hermosísima tradición del 28 de octubre, la a florada del pericón y paralela, fiesta de San Miguel, cuando colocamos en los cuatro lados de la milpa, puertas, ventanas y automóviles las tradicionales cruces de la flor del pericón de lados iguales, que nada tienen que ver con la cruz

cristiana, pero que este día, con toda la energía que se dice tienen, nos defienden del aliento del diablo que esa noche anda suelto y haciendo de las suyas en las ciudades y el campo, repitiendo la historia de la lucha que enfrenta con el arcángel San Miguel que, siempre sale victorioso... una tradición que lleva a las familias del campo a recolectar la flor del pericón para hacer las cruces para la milpa, a colocar una gran fogata a la orilla para cocer a fuego directo los elotes tiernos o cocinarlos a manera de esquites, que se cubrirán con limón, chile, mayonesa y queso. Y en las casas la elaboración de los tamales dulces o de sal, según su tradición, para saborearlos en una mesa con un buen ramo de flores de San Miguel.

Y dejando aún infinidad de ritos y celebraciones en el tintero, ese impactante ritual para curar al enfermo llenándole la panza al diablo tal como nos explica el biólogo Eduardo Hernández. Esta comida se ofrece a los malos aires, al demonio, para que dejen en santa paz al cristiano. Se trata de tamales negros con mole verde, elaborado éste sin una pizca de sal. Para los tamales se utilizan maíz y frijol molidos, agua de azahar, vino blanco, pulque, alcohol del 96 o aguardiente. Todo se revuelve y se forman los tamales. Para ofrendarle al demonio el mole verde, tiene que ir acompañado de una olla nueva con maíz negro, otra con semilla de pipián molido sin sal, yerbas de olor, albahaca, ruda, chile, tomate y pirul. Se sahúma con copal, incienso, mirra, chapopote y alcanfor. Con la ofrenda se colocan plátanos manzanos y pan, cigarros, aguardiente del bueno, media docena de gladiolas rojas, una vela, huevos de granja, todo adornado con papel de china y listones de colores. Pero toda esta comida se tira, porque verdaderamente a este alimento ya “lo besó el diablo”.





Caldo de alaches de Hueyapan/Fernando Hidalgo



Clecuil en Zahuatlán/Fernando Hidalgo



Cecinerero de Yecapixtla/Fernando Hidalgo



Feria del 3er viernes, Tepalcingo/Fernando Soto



Fiesta de San Pablo Apóstol, Axochiapan/Fernando Soto



Gastronomía popular en Zapata/Fernando Hidalgo



Fiesta de San Pablo Apóstol, Axochiapan/Fernando Soto



Elotiza en Tetela del Monte, Cuernavaca/Fernando Hidalgo



Preparación tortillas en Cuernavaca/Fernando Hidalgo



Preparación de dulce de calabaza con guayabas en Cuernavaca/Fernando Hidalgo



Dulces de Huazulco, Temoac/Fernando Hidalgo



Medicina tradicional



COMPUESTO PARA RIÑONES
MAL DE ORIN, PROSTATA
VIAS URINARIAS, PIEDRAS
ACIDO URICO, INFLAMACION

FLORES CANTON
ASMA, BRONQUITIS
VIAS RESPIRATORIAS

INGERTO DE HUIZACHE
RIÑONES
MAL DE ORIN, VIAS URINARIAS
ACIDO URICO, ARENILLA,
DOLOR DE PIES, ESPALDA

Puesto de medicina tradicional en el mercado López Mateos de Cuernavaca/Fernando Hidalgo

Medicina tradicional

LIZANDRA SALAZAR GOROZTIETA

LA MEDICINA TRADICIONAL mexicana en el sentido indígena, se define como un sistema de conceptos, creencias, prácticas y recursos materiales y simbólicos destinados a la atención de diversos padecimientos y procesos desequilibrantes, asimismo se considera el conjunto de terapias tradicionales y el uso de recursos naturales que emplea la población para tratar y curar sus padecimientos y enfermedades, siendo una mezcla compleja de conceptos indígenas y de tradición mesoamericana, enriquecida con la biomedicina.

Existen antecedentes sobre el uso de los recursos naturales con fines terapéuticos, registrados en los códices del siglo XVI, como son la obra de fray Bernardino de Sahagún; el código De la Cruz-Badiano (*Libellus de medicinalibus indorum herbis*, de 1552), documento escrito en náhuatl por el médico indígena Martín de la Cruz, traducido al latín por Juan Badiano e ilustrado con dibujos de 251 plantas medicinales; los libros del protomédico Francisco Hernández, enviado por el rey Felipe II de España, quien realizó varios viajes de España a México, (1570-1576), visitando varios estados del centro de la república y registrando 3076 plantas en su mayoría medicinales, en Morelos registró varias especies que crecen silvestres en diferentes municipios del estado, a través de esta valiosa información se puede determinar si las especies continúan desarrollándose en los lugares citados, si los usos registrados siguen vigentes y se han perdido o se les han asignado nuevos usos. Morelos ha sido importante desde la época prehispánica porque en Huaxtepec se creó uno de los jardines botánicos prehispánicos, en donde vivió el rey Moctezuma Ilhuicamina, en el cual se cultivaba una colección de plantas medicinales; a un lado se creó el Hospital de Santa Cruz, el cual fue muy importante porque acudían enfermos procedentes de diferentes países del sur de América a curarse con plantas medicinales, y funcionó hasta la época colonial, a este lugar llegó a vivir el Dr. Gregorio López que, en 1580 escribió el libro *Tesoro de medicinas para diversas enfermedades*. A finales de los

siglos XVI y XVII se dio un intercambio de plantas nativas e introducidas. A través del tiempo, en 1888, se fundó el Instituto Médico Nacional por los médicos botánicos Fernando Altamirano y José Ramírez quienes colectaron plantas medicinales. El profesor Maximino Martínez en 1933, publicó el libro *Las plantas medicinales de México*, en el cual se hace una recopilación de las especies reportadas para curar las enfermedades. Los estudios científicos de las plantas medicinales se generan en los años setentas por un grupo multidisciplinario de investigadores, actualmente son varias las instituciones académicas que estudian la propiedades fitoquímicas y farmacológicas de la etnoflora morelense.

Los curanderos del estado de Morelos mantienen la visión prehispánica de opuestos complementarios utilizando los conceptos: frío-calor, día-noche, blanco-negro, femenino-masculino, asimismo se encuentra la dicotomía salud-enfermedad y lo cordial; para ellos estas dualidades son importantes para diagnosticar y dar tratamiento a los diferentes padecimientos y enfermedades que atienden.

La mayoría de los terapeutas tradicionales tienen bien cimentada la fe cristiana, la mayoría tiene la convicción de que “quien cura es Dios” y que ellos son sólo el instrumento para brindar la sanación a las personas que lo necesitan. Tan arraigada es la creencia religiosa que el lugar en donde realizan sus terapias de curación son espacios sagrados en donde tienen sus altares religiosos, en los cuales tienen sus imágenes de la Divina Providencia, de Jesucristo, la Virgen María, la Virgen de Guadalupe, de varios santos y representaciones del Niño Dios vestido de Niño Doctor. Tan fuerte es la fe, que existe la iglesia dedicada al “niño de la salud”, ubicada en Tepeaca, en el estado de Puebla.

Los terapeutas tradicionales tratan la sanación de una manera integral que se basa en los tres centros anímicos, esenciales en las personas que son: 1) *Tonalli* que es el alma, 2) *Teyolia* que representa el corazón e 3) *Ihíyotl* que es el hígado. Para que un cuerpo esté sano estos aspectos



deben de estar en equilibrio, es por eso que se debe de tratar a la persona desde el punto de vista espiritual, emocional y físico.

Estos aspectos están relacionados con las enfermedades de filiación cultural que se presentan en las personas y que no tienen una sanación médico-científica como:

- La caída de mollera: Padecimiento propio de los bebés, su incidencia se atribuye sobre todo a causas de índole mecánica, como caídas y movimientos bruscos. Se manifiesta por la depresión de la fontanela anterior, llamada mollera, y la dislocación de la bóveda palatina.
- El empacho: Enfermedad que se presenta en los niños, se caracteriza por diversos trastornos digestivos ocasionados por la ingestión de determinados alimentos y sustancias no alimenticias que se “pegan” en el estómago o en los intestinos.
- Mal de aire: Enfermedad ocasionada por la penetración de un aire nocivo al interior del cuerpo. Afecta a los seres humanos y a los animales, sus manifestaciones son complejas y variadas, destacan los trastornos de los sistemas respiratorio, musculoesquelético, digestivo y nervioso, que pueden llevar a la muerte.
- Mal de ojo: Enfermedad originada por la “mirada fuerte” de algunos individuos, también se le atribuye a la “envidia” y a la influencia de aquellas personas que pasan por determinados estados anímicos y corporales.
- Susto o espanto: Enfermedad originada por una fuerte y repentina impresión derivada del encuentro con animales peligrosos, objetos inanimados y entidades sobrenaturales; también por sufrir una caída en la tierra o en el agua; en general, es producto de cualquier acción traumática que amenace la integridad física o emocional de la persona.

Hoy en día la medicina tradicional es practicada por diversos actores sociales de los pueblos indígenas y comunidades del estado de Morelos, existen diferentes tipos de curanderos, los terapeutas que trabajan con el bien y con el “don” de Dios, a éstos se les conoce con diferentes nombres: curandero, herbolario, ahuequite, partera o comadrona, chamán, chupador, huesero, yerbero, limpiador, sobador, pulsador, ventosero y espiritualista. La mayoría de los terapeutas nacen con el “don de curar”, algunos heredan los conocimientos de un familiar y otros adquieren la facultad de curar, como son los “graniceros”, quienes son

las personas que fueron tocadas por el rayo y no murieron, a partir de ese momento Dios les da la “gracia” de ayudar a quien lo necesite.

En el contexto opuesto del bien está el mal, también hay personajes que se dedican a trabajar con lo “negro”, se les denomina: brujo, curandero del mal, empautado, hechicero de víboras y nahual.

Entre los curanderos existen especialistas que se dedican a atender grupos particulares, como es el caso de las parteras; en su mayoría son mujeres reconocidas por la comunidad que atienden a las mujeres desde el inicio del embarazo, les hacen el seguimiento, hasta el nacimiento del bebé y los cuidados del puerperio. Ellas manejan aspectos generales: problemas para la concepción como la esterilidad, detener un aborto y el control natal, también usan técnicas especializadas como son las “manteadas” y sobadas que emplean para acomodar al bebé en caso de que venga atravesado o con el cordón umbilical enredado. Pero su labor no termina ahí, el papel de la “matrona” continúa con la atención del bebé, porque durante el desarrollo y crecimiento sigue atendiendo las enfermedades de filiación cultural: “caída de mollera”, “empacho” “mal de ojo”, “enlechado” y “espanto”, padecimientos frecuentes en los niños de tres meses a tres años. Así que estas importantes actoras sociales, comparándolas con las especialidades de la medicina oficial, tienen el rango de ginecólogas y pediatras tradicionales por el papel que desempeñan en el sistema de salud. Las parteras han sido el grupo de terapeutas tradicionales que han recibido capacitación y un reconocimiento oficial por instituciones de salud como el Instituto Mexicano del Seguro Social, la Secretaría de Salubridad, así como del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que llegó a concentrar a 300 parteras del estado de Morelos, apoyó en la contribución y manejo adecuado de las plantas, enseñanza de los principios activos de las especies, así como en el mejoramiento de las técnicas de curación.

El hierbero es otro terapeuta reconocido por la población, se caracteriza por el uso de plantas medicinales; estos personajes poseen una riqueza de conocimientos sobre los usos de las plantas, dónde se colectan, en qué época, cómo se preparan, qué parte de la planta se emplea, la dosis que se debe de administrar, su forma de aplicación, si es tóxica o qué contraindicación tiene su abuso. Estos curanderos son herederos de un vasto conocimiento relacionado con plan-



tas y con rituales que fueron transmitidos de generación en generación, o bien nacieron con el don innato para ayudar a la humanidad.

Otro experto curador es el huesero que se dedica a atender problemas del sistema musculoesquelético, como fracturas, luxaciones, esguinces, contracturas y torceduras. El papel de estos curanderos se puede comparar con el trabajo de un quiropráctico o de un traumatólogo, en función de trabajo que desempeñan. Entre los recursos que utilizan están: ungüentos y pomadas de naturaleza caliente, látex del árbol de pegahueso, tablillas y vendas.

Hay curanderos especialistas que sólo se dedican a aliviar con limpias, los que “truenan” el empacho, los que “recogen la sombra” o los que curan el susto. También son importantes otros actores sociales en la atención de la salud-enfermedad, como las amas de casa que cumplen con un papel importante en la autoatención familiar, también están los comerciantes de recursos terapéuticos y los recolectores de plantas medicinales silvestres.

Los recursos terapéuticos que se utilizan son materiales, entre éstos están plantas, animales, agua y minerales; y los simbólicos como rezos, mandas, limpias y objetos (veladoras, jabones, amuletos para la buena suerte, polvos, lociones de protección, etcétera).

La herbolaria, como se conoce a la práctica terapéutica que utiliza plantas medicinales nativas e introducidas, es un recurso de la diversidad biocultural que continúa vigente y tiene gran arraigo en nuestro país. La Organización Mundial de la Salud (OMS) reconoce el valor de esta práctica terapéutica y le otorga gran importancia en los sistemas públicos de salud. En el estado de Morelos, la flora medicinal se calcula en \pm 800 especies silvestres y cultivadas, en el caso de las plantas silvestres varias están en condición crítica por diversos factores: deforestación, contaminación, asentamientos humanos, incendios forestales, cambio de uso del suelo y por la recolección y sobreexplotación. Desafortunadamente las plantas medicinales carecen de inclusión en la NOM-059-SEMARNAT 2010, en la cual se registran las especies que se encuentran en alguna categoría de riesgo. Las plantas medicinales se comercializan frescas o secas, enteras, partes de ellas o en diversas mezclas, se venden en puestos de herbolaria de los mercados y tianguis locales y regionales.

A través del tiempo se han elaborado cuadros etnoflorísticos con las plantas medicina-

les que se emplean para curar los diferentes órganos y sistemas del cuerpo humano, como los siguientes:

Para el sistema nervioso, con el objetivo de contrarrestar los problemas de estrés, insomnio, nervios, dolor de cabeza y migraña, se utilizan plantas con actividad relajante como valeriana, toronjil morado y blanco, flores de “azahar”, pasionaria, tila y zapote blanco, entre otras.

Para el sistema digestivo existe una gran diversidad de especies para tratar los dolores de estómago, cólicos, diarreas, úlceras, gastritis, colitis y para eliminar parásitos intestinales. Entre las plantas utilizadas con frecuencia para atender estos padecimientos están la guayaba, hoja santa, manzanilla, hierbabuena, estafiate, *mexixi*, orégano, hinojo, chaparro amargo, ajeno, prodigiosa y nanche, entre una gran diversidad.

También tenemos una riqueza de plantas para atender los problemas del sistema respiratorio, entre los más frecuentes están el asma, pulmones cansados, alergias, sinusitis. Se usa el eucalipto, poleo, cuatecomate, tejocote, canela, ajo, cebolla, bugambilia, sauco y borraja, sólo por citar algunas.

Para el sistema endocrino, con toda la problemática que existe entre la población con un alto índice de diabetes en nuestro estado, hoy en día se tienen plantas que se utilizan como una alternativa para “controlar” los niveles de glucosa en la sangre; algunas se caracterizan por tener un sabor amargo, como las semillas del árbol del zopilote, las hojas del árbol del neem y la prodigiosa; hay otras de sabor suave como el guarumbo, la tronadora, cuaulote, el *axihuitl*, alcachofa y la *pereskia* blanca. Otro sistema importante el renal, entre los padecimientos más frecuentes están las infecciones en vías urinarias, al igual que la presencia de cálculos renales, el mal de orín, ácido úrico o los riñones inflamados. Para estos casos se emplea la hierba del sapo, hojas de níspero y chayote, cuajilote, cola de caballo, cabellos de elote, bretónica, caña de jabalí, grangel, chaya y la doradilla entre otras.

En el sistema reproductor se presentan varios problemas como las enfermedades de transmisión sexual, infertilidad, infecciones y otros padecimientos particulares de las mujeres y de los hombres. Entre las especies que se usan para resolver esos problemas están la capitaneja, hierba de San Francisco, mercadela, oregano, ruda, romero, tomillo, pericón, cempasúchil y siempreviva, árnica, cuatecomate, cancerina y quina.



La piel se considera como un órgano importante que sufre de quemaduras, úlceras, heridas, erupciones, infecciones y problemas del cuero cabelludo; las plantas usadas popularmente para atender estos padecimientos son tepezcohuite, cuachalalate, árnica, caléndula, hierba del golpe, *axihuitl*, mirto, salvia morada, sábila, cantueso, árbol del zopilote, neem y toloache. Con toda la riqueza de la etnoflora que tenemos debemos de sentirnos orgullosos que como morelenses conservamos una vasta herbolaria para curar todo tipo de enfermedades.

Tan importantes son las plantas como los animales silvestres, existe información de que se han utilizado con fines terapéuticos desde tiempos antiguos, como ejemplo de la etnofauna se encuentra el tlacuache, la víbora de cascabel, el armadillo, la iguana, el zopilote, el zorrillo, el coyote, la tortuga y el zopilote, sólo por citar algunos. La parte empleada para curar es la carne, la sangre y la grasa. También los animales presentan la problemática de sobrevivir en su hábitat natural porque se han afectado severamente sus ecosistemas, esto ha ocasionado que sus poblaciones hayan disminuido y que algunas especies estén en alguna categoría de riesgo o en peligro de extinción, como es el caso del coyote.

Los minerales también han jugado un papel muy importante en las terapias curativas, los que se utilizan con mayor frecuencia son la piedra de alumbre, el tequesquite, la plata y el oro.

A través del tiempo se han desarrollado diversas terapias de curación: una de las técnicas de sanación más antigua es el temazcal o “baño de vapor”, la aplicación era y continúa siendo higiénica, de tratamiento postparto, religiosa y terapéutica. Esta última, su aplicación con fines medicinales, es muy amplia, principalmente para tratar problemas del sistema respiratorio, circulatorio, nervioso y de la piel. Para los baños principalmente se utilizan plantas aromáticas de naturaleza caliente como, pericón, hojas de zapote blanco, jarilla y pirul, entre otras. Las parteras tradicionales emplean con frecuencia esta terapia, especialmente para el posparto, las mujeres después de dar a luz se bañan en el temazcal con el propósito de retirarles toda la frialdad que adquirieron durante el “trabajo de parto”.

Otra práctica terapéutica de amplia difusión es “la limpia”, se realiza los días martes o viernes para que sean más efectivas, se practican con la finalidad de diagnosticar y tratar diferentes en-

fermedades, principalmente las de síndrome de filiación cultural; el término se refiere a quitar, retirar y eliminar todo el mal que está generando el desequilibrio o la enfermedad. Cada uno de los curanderos tienen su propia forma de limpiar y de utilizar diferentes recursos como el uso de un huevo fresco, de preferencia que sea de gallina de rancho el procedimiento consiste en colocar el huevo sobre la cabeza, en ese momento el terapeuta empieza a rezar, continúa pasándolo por todo el cuerpo de la persona con el propósito de que el huevo absorba el mal, posteriormente, se rompe el huevo y se coloca en un vaso con agua; dependiendo de como se vean la clara, la yema y el agua se determina si se trata de un “mal aire”, “calor” o de algún tipo de enfermedad. También el huevo se usa para “adivinar” si un familiar está vivo o muerto.

Otro tipo de limpia es la “rameada” o “barriada” que se hace con un ramo de plantas aromáticas como ruda, albahaca, pirul, romero, salvia, mirto, toronjil, eucalipto, jarilla, pericón, hinojo, estafiate y flores blancas o rojas, dependiendo de la finalidad; esta terapia principalmente se da como tratamiento a problemas de “mal de ojo”, envidia, estrés, “mala suerte”; el procedimiento consiste en que con el ramo se “barre” y se limpia el cuerpo de la persona enferma, desde la cabeza hasta los pies, deteniéndose en zonas específicas con el fin de retirar el mal. Antes de empezar la limpia, algunos curanderos acostumbra rociar el ramo con agua bendita, mezcal o aguardiente, y con agua de protección que ellos mismos preparan usando colonia de Siete Machos mezclada con otras esencias.

También usan otros elementos para “limpiar” como la piedra de alumbre, el impregnar con humo de tabaco a las personas para eliminar los “malos aires”; es frecuente el empleo del sahumerio con la quema de copal, la resina de ocote, semillas de mostaza, plantas secas de pericón, laurel y romero, cáscaras de ajo y cebolla, con la finalidad de sanar a las personas y también para limpiar las casas, dado que por el olor sirve para alejar los malos espíritus, además proporciona un estado de bienestar y armonía en el ambiente.

Los chiquiadores son una terapia que se utiliza para quitar el dolor de cabeza y para controlar la migraña, para esto se utilizan plantas aromáticas como ruda, albahaca, romero, lavanda y salvia, éstas se mezclan con aceite o manteca y se colocan en la sien para quitar en poco tiempo los



malestares intensos. Existen otras terapias tradicionales como las cataplasmas, los fomentos, las ventosas, masajes, manteadas, tronada de anginas, vaporizaciones, tronada de empacho, subir la mollera, entre otras.

Los curanderos en sus terapias utilizan plantas frescas o secas con el fin de preparar diversos productos para sus pacientes como: 1) infusiones y cocimientos de diferentes hierbas; 2) pomadas de árnica, ajo, belladona, caléndula, romero, floripondio, toloache, ruda, tomillo y zábila; 3) ungüentos de grasa de coyote, zorillo, víbora de cascabel y veneno de abejas; 4) jarabes elaborados con diferentes hierbas; 5) alcoholatos con romero, albahaca, pirul, tabaco, marihuana, ocotillo y ajo; 6) tinturas de neem, caléndula, mercadela, *axihuitl*, toronjil, hierba del sapo, valeriana, pasiflora, etcétera; 7) elaboración de supositorios; 8) jabones medicinales de zábila, lináloe, tepezcohuite, rosas, avena, cuachalalate, hierbas aromáticas; 9) cápsulas de nopal, neem, víbora de cascabel, *axihuitl*; 10) champús para los piojos, anticapa y nutritivos de hierbas; 11) aceites esenciales de cedro, ricino, oliva, caléndula, almendras, romero, menta, rosada, romero, alcanfor, benjuí, lavanda, citronela y jojoba, sólo por citar algunos productos elaborados por los propios curanderos. Todas las especies medicinales mencionadas en el presente artículo se pueden conocer en el Jardín Etnobotánico y Museo de Medicina Tradicional del Centro INAH Morelos.

Entre los recursos simbólicos que utilizan los curanderos para agradecer el “don” que les ha otorgado Dios para ayudar a quien lo necesita, por tradición, se encuentra la “ofrenda” de espacios representativos para las comunidades, éstos son lugares sagrados como “ojos de agua”, arroyos, ríos, cuevas, árboles, cruces y piedras consagradas; la ceremonia se realiza en honor a los “aires” o a los “señores del tiempo”, y consiste en llevar una ofrenda que incluye comida: mole rojo o verde, tamales, tortillas; fruta, flores, vino y cigarros. Las fechas varían entre los pueblos, algunos llevan la ofrenda el 2 de febrero, otros el 3 o el 15 de mayo, días relacionados con la veneración de santos patronales como la Virgen de la Candelaria, la Santa Cruz y San Isidro Labrador, estas fechas están relacionadas con los rituales del ciclo agrícola, que se programan antes de que inicie el periodo de lluvias con la finalidad de solicitar que haya un buen temporal, para que se vea beneficiada

la agricultura y que haya una buena producción. Al final del año, cuando terminan las lluvias, se lleva otra ofrenda con el propósito de agradecer que hubo un buen temporal y la cosecha fue satisfactoria.

Actualmente, los pueblos tienen varias alternativas para tratar la salud-enfermedad, considerando que continúan vigentes los conceptos de origen indígena, de tradición mesoamericana, las medicinas alternativas y complementarias como el espiritualismo, el naturismo, la homeopatía, la reflexología, la auriculoterapia, la magnetoterapia y la iridología, entre otras; así como la biomedicina.

Afortunadamente en el año 2001, por decreto publicado en el *Diario Oficial*, la Constitución mexicana reconoce a la medicina tradicional como un derecho cultural de los pueblos indígenas, y la Ley General de Salud, en el 2006, reforma y adiciona diversas disposiciones en torno a la salud de la población indígena y al reconocimiento de la medicina tradicional indígena. Estos aspectos de marco legal son valiosos e importantes porque existen programas a nivel estatal y federal relacionados con la atención de la salud-enfermedad por la medicina tradicional, que son una garantía para que se preserve, se conserve y se transmita este legado biocultural.

La gráfica de la siguiente página muestra los datos registrados por la Secretaría de Salud y por el Instituto Nacional de Salud Pública (INSP) con respecto del total de parteras existentes en el estado de Morelos.

La información se consideró desde varios años atrás con el propósito de comparar el censo de 1992, 2015, hasta la actualidad.

En 1992 existía un total de 630 parteras tradicionales, distribuidas en los 33 municipios de Morelos; todas eran mujeres que atendían en sus domicilios, utilizando sus conocimientos y prácticas empíricas. La edad promedio era de entre 50 y 60 años. A partir de 1992, la Secretaría de Salud, el Instituto Mexicano del Seguro Social y el Instituto Nacional de Antropología e Historia iniciaron la capacitación de las parteras abordando diversos temas como, salud reproductiva, problemas ginecológicos, atención del parto, cuidados del recién nacido, uso y manejo de aparatos como el baumanómetro y el glucómetro; utilización adecuada de los recursos vegetales y animales, principalmente la administración de plantas medicinales, así como aspectos importantes de la higiene y limpieza en el lugar de atención, entre otros contenidos.



En 2005 se observa que hay un número representativo de parteras que están activas, pero que no se integran a programas de capacitación, así como que otro porcentaje de terapeutas sí se ocupan de tomar diversos cursos de adiestramiento.

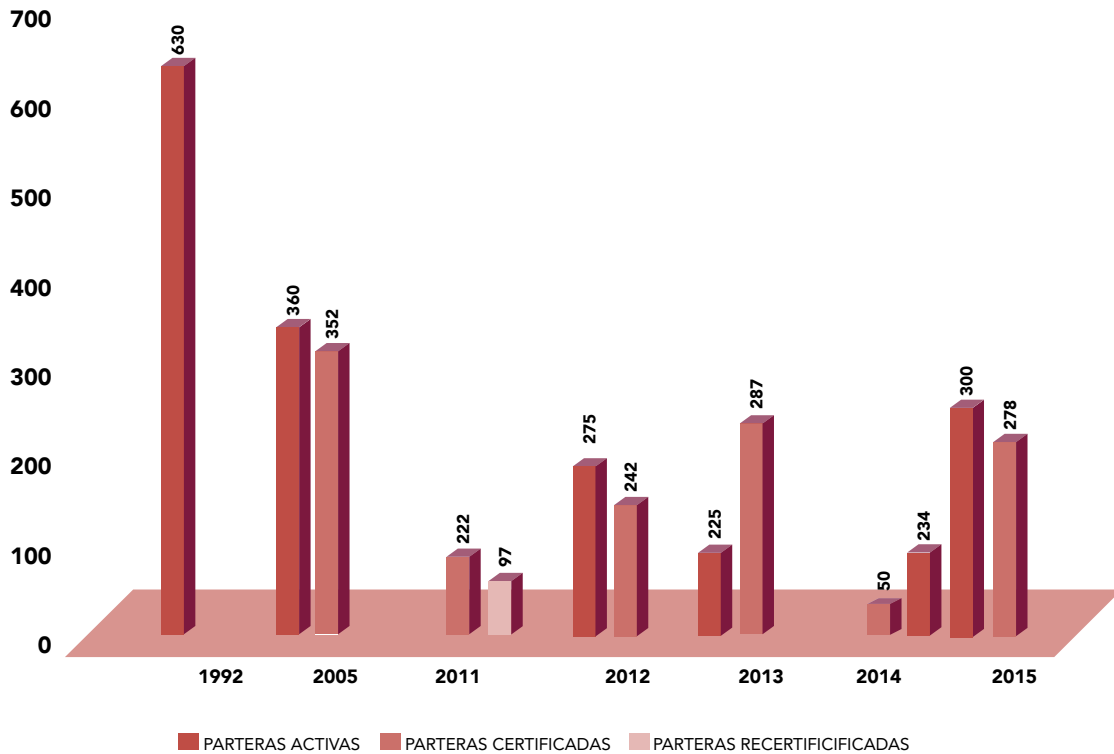
Se proporciona el número de parteras activas, certificadas y recertificadas entre 2011 y 2015; el promedio fluctúa entre 512 y 522 parteras.

En los últimos años se ha incrementado el interés por parte de las parteras de asistir a los cursos de capacitación, y así obtener la certificación oficial.

A continuación se mencionan algunas parteras: María de la Paz Puebla, Francisca Orduña, Irene Sotelo Álvarez, Amelia Rosas González, Marina Rodríguez, María Félix Esquivel, Francisca García y Sofía Ortega.



PARTERAS EN EL ESTADO DE MORELOS



Bibliografía

- Aguilar Contreras, Abigail, María Edith López Villafranco y Santiago Xolalpa Molina. Centro de México: *tradición herbolaria, plantas medicinales, enfermedades y remedios*. México: México Desconocido. Herbolaria Mexicana, núm. 5.
- Argueta Villamar, Arturo (coord.). *Atlas de las plantas de la medicina tradicional mexicana*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1994.
- Lozoya, Xavier. “Spa: salute per aqua, el temazcalli.” *Arqueología Mexicana*, julio-agosto de 2005, vol. 13, núm. 74, pp. 54-57.
- Mata Pinzón, Soledad *et al.* *Diccionario enciclopédico de la medicina tradicional mexicana*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1994.
- Monroy-Ortiz, Columba y Patricia Castillo España. *Plantas medicinales utilizadas en el estado de Morelos*. Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2000.
- Ortiz Butrón, Agustín. “El temazcal arqueológico.” *Arqueología Mexicana*, julio-agosto de 2005, vol. 13, núm. 74, pp. 52-53.
- Parrilla Álvarez, Laura. *Jardín Etnobotánico, Museo de Medicina Tradicional y Herbolaria, Cuernavaca, Morelos*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003.
- Salazar Goroztieta, Lisandra. “El Jardín Etnobotánico de Cuernavaca, Morelos.” *Arqueología Mexicana*, septiembre-octubre de 1999, vol. 7, núm. 39, pp. 66-67.
- Zolla, Carlos. “La medicina tradicional indígena en el México actual.” *Arqueología Mexicana*, julio-agosto de 2005, vol. 13, núm. 74, pp. 62-65.



Expendio de herbolaria y vegetales en Cuernavaca/Fernando Hidalgo



Compuestos mixtos de herbolaria para males renales/Fernando Hidalgo



Cortezas de cocolmecha, para infusiones de alcohol y tisanas/Fernando Hidalgo



Herbolaria morelense/Fernando Hidalgo



PERFUMES

ESTE HOGAR ES CATOLICO





Arquitectura vernácula



Arquitectura vernácula



JUAN ANTONIO SILLER

Introducción

SE HACE UNA presentación descriptiva, breve y general, de los géneros de la arquitectura rural de muchos de los poblados históricos, así como de la arquitectura vernácula que se puede encontrar de manera mucho más dispersa y en una relación directa con los contextos naturales y las actividades agrícolas.

Se establece que la arquitectura vernácula, que tradicionalmente ha sido considerada y estudiada como la “casa habitación y sus tipologías”, es mucho más que eso, ya que abarca todo un sistema espacial y funcional en el que las tradiciones hacen que estos espacios exteriores resulten muchos más interactivos en la vida doméstica y no se limita a los espacios de una casa y al espacio interior de una habitación urbana o semiurbana. Este análisis y descripción de los espacios se establece a partir del concepto de la unidad doméstica integral de los sistemas de actividades, relaciones externas, relaciones internas y trayectorias, desde el punto de vista funcional, ambiental, expresivo, de estabilidad y constructivo.

Es también, sobre todo, un patrimonio inmaterial o intangible, producto del conocimiento y relación con el medio ambiente natural y cultural, en el que su generación parte de un conocimiento ancestral de una tradición e identidad regional, apropiada y desarrollada por una práctica comunitaria y social, tal como ésta se materializa en la producción de sus espacios de habitación y de trabajo, además de los de cultivo doméstico como el que se realiza en éste espacio denominado solar, y en el que se en-

cuentran las huertas y hortalizas de autoconsumo para cada una de las familias que las además de sus áreas de cultivo y trabajo externas a ellas.

Se analizan los conceptos de vivienda rural y la variante de las viviendas vernáculas no tanto por sus diferencias tipológicas, que muchas de las veces guardan una relación muy cercana, sino por su emplazamiento. Las primeras situadas en un asentamiento con traza y conjuntos de habitación, a diferencia de las que se encuentran dispersas en asentamientos mucho más cercanos a las áreas de cultivo en el campo.

Esta arquitectura ha sido documentada y descrita, en lo general, en el Catálogo Nacional de Monumentos Históricos Inmuebles, obtenido en el año de 1999, en los 33 municipios del estado de Morelos, bajo mi coordinación académica y técnica en el Centro INAH, Morelos.

Además de su descripción y características se hace un análisis de su estado de conservación, preservación, así como de los cambios y modificaciones reciente que han transformado su tipología original y tradicional.

A lo largo del texto se hacen amplias referencias documentales en notas a muchos de los estudios inéditos realizados en diversos trabajos de campo y académicos universitarios.

Arquitectura de habitación rural

La tipología de esta arquitectura rural¹ es la más frecuente y común que encontramos en las poblaciones urbanas de pueblos tradicionales como los del noreste del Estado,² en localidades de los municipios de Tlayacapan,³ Atlatlahucan, Totola-

¹Damaris Aguilar Díaz, *La rural vivienda, una alternativa de vida*, Cuernavaca, UAEM, 2006.

²Véanse sobre la arquitectura vernácula de Morelos: *Memoria del 1.er Seminario y Taller Iberoamericano de Vivienda Rural y Calidad de Vida en los Asentamientos Rurales*, Cuernavaca, UAEM, 1999. *Atlas de la vivienda rural del estado de Morelos*, Cuernavaca, UAEM, 2000. Luis Fernando Guerrero Baca, Leonardo Meraz Quintana y Francisco Javier Soria López, “La vivienda vernácula en las faldas occidentales del volcán Popocatepetl,” En *Arquitectura, construcción y conservación de edificaciones de tierra en áreas sísmicas*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005. Luis fernando Guerrero Baca, “La vivienda tradicional en los valles altos del estado de Morelos un enfoque tipológico”. En *Estudios de Tipología arquitectónica*, México, UAM, 1996.

³Nicolás Méndez Pantaleón, *Arquitectura vernácula en Tlayacapan, Morelos: rescate de la vivienda rural*, Cuernavaca, UAEM, 2006. Tesina de arquitectura.



pan, en los que se basan todos ellos, en una unidad doméstica estructurada en relación directa con el solar a nivel de escala arquitectónica de la relación casa y extensión de la misma en el solar, que a su vez forma parte de una escala mayor a nivel urbano de la manzana urbana que es la relación de todos los solares en su interior, en la que comparten, espacialmente, un área verde de árboles, huertas y hortalizas, divididas tan sólo para cada solar familiar por un muro sobrepuesto de piedras llamados tecorrales, y delimitadas estas manzanas por las cuatro calles circundantes.

Este modelo urbano prosperó en una región donde el agua es escasa y solamente se podía obtener a través de la captación de lluvia, realizada por obras de conducción de las cubiertas de las casas a cisternas domésticas o pilas, como los aljibes por ejemplo, el de la Cerería de Tlayacapan,⁴ o los gigantescos depósitos de agua de los monasterios o los de la misma población de Tlayacapan, Totolapan Atlatlahucan, por mencionar algunos de esta región; así como por grandes depósitos de agua a cielo abierto los llamados “jagüeyes” que se tuvieron para la recolección del agua proveniente de los escurrimientos de las laderas de los cerros y montañas circundantes y que es distribuida al resto de la población por medio de canales y apantles para su conducción.⁵

El diseño urbano y arquitectónico en la planificación de todas estas poblaciones está fundamentado en la creación de “nichos climáticos”, reguladores de temperatura y de humedad, para crear “microambientes” confortables y compartidos en el centro de cada una de las manzanas del poblado, a las que se canaliza el agua de lluvia inclinando hacia el interior de este espacio verde las cubiertas con la pendiente de agua, elaboradas con tejas de barro y otros materiales, así se crea un ambiente fresco en el verano con la lluvia que es retenida por los árboles y la vegetación existente en la parte central de la manzana y en cada uno de los solares de las casas. Evitando de esta manera arrojarla a la calle y perderla por los arroyos que drenan las calles para evitar que éstas se inunden.

Este “microespacio verde” es a la vez un “pulmón verde” que proporciona oxígeno y evita la presencia de polvo al cortar el viento, proporciona una “cubierta natural” que evita el asoleamiento excesivo, a manera de un gran parasol que además constituye un “nicho ecológico” para el refugio de aves y de otros animales que mantienen alejadas las plagas nocivas, las cuales les sirven de alimento, por lo que es una extraordinaria solución ambiental que nos muestra el gran conocimiento de estas poblaciones tradicionales para resolver, la adecuación de la arquitectura al medio físico de manera integral, tanto a nivel arquitectónico como a nivel urbano.⁶

La imagen urbana exterior de estos grandes solares urbanos está delimitada por calles empedradas que aún se conservan y no han sido sustituidas, que filtran en parte el agua al subsuelo, como una esponja de piedra, unidas con tierra o a hueso por un sistema a base de “juntas secas” de piedra bola de río o de basalto, la cual es de una gran resistencia, puede ser removida y es autoreparable de forma manual y con materiales locales de bajo costo; estos empedrados transmiten menos calor al ambiente de la calle, son mucho más frescos que los concretos y asfaltos, absorben el calor y eliminan los reflejos por su forma y color oscuro, evitan que el agua corra con mucha velocidad por la textura rugosa de su acabado y permiten un mejor tránsito de los animales de trabajo que se emplean para las labores domésticas y del campo en muchas de estas comunidades.

Los paramentos exteriores de los muros de las casas son continuos en general y están abiertos por vanos de puertas y reducidas ventanas, en algunos de ellos predominan los macizos para el aislamiento exterior y protección del asoleamiento y del calor generado, así como para su seguridad.

Los muros son construidos, al igual que los cimientos, con mampostería de piedra, la cual se levanta por arriba del nivel del terreno, para proteger de la humedad y de la erosión los mu-

⁴ Trabajos de restauración del inmueble y recuperación del antiguo sistema doméstico de captación, conducción y almacenamiento de agua, en un depósito circular de mampostería enterrado en el patio posterior de la casa habitación.

⁵ Ver la obra de Claudio Fabier Orendáin, *Ruinas de utopía. San Juan de Tlayacapan (Espacio y tiempo en el encuentro de dos culturas)*, México, Fondo de Cultura Económica 2004.

⁶ Integración de la arquitectura al medio físico. Ver: Juan Antonio Siller Camacho, *El patrimonio cultural y los monumentos históricos inmuebles en el estado de Morelos, Tomos I y II*, México, Secretaría de Información y Comunicación, Gobierno del estado de Morelos, 2014. *Catálogo de monumentos históricos inmuebles del estado de Morelos*, Coordinador Juan Antonio Siller Camacho, México, Cuernavaca, Morelos, Centro INAH, Morelos, 1999. (33 municipios).

ros de adobe que funcionan como de carga, con amarres por medio del cuatrapeo del mismo material, son de espesor suficiente para mantener el aislamiento con respecto de las condiciones de frío y calor; los apoyos de las cubiertas de madera aún se conservan en muchas viviendas sobre vigas horizontales de madera, al igual que en los cerramientos de vanos de puertas y ventanas.

El interior de los espacios arquitectónicos queda aislado de la calle y del exterior, creando un espacio interno de usos múltiples de recepción y habitación que son usados principalmente por la noche, ya que el área de estar se encuentra contigua a este espacio interior delimitado por muros, en un espacio porticado, abierto hacia el interior del solar, y protegido por pretilos bajos a medio muro; en este espacio se localiza el comedor y el área de estar de la casa, que es un lugar de gran confort climático, al quedar aislado y protegido por la cubierta de la casa y por la vegetación del patio, la luminosidad es media y permite realizar diversas actividades, y la ventilación es directa sin la necesidad de contar con ventanas. El solar es una extensión real y directa de las actividades de trabajo que se realizan en estos espacios exteriores, ya que es en este lugar en donde se encuentran la pila de agua, los baños y el temazcal, el horno de pan, el cuexcomate para el almacenamiento del grano de maíz, la cocina de humo, el molino de nixtamal, los lavaderos, tendedores, la leña o el carbón, los cuartos de bodega, y las herramientas de trabajo y los arcos de los animales, además de los corrales para los animales y las aves, la huerta y la hortaliza de la casa. Los animales y los productos del campo entran por un acceso lateral y directo desde la calle al patio interior, en algunos de los pueblos más tradicionales llegan a tener un portal a partir de una cubierta de dos aguas para protegerse del sol y de la lluvia antes de entrar al predio; aún se pueden ver en poblaciones rumbo a la sierra como en Hueyapan⁷ y corresponden a una arquitectura más vernácula, que llegamos a ver en la parte periférica de las poblaciones que ya han sido más urbanizadas.⁸

En el interior de este patio del solar original se han ido construyendo cuartos de la familia ampliada que aún permanece con los padres. Los componentes arquitectónicos de la arquitectura rural son los siguientes: el solar con un espacio central verde para hortalizas; la casa compuesta

por un amplio espacio interior de tránsito de la calle a la habitación y de pórtico interior al solar, el solar con pilas de agua, hornos de pan, cuexcomate, temazcal, cuartos, corrales, huerta y hortaliza.

Arquitectura de habitación vernácula

La arquitectura vernácula guarda un patrón de asentamiento mucho más disperso y acorde con las actividades de cultivo y agrícolas, y la parte urbana está centralizada y corresponde al lugar en donde se encuentra la capilla o el templo, un edificio de gobierno, los locales de tiendas de suministro de alimentos y sobre todo una plaza de usos múltiples para el mercado semanal, fiestas cívicas y religiosas.

El asentamiento guarda una relación directa con su área de subsistencia y cultivo, en una relación de patrón familiar de familia extensa, más que una organización de tipo semiurbano y urbano concentrada o semiconcentrada es una relación establecida directamente con el medio natural de su entorno.

Las unidades de la habitación doméstica están determinadas por un espacio construido y por espacios al exterior adecuados para diversos usos al aire libre durante las actividades domésticas y de trabajo a lo largo del día, por parte de toda la familia; la casa propiamente dicha es el lugar de resguardo por la noche y al término de las actividades diurnas.

El contacto con el espacio exterior es directo y permanente y su especificidad y su diseño están determinados por la funcionalidad para la realización de las actividades domésticas y del campo, así como por las características particulares del emplazamiento en la búsqueda de su mejor adecuación al medio físico, y aprovechar las características que éste presenta para su adaptación sin tener que realizar adecuaciones o modificaciones mayores que impliquen un costo en recursos materiales y humanos.

Las edificaciones mantienen una constante en el uso de los materiales y sistemas de construcción, se mantiene una relación de equilibrio en el aprovechamiento de su medio ambiente y recursos, y la edificación se realiza de forma colectiva con la participación de la familia extensa o también con la ayuda de los vecinos de

⁷ Víctor Hery Vázquez Ríos, *Cómo fabricar adobe en Hueyapan, Morelos*, Cuernavaca, UAEM, 2000.

⁸ Roberto Carlos Figueroa Bahena, *Arquitectura de adobe en Tetela del Volcán*, Morelos, Cuernavaca, UAEM, 2006; Nadia Becerra Vargas, *Rescate de la vivienda de adobe en Hueyapan, Tetela del Volcán*, Morelos, Cuernavaca, UAEM, 2002.

la población más cercana. Para el resto de las variables fisiográficas y de adecuación cada una de ellas mantiene una mayor flexibilidad de adecuación funcional.

Esta arquitectura forma parte de más de una tradición cultural basada en el conocimiento transmitido socialmente y su manufactura requiere de la interrelación de todos los miembros de la comunidad es una arquitectura perecedera en la que la única forma de conservación es la preservación de la tradición establecida entre los miembros de la comunidad que de manera dinámica la han mantenido de generación en generación haciendo los cambios y mejoras tecnológicas de una manera empírica, probada a lo largo del tiempo, y en una interacción permanente con los elementos naturales y culturales es un patrimonio que corresponde más a un patrimonio intangible que tangible en el que su materialidad está en la inmaterialidad de su tradición y no en el material mismo de su edificación que finalmente es efímero y perecedero.

Los componentes arquitectónicos y espaciales más importantes de la arquitectura vernácula, así como las características que la define son los siguientes: no hay una unidad espacial de solar regular sino que éste se extiende en el terreno del emplazamiento; el solar lo conforman diversos espacios de actividad interior, exterior y espacios a cubierto semiinteriores, sin presencia de muros cerrados; la casa es el espacio de habitación con gran flexibilidad espacial para usos múltiples, como espacios de actividades para estar, comer, dormir y orar en una capilla doméstica o altar; espacios para cocinar o preparar de alimentos: cocina con fogón de leña o estufa, horno para pan, pozo para barbacoa, molino de nixtamal y áreas para preparar alimentos: y comer; espacios para almacenar el grano en trojes, silos o los llamados cuexcomates, para el maíz, lugares cubiertos para almacenar la leña; espacios para depósito de agua, tales como aljibes, pilas o piletas, cisternas, pozos de extracción de agua; espacios para el aseo o los servicios sani-

tarios, tales como cuartos de baño, temazcales (uso medicinal) y letrinas secas; espacios para animales tales como establos y corrales, y bodega para herramientas de campo y arriería; huerta de árboles frutales y hortalizas para consumo doméstico; muros de piedra (tecorrals), pórticos de acceso al solar y la casa habitación; parcela en el campo de cultivo y huertas. La arquitectura vernácula como una categoría el patrimonio intangible por sus formas tradicionales de uso y construcción vinculadas con formas de organización social comunitaria ha sido abordada por varios autores.⁹

Los solares, patios, huertas y hortalizas requieren de una amplia y detallada documentación para su estudio y conocimiento, así como para la mejor conservación de sus diseños, tecnologías y técnicas agrícolas de cultivo y aportaciones locales y regionales a través de sus conocimientos y tradiciones históricas. Es, sin duda, un valioso patrimonio etnoantropológico importante de conocer y valorar.

Consideraciones finales sobre el espacio vernáculo y la preservación

El espacio vernáculo como es fundamentalmente un espacio inmaterial, concebido como un patrimonio cultural denominado intangible o inmaterial, se encuentra en una situación crítica con respecto de su creación y producción, que requiere la renovación permanente de sus edificaciones, dadas las características de los materiales y sistemas constructivos perecederos con los que fueron realizadas. Es una arquitectura que cumple con un ciclo de vida a la par de sus usuarios originales, o de una o dos generaciones posteriores, cuya permanencia está dada en la reconstrucción y renovación de sus formas espaciales y tipología que han encontrado la mejor integración y equilibrio con los recursos locales existente y de la preservación y

⁹ Véanse las tesis acerca de algunos ejemplos estudiados: Alma Valeria Bahena Aponte, *Vivienda vernácula en Fierro del Toro, Huitzilac*, Cuernavaca, UAEM, 2002; Juan Ocampo Vázquez, *Arquitectura vernácula de los pueblos ribereños del río Cuautla-Cuauhlixco*, (Morelos), Cuernavaca, Morelos, UAEM, 1998; Fabián Campos Valdez, *Arquitectura vernácula de los Pueblos del Volcán*, (Morelos), Cuernavaca, Morelos, UAEM, 1996; O. Casarrubias Díaz, *Arquitectura vernácula y rehabilitación de la imagen urbana de Itzamatitlán, Yautepec Morelos*, Cuernavaca, Morelos, UAEM, 1996; Luis C. Hernández Román, *Arquitectura vernácula del pueblo de Atlatlahucan*, Morelos, Cuernavaca, Morelos, UAEM, 1996; Michelle Moreno Sullivan, *Arquitectura vernácula de los pueblos de Tlalnepantla Morelos*, Cuernavaca, Morelos, UAEM, 1996; Edna Hernández Ordoñez y Norma, Escobar Castañeda, *Arquitectura vernácula habitacional en el municipio de Xochitepec*, Cuernavaca, Morelos, UAEM, 1996; Ulises Castañeda Salas, *Arquitectura vernácula de los pueblos de la cuenca de Tetecala*, Morelos, Cuernavaca, Morelos, UAEM, 1996; Roberto Eduardo Leyva Muñoz, Armando Ramos Salazar y Jorge Saturnino, Torres Ovando. *Reestructuración y rehabilitación de la comunidad de Chalcatzingo*, Morelos, Cuernavaca, Morelos, UAEM, 1974; Víctor Mendoza Millán, *Rescate de la arquitectura vernácula del centro histórico de Coatetelco*, Morelos, Cuernavaca, Morelos, UAEM, 2002; Eduardo Brito Galván, *Tipología de la vivienda rural en Jumiltepec*, Morelos, Cuernavaca, Morelos, UAEM, 2002.



conservación del equilibrio de su hábitat natural y cultural.

Como patrimonio inmaterial su reconstrucción es válida como forma de renovación y continuidad de una tradición y saber ancestral que forma parte de una serie de manifestaciones culturales del área mesoamericana como permanencia viva y arqueológica de usos y costumbres que podemos ver en “espacios arqueológicos vivos”, como lo han sido a través del tiempo el uso de tecorrales de piedra, graneros para el maíz, conocidos como cuexcomates, las cocinas con sus tlecuiles de piedra su cerámica asociada, como comales, ollas o patojos, el uso de baños de vapor conocidos como temazcales, sistemas de almacenamiento de agua individuales y colectivos, formas de cultivo de plantas domésticas y medicinales dentro del solar, cétera; así como muchas de las aportaciones de formas culturales que el antropólogo Guillermo Bonfil Batalla llama aculturaciones y que define como aditivas, sustitutivas, las cuales se manifiestan en nuevas formas de sincretismo, presentes en todos estos espacios y usos.

La actual situación de esta arquitectura, por ser conceptualmente de naturaleza inmaterial, aunque de forma material temporal, ha adoptado un proceso de cambios, modificaciones y ruptura de la transmisión y uso. Esta manifestación espacial ha dejado de realizarse y se encuentra en la etapa terminal de una tradición que ya no se reproduce ni se apropia de manera social y comunitaria. Las razones son diversas, pero es un hecho que forman parte de una realidad.

En una reciente prospección realizada en Tezoztlán, y en los poblados históricos del municipio, se pudo constatar que del total de edificaciones catalogadas, hace menos de quince años, ha desaparecido más de la mitad de ellas y que, de las que aún se conservan, la mitad han sido tan modificadas y no tienen relación con las originales. Las que aún se conservan, en su mayor parte, están en muy mal estado y prácticamente han sido empleadas como viviendas secundarias, muchas de ellas. El uso tradicional del solar ha sido reducido por el crecimiento y densidad de las familias extensas. Su crecimiento es vertical. Los espacios exteriores han adoptado otros usos y funciones.

Se conservan algunos elementos aislados de sus componentes, pero ya no tienen la relación integral que los caracterizaba como espacios de uso externo e interno.

La presencia de nuevos materiales, sistemas constructivos, así como de diseños y tipologías ajenos al contexto cultural original, han conformado una nueva imagen de deterioro y ruptura. En la que esta nueva tipología responde a un referente urbano llevado a poblados históricos tradicionales del campo, como nuevas formas simbólicas de “modernidad”, cambio económico y social, de prestigio y, sobre todo, de una negación de su pasado, historia e identidad.

La arquitectura denominada “arquitectura de remesas” está presente desde poblados rurales hasta viviendas vernáculas en el campo, en las que los migrantes expresan al resto de la comunidad, nuevos códigos, tomados de revistas, fotografías y todo tipo de ilustraciones, que sus familiares materializan en edificaciones por etapas, con base en los envíos y recursos económicos recibidos.

Ninguna de ellas satisface en lo funcional su adecuación al medio físico, como las características ambientales de clima, temperatura, humedad, asoleamiento, protección, etcétera. Son principalmente malos satisfactores, todos estos diseños y espacios, de alto costo sin condiciones de habitabilidad.

Son la manifestación de la ruptura con el contexto y su entorno natural, cultural y, sobre todo, social. Expresión de la ruptura de una arquitectura de tradición y fase final de su existencia, de una arquitectura vernácula que probó al menos por más de 500 años su resiliencia en términos actuales, su adecuación, uso racional de sus materiales y sistemas constructivos y, sobre todo, la participación social en su edificación.

Los pocos ejemplos existentes deben ser conservados no como “reliquias en el tiempo”, sino como expresiones de un gran conocimiento que nos permitan en un futuro cercano retomar las cualidades y características de estos principios en el uso de los materiales, sistemas, orientaciones y formas de equilibrio del hombre con su hábitat y ecosistema; y, sobre todo, conservar el gran valor del patrimonio inmaterial o intangible con el que nuestros ancestros encontraron las mejores soluciones a través del tiempo y del espacio.





▲ PRINCIPALES LUGARES CON CUEXCOMATES TRADICIONALES

Chalcatzingo, Jantelco.
 Tetelcingo, Cautla.
 Amatlán, Tepoztlán.
 Chimalacatlán, Tlaquiltenango.



Iglesia de Tlacotepec, Zacualpan de Amilpas/Fernando Soto



Arquitectura vernácula de una casa tradicional de rodapié de mampostería de piedra, adobe y teja de barro, con modificaciones en su entrada principal, localizada en el barrio de Santa Cruz en Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Expresión mural en una ventana de una casa tradicional de Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Fuente en la esquina de una manzana en el barrio de Santa Cruz para la distribución de agua/Juan Antonio Siller



Cuexcomate granero de maíz tradicional, en el centro del solar del patio de una casa en el poblado de Chalcatzingo, Morelos/Juan Antonio Siller



Cruz procesional en el pueblo de San Andrés de la Cal, Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Casa tradicional de dos aguas con teja de barro, frente a la capilla del poblado de San Salvador Ixcatepec en Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Remate de la cupula y torre con decoración de platos y jarrones de barro, capilla de Santa Cruz, Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Expresiones murales populares en casa tradicional en Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Abrevadero antiguo en desuso en las calles empedradas de Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Modificación a la ventana original de una casa vernácula en el barrio de Santa Cruz en Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Modificación en las fachadas de una casa vernácula, barrio Santa Cruz, Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Restos de una cubierta de teja plana de una casa tradicional en el poblado de Zacualpan de Amilpas, Morelos/Juan Antonio Siller



Detalle de una ventana con maceta en una casa tradicional de piedra en Tepoztlán, Morelos/Juan Antonio Siller



Arte y cultura emergente





Arte y cultura emergente

GUSTAVO GARIBAY

Morelos: Cultura emergente o de la resistencia creativa. Una reflexión marginal

¿La toma del poder?
No, apenas algo más difícil: un mundo nuevo.

Subcomandante Marcos,
hoy Subcomandante Galeano

“Mi padre decía: la alegría reúne, pero el dolor une.
Es el dolor donde hemos encontrado el amor para salir a las calles que nos ha quitado el autoritarismo del gobierno y la crueldad de la delincuencia”.

Javier Sicilia

Amanecer de la sociedad civil

LA GENEALOGÍA DE la resistencia civil en México tiene tres momentos claves durante la segunda mitad del siglo xx. El primer momento adviene con la llamada “toma de consciencia” derivada del “movimiento estudiantil” y la matanza de Tlatelolco del 2 de octubre de 1968; luego, el “nacimiento de la sociedad civil” ante la ausencia del gobierno después del terremoto ocurrido en 1985 y, por último, la caída del sistema político o el cisma de su hegemonía que sobrevino con el fraude electoral de 1988, la reorganización de las izquierdas y un lento y tortuoso proceso de democratización del que todavía no conocemos su destino.

Desde las aulas de instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional, las voces de estudiantes, académicos e intelectuales adquirieron resonancia por la actitud crítica frente al gobierno. No es extraño el surgimiento de una nueva consigna, la de “¡Únete pueblo!”. Con influencias globales, derivadas del marxismo y de los países llamados socialistas, el movimiento formó una sociedad civil opositora que, una década más tarde, engendraría los movimientos de guerrilla urbana y rural, movimientos de resistencia ante

los que el gobierno inauguró una de las etapas más penosas en México, el periodo de la llamada “guerra sucia”. Así terminó el episodio de la llamada revolución cultural del 68, “caracterizado –como dice Carlos Aguirre Rojas–, por revolucionar para siempre los tres principales espacios de recreación de la cultura: la familia, los medios de comunicación y la escuela”.

La mañana del 19 de septiembre de 1985 un terremoto sacudió el centro, sur y occidente de México. El entonces Distrito Federal devino en una escena de desastre que atrajo la mirada de la comunidad internacional. Nunca antes se había registrado un acontecimiento tan devastador para la capital del país. A la ineficiencia del gobierno y la notoria ausencia de Miguel de la Madrid, para atender la contingencia, le sobrevino la participación de los ciudadanos, quienes organizaron las primeras brigadas de rescate. Improvisaron estaciones de auxilio, proporcionaron medicamentos, cocinas de asistencia a los damnificados. La dimensión de la tragedia fue valorada tres días después por el presidente de la república. Incluso la Universidad Nacional –sin verse afectada en sus instalaciones centrales– suspendió clases para que fueran los alumnos quienes proporcionaran asistencia a los damnificados. Fueron los estudiantes de medicina, ingeniería y ciencias quienes integraron las principales brigadas de rescate y ayuda. La policía y el ejército demoraron su asistencia al escenario del desastre. Esto evidenció el rebase de las instituciones del Estado que parecía limitarse al resguardo de los edificios destruidos.

Dos años más tarde, en 1987, Cuauhtémoc Cárdenas renunció al Partido Revolucionario Institucional. El fin del nacionalismo revolucionario en el itinerario ideológico de la praxis política del gobierno condujo a personajes como Ifigenia Martínez, Porfirio Muñoz Ledo, y a el mismo Cárdenas, de la crítica a la disidencia. Junto con grupos del centro-izquierda y de izquierda se aglutinó una nueva fuerza política y social que de origen buscaba la democratización del sistema político mexicano.



El grupo disidente que había salido de las filas del PRI consideraba que el partido había abandonado su responsabilidad social, supeditando a México a las prácticas de la economía neoliberal. Así el candidato vencedor de la contienda, el 6 de julio de 1988, fue Carlos Salinas de Gortari, pero enfrentó una crisis de legitimidad, pues Cárdenas se proclamó ganador y víctima de un fraude. Después de las elecciones gran parte de los partidos y organizaciones sociales que habían creado el Frente Democrático Nacional llamaron a la sociedad a integrarse en un nuevo partido, el Partido de la Revolución Democrática, que se fundaría formalmente el 5 de mayo de 1989, con Cuauhtémoc Cárdenas como su presidente.

Estos tres acontecimientos nos dan la pauta para identificar el escenario de “alumbramiento” de diferentes referencias históricas, culturales, políticas y sociales que fueron orientando el surgimiento de escenarios desde donde se ejercieron los derechos de crítica, participación y organización de la sociedad civil en nuevas formas de ciudadanía, cuyo eje central fue el empoderamiento de los derechos políticos.

Siglo XXI: Distinto amanecer

En el crepúsculo del siglo XX, y en el amanecer del siglo XXI, 1994 y 2011 son fechas cardinales para comprender la historia reciente de México, su pulso social. Hace más de 20 años que surgió el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). El 1 de enero de 1994 México y el mundo despertaron con la noticia de que los indígenas chiapanecos se sublevaron contra el gobierno. Un nuevo personaje irrumpió y se apropió de la vida pública, el Subcomandante insurgente Marcos. Los años posteriores estarían marcados por una serie de declaraciones, mezcla de poesía y política que dieron el tono a una narrativa elocuente, emancipadora, optimista y efectiva frente a amplios sectores de la población que vieron en Chiapas una esperanza de cambio contra el sistema.

Dejemos gritar al silencio

El segundo momento tuvo lugar con el surgimiento del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, encabezado por el poeta Javier Sicilia, como una respuesta de la sociedad civil ante la violencia desencadenada por las organizaciones criminales y por la guerra contra el narcotráfico

emprendida por el Estado mexicano iniciada por Felipe Calderón. Fue así como la Marcha por la Paz con Justicia y Dignidad, la firma del Pacto Nacional contra la Inseguridad y la Marcha del Consuelo, terminaron sentando al gobierno para revisar la estrategia nacional en lo que se llamó el Diálogo por la Paz en el Castillo de Chapultepec.

La caravana llegó a varias ciudades de Estados Unidos como Washington y Nueva York. Comenzó el arduo trabajo de visibilización de la violencia y el de la justa memoria. El objetivo fue sensibilizar a la ciudadanía norteamericana sobre su responsabilidad en la guerra desatada por Calderón que cobró más de 70 000 vidas.

Resulta conmovedor que sean sucesos o procesos violentos los que hayan forjado el carácter de una generación. Hay un tono dramático insoslayable que impone el ritmo de la dialéctica entre consciencia y violencia, resistencia. La historia todos la sabemos, 20 años y una generación no perdida, una sociedad que sobrevive a su propia época, posmoderna, líquida e hiperacelerada, ansiosa, depresiva y de sobresaltos neuróticos; la sociedad de los derechos, la civilización de la barbarie, la civilización del espectáculo.

El desgaste político del Estado mexicano ha ido acrecentando las distancias políticas y frente a las necesidades de la sociedad. A la falta de respuestas y de solución de las diversas problemáticas devino el desencanto. Sin la venia del señor presidente, sin proyecto de nación, sin destino, sin utopía y sin esperanzas, la participación de la ciudadanía en México puede entenderse como agencia autónoma, cuidado del sí mismo y su alteridad manifiesta en la responsabilidad del uno frente al otro en cuanto otro, sujetos ético-políticos; una sociedad incipiente desde la crítica, la protesta y la propuesta, poderosa desde la imaginación y efectiva desde la acción que sale del aula y la casa a la calle y retorna a sus orígenes, a la comunidad. Este resurgimiento de la sociedad civil se pone de manifiesto en la conformación de los colectivos, de las tribus y sus movimientos que se expresan a través de la palabra y sus vehículos emergentes desde el arte y la cultura.

Morelos: Territorios culturales

En su significado más amplio, la cultura en Morelos ofrece sentido y pertenencia en la medida en que nos identificamos con los procesos colectivos. Si bien no todas las identidades se transforman en comportamiento ni todo es he-



rencia, es la excepcionalidad la que constituye lo cultural de su patrimonio. Resulta crucial conocer qué mueve y cómo interactúan las personas con sus comunidades, como esencia de lo que constituye eso que denominamos sociedad morelense.

Este ejercicio ha constituido una recuperación de las memorias colectivas, la historia, la identidad, la tradición, la cultura y más recientemente de los pueblos originarios, a través de la reivindicación de su lengua, usos y costumbres, proceso que nos ha revelado la presencia de nuevos actores que por medio de sus producciones artísticas diseñan dispositivos y detonan espacios creativos e incipientes industrias creativas. De esta manera nos es posible redimensionar el estatus de la cultura y las múltiples prácticas que artistas, creadores y artesanos llevan a cabo en nuestros días utilizando nuevos materiales y nuevas tecnologías de registro, portabilidad, comunicación e intervención. Experiencia emergente que empata lo global con lo local, abrazada de la tradición y la novedad, de cambio y permanencia, en un contexto de interculturalidad.

En los territorios y las regiones culturales de Morelos esa totalidad ha sido el producto de una interacción de múltiples elementos, entre ellos el intercambio migratorio campo-ciudad, la presencia de múltiples grupos indígenas como nahuas, mixtecos y zapotecos.¹ La regionalización cultural del estado de Morelos está basada en la identificación de cuatro grandes áreas de influencia cultural:

- Zona norte: Vinculada con el valle de México. Los municipios son Cuernavaca, Tepoztlán, Tlalnepantla, Totolapan, Atlatlahucan, Yecapixtla, Ocuituco y Tetela del Volcán.
- Zona oriente: Relacionada con Puebla y los municipios son Zacualpan de Amilpas, Jantetelco, Jonacatepec, Tepalcingo y Axochiapan.
- Zona sur oeste: Tlaquiltenango, Jojutla de Juárez, Zacatepec, Puente de Ixtla, Amacuzac, Coatlán del Río, Tetecala, Mazatepec y Miacatlán.

- Zona centro: Temixco, Yautepec, Jiutepec, Emiliano Zapata, Villa de Ayala, Tlaltizapan y Cuautla.

Además se subdividen en zonas urbanas, semiurbanas y poblaciones con perfil indígena, 19 en total.

Comunidad creativa

A lo largo de nuestras vidas, y desde los espacios individuales o colectivos, hacemos y producimos cultura para relacionarnos con los demás, con el otro que a veces nos es propio pero que en ocasiones nos es extraño, por cercanías y lejanías históricas y culturales.

Esta correlación de ejercicio y producción sobre el reconocimiento de quiénes somos, y lo que nos distingue frente a otros grupos, es inherente a la construcción de las autonomías individuales e identidades colectivas en cada contexto político, porque decodifica fenomenológica y ontológicamente, en forma permanente, el ordenamiento social de cualquier forma de experiencia. De ahí que en el ámbito morelense lo comunitario debe revalorarse como el sustrato que nutre la creación artística en Morelos y que deslegitima cualquier política pública de desarrollo social porque los movimientos de ruptura no son un epílogo, sino una respuesta ante la verticalidad jerárquica, centralista y unilateral que durante muchos años se implementó en el estado desde el Estado, en coherencia con el resto del país, ordenado bajo la voluntad del ogro filantrópico. Entonces, alejados de esa distinción entre gobernantes y gobernados o, para el caso, entre alta y baja cultura, la nueva generación de artistas emanados de las comunidades y distanciados de la política cultural pública, establecida o ausente –por parte de los gobiernos priistas, panistas o perredistas, a veces pragmáticos, otras evasivos, casi siempre conservadores, injerencistas y autoritarios, se reconoce en la realidad de cualquier entorno– derivado del quehacer de la tradición que es producida socialmente.

De esta visión –en donde lo social es definido por las prácticas del sujeto y la comunidad– depende un análisis verosímil de esa complejidad estructural del vínculo entre sociedad y

¹ Los indígenas en Morelos suman alrededor de 300 000, cerca del 18% de la población, de los cuales 30 000 son nahuas. Véase Luis Miguel Morayta (coord.), *Los pueblos nahuas de Morelos: atlas etnográfico*, Cuernavaca/México, Instituto de Cultura de Morelos/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011.

cultura que incorpore a sus actores: mujeres y hombres; infantes, juventudes, adultos y personas mayores. También es necesaria la presencia de los grupos: pequeñas sociedades, grupos religiosos, instituciones, minorías étnicas y sexuales, gremios, asociaciones, ONG, y la incidencia de las iniciativas pública y privada involucradas en el patrocinio, rectoría, cooptación y alienación de públicos y la modelación de gustos, corrientes, propuestas, estilos y contenidos, hasta llegar a experiencias o espacios de interacción más complejos como el producido por la tríada sociedad-sujeto-comunidad, en tanto que entrañan acto y experiencia de integración y vinculación, a partir de sus lógicas y dinámicas económicas, políticas culturales y sociales.

La cultura, siguiendo a Pierre Bourdieu, –aunque en medio del discurso neoliberal sólo se le utiliza como factor de desarrollo económico a través de las industrias culturales–, es factor de cambio, es la “superestructura social”, es decir, constituye el espacio máximo de evocación de la experiencia, basada en la “tradicición” y la “herencia”, el pasado y el porvenir vistos a la luz del presente como una hermenéutica de lo que somos. Por eso lo emergente rompe con la ideologización burguesa del canon o de lo que usualmente entendíamos por cultura, dado que no hay “alta” y “baja” cultura, sino manifestaciones o expresiones culturales del hombre a través de las artes como expresiones del pensamiento y la actividad humanos. A esta concepción clásica de las artes habrá que sumar los dispositivos de poder que se instauran desde las lógicas y sistemas de representación de la cultura en su ámbito educativo, pedagógico, psicológico, social, jurídico, moral, ético y, por supuesto, en el orden de lo político.

La cultura como praxis social es un vehículo del quehacer del sujeto y la comunidad. Fuerzas materiales e inmateriales rigen el hábito vivencial de los seres humanos y su invención de lo cotidiano a través de formas de pensar y de crear que nos llevan a preguntarnos cómo comprendemos lo que está ocurriendo, la contemporaneidad, su memoria y la conjugación absoluta de esa experiencia, el devenir como un acto de comprensión abierto, cuyas significaciones latentes y flotantes transgreden las realidades oficiales hechas verdades históricas en deliberada interpretación. En la intimidad de la comunidad, las realidades humanas se configuran desde la cultura misma, desde el ruido de su silencio inagotable, fuente inagotable de inspiración secreta de la que artistas y creadores embeben y dan lugar a la fiesta de los senti-

dos. Nuestra interpretación de ese acto protéico es una herencia que poseemos por adquisición o por transmisión, no es un destino, no es una revelación, no es una fatalidad, no es metafísica, es una producción subversiva de la imaginación.

Lo emergente nos pone en contacto con múltiples temporalidades que convergen en medio del tiempo cotidiano, el de lo sagrado y su ritualística, al margen de las manecillas del reloj secular que marca las horas bajo la lógica del mercado y cuyo rito es la producción y su liturgia el consumo. La aceleración del tiempo está determinada por el índice bursátil de Nueva York, el Dow Jones. Esta misma hiperaceleración, el impacto máximo de las ideas y su obsolescencia instantánea, han producido el olvido de la realidad material. En el olvido continuo no hay posibilidades de aprendizaje porque no hay asimilación. Frente a ello la cultura manifiesta expresiones y movimientos de resistencia que reelaboran nuevas formas, nuevos contenidos, otros sentidos, una explosión de significados. El arte no es un proyecto definitivo, está hecho a partir de rupturas y reelaboración.

En medio de ello está lo emergente, lo que nos revela y aparece espontáneamente para irrumpir la escena cotidiana. Lo emergente es alternativo porque deviene ejercicio crítico de la tradición y la cultura que podemos observar en nuevas formas de comunicación y entendimiento, acercándonos a las necesidades culturales que los colectivos y artistas han venido formulando al margen de las pasiones institucionales y las administraciones públicas, como el entonces Instituto de Cultura de Morelos y ahora Secretaría de Cultura, o de instituciones como la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y el Centro Morelense de las Artes, así como de las instancias de cultura y patrimonio en los ayuntamientos. Poco a poco han ido logrando incidir en el establecimiento de políticas culturales públicas y presupuestos participativos, como una acción de corresponsabilidad orientada al desarrollo cultural, creando espacios desde los que el arte y la cultura se crean, recrean e interpretan.

El fracaso de las intervenciones estatales, o la ausencia de presupuesto por parte de los ayuntamientos, ha dado lugar al desplazamiento y apertura de las políticas públicas frente a las iniciativas civiles. La verticalidad y la centralización sólo han provocado la dilapidación de recursos públicos, como el Programa Nacional para la Prevención Social de la Violencia

y la Delincuencia, que por su carácter aislado, asistemático y temporal, así como por el desconocimiento del elemento cultural de los destinatarios, se ha traducido en un fracaso de política pública en materia de prevención del delito. En términos de oferta masiva hay programas exitosos como el llamado Verano Activo, pero es recurrente y frívolo porque únicamente satisface una necesidad de consumo inmediato y eventual.

El trabajo es arduo, luego de casi tres décadas de conformada la primera generación o red de promotores y casas de cultura, aún falta mucho por hacer. Todavía no se generan iniciativas verdaderamente incluyentes y conscientes de las posibilidades y limitaciones. Desde la actividad cultural se pueden emprender acciones para restaurar o revertir la desigualdad y la desconfianza generada por los procesos modernizadores del neoliberalismo económico y su radicalización a partir de las diferencias y distancias sociales que son factores de la desintegración social que vive México. En palabras de Richard Rorty, la cultura restaura los lazos sociales, los regenera.

Todos esos factores han detonado el surgimiento de un movimiento cultural sin precedentes. Más de 15 000 artistas, artesanos y creadores² y 80 centros culturales³ en un estado que colinda con tres entidades federativas y con una de las ciudades más grandes del orbe, con una población de 1 777 227⁴ habitantes en 4950 kilómetros cuadrados, aspectos que imponen un reto para las instituciones culturales y académicas estatales y municipales: el de realizar un ejercicio deconstructivo sobre el quehacer que les impone una sociedad cada vez más democrática, reflexiva, crítica y participativa.

Tradición, herencia e identidad

La tradición no es lo que del pasado permanece, sino lo que de él sobrevive.

Hans-Georg Gadamer

¿Cuál es la correlación entre “cambio” y “tradición” como conceptos clave, para entender los procesos culturales situados en un territorio

que se contiene y define políticamente en lo que hoy conocemos como el estado de Morelos? Y aquí comienzo el desciframiento de esa problemática acerca de un proceso que desde hace más de cuatro décadas entraña el reconocimiento y la apropiación de la cultura en Morelos, el surgimiento de sus instituciones y la reivindicación de su identidad.

Durante muchos años lo nacional fue el adjetivo imponderable para describir y explicar política, social y económicamente nuestra idea de la cultura y sus dinámicas. Luego de su condición monolítica, en términos étnicos, religiosos, políticos y culturales, la segunda mitad del siglo xx dio a la cultura “un papel de resistencia a la destrucción de lo ya obtenido y en el desarrollo de las comunidades y de las personas. México dejó de reconocerse en la singularidad para trasladarse al espacio de la diversidad cultural identitaria que ha ido rompiendo con el estereotipo de la mexicanidad: religiosidad católica, raza cósmica, raza mestiza”.

Ninguna sociedad permanece sin cambios. A lo largo del tiempo ni la cultura ni la identidad de los pueblos y los individuos están al margen de las transformaciones. En algunos casos los cambios parecen lentos o inexistentes; en otros, acelerados y muy notorios. La cultura es una de las características de la sociedad que más perdura y que se transforma con mayor lentitud, pero hay ocasiones en las que los cambios son abruptos y conducen a saltos culturales trascendentales y a mutaciones identitarias relevantes. La sociedad requiere, de cualquier manera, de símbolos y rituales colectivos para mantenerse como tal. Y aunque el modelo ciertamente se ha desmoronado, otros van surgiendo para reemplazarlo. Al mismo tiempo, las adscripciones e identidades no se asumen como necesariamente idénticas.

No es extraño advertir un resurgimiento de la religiosidad en Morelos, en un contexto de efervescencia y tolerancia mutua entre diversos grupos de prehispanistas, cristianos, evangélicos, musulmanes y judíos.⁵ Cada año el calendario ritual musicaliza, escenifica, viste de color

² Gustavo Garibay López. *Sobre el concepto de patrimonio cultural material e inmaterial en el proceso de construcción colectivo para una Ley de Cultura en Morelos*. 2015. Investigación inédita.

³ *Investigación sobre el Atlas de centros culturales en el estado de Morelos*. Dirección de Capacitación de la Subsecretaría de Desarrollo Cultural Comunitario de la Secretaría de Cultura de Morelos. 2015. Investigación inédita.

⁴ Véase II Censo de Población y Vivienda, realizado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) con fecha censal del 12 de junio de 2010.

⁵ Véase *Atlas de la diversidad religiosa en México (1950-2000)*, México, Secretaría de Gobernación, 2007.



e ilumina barrios y poblados de todas las regiones. Morelos ha tenido un creciente fenómeno de peregrinaciones de concheros, guadalupanos y chalmeros que viajan a pie, en bici, en autobuses y tortons de grupos provenientes del oriente del estado: Yecapixtla, Cuautla, Tetelcingo, Tepalcingo y Totolapan, entre otros provenientes de Puebla y Guerrero. En nuestro estado conforma la peregrinación más grande a la basílica de Guadalupe.

Ese sentido de pertenencia no pasa por una sola forma de descripción ni de adscripción. En el mundo moderno los individuos mezclan tradiciones diversas, con distintos orígenes, y construyen narrativas para explicarse la complejidad y equilibrar identidades múltiples en el contexto de una sociedad en permanente cambio. La cultura es como una caja de herramientas que permite al individuo tomar decisiones a partir de la concepción que se ha hecho de sí mismo, siempre en un marco social específico que le permite establecer una memoria.

La identidad se resguarda en comunidades de destino y de sentido, en colectivos y tribus urbanas: *hippies*, *darketos*, *grupos de ciclistas*, *emos*, *ponketos*, *eskatos*, *dancers* o bailarines de fuego, grafiteros reunidos en Colectivo Vertical, payasos; poetas, juglares y divulgadores de la palabra reunidos en editoriales como La Cartonera, La Ratona Cartonera, Astrolabio, Lengua del Diablo, Simiente, Ediciones y Punto, Clandestino y Cascarón Artesanal, Eternos Malabares, Ediciones Zetina, Diorama, Hermanas en la Sombra, Acáslasletras, Sello Impreso, Azkán, Libertad bajo palabra y Quadrivium, y en colectivos como Arboleda Sur y Poesía Ambulante Yautepec, acróbatas de circo urbano como Submarino Morado; los sayones en Tetela del Volcán y tecuanes en Axochiapan y San Esteban Tetelpa en Zacatepec; grupos de danza azteca como Kalpulli Tezmolini Nauh Cuauhtli en Cuernavaca, Kalpulli Ketzalcóatl en Yautepec, Gente Roja en Temixco, Kinto Sol en Axochiapan, Quetzalcóatl en Alpuyeca; comparsas de huehuenches y Chinelos Yautepec Lujo y Cocoyoc; grupos folklóricos como Tlahuilli, Huhucóyotl, Tierra y Fuego, Tierra Mestiza, Yautepec Grupo Folklórico, Papaki Mitotia; o los grupos de danzoneros el club de danzón Amar y vivir, Danzoneros Cuautla y Danzonerísimo Yautepec, en donde participan adultos de entre 60 y 75 años. Todos ocupan y comparten territorio en zócalos y plazas, cruces, centros culturales y circuitos artísticos, algunos de ellos improvisados en viejas casonas, accesorias o pequeños locales como The Pit,

Pepe el Toro, Museo de la Ciudad de Cuernavaca (Mucic), La Tallera, La Maga, la Calle Alarcón, La Baraque y El Barecito.

Entre los grupos de teatro emergentes se encuentran Tierra Blanca de Tlaltizapan, Los Paisas de Yautepec, La Bruja y Super Star de Tetelpa que encuentran un vehículo de expresión e intercambio a través del Encuentro Nacional de Teatro Comunitario que se lleva a cabo en Morelos con la presencia de grupos locales y de otros estados de la república.

La tradición cartonera que elabora alebrijes y mojígangas tiene lugar en Amacuzac, Xoxocotla, Puente de Ixtla, Zacualpan de Amilpas y en Cuernavaca, sobre todo en el Barrio de San Antón Analco, en donde son los chavos los que elaboran las mojígangas para las fiestas patronales. De entre los talleres de cartoneros, destaca la producción de Arte Sustentable Comparsa Falfá A.C., una familia de promotores culturales, artesanos y artistas contemporáneos que participan en el desfile de La Mojíganga en Zacualpan, cuya presencia en las festividades de la Virgen del Rosario se apoya en la tradición y genera diálogos que reinterpretan la figuración plástica de estas esculturas de cartón a partir de elementos tan contemporáneos como la obra de Leonora Carrington o el personaje central de la ciencia ficción, los robots.

Comparsa Falfán tiene vínculos en el norte de Francia con la asociación *La chambre d'eau*, que realiza eventos y proyectos de residencias e intercambios inmersos en el espacio rural. Cada tercer viernes de mes presentan a sus voluntarios, amigos y habitantes de la región, una propuesta artística distinta. Anclada fuertemente en la misión de la instrucción, por ejemplo, ligada al teatro, el videoarte, artes circenses, presentando al público sus ideas en preparación de una residencia de larga duración donde interactúan con niños de diversos niveles escolares en la zona por seis meses. Esta asociación logra efectos sorprendentes con la fuerza de los ciudadanos que colaboran y disfrutan de sus proyectos.

La radio comunitaria

Queremos ser un medio donde se escuchan y convivan todas las voces.

Radio Chinelos A.C.

Radio Tepoztlán, Radio Neta, Radio Hueyapan, Radio Xokotl, Campo Ciudad Radio, programa



radiofónico de participación ciudadana, y Tsilincalli Sonora, son algunos de los espacios alternativos de comunicación que existen en Morelos y que funcionan con un altavoz o por internet. Algunos de sus integrantes provienen de experiencias de la Radio pública como el Sistema Morelense de Radio y Televisión hoy Instituto Morelense de la Radio y la Televisión. Otros, los más jóvenes, provienen de movimientos sociales como el caso de Radio Chinelo, que surgió en medio de Paz con Justicia y Dignidad.

Tsilinkalli Sonora es un centro de Producción audiovisual que impulsa iniciativas de comunicación comunitaria bajo la premisa de que la información, la comunicación y la libertad de expresión son derechos humanos. Tsilinkalli tiene sus antecedentes en lo que fue el Sentlalistli In Tlakeualistli Tonemillis Xoxokoltékayotl (Centro de Promoción Cultural El Jugo de la Ciruela) en Xoxocotla, Morelos. Radio Xokotl apoyó de manera solidaria los movimientos de los Trece Pueblos y el conflicto magisterial del estado de Morelos. Ahora es el brazo de comunicación para la creación de significados que contribuyan a la reconstrucción de los territorios culturales.

Radio Hueyapan se localiza en el poblado del mismo nombre en Tetela del Volcán. Es un proyecto de radio iniciado por estudiantes del Colegio de Bachilleres de la localidad y mujeres artesanas. Transmite con una bocina desde el centro de la comunidad y puede ser escuchado por una buena cantidad de la población.

Irrupción en la escena del rock nacional

Actualmente en el mapa sonoro de México se escucha con fuerza el sonido de las bandas de rock morelense. “En una época en que el rock ha perdido el efecto desestabilizador que tuvo en sus orígenes y en la que se cuestiona su legitimidad como género musical contestatario, pues la industria cultural lo incorporó como uno de sus activos comercializables”, sin definiciones precisas o influencias recurrentes, después del posicionamiento en los años ochenta del rock en nuestro idioma, hoy bilingüe, y la irrupción de grupos como Zoe; los recursos estilísticos que van del metal al hip hop, punk, pop, folk, electroacústico, jazz y blues, de la ola emergente y expansiva de agrupaciones de un solo de guitarra, poesía electrificante. Aquí una

muestra: Capital Sur, Never After Before, Los Pápalos, Monodram, 300 Rubias Suicidas, Me-teora, La María Cantú, Los Guante Blanco, Señor Atómico, Som Bit, Neoplen y Electrafic.

Actualmente el colectivo Deja de kejar-te y hazlo tú mismo, gestiona el proyecto *Morelos al ataque. Una historia nunca antes contada. Reconstrucción sonora*. Cincuenta años a través de una producción discográfica que en dos CD nos permitirá escuchar 400 archivos de audio en Mp3 junto con un cuadernillo que nos explicará esa historia que ya será contada.

Diversidad sexual

En la agenda de la sociedad civil, la lucha por la igualdad en sus vertientes por la equidad de género y la diversidad sexual son temas nodales para comprender los procesos de transformación que atraviesa Morelos. Colectivos integrantes de la comunidad lésbico, gay, bisexual, transexual, travesti, transgénero e intersexual, (LGBTTTI) como Equidad y Participación Ciudadana, Identidades, CD4 y Diversidad somos tod@s, han matisado las particularidades de temáticas como el matrimonio igualitario, derecho a la adopción, poniendo en juicio la apatía de los legisladores de las legislaturas LI y LII del Congreso del Estado. A través de movilizaciones como la Marcha de las Putas, conferencias en el Callejón del Libro, lectura de poesía homoerótica, exposiciones y performances en el Museo de la Ciudad de Cuernavaca y las marchas del orgullo por la diversidad sexual en Cuernavaca, Cuautla, Jiutepec, Xochitepec, Jojutla y Yautepec, los colectivos han visibilizado una lucha compartida por la no discriminación.

¿Por qué hay personas a las que les molesta las formas de representación de la sexualidad? La intolerancia es sutil, con la mirada y a través de la voz, pero también es criminal, asesina. Las opiniones de comunicadores y servidores públicos reflejan intolerancia e ignorancia sobre los derechos humanos. No obstante, su visibilización exhibe nuestro fracaso cultural y lo que aún falta. Aunque con una presencia anodina, Morelos es el único estado de la república mexicana que tiene una Dirección de Atención a la Diversidad Sexual, modelo replicado por municipios como Jiutepec y Cuautla.

Varias parejas de homosexuales morelenses solicitaron juicios de amparo a la Suprema Corte de Justicia de la Nación, ante la negativa de oficinas del Registro Civil para contraer matrimo-



nio. La Corte les concedió un amparo y obligó a los ayuntamientos de Xochitepec, Cuernavaca y Ayala a permitir a esas parejas contraer matrimonio, en 2014.

A pesar de que la Suprema Corte de Justicia de la Nación resolvió el pasado 17 de junio que el matrimonio igualitario es legal y constitucional, en la entidad las bancadas conservadoras en el Congreso han mantenido inamovible su posición de impedir la modificación de la Constitución. La SCJN ha considerado un acto de discriminación la negativa de las leyes locales de permitir el matrimonio igualitario, al incumplir con ello la resolución que señala que ninguna autoridad puede prohibirlo y que necesariamente le tienen que dar trámite, armonizando para ello la ley estatal y el código familiar.

Cultura 33: por un desarrollo incluyente de la cultura en Morelos

No existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie....
Walter Benjamin, *Sobre el concepto de historia*, tesis VII. 1940.

Queremos que nuestra voz llegue para escribir las páginas más hermosas de la cultura en Morelos.
Ángel Ortega, integrante de Cultura 33

El mundo vive un *fracking* social y cultural; es la embestida del régimen global que arrasa, destruye, ensordece, aliena y extermina con sus proyectos de muerte, como ha dicho Noam Chomsky. Uno de los dilemas del mundo es decir la verdad; asumir una postura frente a la realidad social, entraña un problema moral y ético. No sabemos cómo podemos cambiar al mundo, pero compartimos la esperanza de que lo podemos transformar y asumir la defensa del derecho a la esperanza y a las posibilidades. En el contexto nacional de las reformas estructurales, específicamente las reformas educativa y cultural, Morelos también atraviesa su propia travesía neoliberal a partir del llamado Proyecto Integral Morelos (PIM)⁶ que considera la construcción de dos centrales termoeléctricas en la comunidad de Huexca, un gasoducto de 160 kilómetros que atraviesa los estados de Tlaxcala, Puebla y Morelos e infraestructura complementaria. Este PIM fue concesionado a

tres empresas españolas: Elecnor y Enagás, para la construcción del gasoducto, y Abengoa para la operación de las centrales termoeléctricas, sumadas a la presencia de la empresa Esperanza Silver de México S.A. en Xochicalco y el desarrollo de infraestructura carretera como la autopista Siglo XXI que en 2015 trajo consigo la destrucción de la zona arqueológica de Tlatizapán.

Tal vez eso fue lo que en 2012 generó el movimiento colectivo Cultura 33 que debe su nombre a la división política del estado de Morelos, haciendo referencia a los 33 municipios. Sin embargo, el movimiento no se circunscribe a la organización administrativa del Estado y al diálogo con las instituciones de cultura, sino al reconocimiento de los territorios culturales, sus comunidades y sus actores en la defensa de su patrimonio.

Acompañado del grupo Iniciativa ciudadana, Cultura 33 tuvo reuniones en Cuautla, Cuernavaca, Xoxocotla, Quebrantadero y Tepoztlán. En este último lugar se dio a conocer una declaración de principios que considera a la cultura como construcción colectiva de la sociedad, a partir de aquellas acciones que se orienten en dirección de una cultura democrática, incluyente y proactiva, enfocada al desarrollo humano, territorio, medio ambiente y a la concordia social. Y también sabremos mantener nuestra fuerza organizativa enfocada en la vigilancia de los procesos debidos para que estas acciones se cumplan.⁷

La conceptualización y significación acerca del patrimonio cultural inmaterial, en la percepción e imaginario social del territorio morelense, fue reflejado a partir de un instrumento de consulta, un cuestionario que fue aplicado durante septiembre de 2013 y abril de 2014 en los foros de consulta ciudadanos *Hacia la Construcción Colectiva de la Ley de Cultura en Morelos*, en 31 de los 33 municipios, con una participación de 1100 niños, jóvenes y adultos.

Esa multivocidad de las comunidades, asociaciones civiles, mayordomías, comisariados, líderes comunales, presidentes municipales, estudiantes, profesores y académicos, representantes de medios de comunicación, el sector cultural y artístico, permitieron identificar la metodología implementada, mediante estrategias multidisciplinares, por un grupo de ciudadanos interesados en escuchar esa voz social para la que la

⁶ Véase Gaceta Parlamentaria, jueves 11 de abril de 2013, núm. 3746-VII. Disponible en <http://gaceta.diputados.gob.mx/Black/Gaceta/Anteriores/62/2013/abr/20130411-vii/Proposicion-27.html>

⁷ Véanse los puntos octavo y duodécimo de la Declaración de Tepoztlán. Disponible en <https://mbasic.facebook.com/notes/cultura-33/declaración-de-tepoztlán/289920467786330/>.



cultura en Morelos ofrece referencia, sentido, pertenencia comunitaria e idea de destino en tanto que multiétnica, pluricultural y plurilingüística en permanente construcción. Esta identificación, como base inmaterial del imaginario colectivo que se sostiene en el reconocimiento de sus derechos culturales, es un elemento que nos permite comprender cómo se manifiesta en las localidades aquello que la comunidad hace de suyo y la problemática cotidiana en la salvaguardia de su patrimonio.

A partir de lo anterior, el grupo organizó foros de consulta y conversatorios en las comunidades. Resultado de ello, a partir del análisis del instrumento de consulta y del proceso de sistematización e interpretación de la información recabada, se creó un diagnóstico preliminar que obra en cuestionarios y minutas de trabajo, además de la evidencia fotográfica. La base social epistemológica tiene que ver con las opiniones de los consultados, sus saberes tradicionales, la identificación de los patrimonios, mismos que fueron considerados como una matriz conceptual del preproyecto en términos de legislación cultural, de la naturaleza y objeto de la ley, y de la praxis en el diseño institucional sobre las competencias para la investigación, identificación, catalogación y salvaguardia, así como la experiencia del proceso encabezado básicamente por promotores culturales y artistas, que derivó en la elaboración de un “preproyecto” de Ley de Cultura para el Estado de Morelos, presentado a la Secretaría de Cultura, a la Secretaría de Gobierno del Gobierno del Estado, y ante las comisiones de Educación y Cultura y de Participación Ciudadana y Reforma Política del H. Congreso del Estado de Morelos.

A la fecha, el proyecto se ha sostenido en un trabajo de dos años, acompañado de la participación, voz y aspiraciones de la ciudadanía a través de los foros de consulta denominados Hacia la Construcción Colectiva de una Ley de Cultura en Morelos. Esa multivocidad de las comunidades, asociaciones civiles, mayordomías, comisariados, líderes comunales, presidentes municipales, estudiantes, profesores, académicos, movimiento Cultura 33, el sector cultural y artístico, representantes de medios de comunicación y equipo de asesores, dieron sustancia al trabajo que se hizo en coordinación con algunos diputados de la LII Legislatura del Congreso del Estado y miembros de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Morelos, para que con base en los derechos culturales universales

resultara una propuesta de Ley de Cultura para el Estado de Morelos. De manera plural e interdisciplinaria, –desde la educación, la promoción y gestión cultural, las artes, las ciencias de la comunicación social, la antropología, el derecho, la ciencia política, la etnografía y la historia–, el equipo de consulta y redacción estuvo conformado por ciudadanos comprometidos con el desarrollo cultural en Morelos.

Este movimiento ha tenido como objetivo que el Gobierno del Estado y el Congreso de Morelos sumen voluntades para la concreción del quehacer legislativo que reconozca, de manera sensible, el proceso de construcción ciudadano de este instrumento jurídico en beneficio de nuestra sociedad, que busca el reconocimiento de los derechos culturales y la apropiación de la cultura en el estado de Morelos; el apoyo y reconocimiento a la creación artística; el incremento de su acervo e infraestructura cultural; la inversión presupuestal sustantiva en el sector; el diseño de políticas públicas que orienten tanto el propósito como el fortalecimiento de las instituciones culturales, sin menoscabo de la libertad de expresión estética e ideológica; la promoción y difusión de las artes y la cultura; la salvaguardia de su patrimonio natural y cultural; la restauración de su memoria y, con ello, la reivindicación de su identidad.

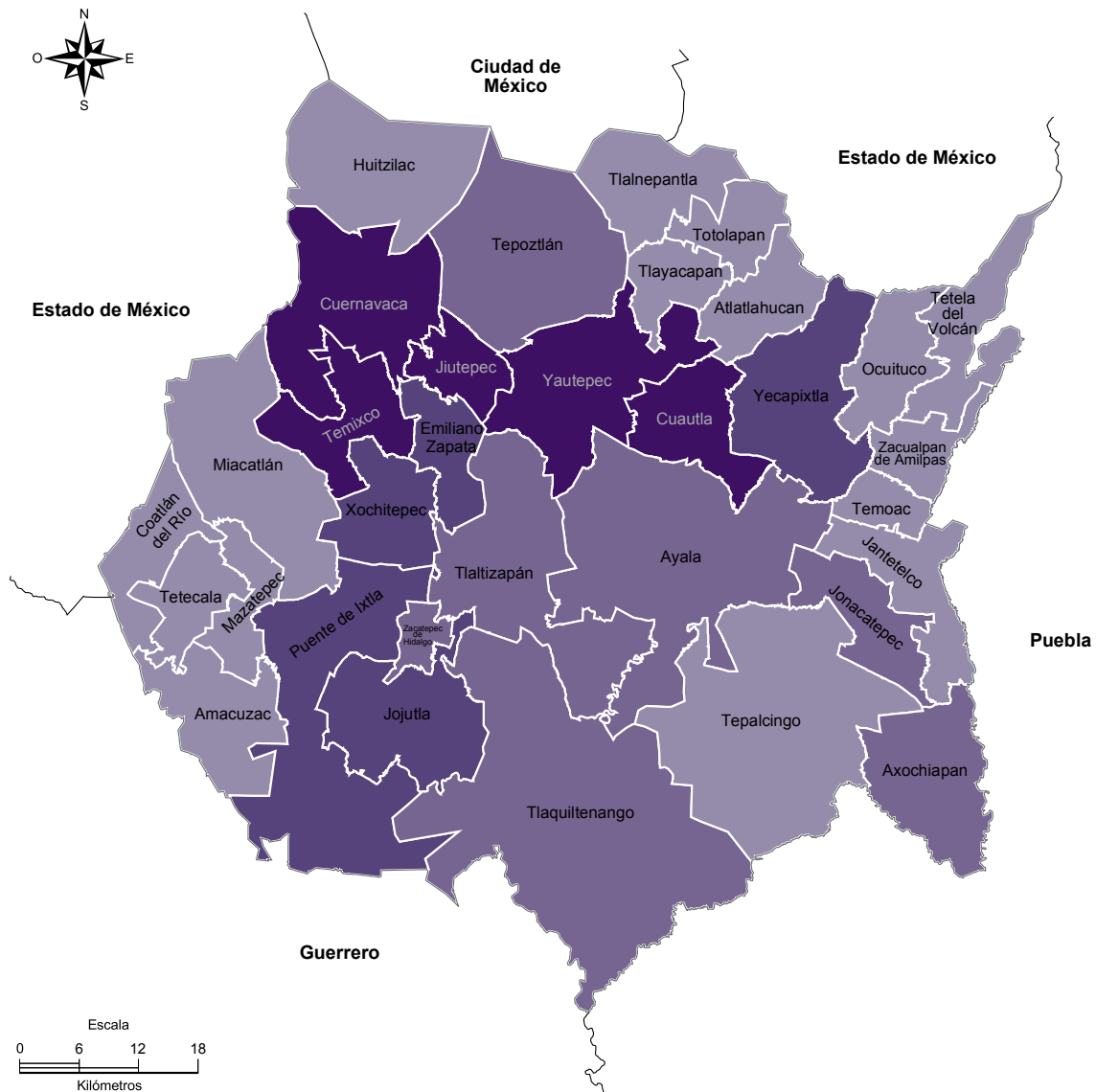
Colofón

La actividad cultural emergente conjuga la multidisciplinaria y la transdisciplina, es una irrupción que abre, crea y visibiliza nuevas cartografías para ser leídas; territorios, espacios, sitios, redes, dinámicas, prácticas, migraciones e hibridaciones, procesos que son trazados y explorados por sectores, promotores, artesanos, artistas y colectivos. Lo emergente no sólo brota, también promueve el desarrollo de las comunidades y posibilita el diálogo y la reconstrucción simbólica del bienestar colectivo a partir de diversos recursos tradicionales y del *mainstream*, apoyado en el discurso diletante entre modernidad, posmodernidad, poscolonialismo y los vehículos de la ciencia y la innovación tecnológica como portadores de narrativas líquidas cuyos componentes fundamentales son la comunidad, la tradición y la interculturalidad. El sentimiento de lo emergente es la esperanza y su praxis es la creación-aprendizaje desde la resistencia.

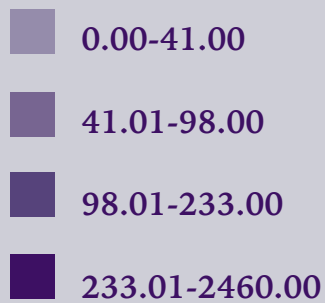


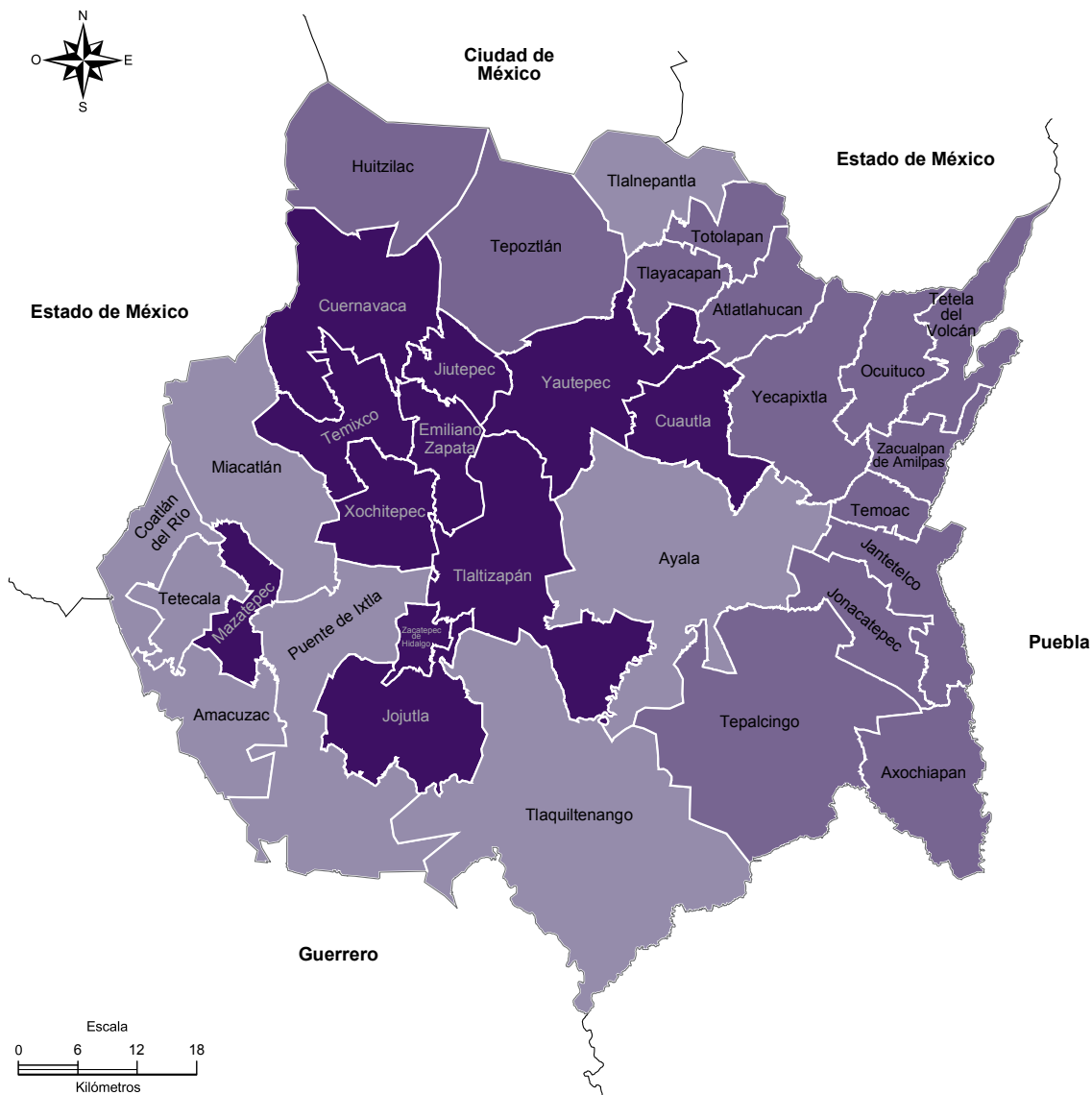
Bibliografía

- Aguilar Contreras, Abigail, María Edith López Villafranco y Santiago Xolalpa Molina. *Centro de México: tradición herbolaria, plantas medicinales, enfermedades y remedios*. México: México Desconocido. Herbolaria Mexicana, núm. 5.
- Argueta Villamar, Arturo (coord.). *Atlas de las plantas de la medicina tradicional mexicana*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1994.
- Lozoya, Xavier. "Spa: salute per aqua, el temazcalli." *Arqueología Mexicana*, julio-agosto de 2005, vol. 13, núm. 74, pp. 54-57.
- Mata Pinzón, Soledad et al. *Diccionario enciclopédico de la medicina tradicional mexicana*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1994.
- Monroy-Ortiz, Columba y Patricia Castillo España. *Plantas medicinales utilizadas en el estado de Morelos*. Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2000.
- Ortiz Butrón, Agustín. "El temazcal arqueológico." *Arqueología Mexicana*, julio-agosto de 2005, vol. 13, núm. 74, pp. 52-53.
- Parrilla Álvarez, Laura. *Jardín Etnobotánico, Museo de Medicina Tradicional y Herbolaria*, Cuernavaca, Morelos. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003.
- Salazar Goroztieta, Lisandra. "El Jardín Etnobotánico de Cuernavaca, Morelos." *Arqueología Mexicana*, septiembre-octubre de 1999, vol. 7, núm. 39, pp. 66-67.
- Zolla, Carlos. "La medicina tradicional indígena en el México actual." *Arqueología Mexicana*, julio-agosto de 2005, vol. 13, núm. 74, pp. 62-65.



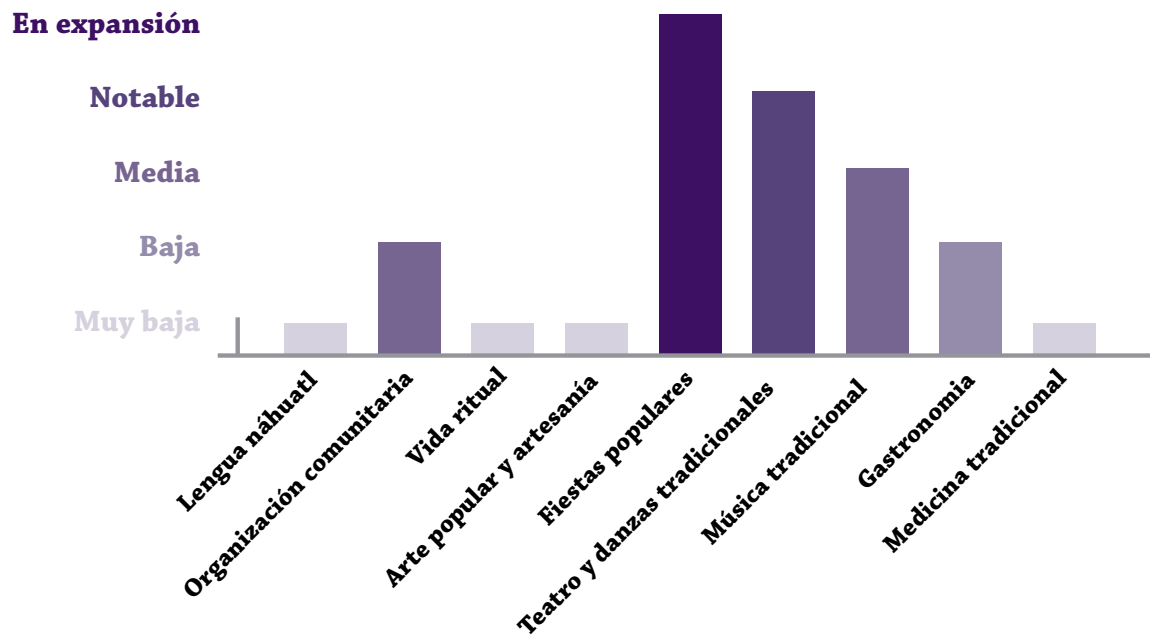
NÚMERO DE JÓVENES QUE COMETIERON DELITOS EN MORELOS





MUNICIPIOS CON GRADOS DE ACTIVIDAD CULTURAL TRADICIONAL

- Notable
- Mediana
- Baja





¡Estamos hasta la madre! Marcha por la Paz Carretera al DF/Ilse de Lara



Javier Sicilia/Fernando Soto



Submandante Marcos/José Villa



Performance contra la violencia en Plaza Zapata en Cuernavaca/Fernando Hidalgo.



Graffiti en carretera a Xochitepec/Fernando Hidalgo



Graffiti en Yautepec/Fernando Soto



Graffiti contra la violencia a las mujeres, carretera a Xochitepec/Fernando Hidalgo



Graffiti contra la termoeléctrica/Fernando Soto



Payaso urbano en Cuernavaca/Fernando Hidalgo



Mojiganga de jóvenes en Zacualpan/Fernando Soto



Fuegos en Cuernavaca/Hernán Lara



Brinco de chinelos en San Antón, Cuernavaca/Fernando Hidalgo



Los rockeros de Morelos en La Tallera/Pilar Campos



Grafitero/Fernando Hidalgo



Vocalista de 300 Rubias suicidas/Teresa Galvez



Mojiganga de Robots en Zacualpan. Comparsa Falfan/Fernando Soto



Señor atómico. Fotografía digital/Pilar Campos



Letrero Zapatista en Chiapas/Autor desconocido



Colectivo de artesanos Hecho en Amayuca/Martha Solé Valois



Escena de la grabación de La Raíz Doble en Xoxocotla Morelos. Centro Cultural/Yankuik Kuikamatiliztli/Autor desconocido

El *Atlas de las culturas de los pueblos de Morelos* representa un estudio sin precedente para contar con una visión global, descriptiva y analítica de la riqueza del patrimonio cultural inmaterial vivo en el estado de Morelos. El lector encontrará distintos ángulos de las culturas populares que hacen de esta pequeña entidad un diverso y plural mosaico de tradiciones y procesos que, ante todo, reflejan un intrincado sistema de organización social con profundas raíces prehispánicas y coloniales, así como manifestaciones emergentes que están basadas en la cooperación, el más puro sentido comunitario y un espíritu de fraternidad que busca el tan manido y trillado (oficialmente) tejido social. Morelos es un territorio de encuentro e intercambio cultural desde la antigüedad; con más de 3 500 años de habitación ininterrumpida marcados por convulsiones sociales, producto de la tensión entre las clases dominantes y los pueblos: desde el ocaso de Xochicalco, la dominación de la triple alianza nahua, la Conquista, la intervención francesa, hasta la Reforma, la Revolución, las luchas contemporáneas de los pueblos por el agua y sus derechos, por la inseguridad, etcétera, han modelado a comunidades que recrean, en todas sus manifestaciones vitales, su afán por la convivencia pacífica, por enaltecer su identidad y por dignificar a través de las artes y la propia cultura, su vida. Pese a la constante tensión histórica, los pueblos morelenses se recrean en la artesanía, en el teatro y la danza, o en sus fiestas, con una profunda ritualidad y espíritu creativo, con color y fraternidad. Diversos ensayos de expertos en la materia, y descripciones generales de la rica diversidad cultural morelense, hacen de este documento un libro llave que incitará al conocimiento más preciso de las culturas morelenses, conocimiento fundamental para preservar, divulgar y defender nuestra cohesión social que nos permita un desarrollo armónico, creativo y pacífico. La Universidad Autónoma del Estado de Morelos, en activo compromiso con sus comunidades, ofrece este Atlas refrendando su vocación social.

Fernando Hidalgo

